EMILIO DI TATA ROITBERG



(Novela)

"Un narrador extraordinario, con un dominio completo de la trama" (Sylvia Iparraguirre)

De González Catán, en colectivo,
a la cancha de Boca por Laguna

Joaquín Sabina

María, la sobrina de su mujer, venía a pasar un tiempo con ellos en Buenos Aires. Javi no la conocía. La había visto en foto solamente, en una foto que su mujer sacó cuando fue a Paraguay a visitar a su familia, unos seis años atrás. María andaría por los doce, en ese tiempo, y aunque la foto estaba un poco movida se podía ver a una rubiecita cachetona que prometía ser toda una belleza.

Y lo fue. A los diecisiete salió primera princesa en el Carnaval de Encarnación (el público protestó el veredicto, reclamando para ella el cetro de reina). No tenía nada de tonta, además: fue la primera de su familia en terminar el secundario, y hasta pasó el examen de ingreso en la Universidad de Itapúa. Pero se puso de novia con un miembro del hampa paraguayo, que después de caer preso trató de seguir controlándola desde la cárcel. Para protegerla su mamá decidió mandarla a casa de su tía Olga, en Buenos Aires.

Fue todo muy rápido: el día anterior estaba en Paraguay y ahora Olga y Javi la esperaban en la terminal de Retiro. El micro tenía una hora de retraso.

* * *

Olga se acercó a una de las ventanillas de Expreso Iberá. Los empleados estaban, cuándo no, hablando boludeces y riéndose entre ellos, los tres en mangas de camisa y corbata verde, como estudiantes del mismo secundario. Uno se hacía el que trabajaba en la computadora, otro se había puesto de costado, simulando no verla.

Tac, tac, tac… Olga dio unos golpecitos con el anillo en el panel de vidrio. Uno de los empleados se acercó.

—¿Señora?

El agujero estaba demasiado bajo. Olga tuvo que inclinarse para preguntar a qué hora llegaba el micro de Misiones.

—El servicio de Posadas viene con...

La comunicación se hacía difícil. El ruido en la terminal era constante. Los micros, la gente, la radio a todo volumen en el puesto de revistas.

—…aproximadamente unos…

Sin contar a sus dos hijos, la Yeni y el Yoni, que jugaban a correr y resbalarse sobre las baldosas del hall, gritando a más no poder.

—¿Cómo dice? —ahora tenía que acercar la oreja a la abertura para saber de qué hablaban.

* * *

La Yeni se cansó pronto del juego. Sus sandalias no resbalaban tan bien como las zapatillas de su hermano. En el último intento tropezó y cayó de boca. Se hubiera lastimado seriamente si no fuera porque aterrizó sobre el bolso de un hombre que esperaba su micro en una de las sillas de plástico. El hombre la ayudó a levantarse y le preguntó si estaba bien. La Yeni sonrió. Tenía diez años, el pelo atado en dos colitas y síndrome de Down.

—¿Cómo te llamá? —le preguntó al hombre que la había socorrido, pero antes de que él pudiera responderle se rió y salió corriendo nuevamente.

* * *

—¿Cómo cuarenta minutos? —se encrespó Olga—. ¿Cuarenta minutos más todavía?

La demora le había causado más de un inconveniente. Para empezar, su marido había tenido que pedir permiso en el trabajo para traerla, y los chicos, que al principio se habían tomado el viaje a la Capital como una aventura, se ponían cada vez más difíciles de controlar.

—Cuando llegue vamos a anunciarlo por los altavoces, señora —dijo el empleaducho y se dio vuelta, dando por terminada la conversación.

El zángano de la computadora le lanzó a Olga una mirada burlona, antes de ponerse otra vez a hablar pavadas con su compañero.

Esta vez Olga no se tomó la molestia de acercarse a la abertura. Estrelló su puño repleto de anillos contra el vidrio y gritó:

—Pero qué se creen, ustedes, manga de inútiles, me vienen a tratar así.

Mocoso insolente. “Señora”, le repetía todo el tiempo, como si fuera una viejita con bastón. ¡A ella, que se mataba con la dieta de los Mayas, y tres veces por semana hacía los ejercicios de aerobics de Catherine Fulop! Nadie le daba la edad que tenía. Los hombres todavía le gritaban cosas por la calle.

—¡Y vos también, badulaque, qué carajo mirás! —otro puñetazo—. ¡Cómo quieren que me entere, si con esos parlantes no se entiende nada!

* * *

La Yeni apoyó la cabeza contra la cadera de Javi, que miraba las tapas de los diarios y revistas en el kiosco. Ataque suicida en Irak: 42 muertos. Maestra asesinada frente a sus hijos en Ramos Mejía. Inundaciones en La Pampa. Sequía en El Chaco. Con las tetas tapadas con la punta de los dedos, Luli Salvatierra declaraba que era una chica de hogar y que le gustaría tener muchos hijitos.

La Yeni refregó la cabeza como un gato contra el costado de Javi, que le acomodó con la mano derecha una de las colitas. A la mano izquierda la llevaba metida en el bolsillo, todo el tiempo, porque en realidad no tenía mano, sino un muñoncito con uña que jamás mostraba en público, bajo ninguna circunstancia. Lo llevaba así, como al descuido, pensándose que nadie se daba cuenta.

Pero el dueño del puesto de revistas sí se daba cuenta, y no le sacaba la vista de encima, ni a él ni a la Yeni, como si fueran dos especímenes de los que más valía cuidarse. Por la poca diferencia de edad supuso que eran hermanos, y meneó la cabeza pensando en los padres que podían haber traído al mundo a semejantes ejemplares: un deformado y una mogólica. ¡Sin un centavo además, ya que por lo visto no tenían la menor intención de comprar nada!

Su severa mirada se encontró con los ojos almendrados de la Yeni, que sonriendo de oreja a oreja le preguntó:

—¿Cómo te llamá?

* * *

—¡Vos me tomaste por estúpida a mí, yaguá pirú, argentino cuné! ¡A mí me vas a hablar con más respeto, qué te creés!

Varias personas se detuvieron a presenciar la trifulca y muchos se pusieron del lado de Olga, sin saber qué pasaba, sólo porque desafiaba a una figura de autoridad.

—Nosotros no podemos hacer llegar el micro más rápido, señora.

—¡Kurepa murabú! ¡Nde-añarakó peguaré!

De pie contra una columna, el policía de guardia en ese sector levantó la vista de su celular y sabiamente decidió no intervenir. El Yoni se abrió paso entre el gentío para ver qué pasaba. Luego salió corriendo hacia el puesto de revistas.

—¡Javi, Javi! ¡Mamá se está peleando otra vez!

* * *

—*Señores pasajeros, Expreso Iberá les informa que estamos arribando a la ciudad de Buenos Aires. Les rogamos permanecer en sus asientos hasta que la unidad ingrese en la terminal y se detenga por completo. Expreso*

Iberá les agradece por habernos elegido y esperamos nuevamente…

Hubo un pequeño acople hacia el final de la transmisión. El Auxiliar de a bordo apagó el micrófono y trepó en dos saltos los escalones hasta el piso de arriba. Avanzó por el pasillo esquivando a los pasajeros, que ya se habían puesto de pie para sacar sus bártulos del portaequipaje. A nadie pareció importarle la directiva de permanecer sentados que acababan de recibir, ni al Auxiliar de a bordo le pareció importante hacerla cumplir, una vez que la hubo emitido. Era un joven larguirucho, en mangas de camisa y corbata verde, que no se detuvo hasta llegar a la última fila, donde su pasajera favorita miraba a través de la ventanilla.

Ya habían dejado atrás los barrios residenciales de la Zona Norte y ahora rodaban entre torres de cristal con logotipos en el piso superior: Movistar, Claro, IBM. Algunas estaban en construcción todavía, con el esqueleto a la vista y grúas adosadas como inmensos mamboretás.

—Está tremendo, eh —dijo el Auxiliar de a bordo.

Se refería al tráfico.

—Sí —María sonrió tímidamente.

En efecto, el micro de Expreso Iberá avanzaba con una lentitud exasperante entre el cardumen de taxis, de autos particulares y de otros micros, que después de recorrer cientos o miles de kilómetros por las rutas del país, ahora se movían sólo unos metros en cada semáforo.

—A esta hora ya deberíamos haber llegado —dijo el muchacho, sin saber qué más comentar.

Era un correntino jovencito que había quedado flechado con ella apenas la vio subir, el día anterior, en la terminal de Posadas. A cada rato venía a ofrecerle un vaso de café o de gaseosa, y cuando el asiento de al lado quedó libre se sentó a conversar.

—¿Primera vez que venís a la Argentina?

—Estuve en Misiones un par de veces.

—Ah, sí, pero nada que ver con acá…

Sin proponérselo adoptaba la actitud condescendiente de todos los argentinos, que toman a los paraguayos por unos primitivos que se quedan con la boca abierta cuando ven cualquier cosa moderna.

—¿Viene alguien a buscarte a la terminal?

—Mi tía. Voy a quedarme en casa de ella por un tiempo.

* * *

Los micros de dos pisos entraban y salían de las dársenas. Familiares y amigos se despedían agitando los brazos o corrían a recibir a los que llegaban. Los maleteros empujaban zorras cargadas de bolsos y valijas. El carrito del panchero se abría paso como un

rompehielos entre la marea humana, desplazando por un momento el olor a diesel y asfalto caliente por el aroma a salchichas hervidas y carne asada.

—¿Me comprás un pancho, Javi?

Siempre se la agarraba con él, porque su madre ni siquiera le contestaba, y hasta era capaz de darle un soplamocos si se ponía muy pesado.

—¡Dale, Javi! Porfi, porfi…

La Yeni seguía al lado de él, intimidada por el barullo. Ya recuperada de su ataque de furia, Olga fumaba junto a una de las puertas vidriadas que daban al hall. Se había puesto unos anteojos de sol enormes, como una estrella de rock que trata de evitar el acoso de sus fans.

—Porfi, Javi…

—¡Dejá de hinchar las bolas, Yoni!

En cierto modo le estaba agradecido, porque le daba una excusa para su malhumor. Un malhumor que ya llevaba 24 horas, desde el momento en que Olga le anunció que su sobrina venía a pasar una temporada con ellos.

¿Acaso le preguntó su opinión? ¿Lo consultó en algún momento, siendo que la casa era de él?

Javi rebuznaba de bronca, y con razón. Un pariente en casa termina tarde o temprano por ser un problema, y algo le decía que una piba como esta iba a ser un problema mayor al que él pudiera manejar.

* * *

—¿En que barrio vive tu tía?

—En González Catán.

—¡Ah! Pero eso es en el Conurbano… —dijo el Ayudante de a bordo, pero enseguida trató de arreglarla—. Quiero decir…

Un lindo muchacho, tal vez demasiado fino para su gusto, demasiado gurí, aunque tratara de aparentar más edad con el pelo engominado y poniendo la voz más gruesa de lo que la tenía.

—¿Conoce? —preguntó María, que insistía en tratarlo de usted.

—No. Escuché nombrar, en los noticieros…

Los edificios terminaron de golpe y ahora se aparecían al otro lado de la ventanilla las casas de bloques sin revocar de la Villa 31.

—*Nacho, Nacho*… —llamaban por el intercom.

No había tiempo que perder. Jugándose el todo por el todo, el Ayudante de bordo le dijo a María que cada dos semanas tenía un día de franco en la Capital.

—Si querés te llevo a conocer lugares más lindos de Buenos Aires.

San Telmo, los lagos de Palermo…

—¿De verdad? —se entusiasmó María, como una nena a la que le ofrecen una golosina—. ¡Me encantaría!

El flaco no lo podía creer. Se apuró a escribirle el número de su celu en un papel, que ya debía tener preparado.

—Tiene la característica de Curuzú Cuatiá. Podés mandarme un mensaje y yo te contesto al toque.

El micro maniobraba para entrar en la dársena. María guardó el papelito. Quién sabe, podía necesitarlo.

* * *

La mole de dos pisos traía los parabrisas enchastrados de insectos y los bordes salpicados con el barro rojo del Litoral.

Sonaron los pistones neumáticos. Las puertas se abrieron.

—¿Es esa, Javi? ¿Es esa de ahí?

—¿Y yo qué sé?

Olga había desparecido, y sin embargo era la única del grupo que podía reconocer a María, o ser reconocida por ella.

Un par de chicas bajaron del micro, aunque ninguna parecía ajustarse a la imagen de la nena en aquella foto sobre la repisa.

—Pancho Paty Sánguche de mila ca-len-ti-tooooo…

Casi a lo último bajó una muchacha con un vestido rosa sencillo y una mochila chica, tipo escolar. Tenía la piel dorada y el pelo más bien rubio, atado en una coleta no muy tirante. Miraba alrededor con unos ojos claros que no se podían creer.

—¡Tía!

Era ella nomás. Olga apareció de atrás de una columna, se dejó abrazar y dar un beso.

—¡Qué grande está! —dijo María, refiriéndose al Yoni—, era un bebé la última vez que le vi.

Tuvieron que correrse para dejar pasar el carrito del maletero.

—¿Cómo te llamá? —dijo la Yeni, medio escondida detrás de Javi.

—Yo soy María, tu prima de Paraguay.

—Él es Javier, mi marido —Olga se apuró a terminar con las presentaciones—. ¿Tenés el ticket de tu valija?

—No, si traje esto nomás.

Su tía se quedó desconcertada al ver la pequeña mochila.

—¿Eso solo?

Es verdad, no parecía alguien que acababa de hacer un viaje de larga distancia, sino más bien una chica que sale a dar una vuelta por el barrio.

Olga dijo:

—Vamos yendo.

* * *

Cruzaron el hall. Pasaron delante del kiosquero malhumorado, que siguió con la vista a la Paraguayita.

Aunque no iba a viajar a ningún lado, Javi sí había traído un bolso, un bolso chiquito con una publicidad de Bayer, del que sacó una especie de tubo oxígeno, una manguera y lo que parecía una máscara antigás de la Primera Guerra Mundial.

María lo miró maniobrar con esos chirimbolos usando sólo la mano derecha, mientras mantenía la otra obstinadamente en el bolsillo.

—Son cosas de su trabajo —dijo su tía, como si eso explicara algo —. Vamos a esperarlo por la salida del costado.

* * *

La Fiat Fiorino de Matanza Express estaba estacionada en el espacio reservado a los vehículos de emergencias, bomberos, ambulancias. Javi llegó corriendo, abrió las puertas de la caja (en la que estaba ploteada la fotografía gigante de una rata) y arrojó dentro parte del equipo que se acababa de poner.

Rechinaron los neumáticos sobre el asfalto. El furgoncito giró en una amplia medialuna hasta la garita de la entrada.

—Gracias, gaucho —le dijo al morocho de seguridad, que sin preguntar nada levantó la barrera—. Nos vemos, papá.

Era su truco para no pagar estacionamiento. En cada edificio había un restaurant, una cafetería o una zona de elaboración de alimentos, y al verlo pasar tan decidido los empleados del parking pocas veces se atrevían a preguntarle quién lo había llamado y adónde se dirigía exactamente. Y en caso de que un guardia se tomara demasiado en serio su tarea, a Javi le bastaba con pelar su credencial de Matanza Express y exhibirla como si se tratara de la chapa del FBI para que el paso se le franqueara.

Se detuvo en la salida lateral de la Terminal. A María le dio miedo la foto en el costado de la caja. Los chicos se rieron cuando preguntó si había ratas muertas adentro.

—Suban, suban —dijo Olga—, rápido que estamos mal estacionados.

* * *

Viajaron algo apretados. El Yoni se sentó en las rodillas de su madre y la Yeni a upa de María, que había quedado en el medio.

—Arrancá de una vez, ¿querés? —dijo Olga, cuando aún no había ni cerrado la puerta.

Con el embotellamiento del mediodía tardaron un buen rato en llegar a la autopista. Una vez arriba, Javi pisó el acelerador y comenzó a sortear vehículos como en un juego de video. El rosario colgado del espejo se zarandeaba en cada cambio de carril.

—¡No tan rápido!

—¿En qué quedamos? —protestó Javi, aunque su rebeldía sólo llegaba hasta ahí.

María ya estaba al tanto de que su tía se había metido con un hombre más joven, pero no imaginaba que podía ser *tan* joven. También había oído que el tipo tenía algún defecto de fábrica, sin saber exactamente qué.

Se hacía penoso ver los trabajos que se tomaba para no mostrar lo que sea que tuviera en la punta del brazo izquierdo. Para manejar tenía por fuerza que sacarlo para sostener el volante, aunque aun así se las ingeniaba para dejar el extremo oculto, bajo la manga de una campera varios talles más grande.

—¿Qué cancha es esa, Javi? —preguntó el Yoni—. ¿La de Boca?

La autopista corría a la altura de los techos de las casas y las copas de los árboles, que se extendían entre edificios de diez o quince pisos.

—La de San Lorenzo.

—¿Y la de Boca dónde está?

En el piso había quedado la mochila de María, que miraba todo con una sonrisa bobalicona. Olga no sabía qué pensar de su sobrina: o era una tonta completa o tenía una sangre fría a toda prueba.

—¿Cómo te llamá? —preguntó por enésima vez la Yeni, y María le hizo cosquillas en la panza.

Algo no andaba bien, pensó Javi. ¿No sería más natural, entre parientes que no se ven en mucho tiempo, que las dos hablaran hasta por los codos, que Olga preguntara cómo estaba la tía mengana o zutana, que le dijera a María Mirá, allá está la iglesia tal y tal, ese es el Parque Chacabuco, aquella la sinagoga?

Prip —sonó el nextel en el tablero—, *Javi, Javi… ¿me escuchás?*

Prip Sí, Dorita.

Prip *¿Te falta mucho para desocuparte?*

Pasaron por un puesto de peaje y luego por otro. A esta altura la autopista iba al nivel del suelo, entre franjas de césped bien cuidado. Había menos tráfico, los ocho carriles se habían convertido en seis. Los autos bajaban por las salidas laterales, pronto les llegó el turno a ellos.

—Ya estamos más cerca.

Sobre el horizonte se alzaba una construcción curiosa, una especie de galpón rodeado de torres finitas como agujas. María pudo verla de

frente y de costado cuando pasaron con la Fiorino. En la punta del capitel más alto había una estatua dorada, un ángel con las alas extendidas.

—Es la iglesia de los mormones —le dijo Javi.

—Ah...

María comentó que en Encarnación también había un templo de los Santos de los Últimos Días, aunque mucho más chico. Igual reconocía el estilo, y lo que significaba la figura alla arriba: el Ángel del Apocalipsis, que toca la trompeta anunciando el fin del mundo.

* * *

En el arco de fierro, el cartel marcaba el comienzo del lento degradé urbano.

BIENVENIDOS AL PARTIDO
DE LA MATANZA

No al principio. Los chalets de Ciudad Evita se veían casi tan elegantes como los de la Capital, aunque el asfalto aparecía ya un poco más agrietado, las veredas un poco menos limpias. A las señales de tránsito les hubiera hecho falta algo de mantenimiento, y los semáforos parecían de cumplimiento opcional.

Pasando la rotonda de la Ruta 21 se sumergieron en un entorno aún más feo y descuidado. De un lado las vías del Belgrano, del otro unos pastizales salvajes, de los que sobresalían neumáticos viejos, pilas de escombros, algún auto abandonado. Se sucedían galpones, talleres mecánicos, un corralón de materiales.

Javi se preguntaba qué pensaría María de todo lo que estaba viendo, y trataba de adivinarlo estudiando sus reacciones por el espejo retrovisor. Tenía los ojos de un verde profundísimo, la Paraguayita. ¿O eran celestes? Hubiera querido llevarla a un lugar más lindo, siendo esta su primera visita a Buenas Aires.

María se dio cuenta de que la miraba y le sonrió.

—¡Cuidado, Javi!

Hubo una frenada y un volantazo.

—¡Casi nos matamos!

—Lo vi, lo vi…

Un tren de vagones maltrechos y pintarrajeados se les puso a la par, sobrepasándolos en el semáforo siguiente.

Prip *Javi, Javi…*

Prip Sí, Dorita. Ya estoy pegando la vuelta.

Prip *Metele que se juntaron varios pedidos. De la panadería La Espiga ya llamaron dos veces.*

Prip Okey.

La urbanización se fue haciendo otra vez más densa, a medida que se acercaban a Laferrere. Más autos, más colectivos, más ruido.

—¡Cuánta gente! —dijo María y el comentario, no por obvio, dejaba de tener validez. Una verdadera multitud cruzaba de un lado a otro de la ruta, o de un lado a otro de la Avenida Luro. Muchedumbres esperaban en fila el colectivo o la combi trucha a Capital, muchos corrían para alcanzar el tren.

Todavía les faltaba el tirón hasta Catán, pero Olga dijo que mejor las dejaran ahí.

—No hagás esperar más a tu jefa, Javi, que demasiado bien se portó. Nosotras seguimos en un cero-cincuenta.

—Está bien, las llevo —porfió Javi, pero cuando Olga tomaba una decisión era inútil insistir. Aprovechando que se habían parado detrás de un colectivo dijo:

—¡Todos abajo, vamos! ¡Rápido, rápido!

* * *

Se perdieron entre el gentío, frente a la plazoleta del Mc Donald's. Javi dobló por Luro para el lado de la ruta 3.

Fue masticando bronca durante todo el viaje. Para empezar, ¿de dónde sacó que él era su marido? Dos veces lo dijo. La primera vaya y pase, porque estaba discutiendo con los empleados de Expreso Iberá, pero después, cuando se lo presentó a su sobrina, le dijo "Este es Javier, mi marido". Hasta donde él sabía, jamás se habían casado. Que vivieran en la misma casa no quería decir que fuese su marido.

Prip Atento atento Dorita...

Prip *Sí, Javi, adelante.*

Prip Ya estoy en camino. ¿Querés que pase por base o voy directamente a La Espiga?

Prip *No, la Espiga ya se la pasé a Juan Carlos. Vos hacete urgente El Buen Chorizo que les está por caer una inspección.*

* * *

—¿Lo trajiste?

Ahora que estaban solas, Olga no podía ocultar su ansiedad. No había tiempo que perder, tenían que sacarse de encima esa papa caliente cuanto antes.

—¿Está ahí? —señaló con el mentón la mochila de su sobrina, que había quedado al lado de la cama.

Mirando para abajo, María extendió la mano por la falda de su vestido, alisando una arruga inexistente.

—¿Cómo que no? —Olga pasó de la alarma al estupor—. ¿Qué hicieron con la plata que les mandé?

—No hubo tiempo para nada, tía. Cuando mamá le llamó yo ya había salido para la Terminal. Si me vine así como estaba, con lo puesto nomás.

Debía ser cierto, y sin embargo resultaba difícil creerle. Será porque lo contaba con ese tono de víctima, multiplicando las excusas.

—En el colectivo a Posadas había un tipo que me miraba todo el tiempo, yo no sabía si me estaba siguiendo o si...

Olga corrió la cortina y miró para afuera, sin preocuparse ya de si alguien estaba espiando sus movimientos.

—Aparte tuve miedo, tía. En la frontera tienen perros que olfatean las valijas...

—¿Y qué le hace que tengan perros? Si los taxistas están arreglados con Gendarmería, pasan las valijas sin que los revisen.

—Pero esto no es un cartón de cigarrillos, tía, o una caja de Gilletes, que si lo encuentran se lo sacan y no pasa nada...

Olga frunció la boca cuando escuchó a su sobrina decir *cigarríos* y *iiilé,* con pronunciación exageradamente paraguaya. Ella se había sacado el acento apenas llegó a la Argentina, aunque cuando se enojaba le volvía a salir.

En fin, de sólo pensar en las precauciones que tomó esa mañana, y el miedo que pasó durante el camino, se sentía doblemente estúpida.

—¿La plata la trajiste, por lo menos?

* * *

Pasadas las dos de la tarde, la actividad en El Buen Chorizo había dejado atrás su punto más crítico, aunque seguía llegando gente. Un adolescente picado de acné, con delantal y gorrito rojo, retiraba los vasos descartables y las servilletas con restos de ketchup de las mesas recién desocupadas. Al otro lado del mostrador la cajera decía:

—Por cincuenta centavos más puede llevarse un vaso XG, y por un peso con cincuenta…

El olor a carne chamuscada y a fritanga era tan denso que se podía raspar con una espátula. Javi carraspeó.

—Buenas tardes. De Matanza Express.

Al revés de cuando trataba de garronear estacionamiento, al presentarse en un trabajo de verdad disimulaba lo más posible su condición de exterminador, sobre todo si se trataba de un lugar con atención al público.

—Damián, este muchacho viene de…

Sin dejar de hablar por el celular, el dueño le indicó a Javi que entrara.

—¿Qué pasó que tardaron tanto, che? Llamé hoy temprano.

El problema de El Buen Chorizo eran las cucarachas. Por más cuidado que pusieran, era imposible que alguna no se colara de vez en cuando en un cono de papas fritas o en un sánguche de mila. El departamento de bromatología los tenía en la mira, diga que él tenía un contacto en la muni que le avisaba cuando estaba por caer una inspección.

—Necesito algo que las saque ya mismo —dijo el dueño, señalando los numerosos ejemplares de *blatella germanica* que correteaban por la cocina, los azulejos y el mármol agrietado de la mesa de elaboración.

—Tratamos de matarlas raid con raid y pegapega, y nada.

—¡Tan por todos lados! —agregó una mujer que daba vuelta las hamburguesas en la plancha.

Javi les dijo que había un producto capaz de exterminarlas en el lapso de unos pocos minutos, incluso a las más escondidas, pero por razones de seguridad necesitaban cerrar y sellar el local al menos doce horas.

—Imposible. Estamos hasta las manos. Como mucho puedo cerrar hasta las siete.

—Es que, por una cuestión de seguridad…

Una cucarachita bebé se acercó al borde de la mesada y se puso a agitar las manos y las antenitas, como si supiera que hablaban de ella y tuviera algo que decir.

—Vos hacé lo que tengas que hacer —dijo el tal Damián—. Después vemos.

* * *

La tensión vivida durante esa mañana le dejó a Olga una contractura que le atravesaba la espalda. Mandó al Yoni a la farmacia a buscar un parche poroso y unas barritas de azufre. Ella no hubiera podido ir aunque quisiera: había tenido una pelea con el imbécil del farmacéutico y ahora tenía prohibida la entrada.

—Y de paso pasá por lo de Marcos y decile a ver cuándo viene a arreglar el termotantanque.

—¿Marquitos, el amigo de Javi?

—¿Qué otro Marcos conocés?

María se animó al fin a bajar. Sabía que tía Olga era temperamental, pero no rencorosa, y esperaba que para entonces su ataque de furia se hubiera disipado. Además, ella le había asegurado que su mamá ya había mandado de nuevo el dinero por Western Union, o lo estaba por mandar.

En efecto, para cuando bajó otra vez a la cocina su tía estaba

mucho más tranquila, aunque el dolor de espalda la tenía a mal traer.

—Deje que le ayudo, tía.

Con lo tarde que era prepararon algo liviano, un arrocito con unas milanesas de soja y una ensalada de lechuga y tomate.

—Siempre cocino comida sana, por Javi. Él es muy delicado de estómago.

—¿Ah, sí?

—Todos los días le preparo un táper para que se lleve al trabajo, si no él lo único que come es esa comida chatarra que venden los lugares donde va a desinfectar. Por más que le insisto, no se quiere cuidar. Parece un chico.

"Porque *es* un chico —pensó María—, al menos para usted".

—Es un muchacho muy capaz. Con una sola mano puede hacer más que la mayoría de la gente con dos. Cuando entró a trabajar en la empresa de control de plagas no sabía ni jota del tema, pero se puso a leer manuales, a buscar información por Internet…

Henchida de orgullo, Olga contó que Javi era ahora el mejor exterminador de Matanza Express. La dueña lo trataba como si fuera de la familia, y hasta le dejaba usar el vehículo de la empresa fuera del horario de trabajo. Eso le permitía ir y venir todos los días lo más tranquilo, ahorrándose la plata del colectivo y la incomodidad de tener que viajar como ganado en las horas de más tráfico.

Algo aburrida, María echó un vistazo a la casa donde había ido a parar. Una casita común, con todo lo necesario pero sin ningún lujo, en un suburbio nada interesante. Por la ventana se veía un jardín de pastos crecidos, en el que se secaba ropa de una cuerda, junto a una pileta de lona con agua hasta la mitad.

—Cuidá las milanesitas mientras la hago hacer pis a la Yeni, si no ella se olvida. Vení, Yeni. Vamos a hacer pichí.

—¡No!

Desde el baño, Olga siguió haciendo el elogio de su marido, dejando bien en claro que ella, por supuesto, tenía mucho que ver en ese éxito.

—La mujer es la columna central de una casa, y si un día esa columna llega a faltar…

—¡Tá fría! —protestaba la Yeni, mientras su mamá le lavaba el culito en el bidet.

—Bueno, mamita, esperá que pronto vamos a tener agua caliente de nuevo… ¿Qué es ese olor?

Hubo que abrir la ventana para dejar salir el humo.

—Ay, tía. Perdón…

Qué chica más tonta, por Dios. Olga se contuvo para no decirle lo que pensaba.

El Yoni volvió con el pedido de la farmacia.

—¿Lo pasaste a ver a Marquitos?
—Sí.
—¿Qué dijo del termotanque?
—Dice que ahora está ocupado. Capaz viene más tarde.
—¡Ese borracho sinvergüenza!

* * *

A las dos y media de la tarde los últimos clientes de El Buen Chorizo fueron invitados a irse. Sin sacar nunca la mano del bolsillo, el exterminador de Matanza Express dirigía las operaciones: guardar los alimentos, poner a resguardo las ollas, sartenes y demás utensilios, sellar con cinta de empaque puertas y ventanas, tapar los ductos de ventilación. Javi calculó a ojo el volumen de la cocina, la zona de atención al público y demás dependencias, y trajo de la camioneta las garrafas de zyfenotrina que hacían falta.

—Ahora, todos afuera.

Sólo quedó él para activarlas. No se puso la máscara, sólo desprendió los seguros y contuvo la respiración mientras el humo blanco iba saliendo de los cilindros.

Una de las empleadas había quedado afuera para echar llave.

—¿Y ahora?

—Hay que esperar al menos doce horas para entrar de vuelta.

Sin embargo, cuando esa tarde pasó a cobrar el servicio, El Buen Chorizo estaba abierto y funcionando a pleno.

—Viste como es —dijo el dueño—. Si dejo que los clientes se vayan a la competencia, después por áhi no vuelven.

—Claro —dijo Javi, que de todos modos no podía ponerle una pistola en la cabeza si el tipo no quería cerrar.

Todavía se notaba el olor al producto, mezclado con el aroma de las hamburguesas a la plancha.

—Susi, preparame una doble completa para el amigo, con un cono de fritas. Nada, nada, gentileza de la casa. ¿Ketchup o Savora?

* * *

La llegada de la Paraguayita causó conmoción en el barrio.

—¡Mamaza! ¡Diosa!

Los vagos que paraban frente al boliche de la vieja Gómez se pusieron como locos cuando la vieron pasar con la Yeni, camino de la verdulería.

—¡Matame si no te sirvo!

La noticia corrió como reguero de pólvora. Al rato nomás cayó Marquitos, ese borracho sinvergüenza, con la caja de herramientas a

reparar el termotanque.

—Acá está el repuesto de la termocupla —le explicaba Olga—, dijo el hombre de la ferretería que se podía cambiar si no era la medida…

—Ah, sí, claro … —decía Marquitos, que emitió un prolongado silbido cuando María entró en el comedor—. Bueno bueno bueno… ¿Qué tenemos por acá?

María se quedó en el hueco de la puerta, sin saber si seguir o pegar la vuelta, tan intensa era la mirada del recién llegado y tan obvia su actitud.

—Oiga —protestó Olga—, ¿me está prestando atención lo que le digo?

* * *

En la oficina de Matanza Express Javi confeccionó la planilla con los trabajos del día y rindió el total de la recaudación, menos el combustible y los gastos.

—¿No hubo problemas en El Buen Chorizo? Estaba desesperado que no ibas.

—No, todo bien. Le cobré el extra de servicio urgente.

—¿En serio? —Dorita miró las cifras en la planilla—. ¿No protestó?

—Naaaa… Ni se fijó. Cuando me iba me regaló una hamburguesa.

Dorita y Alenka le festejaron la picardía. Era cierto lo que Olga decía, en Matanza Express trataban a Javi como de la familia. Había sido una empresa familiar, en otros tiempos, pero con el marido de Dorita retirado y los hijos dedicados a otras actividades, Javi ocupaba ahora el puesto de exterminador principal. Se lo había ganado. Era por lejos el más amable con los clientes, el más confiable con la plata, el primero en llegar y él último en irse.

—¿Un mate, Javi? —le ofreció Alenka, la secretaria, una muchacha flaquita y muy tímida que estaba enamorada de él.

—Buenísimo, Ale. ¿No quedó nada para hacer, hoy?

—Un domicilio particular, en Ramos Mejía, pero lo pasé para mañana —Alenka sonrió detrás de sus anteojos.

—¿Dónde es?

—En la calle Humbolt, cerca del Don Bosco.

—Es acá cerca. Puedo hacerlo ahora.

—¿Te parece? —dijo Dorita.

—Sí, sí, así mañana arranco temprano con el servicio en La Mamadera.

—Bueno, si a vos te parece…

Javi anotó la dirección y Salió. Se despidió hasta el día siguiente.

Ya no iba a pasar por allí esa tarde.

Cuando se fue Dorita comentó, meneando la cabeza:

—Este Javi, este Javi… Con tal de no volver a la casa, cualquier cosa.

* * *

Marquitos seguía desarmando y desplegando las piezas del termostato sobre la mesa de la cocina: las tuercas, la virola, el inyector… Su principal interés, sin embargo, estaba puesto en María, que ayudaba a su tía a preparar la cena y no le daba ni la hora.

—¿Qué tal estuvo el viaje desde Paraguay? ¿Unas cuantas horas, no?

Silencio.

—Para colmo la ruta está siempre hasta las manos.

Más silencio.

—¿Trajiste marihuana?

María interrumpió el picado de la zanahoria y miró a su tía, como esperando que le dijera qué debía contestar.

—¡Pero usted qué se piensa —estalló Olga—, que los paraguayos somos todos narcotraficantes!

—¿Por qué no, si de eso viven? —dijo Marquitos—. Es la principal industria del Paraguay, la falopa y el contrabando de electrónica falsificada a la Argentina.

—¡Falopa, falopa! —gritó la Yeni.

A María le costaba creer que su tía permitiera que alguien le hablara así, encima en su casa.

—A ver si se deja de decir estupideces y se apura un poco.

—¿Es mentira lo que dije? ¡Si el mayor capo de la droga de la Zona Oeste está acá a diez cuadras!

—¿Domínguez? Ese no es paraguayo.

—No, claro. Yugoslavo es.

—Los paraguayos tienen que venir acá porque son los únicos que trabajan en este país.

—Bla, bla, bla, bla…

—Si los argentinos son todos unos inútiles que lo único que saben es vivir de los planes sociales.

—Si yo fuera presidente haría un muro y no dejaría entrar a ningún paragua más —dijo Marquitos, y guiñándole un ojo a María agregó—, aunque en tu caso haría una excepción.

—Presidente de Alcohólicos Anónimos, va a ser usted. A ver cuándo termina de arreglar ese termotanque, que hace una semana que estamos sin agua caliente.

—Agua caliente, agua caliente…

—Y deje de hacerse el galán, ¿quiere? Quién le va a llevar el apunte, con la facha que tiene.

—Tanto lío por el agua caliente…

—Kurepa engreído…

—Si hasta hace poco se lavaba en una palangana, con agua podrida del Riachuelo…

Rechinando los dientes, Olga dio medio vuelta y se fue. Qué podía hacer, lo necesitaba. El termotanque tenía muchas piezas chiquitas y Javi, por más hábil que fuese, había cosas que con una mano sola no las podía hacer.

* * *

—Buenas tardes, de Matanza Express.

—¿Quién? Ah, sí… Espera que ya bajo.

Era uno de esos edificios en los que, por seguridad, ya no se podía abrir la puerta de entrada con el portero eléctrico. Javi suspiró, pensando en cuanto iba a tardar esa viejita en bajar desde el octavo piso.

Una mujer con un tapado de piel de imitación que salía del ascensor le dio la oportunidad de colarse.

—Está bien, ya me abren —dijo Javi por la rejilla en la pared, y se escurrió antes de que la mujer del tapado pudiera cerrarle la puerta en la cara.

Subió en un ascensor de esos antiguos, con puertas de tijera. En el espejo vio su rostro, algo cansado por el trajín del día. Se preguntó qué impresión se habría llevado la Paraguayita de él.

4, 5, 6…

Se paró bien derecho, para parecer más alto, se acomodó el mechón de pelo que le caía sobre la frente con calculada rebeldía. No estaba nada mal, después de todo. Si no fuera por la mano…

La viejita lo estaba esperando al final del pasillo. Era chiquita, de pelo blanco y ojos claros y vivarachos.

—Buenas tardes, Señora. De Matanza Express.

—Ya sé, hombre. Pasa, pasa.

El departamento tenía un aire de película de época, por la alfombra, la lámpara, los muebles de madera tallada, las fotos en blanco y negro.

—¡Qué linda casa!

Decía eso en casi todos los lugares a los que iba, pero esta vez era verdad. No sabía dónde apoyar la caja con los instrumentos, ni dónde ponerse él mismo.

—Dejá acá, sobre este banquito—dijo la señora—. ¿Querés tomar algo? ¿Un vaso de Coca Cola, o un té?

A Javi aún le quedaba un regusto a la hamburguesa con zyfenotrina.

—Un té estaría bien.

—Sienta, sienta —dijo la viejita—. Poné cómodo que ahora traigo.

* * *

Marquitos estiró el arreglo hasta cualquier hora. Durante la cena (a la que él mismo se invitó) hizo reír a los chicos con sus payasadas y se mostró especialmente obsequioso con María.

—¿Por qué no termina con el termotanque de una vez?

—Ya terminé. Necesito que venga Javi para ayudarme a subirlo otra vez a la tarima.

—¿Y para qué lo bajó?

—No tiene sentido que se lo explique, Olga. Igual no lo va a entender.

Marquitos le sirvió otro vaso de cerveza a la Paraguayita, que al principio había dicho que no tomaba y después se bajó casi toda la botella.

—¿Cómo es el lugar donde vivías?

—¿Encarnación? Una ciudad chica, al lado del Paraná. Antes nos íbamos a bañar todas las tardes con mis hermanos, pero ahora está muy contaminado.

Javi no apareció hasta pasadas las once, diciendo que no tenía hambre.

—A mí no me engañas —dijo Olga—. ¿Te pensás que no sé dónde estuviste?

Marquitos y María se quedaron en suspenso. Pensaron que iban a verse envueltos en una escena de celos de las fuertes.

—¡Comiendo porquerías por ahí, seguro! ¡Comida chatarra! ¡Por eso andás con la panza reventada después!

Ni se le pasaba por la cabeza que hubiera estado con otra mina, y hubiera sido lo más natural.

María ayudó a su tía a lavar los platos. Javi y Marquitos subieron otra vez el termotanque, sosteniéndolo uno de cada lado. Javi usaba el brazo derecho solamente, empeñándose en tener el muñoncito embutido en el bolsillo todo el tiempo.

—Dale man, pelá el brazo biónico también —le decía Marquitos—. ¿Tanto miedo tenés que te lo vean?

* * *

No, Olga no tenía miedo de que Javi la estuviera corneando. En

eso podía quedarse tranquila, porque cada noche lo exprimía de tal forma que difícilmente le quedara energía para otra mujer.

Esta noche no fue la excepción, por más que al principio Javi se hiciera el dormido y tratase de esquivar el bulto. Demasiado tarde: Olga ya había echado llave a la habitación matrimonial y había puesto el compilado de música de los '80, señal para que los chicos no vinieran a interrumpirlos aunque la casa se prendiera fuego.

No lo dejó en paz hasta que sonó por segunda vez *Qué hago en Manila*:

Todo el tiempo,
Quiero estar enamorado…

—Abrazame —le ordenó cuando quedaron en cucharita.

Con el control remoto apagó el equipo.

—Sos hermoso, Javi. Sos tan fuerte, sos el mejor hombre que tuve en mi vida.

En otros tiempos Javi se había sentido halagado por elogios como esos, pero ahora le resbalaban como un huevo sobre una sartén de teflón. Los pelos de Olga se le metían en la boca, su perfume le saturaba la nariz.

—Abrazame más…

Para no caer en el más profundo hastío, Javi cerró los ojos y trató de imaginarse en otro lugar, con otra persona. En su mente medio adormecida se dibujó la mirada de María, la sonrisa de María, las caderas de María bajo el vestido rosado.

Sin darse cuenta comenzó a respirar más fuerte y a apapacharse contra ese cuerpo que hasta hace un momento rechazaba.

—¿Otra vez? —susurró Olga, gratamente sorprendida—. Tigre, me vas a matar.

* * *

En su sueño María aún trataba de escapar de Encarnación, y cada vez que se daba vuelta veía al tipo de camisa amarilla siguiéndola: por la Avenida Bernardino Caballero, en el autobús, sobre el Puente Internacional e incluso después de pasar la aduana. Era un tipo de unos cuarenta años, que daba miedo nomás de verlo.

—Agente, hay alguien que me sigue.

—¿Adónde?

Un sueño con olor a gas-oil y mochilas que podían ser revisadas a cada momento. Un sueño absurdo, como todos los sueños, con calles que eran a la vez Encarnación y González Cátan, y aullidos de lobo en la distancia.

María despertó, sin saber dónde estaba ni si había pasado el peligro. La luz de la calle entraba por la ventana, iluminando el cubrecama del Hombre Araña y los juguetes del Yoni.

—Auuuuuuuuuuuu…

Estaba despierta, sí, lejos de Encarnación, a salvo. Sin embargo, los aullidos seguían.

¿Es que acaso se había vuelto loca? ¿Había lobos en Buenos Aires?

* * *

También a Javi lo despertaron los aullidos, o el ardor de estómago que lo partía a la mitad. Necesitaba urgente una ranitidina 300, un omeprazol, el primer antiácido que encontrara. Olga roncaba a la pata suelta, despatarrada en mitad de la cama. Eso tenía de bueno, al menos: una vez que se ponía en off no se despertaba ni a cañonazos.

Caminó descalzo hasta la cocina. Buscó en la cajita de los remedios y se zampó un par de cápsulas. Las bajó con un largo trago de agua fría que tomó directamente de la canilla.

Hacía un calor pegajoso. El verano se estaba prolongando más de lo habitual. Ni con la ventana abierta corría una gota de viento.

—Tenemos que comprar un split —había dicho Olga.

Así es como llaman ahora al aire acondicionado, parece.

—En Garbarino los dan en doce cuotas. Ahora que casi terminamos de pagar el plasma…

Los perros del tano Vicente, que se habían tomado un momento de descanso, arrancaron con renovada intensidad.

—Auuuuuuuuuuuu…

—Au-u-u-uuuuuuuuuu…

Pobres bichos. Javi abrió la puerta de calle y salió a tomar fresco en la vereda.

González Catán tenía fama de peligroso, pero su barrio era relativamente tranquilo. Su casa estaba a una media cuadra de la ruta 3, a la que desde hacía varios meses estaban ensanchando: de los dos carriles de siempre la estaban llevando a cuatro. Aquí y allá se veían máquinas enormes (una apisonadora de rodillo, una niveladora), vigiladas por un peón de Vialidad.

—¿Calor, eh?

Recién entonces vio a Don Méndez, que había salido a tomar un poco de aire él también.

—Sí.

Don Méndez conocía a Javi desde que nació. En otros tiempos Javi jugaba con sus nietos, que vivían en Capital y en verano venían a pasar varias semanas con él. La primera vez que la mamá de Javi se descompuso, fue don Méndez el que los llevó en su viejo Peugeot al

hospital. Iba tocando bocina y haciendo señas con las luces mientras Javi agitaba un trapo por la ventanilla. Pero una vez Olga discutió con él y ahora Javi sólo se atrevía a saludarlo si ella no lo estaba vigilando.

—Tenemos concierto, esta noche —dijo don Méndez, señalando con el mentón la casa del tano Vicente.

—Sí —dijo Javi, que estaba en cuero, sólo con los shorts de dormir. Al no tener bolsillo dónde meterlo, ocultaba el muñoncito detrás de la cintura.

Un rectángulo de luz se dibujó en medio de la calle Atalco. Se había prendido la lámpara de la pieza de arriba de su casa. Javi miró. La figura de María apareció en la ventana. Por lo visto ella tampoco podía dormir.

II

—¿Llamaste?

Olga se daba los últimos toques de máscara de pestañas frente al espejo del comedor. Tenía puesta una remera turquesa y los pantalones blancos que la tarde anterior colgaban de la soga.

—Todavía no, tía.

—¿Qué esperás? Decile a tu mamá que mande la plata de vuelta que la necesito.

Eran las cinco lucas del negocio que no se llegó a concretar, aunque con las comisiones de ida y vuelta seguro iban a sacarles una buena tajada.

—Es una lástima. Si no hubieras sido tan miedosa…

Por un rato no se escuchó lo que hablaban. La casa vibraba como por efecto de un pequeño terremoto. En la ruta debía estar pasando la aplanadora.

—Decía que es una pena que no te hayas animado. Te hubiera quedado una buena comisión.

—Perdón, tía.

Olga se calzó los zapatos dorados de taco aguja, los que le dejaban la cola super parada y una postura del torso inmejorable. Se miró de frente y de perfil en el espejo del comedor y sintió piedad por las demás mujeres. No mucha.

—Preparate algo livianito para cuando vuelva el Yoni de la escuela, un arrocito o un puré, y abrite una lata de arvejas. ¿Sabés abrir una lata, no?

—Sí, tía.

—A la Yeni levantala dentro de un rato. Durante el día no hace falta que esté con pañal, pero cada dos horas más o menos hacela ir al baño porque si no se olvida.

—No se preocupe.

—Y no te olvides de llamar a tu mamá. Al otro lado de la ruta tenés un locutorio. Acordate que tenés que marcar primero el cero cero y después la característica de Paraguay, si no no te vas a poder comunicar.

También ella la tomaba por una troglodita que no sabía ni usar el teléfono.

—Si lo deposita ahora lo retiro esta tarde en la oficina del correo de Laferrere.

—Sí, tía.

* * *

Prip *Javi Javi, ¿me copias?*

Prip Sí, Dorita, adelante.

Prip *¿Por dónde andás?*

Prip Voy por la ruta 3, a la altura del Hospital Paroissien.

No se había animado a subir. La vio ahí arriba, asomada a la ventana, como la princesita de los cuentos, y no tuvo el valor de ir a rescatarla. ¿Qué le costaba? Sólo hubiera tenido que salir al patio y subir por la escalera adosada a la pared de atrás.

—Cagón de mierda. Cobarde.

Podía haber ido a preguntarle cómo estaba, simplemente, ver si necesitaba algo. Después de todo, estaba en su casa.

Prip *Tengo dos para ahora a la mañana, mantenimiento en Cafetería La Coruña y en Romualdo's Pizza. ¿Tenés que pasar a buscar algún producto por base o tenés encima?*

Prip Tengo todo, Dorita. Cargué ayer antes de salir.

Prip *Buenísimo, Javi. Bien pensado.*

Prip Voy para allá directamente.

María parecía cohibida, esa mañana, durante el desayuno. Javi comprendió que lo había visto, la noche anterior, mirándola desde la vereda. Vaya a saber qué se pensó. Que la estaba espiando, que era un acosador o un pajero.

Como siempre, desayunaron con la televisión a todo volumen, aún cuando nadie la estuviera viendo. Una costumbre de Olga. Se pensaba que así justificaba lo que estaban pagando de cuota.

—*¿Cómo te cayeron las declaraciones de Gisela del Monte?* —preguntaba el conductor del programa de chimentos a su invitada—. *Ella te acusó públicamente de haber tratado de robarlo a su marido, incluso llegó a sugerir que vos ejercías las prostitución…*

—*No lo sugirió, lo dijo abiertamente.*

—*Lo dijo, es verdad.*

—*Mi respuesta va ser enviarle una carta documento a esta señora por medio de mi abogado, el doctor Matías Bevilacqua, para que ratifique o rectifique sus dichos y en base a su respuesta iniciar las acciones legales correspondientes.*

—Matías Bevilacqua es el hijo de un patrón que tuve cuando recién llegué a la Argentina —le contó muy orgullosa Olga a su sobrina.

—¿Ah, sí?

—Es un abogado muy famoso, el que defiende a todos los artistas. Su papá es abogado también, tiene su estudio en Laferrere.

Javi meneó la cabeza. Ya había escuchado esa historia un millón de veces. Basta que nombraran a ese picapleitos para que Olga sacara

relucir su antigua relación. Era su vínculo con el mundo de la farándula.

—Ahora vamos a un corte y cuando volvamos vamos a tener en vivo la respuesta de Gisela del Monte a lo que nos acaba de decir Charlotte Bianchiotti. ¡No se vayan! ¡Enseguida volvemos!

—Yoni, ponete el guardapolvo y salí para la escuela, que ya se te está haciendo tarde. Javi, no te olvides el táper con tu almuerzo. Te hice un suflé de espinaca con arroz integral, algo bien sanito para tu estómago.

¿No se cansaba de repetir todos los días lo mismo? Parecía que incluso lo remarcara con especial énfasis delante de su sobrina, para que viera lo bien que cuidaba a su maridito.

—Este verano disfrutá del sabor del verano con Fernet Chabona, el fernet con cola listo para tomar. ¡Fernet Chabona pega más!

La Yeni no se había levantado todavía. Iba a la escuela para discapacitados del Padre Mario, al otro lado de la ruta, aunque no la mandaban todos los días.

—¿Problemas digestivos? ¿Transito lento? ¡Probá con Activia, el yogur desarrollado por La Serenísima que recompone la flora intestinal!

El Yoni se largó una carcajada cuando María preguntó si habían escuchado los lobos la noche anterior

—¡Los lobos! ¡Los lobos, dijo!

—Yoni, no seas tarado.

—Son los perros de un vecino —le explicó Javi—, unos galgos que cuando está por salir a cazar los tiene dos o tres días sin comer para que corran más rápido.

Hablaba cómo si nada, pero los ojazos de María le taladraban el cráneo. Su belleza le producía un dolor físico.

—¡Pobrecitos!

—Sí. Ya lo denunciaron varias veces, pero hasta que los inspectores se deciden a venir…

—¿Querés tener una figura perfecta, mejorar tu postura y bajar de peso sin hacer ejercicio? Llegaron las zapatillas de Jesica Cirio, ergonómicamente diseñadas para moldear glúteos y abdomen con cada paso que das.

Javi salió marcha atrás con la Fiorino y al bajarse a cerrar el portón vio a María, diciéndole chau desde la ventana.

Prip *¿Pudiste al final hacer el domicilio de Ramos Mejía ayer?*

Prip Sí. Divina la viejita. Me invitó a tomar el té.

* * *

Después de dejar sus directivas Olga se calzó la cartera y salió. Cerró la verja y caminó por la calle Atalco sin llevarle el apunte a

nadie, sin mirar a los costados y sin saludar a los vecinos quienes, estaba segura, la observaban desde las ventanas de sus casas. Sin duda se preguntaban adónde iba y hacían sus conjeturas, despellejándola a conciencia. Peor para ellos. Olga sabía que eran sus mortales enemigos, desde que se juntó con Javi y se fue vivir allí, y ella les devolvía la gentileza ignorándolos olímpicamente.

En la ruta, las máquinas viales seguían operando. Un grupo de obreros de overol y casco amarillo desparramaban con las palas una carga recién volcada de hormigón. Olga pasó junto a ellos contoneándose como una pantera sobre sus Ricky Sarkany dorados, su cartera Luis Vuitton de La Salada y sus gafas espejadas, hecha una diva, una diosa, una Susana Giménez del Conurbano profundo.

Por los trabajos de ensanche todo el tráfico había sido desviado por la colectora de la mano de enfrente. ¡Ups! Ahí venía un 620 casi vacío. Tenía que apurarse si lo quería agarrar.

No fue nada fácil pegarse una carrera con tacos en un terreno como ese. Olga levantó la mano hacia el colectivo, pero cuando ya estaba por llegar su zapato se hundió en el ripio suelto.

—Ah…

Una puntada mortífera a la altura del hueso dulce. Olga se curvó, por poco no se va de boca al suelo.

—¡Espere! —suplicó, pero el 620 ya arrancaba—. ¡Chofer!

Unos negros de la construcción que iban en la caja de una Chevrolet le gritaron:

—¡Compresé un bastón, abuela!

* * *

A María le llevó un rato ordenar sus ideas. Su tía le había dejado la cabeza hecha un bombo. ¿Acaso se pensó que vino a Buenos Aires a ser su sirvienta?

En fin, no se parecía en nada a la tía Olga que ella recordaba de sus visitas a Encarnación, esa tía cariñosa que hablaba como una gran dama y traía regalitos para todos.

A las diez despertó a la Yeni y le puso a calentar la leche en un jarrito. Salieron un rato al jardín, si es que podía llamárselo así: un rectángulo de pasto rodeado de tapias de ladrillos. El único árbol era un ciruelo de ramas casi peladas. Junto a la pileta de lona había un montón de arena tapada con ladrillos para que no se desparrame.

—¡Midá! ¡Pajadito! —se entusiasmó la Yeni.

—Sí. Pajarito.

Volvieron a entrar a la casa, había un olor gas tremendo. La leche se había volcado y apagado la hornalla.

—¡Pero…!

Un vehículo se detuvo frente a la casa y comenzó a tocar bocina.

* * *

Para Javi, entrar al departamento de la calle Humboldt fue como entrar en otro mundo. Los tapices, los muebles antiguos, todo contribuía a darle al lugar un aire de decorado teatral.

—¿Todo esto lo trajo de Polonia? —preguntó Javi, dando un sorbo a su té en una taza de porcelana con motivos ecuestres.

—No, si de allá salimos con mano atrás y otra adelante —dijo doña Emilia—. Estas son cosas que compramos con mi marido en remates de Emaús.

—Mire usted.

—A los dos nos gustaban antiguallas.

El problema por el que lo mandó a llamar doña Emilia eran las palomas, que invadían su balconcito cada mañana y cada tarde.

—No dejan dormir con ruido infernal que hacen, grugrugrú, grugrugrú… Culpa vecino de arriba, que tira alimento.

—Típico.

—Dejan sus excrementos por todas partes, rompen plantas… Ya quejé a consorcio pero dicen que no pueden hacer nada.

Javi terminó su té y dejó la taza. Le comentó a la señora que había equipos de ultrasonido para ahuyentar a las aves, que las alejaban por un radio de al menos veinte metros, sin afectar la salud de las personas ni las mascotas.

—¿Y cuánto sale uno de esos?

—Y, andarán por los tres o cuatro mil pesos…

—Bastante salado, si me preguntás —dijo doña Emilia, que tenía la piel super arrugadita y brillantes ojitos azules.

—Sí —admitió Javi—. Además tenemos que mandarlos a pedir, porque la verdad no tienen mucha demanda.

—Con ese precio…

—Hay otra solución, también, mucho más accesible.

—¿Ah, sí? ¿Cuál es?

—Meterles veneno para ratas. Se llevan el cebo para los nidos y a los pocos días mueren.

La viejita hizo un gesto de duda. Dijo que le parecía una situación demasiado dramática. Detestaba a esas palomas, es verdad, pero de ahí a matarlas…

* * *

María se asomó a mirar. En la puerta metía ruido una vieja F-100 con caja de aluminio, haciendo ladrar a los perros de la cuadra. Al

volante estaba el pesado que había venido la tarde anterior a arreglar el termotanque.

Pi-pi-piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

María volvió a correr la cortina, pero ya la había visto. Le hacía señas de que se acercara, el sinvergüenza, como si tuviera algo que decirle y no pudiera esperar.

—¿Quién é? —preguntó la Yeni.

—Nadie.

Pi-pi-piiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiii...

Iba alborotar a todo el barrio. De hecho, ya se veía a gente asomándose en la casa de enfrente.

—¡Vayasé! —le hizo señas María por la ventana, pero el tipo no se daba por vencido.

Tuvo que salir. Su primita la siguió.

—¡Maquitooooo! —gritó.

—¿Cómo estás, mi amor?

Marquitos la levantó a upa. A María le dijo:

—Subí, te llevo a pasear un rato.

—No puedo.

—Dale, te llevo a conocer un poco el barrio. ¿Qué vas a hacer todo el día acá encerrada?

—Es que mi tía…

—No le des bola a esa vieja bruja. Vengan conmigo. En un rato estamos de vuelta.

* * *

Olga tenía una especial predilección por las farmacias. Se las conocía a todas, o al menos a las más importantes de la Zona Oeste. Le gustaba el olor a trementina y a eucaliptus que se sentía al abrir la puerta, los delantales de los empleados, las balanzas, los tensiómetros.

—Buenas tardes, ¿en qué la puedo ayudar?

La caída que sufrió al correr el colectivo no resultó tan grave, aunque al principio se llevó un buen susto.

—Quisiera un frasco de iodopovidona, por favor.

Le tocó una empleada jovencita, o ella misma se la eligió.

—Cómo no. ¿Algo más?

—Sí, un paquete de gasas y una cinta adhesiva. ¿Trabajan con PAMI ustedes?

—Sí, por supuesto.

—Quisiera llevar esta receta, no sé qué descuento tiene.

—A ver, espere que ya le digo. ¿Tresidol inyectable dice acá, no?

—Sí. La caja grande, la de doce unidades.

La chica se fijó en la pantalla

—Cuarenta cinco por ciento de descuento, tiene.

—Bueno. La llevo.

La chica llegó con la caja de la trastienda. Todo iba saliendo bien, hasta que la computadora dio un pitido.

—Disculpe, pero PAMI no le reconoce la caja de 12. Puedo venderle la de 6.

—Pero si tiene el sello de tratamiento prolongado…

—Igual no la cubre.

—Te pago la diferencia.

—No es por eso, señora, es que este es un medicamento de categoría 5, derivado de la morfina, y puede venderse únicamente…

—Pero es para un paciente oncológico, si no las tiene se muere de dolor. ¿No podés hacerme una excepción?

—Espere que consulto.

La chica caminó de nuevo hacia atrás del tabique. Había dejado la caja sobre el mostrador. Olga la deslizó en su cartera y caminó hacia la salida. Su taconeo se escuchaba con mayor nitidez que nunca a medida que se acercaba a la puerta.

—Señora… ¡Señora! —escuchó que decían a sus espaldas.

La farmacia estaba en la calle Arrieta, que a esa hora era un mar de gente. Nomás al doblar la esquina vio el cartel de una agencia de remises.

—A la estación de Laferrere, por favor.

* * *

—Es un producto a base de feromonas, que atrae a las moscas y las mata al mismo tiempo —le explicaba Javi a la encargada de La Mamadera, mientras daba pinceladas de Betacrom en los bordes de los vidrios.

—¿A base de *qué*?

La Mamadera era un restaurante de comida rápida que tenía una mamadera gigante en el frente y en cada mesa un set con tres biberones de los que usan los bebés, con todo y tetina: uno con mayonesa, otro con mostaza y otro con kétchup.

—Son productos amigables, que pueden ser aplicados incluso si hay gente comiendo, sin peligro de que nadie se intoxique.

La actividad en la cocina siguió sin interrupciones mientras él, con el tanque en la espalda, rociaba los lugares estratégicos de la zona de elaboración.

No se le iba de la cabeza la sonrisa de María, su carita de gringa y de india al mismo tiempo, su manito diciéndole chau desde la ventana.

—Permiso, por favor. La molesto un segundo nomás…

—Sí, pasá tranquilo.

Debe tener un millón de chabones atrás de ella, pensó Javi. ¿Por qué iba a darme bola justo a mí?

Al levantar la vista se topó con la mirada de una de las viejas de la limpieza, que con una espátula despegaba a duras penas la grasa pegoteada de una bandeja. La mujer se pasó el antebrazo peludo por la frente, secándose el sudor, y lo miró a Javi como diciendo: "Lindo curro te conseguiste con esa manguera, manquito. ¡Me gustaría verte haciendo un trabajo como este!"

* * *

La camioneta de Marquitos daba tumbos por una calle poceada, en una zona de baldíos y yuyales. Era parte de su ruta de todos los días, repartiendo pan y facturas para una panadería de la calle Carcarañá.

—Pero yo soy independiente, ¿viste? —le explicaba a María—. La camioneta es mía, los clientes también. Si me joden mucho los mando a la con…

Se detuvo por la Yeni, que alegremente completó:

—¡Cónchesumáre!

María meneó la cabeza desaprobatoriamente. Marquitos sacó el paquete de cigarrillos del torpedo y buscó su encendedor.

—¿Y vos, qué pensás hacer en Buenos Aires?

—Primero, conseguir trabajo.

—¿Para qué vas a trabajar? Casate conmigo.

—Uy uy uy.

—Dejame que te malcríe, que te dé todos los gustos…

—Mejor eche el humo para otro lado. ¡Yeni, no!

De rodillas en el asiento, su primita sacaba facturas de una lata, les pasaba la lengua al dulce y las volvía a poner donde estaban.

—Está bien, no pasa nada —dijo Marquitos.

Ahora bordeaban unos ranchos de madera y lata desparramados al borde de un río de aguas pestilentes. Se veían chicos descalzos, mujeres gordas con bebés.

—Midá guaguáu —señaló la Yeni a un perro que se rascaba el cuero sarnoso con una insistencia suicida.

—¡Lindo lugar que nos trajo a pasear!

—Dejo esto y nos vamos enseguida—dijo Marquitos—. Esta es la famosa Villa Mosquito, la que sale siempre en los diarios.

Era curioso: en Encarnación, el barrio más pobre se llamaba Villa Mosquito también. Era la zona pegada al Paraná, que cada vez que subía unos centímetros el nivel de la represa de Yaciretá quedaba bajo el agua.

—¿Vamos a meternos ahí?

—¡No! Dejo estas bolsas en el boliche de la entrada y seguimos viaje.

Marquitos aminoró la marcha en el sector de las casas de ladrillos. Por el celular dijo:

—Paragua, haceme la segunda que ya estoy por llegar.

Y cortó. Se detuvo frente a un local con puerta y ventanas enrejadas, y un cartel que decía: *Despensa Caá-Cupé*. Un morocho de unos cincuenta y cinco años salió a la puerta, con un revólver en la mano. El hombre miró a los costados y le hizo una seña a Marquitos de que estaba todo bien.

—¡Voy con vo! —dijo la Yeni, estirando los bracitos.

—No, bonita. Vos quedate acá.

Marquitos bajó las bolsas de pan y las latas de facturas lambeteadas. El hombre se quedó montando guardia en la puerta hasta que Marquitos se subió a la camioneta y arrancó.

—Chau, Paragua. Nos vemos.

Prendió otro cigarrillo y dijo:

—Soy el único que se anima a traer pan hasta acá, y eso porque sale el man a hacerme el aguante.

Dobló en dirección contraria al río. A los pocos metros comenzaban otra vez el asfalto, las casas delimitadas por cercos, los postes de luz, la civilización.

—Hay cada malandrín ahí adentro —Marquitos señaló con un movimiento de cabeza el caserío que dejaban atrás—. Todos paraguayos, todos delincuentes.

* * *

De la mano contraria, por la calle Spiro, venía un Falcon destartalado que los cruzó a la altura del Pasaje Chopin.

—En la esquina, chofer.

Era un cerocincuenta, uno de los taxi-colectivos que hacen diariamente recorridos fijos por el entramado de calles secundarias entre Laferrere y Catán. Un servicio que llevan a cabo unidades con un pie afuera del parque automotor: Dodge 1500, Peugeot 504, Falcon Sprint y otras glorias de la industria automotriz, que recicladas con soldadura y alambre de fardo circulan sin seguro, sin patente, sin luces y casi sin frenos por los rincones más recónditos del Conurbano. Los pasajeros se acomodan en el asiento de atrás o junto al conductor, que cobra una tarifa fija de un peso por persona entre un punto y otro del trayecto.

—¡En la esquina, le dije! ¿Es sordo o qué le pasa?

Una vez en la vereda, Olga se estiró con la mano las arrugas que se le habían hecho en el pantalón, se arregló el pelo y se ajustó los Ray-

Bans. Aún no terminaba de reponerse de la chuequeada de esa mañana, aunque en un lugar como ese no podía darse el lujo de mostrar debilidad. Sin perder una gota de su glamour, caminó bien derechita por Da Vinci en dirección a la villa.

* * *

Prip *Javi, Javi…*

Prip Sí, Dorita. Te escucho.

Prip *¿Ya te liberaste de La Mamadera?*

Prip Recién estoy saliendo.

Prip *Tengo una emergencia en Casanova Shakes. Necesitan alguien de confianza que vaya ya mismo. ¿Te paso la dirección?*

—Por acá —le dijo el dueño de Casanova Shakes, el local de leches malteadas y licuados de la avenida Juan Manuel de Rosas, en la esquina de Jesse James.

El lugar estaba ambientado como en los bares de las películas norteamericanas de los años ’50: colores pastel, rockola, fotos de Michael J. Fox en *Volver al futuro*, ilustraciones de Norman Rockwell.

Lindo lugar para traer a María, pensó Javi. En la radio se escuchaba a todo gas la voz de Lady Gaga.

Don’t call my name,
don’t call my name, Alejandro.

—Desde hoy a la mañana que está ahí metida —dijo el tipo—, señalando la parte baja de la mesa donde se preparaban los emparedados y los waffles.

—Fijate.

En el zócalo de acero inoxidable, de un orificio del tamaño de una moneda de diez centavos, sobresalía una cola peluda que de a ratos se movía en S.

—Una rata parda adulta —la identificó Javi—, también llamada rata noruega.

—No sé si es noruega o sueca, pero se metió y no puede salir. Desde hoy se la pasa chillando, por eso pusimos la música tan fuerte.

Ale-Ale-Alejandro…
Ale-Ale-Alejandro…

—¿No se puede desarmar el mueble?

—Está agarrado a la pared. Por atrás pasan los caños de gas.

Mientras hablaba el hombre le miraba de reojo el brazo embutido en el bolsillo, más o menos como hacía todo el mundo, de manera

disimulada pero obvia.

—No sé cómo carajo pudo haber pasado por un aujero tan chiquito.

—Tienen los huesos muy flexibles —dijo Javi—, y los órganos dispuestos de un modo que…

Era difícil hacerse oír por encima de la música tan fuerte, y además no importaba. La *rattus norvegicus* seguía chillando enloquecida, su cola serpenteando a través del agujerito.

—¿Qué te parece que se puede hacer?

Javi sopesó las posibilidades. Definitivamente, era una situación que no estaba en el manual.

* * *

Como todos los días, el centro de Laferrere rebosaba de gente: por las veredas de la Luro, por las calles que salían en Diagonal desde la estación, a uno y otro lado de la ruta 21. Los camiones más altos rozaban con las antenas el puente peatonal de hormigón, que pocos peatones utilizaban.

Marquitos estacionó la Ford en una de las calles laterales. Caminaron con la Yeni en el medio, llevándola uno de cada mano.

—¿Comiste ya?

Pasaron frente a tiendas de artículos deportivos, agencias de quiniela, zapaterías y puestos de vendedores ambulantes donde se ofrecía todo lo habido y por haber: carcazas para celulares, gorros con visera de la NBA, camisetas casi originales del Barcelona o el Manchester United, relojes despertadores, medias, cinturones, calzoncillos. Un africano había dispuesto anillos y pulseras de fantasía sobre un paraguas abierto, y cuando la Yeni lo saludó le devolvió una sonrisa de dientes blancos y perfectos.

—¿Acá, te parece bien? —dijo Marquitos, en la puerta de un copetín al paso llamado Churrasic Park.

Era una pregunta de cortesía, ya había abierto la puerta para que pasasen. El lugar parecía deplorable, aunque el olor a carne asada no estaba nada mal. Los precios de las comidas estaban escritos con tiza en un pizarrón. Las mesas sin mantel tenían manchas del año que le pidan.

—Tienen el mejor choripán de la Zona Oeste —dijo Marquitos—. In-com-parable…

La clientela estaba compuesta casi en su totalidad por hombres: camioneros, taxistas, obreros de la construcción, que se quedaron con la boca abierta al ver a María. Los del banco de atrás debían ser conocidos, porque uno dijo:

—¡Eh, Marquitoooo! —felicitándolo por su nueva adquisición.

Los demás se rieron. Entre los seis no formaban una dentadura completa.

—¿Cómo anda la muchachada? —dijo Marquitos, halagado por el cumplido—. ¿Habrá un lugar para sentarse, che?

* * *

En la puerta de la despensa Caá-Cupé, el paraguayo Bernabé montaba guardia mientras los del camión de Quilmes descargaban los cajones de cerveza. La culata del revolver le sobresalía del cinturón, apretada por la enorme barriga. Olga pasó a su lado sin mirarlo. Lo conocía desde que llegó a la Argentina, pero discutieron una vez por unas monedas y desde entonces no se hablaban.

La despensa Caá Cupé marcaba la entrada a Villa Mosquito, el inicio de la calle principal, la única por la que los autos podían entrar. Estaba en el sector de La Loma, el que a pesar de las crecidas del río rara vez se inundaba.

Ahí se alzaban las construcciones más altas, con casas de bloques de dos o tres plantas. Hasta no hacía mucho había sido un lugar muy animado, con pequeñas tiendas y chicos correteando, pero en los últimos meses la guerra entre Domínguez y la gente del Cordobés había dejado la calle vacía. Ahora pocos asomaban el pelo si no era para ir o venir del trabajo, o para hacer alguna diligencia indispensable. Fuera del horario escolar la mayoría de los chicos quedaban encerrados en sus casas, y los negocios que aún atendían lo hacían a través de puertas o ventanas enrejadas. En las paredes había pintadas alusivas a tal o cual enfrentamiento, ensalzando las virtudes de los gangsters locales y prometiendo venganza contra sus rivales.

La calle principal se afinaba en el último tramo, bifurcándose en dos callejones, que a su vez se ramificaban en pasadizos más estrechos todavía. Olga pasó frente al cyber de Villa Mosquito, donde los pibes que jugaban a los juegos en red se gritaban de una máquina a la otra, y delante del kiosco de Bebote, un viejo baboso que la siguió con la vista y cuando terminó de pasar salió y tocó el timbre.

Era mediodía y de las ventanas salía olor a estofado de espinazo y a chipá calentito. En la ventana de una casa pintada de amarillo había un calco que decía: Rohaijú ♥ Paraguay.

Nadie de afuera de la villa que llegara a este punto pasaba desapercibido a los Teros de Domínguez, que desde las azoteas o plantados en esquinas estratégicas informaban por nextel de cualquier movimiento inusual.

Prip *Acá viene la enfermera*.

* * *

Las situaciones desesperadas exigen soluciones desesperadas.

—¿No tiene una pinza? —preguntó Javi.

—¿Una pinza común? ¿Así como esta?

Más vale fuerza que maña. Javi cazó la cola por la parte más gruesa, apretó y comenzó a tirar. Sostenía la pinza con la mano derecha y con el muñoncito, que escondido debajo de la manga de la campera apretaba con la fuerza de una prensa hidráulica.

Ahora era Freddy Mercury el que cantaba *Carrera de bicletas*:

I want to ride my bycicle
I want to ride my bike.

El solo de guitarra de Brian May apenas alcanzaba a tapar los gritos desaforados de la rata mientras salía en reversa por el pequeño orificio, dejando su pellejo al otro lado como un guante.

Bycicle, Bycicle, Bycicle…

El cocinero y las camareras habían huido. Uno de los pinches se dejó el desayuno en la bacha. Sólo el dueño de Casanova Shakes asistía al espectáculo. Desde atrás alentaba a Javi, diciéndole:

—Dale, flaco. Dale que ya lo tenés.

La cabeza fue lo más difícil. Javi acomodó las piernas contra el zócalo y apretando la pinza traccionó con alma y vida.

Bycicle, Bycicle, Bycicle…

—¿Qué eso? —preguntó al otro lado del tabique un cliente que sorbía una milk-shake de jengibre, porque a pesar de la música algo se oía.

—¡Por fin! —dijo el encargado.

La rata era a esta altura un bulto palpitante y sanguinoliento, que se retorcía desde las mandíbulas estriadas de la pinza. Javi la colocó en el suelo y de un pisotón en la testa la mandó al Cielo de las Ratas, a la Nada Eterna o a reencarnar en un concejal del Frente para la Victoria.

—Ya está —dijo el encargado, bajando el volumen a la radio—. Tudu bem. Aquí no ha pasado nada

Cubierto de transpiración, Javi trataba de recobrar el aliento.

—Te pasaste, pibe. ¿Qué te debo?

* * *

María tuvo que reconocer que el choripán era fuera de serie. O a lo mejor el chimichurri. Era una delicia verla sostener el sanguchito y darle dentelladas con esa boquita hecha para el beso.

—¿Y allá en Paraguay qué comen, che? Pura mandioca, ¿no?

A la Yenni se lo cortaron en pedazos chiquitos, pero igual no se lo iba a terminar.

—Hay que llevarle uno para el Yoni. No voy a hacer tiempo de cocinarle nada.

—Le llevamos, le llevamos…

Estaban sentados en una mesa común. Uno de los obreros le soltó a María un piropo en guaraní que ella agradeció con una encantadora sonrisa.

—Después podemos ir a dar una vuelta por la Capital —dijo Marquitos—. Te llevo a conocer lugares más lindos.

Tampoco parecía probable que María se terminara su chori. Dijo:

—Todos asumen que yo nunca salí de mi pueblo, pero ya estuve una vez en Buenos Aires.

—¿Quiénes son *todos*?

—Vinimos el año pasado con mi ex novio. Hicimos el viaje en avión, paramos en el Four Seasons…

—¡Qué nivel! —dijo Marquitos, que acusó el impacto pero se repuso enseguida—. ¿Y por qué ex novio, che? ¿Cómo dejaste escapar a una alhaja como esa?

—¡El forsíso! —se rió la Yenni, con sus dientitos llenos de comida.

—¿Es el mismo novio por el que te tuviste que venir para acá?— Marquitos dio otra mordida a su choripan y se la quedó mirando mientras masticaba.

María se había puesto seria de pronto. Dejó lo que quedaba del choripán sobre la mesa y dijo:

—Parece policía usted.

* * *

Al doblar por el siguiente pasillo Olga vio venir a su encuentro a dos de los Angelitos, vestidos con el uniforme reglamentario de la villa: pantalones varios talles más grandes, gorra con visera, zapatillas carísimas.

—Cómo va eso, amiga.

Olga no les contestó. No le gustaban las confianzas que se tomaban esos mocosos cascarrientos. Los soldaditos de Domínguez la dejaron pasar nomás, ¡bueno hubiera sido que intentaran detenerla!

Caminó hasta una puerta de color antióxido, en la entrada de una casa que no parecía distinta a las demás. Dio unos golpecitos y se esperó. Sabía que la estaban observando por una webcam ubicada en

el alero de enfrente. Se ajustó los lentes y ofreció su mejor perfil.

Alguien corrió un pasador. La puerta se abrió. Aunque de afuera parecía la entrada a una vivienda, se trataba de la entrada al recinto forticado de La Loma, dominio exclusivo de Domínguez, restringido a los demás habitantes de Villa Mosquito y cerrado al tránsito en general. Las casas de ese sector estaban ocupadas por familias de estrecha confianza, y lo que se cocinaba allí era algo muy distinto. El olor a solvente y acetona que flotaba los pasillos perforaba la nariz y hacía lagrimear a cualquiera que no estuviese acostumbrado.

No era su caso.

* * *

El suflé de espinaca con arroz integral terminó en el tacho de basura. Javi masticó su emparedado de manteca de maní y lo bajó dando sorbitos a su malteada de fresa con chocolate, cortesía de Casanova Shakes.

Había estacionado la Fiorino en una calle cercana, a la sombra de los galpones de la cerámica Blaisten.

No se le iba el recuerdo de María, diciéndole chau con la mano y sonriéndole desde la ventana. ¿Para qué se hacía ilusiones? A lo mejor sólo estaba siendo amable.

El nextel había estado mudo desde hacía más de una hora. Javi pensó en María, allá sola en la casa, pobrecita. Se dio cuenta de que no había tenido la oportunidad de hablar con ella a solas ni un minuto desde su llegada a Buenos Aires, y seguro no iba a poder hacerlo esta tarde, con Olga y los pendejos rompiendo las bolas en la casa.

¿Y si se pegaba una corrida hasta allá? La ruta estaba menos cargada que otros días, en media hora podía ir y venir si le metía pata.

* * *

Tenía que pasar: se olvidó de llevar al baño a la Yeni y se le hizo pis encima. Diga que estaba con pollera. Marquitos las acompañó a una tienda de la Luro donde la dejaron pegarle una lavada antes de ponerle la nueva bombachita.

—¿Cuánto es? —preguntó María en la caja.

—Ya me pagó su marido.

Desde la vereda, Marquitos le guiñó un ojo y sonrió.

Caminaron los tres por la avenida. Cada tanto tenían que ponerse de costado para dejar pasar el flujo de gente, que formaba cuellos de botella a causa de los puestos callejeros.

—Es como un hermano para mí. Más que un hermano. Lo único que le reprocho es que ande como un tonto todo el día con la mano

metida en el bolsillo.

—Cada uno anda como quiere, ¿no?

—El brazo biónico, le digo yo. Lo gasto con eso.

María no entendió el chiste, o no le pareció gracioso. Caminaron un momento más en silencio. Ella miraba todo con curiosidad, vaya a saber lo que pensaba. En cierto momento se dio vuelta para preguntarle algo y sorprendió a Marquitos mirándola a ella, no con el gesto cínico habitual, sino con el aire soñador de alguien completamente fascinado.

—Al pochoclo pochoclo… —pregonaba el vendedor—. ¡Palomitas de maíz, pop-corn, pororóoooo!

* * *

En la parte más alta estaba el búnker, el sancta santorum de Domínguez. La Moni ya la estaba esperando en la puerta. Era tan poca cosa, pobrecita: chiquita, esmirriada, y sin embargo después de Domínguez era la que más mandaba ahí.

—¿Está Diego? —preguntó Olga, sólo para reafirmar su intimidad con el hombre fuerte de Villa Mosquito.

Por otra parte, adónde más podía ir. Sus enemigos se la tenían jurada. En cuanto asomara el morro fuera de la villa lo cosían a balazos. Si seguían ganándole terreno puede que lo hicieran allí mismo.

—Sí, enfermera. Pase, la está esperando.

La hija de la Moni estaba tirada en el sillón. Una adolescente tan poco agraciada como su madre, con el pelo pintado de violeta y varios meses de embarazo.

—¿Cómo estás, querida? —preguntó Olga, y la chica, que mandaba mensajes por el celular, le contestó con un gruñido.

Domínguez llegó de la pieza de atrás. Estaba más flaco desde la última vez que lo había visto. La camisa a cuadros y el vaquero parecían quedarle grandes.

—¿Qué tal, Olguita? ¿Todo en orden?

Un tipo super correcto, de aspecto casi inofensivo. Parecía mentira que alguien así hubiera llegado adonde una vez llegó.

—¿Qué me trajiste?

* * *

Javi iba esquivando vehículos a diestra y siniestra a lo largo de la ruta 3, pasándose los semáforos en rojo si tenía oportunidad de hacerlo, metiendo rebajes que amenazaban con hacer saltar la caja de cambios.

Sobre él pesaba una noche entera casi sin dormir. No sólo por la llegada de María, sus asuntos venían mal desde hacía tiempo. Muy mal.

¿Qué culpa tenía él si a los 23 años se veía obligado a hacer a la vida de un chabón de 50? Si tenía que levantarse temprano cada mañana y batallar todo el día para mantener una casa y una familia, una familia que ni siquiera era de él.

Dos años atrás su vida no era muy distinta a la de otros pibes del barrio. Trabajaba en una pinturería, iba a jugar a la pelota dos veces por semana y los sábados salía a bailar con sus amigos. Eso hasta que su mamá se enfermó y él pasó de golpe y porrazo a vivir en un mundo diferente. Un mundo de salas de espera con olor a desinfectante, de pañales descartables para adultos y de remedios que no cubría la obra social.

Fue entonces cuando entró en escena Olga, quien hasta ese momento no había sido más que una vendedora de chucherías puerta a puerta, a quien la mamá de Javi compraba algo de vez en cuando, más que nada por tener con quien charlar.

Javi la veía como a una mujer mayor, una paraguaya estrafalaria con delirios de grandeza y demasiado olor a spray. Ni en broma imaginaba que alguna vez hubiera podía tener algo que ver con alguien como ella. Mucho menos que la tipa iba a terminar instalándose en su casa y trayéndole a sus hijos.

Olga pareció enviada por Divina Providencia. Una tarde que cayó a ofrecer sus productos (un reloj de pared, un juego de servilletas o alguna otra garcha de las que vendía) se encontró a la mamá de Javi en un grito, esperando a que el enfermero viniera a colocarle un analgésico.

—Tiene el celular apagado, no sé cuánto más voy a poder aguantar…

Resultó que la paraguasca sabía colocar inyecciones, o al menos eso fue lo que dijo. La mamá de Javi estaba tan dolorida que decidió arriesgarse. Y era cierto, nomás: Olga tenía una mano de seda para la jeringa, mucho mejor que ese animal de Rubén. Sin que nadie se lo pidiera, Olga se encargó de venir todas las tardes a tomarle la presión, a hacerle la cama y ayudarla a higienizarse.

La mamá de Javi la llamaba “mi ángel”, y no sin razón. Olga le tramitó los papeles necesarios en el PAMI, lo que le dio acceso a mayores descuentos en los medicamentos, en descartables y en los traslados al hospital. En la última etapa de su enfermedad se armó un catre en su pieza y se quedó atendiéndola las 24 horas, y cuando las inyecciones de morfina dejaron de hacerle efecto se puso a hacerle unas brujerías guaraníes que parecían ser lo único que conseguían aliviarla. Olga había crecido en una zona selvática, sin ningún hospital

en cientos de kilómetros a la redonda, un lugar donde habían aprendido a arreglarse para curar lo que fuera, picaduras de serpiente, una pata quebrada o cualquier otra emergencia.

Pero sobre todo era una mujer práctica, que se ocupó de los arreglos del funeral y, gracias a una astuta maniobra le permitió a Javi ahorrarse una fortuna en los gastos de traslado con esos buitres de la funeraria.

Olga volvió con él del cementerio, le preparó un té. ¿Por qué lo hacía? Nunca le pidió dinero por sus servicios. ¿Con quién había dejado a sus hijos todo ese tiempo? Tampoco lo sabía.

Javi no sabía ni dónde tenía la cabeza, en ese momento. Seguía durmiendo en la pieza de la azotea, aun cuando tuviera toda la casa para él. Era un chico que había sido toda la vida muy dependiente de su mamá, no sabía hacerse ni un huevo duro él solo. No tenía ni idea de cómo se usaba el lavarropas, encima con una sola mano, pobrecito.

Olga no podía dejarlo solo en su primera noche, quién sabe de lo que era capaz.

—Acostate —le ordenó—, y ella misma se puso a desvestirlo como si fuera un nene chiquito. Le dijo que estaba contracturado. Comenzó a hacerle masajes en el cuello y en los hombros, bajó sus manos por el pecho de Javi y luego, en la penumbra de la habitación, se sacó la ropa ella también y se acostó junto a él.

* * *

La camioneta de Marquitos pasó frente a la cancha de Deportivo Laferrere, a la refinería Repsol-YPF, dio la vuelta en el cruce del kilómetro 29 y subió al puente. A María le llamó la atención una construcción que imitaba un castillo medieval, con torres, almenas y ventanas ojivales.

—Eso es Maquiavelo, un boliche bailable que había. Ahora lo convirtieron en un centro comercial.

—¿Ah, sí?

—Con Javi íbamos siempre a bailar ahí. Se armaba cada cachengue…

—¡Cada cachengue! —dijo la Yenni, que iba picoteando pochoclos de la bolsa y de vez en cuando le metía uno a Marquitos en la boca.

—Ñam, ñam, ñam… ¡Te como los dedos!

—¡Noooo!

—¡Te los como!

Señalando las torres de Maquiavelo, Marquitos dijo:

—Una noche tuvimos un encontronazo a la salida con unos paraguayos cuchilleros. A un chico amigo nuestro lo lastimaron muy mal, y a mí casi me liquidan. Javi me salvó. Si no se hubiera metido,

seguro que no cuento el cuento.

—Seguro que a la pelea la empezó usted.

—¿Yo? Nada que ver. A mí nunca me gustaron la violencia, yo iba a mover el esqueleto nomás. Todos hacen ronda alrededor mío cuando salgo a bailar, como John Travolta en *Fiebre de sábado por la noche*.

—¡Seguro!

—Se ponen todos como locos, las minas y los manes.

Ya estaban en la parte más alta del puente, desde donde se veía el concreto del suburbio raleándose cada vez más entre el verde de las zonas semi-rurales.

—¿Y allá en Paraguay, qué música escuchan? Puro chamamé.

—A mí me gusta la música electrónica.

—¿Por qué no vamos este sábado a Jesse James? Ahí pasan música de esa también.

—¡Yesi Yéim!

—¿Querés venir a Jesse vos también, Yeni?

—¡Tí!

—¿Vamos a Jesse los tres?

—¡Yesi Yéim! ¡Yesi Yéim!

* * *

El sol caía a pique sobre Villa Mosquito, recalentando los techos de chapa de cinc de los ranchos, descomponiendo las bolsas de materia orgánica del basural clandestino, reflejándose con todos los colores del arco iris en los manchones de aceite del río.

Olga caminó buscando la delgada línea de sombra de los aleros del Paraíso, el pasillo que cruzaba la Loma en diagonal. Lo llamaban así por uno de esos árboles de bolitas amarillas ubicado en una de sus intersecciones, que fue cortado casi al ras un invierno particularmente crudo en el que las garrafas del plan social se demoraban en llegar.

En la curva de la casa azul estaba la foto y el pequeño santuario a Santiaguito, un nene que había quedado atrapado en medio de un tiroteo entre los soldados de Domínguez y la gente del Cordobés.

Olga siguió bajando en dirección al río. No quería salir de la villa por el mismo camino que entró, muchos podían saber que llevaba dinero encima. Tampoco tanto, aunque justificaba el viaje a San Justo y las molestias que se tomó. Lo malo es que se había dejado en la farmacia la última receta del talonario de PAMI, y ya no iba a poder conseguir otra. Tenía varios sellos de médicos y duplicados con membrete, pero a las recetas oficiales y numeradas no las podía truchar.

En fin, si esa tonta de su sobrina no hubiera sido tan cobarde sí que hubiera podido hacer una diferencia. En Paraguay el kilo se

conseguía 100 dólares y en Buenos Aires podía venderse a 900 por lo menos. Nomás con cinco kilos…

* * *

Prip *Javi Javi Javi ¿me copiás?*

¡Mierda! Ya había hecho más de la mitad del camino. Había dejado atrás los galpones de Diarco, la pista del Aeroclub…

Prip *Javi Javi Javi…*

Prip Sí, Dorita, te escucho…

Prip *¿Pudiste hacer Casanova Shake?*

Prip Sí, Dorita. Recién termino.

Prip *¿Dónde andás ahora?*

El semáforo del kilómetro 26 se puso en verde, pero la fila de autos no avanzaba.

Prip Pinché una goma, Dorita.

¡Qué excusa tan estúpida! Apenas la dijo se arrepintió.

Prip *¿Dónde te quedaste? Le digo a Juan Carlos que te ayude a cambiarla.*

Esa sí que era buena. Ese alcagüete sólo esperaba la oportunidad de mandarlo al frente.

Prip Todo bien, Dorita. Ya me arreglo.

Prip *¿Seguro?*

Prip Sí, sí. En diez ya estoy de vuelta.

* * *

Antes de dejar Villa Mosquito Olga se pegó una vuelta por lo de Teodora, una prima suya con la que había llegado veinte años atrás de Paraguay. Habían compartido sueños y proyectos, pero la vida las separó, y mientras Olga fue saliendo adelante (hoy tenía un marido trabajador, dos hijos sanos y hermosos y vivía en una linda casita en un barrio tranquilo) la Teo había ido de mal en peor. Jamás pudo salir de la villa, el marido pasaba más tiempo adentro que afuera y de los tres hijos que tenía dos eran unos zombies con el cerebro quemado por el paco.

Teodora vivía en la peor parte de la Villa Mosquito, la zona conocida como la Palangana, que estaba ubicada a sólo un par de metros sobre el nivel del río y a la menor crecida se inundaba. Cuando apretaba un poco el calor había un olor a basura, a perro muerto y a residuos que no había quién lo aguante.

—¡Olga, tanto tiempo! —la recibió su parienta, que por lo visto había estado llorando— ¡No sabés lo que me pasó!

* * *

Unos 500 metros después del puente el tráfico quedaba bloqueado por los trabajos de ampliación. Todos los vehículos debían desviarse hacia una de las colectoras. Los embotellamientos eran inevitables.

—Sólo a usted se le ocurre venir por acá.

En el tramo más crítico un empleado de Vialidad agitaba un banderín, indicando cuándo podían pasar los de un lado y cuándo les tocaba el turno a los que venían en sentido contrario.

—¿Querías que pasáramos otra vez por Villa Mosquito?

El viento levantaba nubes de polvo en los sectores de tierra aún sin compactar. La sirena de una ambulancia sonaba reclamando paso, pero no había hacia dónde correrse.

—Qué calor…

La Yeni se había dormido sobre su regazo, echándole un hilito de baba en el vestido.

—¿A qué hora te paso a buscar hoy entonces? —preguntó Marquitos, que no podía decir una palabra sin apoyarle una mano en el brazo, en el hombro, o acomodarle un mechón de pelo que estaba muy bien como estaba.

—¿Qué? A ninguna. Con esto ya tengo más que suficiente. ¡Yeni, por favor!

—De noche hay mucho menos tráfico, y aparte…

—Deje las manos quietas, ¿quiere? Mejor haría en atender el camino.

—¡Si estamos parados!

Ahora sí, la columna avanzaba un poco más, pero cuando ya estaban por cruzar el atolladero se volvieron a detener.

Como si mencionara algo que no tenía la menor importancia, María preguntó.

—¿Quién ese Domínguez del que hablaban hoy?

—Un malandra que mueve toda la cocaína en esta zona. ¿Por qué? ¿Pensás entrar en el negocio?

—No sea badulaque. A usted le dicen algo y ya se piensa cualquier cosa.

* * *

Como siempre, la vida de Teodora era una sucesión de pálidas: salía de la sartén y caía en las brasas. No tenía un peso partido a la mitad, los hijos estaban cada vez más hechos mierda por la droga y al Yaguané le habían pegado dos tiros en el último trabajo que salió a hacer.

Teodora hablaba con voz neutra, como una persona habituada a

contar desgracias. Checho y Dieguito, los limados de los hijos, escuchaban el relato de su madre tirados en el sillón, intercalando de vez en cuando alguna incoherencia.

La cosa fue así: las noches que no estaba tan oscuro Yaguané y el Ramón vadeaban el río Matanza y se iban a asaltar a las parejas que iban con el auto a hacerse arrumacos a los bosques de Ezeiza.

—¿Viste que de acá en línea recta les queda cerquita?

Lo habían hecho un montón de veces, conocían el terreno a la perfección. Al llegar a la ruta que va al aeropuerto se quedaban esperando entre los matorrales, y cuando el auto de los enamorados comenzaba a zarandearse iban y los desplumaban. Después volvían y cruzaban otra vez el río por un sector que no era tan profundo.

—Llega ta cá —dijo el Checho, señalándose el pecho.

Olga hizo una mueca de asco. Era increíble que por propia voluntad alguien se sumergiera en esa cloaca a cielo abierto.

Pero la última vez les salió mal, porque los que fueron a asaltar resultaron ser una pareja de policías.

—Eran lo dó vigi, el chabón y la mina —dijo Checho, que para hablar movía los dedos en L delante de su cara, como para ayudar a que sus pocas neuronas hicieran sinapsis.

—Ramón se alcanzó a escapar, pero mi Yaguané…

La Teo ya no fue capaz de contener las lágrimas.

—Tiene los intestinos destrozados. El médico dice que le tiraron con balas expansivas. Mañana van a operarlo de vuelta, a ver si…

El hijo más chico se largó a toser como un descosido, aunque no parecía estar resfriado. Debía tener los bronquios hechos trizas por toda la porquería que se metía.

Para qué habré venido, se preguntaba Olga. De masoquista nomás.

—Pero… no te ofrecí ni un mate todavía, Olguita.

Comenzó a llenar la pava con un bidón de agua sacada de un pozo cercano al río, agua enriquecida con mercurio, níquel, cadmio y otros minerales vertidos por las fábricas y curtiembres de la zona.

—Te agradezco, Teo. Tomé hace un rato.

Teodora terminó de refregarse las lágrimas con el antebrazo y dijo al fin:

—¿Y vos, Olguita, cómo andás?

¿Qué podía contarle Olga? ¿Que se había torcido el pie? ¿Que un negocio no le salió como lo había planeado? Ahora se daba cuenta de por qué venía a ver a su prima: por más mal que anduviera, siempre le levantaba el ánimo encontrarse con alguien que estaba cien veces peor.

* * *

Al llegar a lo alto del puente Javi se dio cuenta de que la había embarrado: no podía avanzar ni pegar la vuelta. Desde la entrada del barrio Independencia hasta el paso a nivel del kilómetro 31 todo era prolongado atasco, que se movía a intervalos regulares a paso de oruga.

Prip *Atento, Javi… ¿Me copiás?*

* * *

—Tirate acá, Olguita.

Podrían decir cualquier cosa de Teodora, pero tenía unas manos milagrosas para los masajes. Acomodaba cada hueso en su lugar, dejaba los músculos hechos una seda.

—¿Acá te duele?

—No, un poquito más abajo…

Olga se había echado en corpiño y bombacha sobre la cama matrimonial. No confiaba cien por ciento en la higiene del cubrecama, pero qué remedio.

—Acá está el problema, Olguita. En este tobillo.

—El otro es el que me duele, Teo.

—Sí, pero es por pisar mal de este lado. Cambiás la postura y forzás todo el cuerpo.

Los hijos de la Teo seguían con la vista las manos de su madre, que subían y bajaban por la espalda y las piernas desnudas de tía Olga. ¿Entendían algo de lo que veían? Estos se hacían los idiotas más de lo que eran.

—No quiero que anden mucho por afuera, ¿viste? —se disculpó Teodora—. Antes los dejaba que vayan a jugar a la pelota o a juntar metales a la quema, pero desde que están esos narcotraficantes desgraciados…

No quiso seguir hablando mal de los transas, sabía que Olga tenía sus negocios con ellos, pero bueno, quién no los tenía hoy en día.

—Salen a fumar paco tres días seguidos y cuando vuelven no saben ni cómo se llaman. Ni sé de dónde sacan la plata.

—Claro, claro —dijo Olga, con intenciones de dar por terminado el tema.

—Checho pasó tres meses en una granja, ya está un poco mejor…

—Zí —Checho sacudió los dedos delante de su cara—. Yo tói mejó.

—Pero Dieguito, de la última vez que volvió… (Dieguito tosió) Está muy mal de los pulmones. Si sigue así…

— Por favor, Teo. No me cuentes todos tus dramas, que me contracturo más.

—Perdón, Olguita.

Se quedaron por un rato en silencio, mientras las manos de la Teo seguían recorriendo su cuerpo y los pajeros de los hijos la miraban.

—¿Y tu nena? —preguntó Olga, después de un rato de silencio. Quería creer que al menos a la chiquita la tenía mejor cuidada.

—En el jardín —dijo Teodora—. ¿Qué hora es? ¡La una y diez!

Checho se llevó flor de reto por no acordarse de ir a buscarla.

—¡Movete, carajo! ¡Lo único que te pido que hagas y no lo hacés!

—¿Y yo qué zé l'hora qu'é?

Salió Checho, Dieguito lo siguió.

Realmente, qué poca conciencia, pensó Olga, mandar a buscar la nena por esos dos engendros. Ella no les hubiera confiado ni un perro.

—¡Y cuidá a tu hermano que no vaya al kiosco, me oís! —gritó desde la puerta Teodora—. ¿Me oís lo que te dije?

Qué mujer estridente. Nunca aprendió educación, por eso está donde está.

* * *

Marquitos se detuvo frente a la casa de Javi, donde ya los esperaba el Yoni, con el guardapolvo todavía puesto y el estómago agujereado de hambre.

—¿Dónde estaban todos?

No fue fácil despertar a la Yeni. María le daba palmaditas en los cachetes, la tocaba en el brazo.

—Arriba, Yeni. ¡Uf, ya estás grande para que te alce!

—Cuidado con la zanja —dijo Marquitos— que se la sacó de los brazos y la depositó en la vereda, donde la Yeni se quedó de pie, restregándose los ojitos.

—Ahora vos.

* * *

Javi había apagado el equipo. No quería escuchar la voz de Dorita ni volverle a mentir. El tráfico apenas avanzaba. Al llegar a la calle Atalco aún tuvo que esperar para poder doblar a la izquierda, mientras un camión detrás suyo lo asesinaba a bocinazos.

Cruzó al otro lado de la ruta por la pasada provisional. Mucho antes de llegar vio la camioneta de Marquitos frente a su casa. ¿Qué habría ido a hacer?

Se detuvo en la esquina, para poder mirar sin ser visto. La puerta del lado del acompañante estaba abierta. Marquitos había ayudado a Yeni a bajar y ahora, como si fuera una nena también, levantaba en brazos a María y al dejarla en la vereda le chantaba un beso en la boca. Ella no resistía para nada.

Dio vuelta la cara, ya no quiso mirar más. Puso marcha atrás, hizo un medio giro y volvió a meterse en el quilombo de autos.

* * *

Checho y Dieguito treparon por la subida de la Palangana, una de las salidas alternativas de la villa. Tenían prohibido pasar por la Loma, en especial por el kiosco de Bebote. Sin embargo, ya a la altura del rancho del viejo Uyila Dieguito se fue rezagando, se fue quedando más atrás, más atrás y cuando Checho se dio vuelta a decirle que se apure ya se había escabullido por uno de los pasillos.

—¡Eh! Mamá dijo que…

—¡Máma dijo, mamá dijo! —lo imitó uno de los Teros, de guardia en la entrada del Paraíso—. Vení vos también, ortiba. Si te gusta…

Qué remedio, no podía salir a correrlo. Checho terminó de rodear la quema y salió a una de las calles de tierra del barrio Don Juan. Un barrio de casas chicas, más bien humildes, aunque protegidas con recios paredones y alambrados, con el objeto de atajar a los habitantes de la villa.

—Qué mirás, cara de mono —le dijo un hombre que sacaba la basura a la puerta—. Ya saben que no tienen que pasar por acá.

Checho siguió para el lado de Spiro, la primera calle asfaltada. Se moría por un poco de agua, la última gira lo había dejado con una sed atroz.

—Zeñoda, no me convida un poco d'agua… —le dijo a una mujer que regaba las macetas delante de su casa.

La mujer corrió a encerrarse y metió llave.

— Zeñoda…

Sería por la capucha, o por la forma de hablar, lo ubicaban al toque que era de la Mosquito. En el jardín de infantes de Sasha pasaba algo parecido, aunque ahí ya lo conocían.

Llegó a la escuela al fin. Ya había pasado media hora del horario de salida. El hall estaba vacío. La portera pasaba el escobillón y allá al fondo, en una mesa, estaba sentadita Sasha, con su delantal a cuadros y su corbatín, moviendo las patitas para atrás y para adelante.

Al verlo abrió los bracitos y gritó:

—¡Checho!

A Checho estuvieron a punto de saltársele las lágrimas. Esa chiquita debía ser la única persona, la única en el mundo, que se alegraba de verlo llegar.

* * *

—Qué buena figura tenés, Olguita…

Teodora la observaba vestirse sin ocultar su admiración.

—Parece que el tiempo no hubiera pasado para vos. Yo, en cambio …

—La apariencia física no es todo —dijo Olga, hundiendo la panza para abrocharse el botón—. Yo también tengo problemas, ¿sabés?

—Claro, claro… —se disculpó la Teo.

—Que no los cuente no quiere decir que no los tenga yo también.

—¿Ah, sí?

—Mis asuntos no andan del todo bien, ¿viste? Invertí un montón de plata en un negocio y no sé si la voy a recuperar. Tengo problemas para dormir…

—Mirá vos —se conmovió sinceramente la mujer que aún vivía en la parte más deplorable de la villa, sin posibilidades de futuro, con un marido agonizante y dos hijos destruidos.

—Sin contar que ahora se vino a vivir a mi casa una sobrina de Encarnación que quién sabe hasta cuándo me la tengo que fumar.

—¿Cuál? ¿La hija de la Ofelia?

—Esa.

—¿Cuántos años tiene ya?

—Dieciocho, me parece.

—¿Y no tenés miedo de dejarla en casa con tu marido?

—Por favor, como si Javi se fuera a fijar... Es una chica tan tonta, tan desabrida… Ni parece familiar mía.

* * *

La Fiorino de la rata gigante recorrió en sentido inverso la ruta 3, sin efectuar esta vez tantas maniobras arriesgadas. Dejó atrás los galpones del depósito de bebidas, los concesionarios de autos usados y el cabarute de la cabeza de león, cerrado a esa hora. El viento no alcanzaba a llenar la manga del Aeródromo Laferrere. Una avioneta que carreteaba por la pista levantó vuelo justo cuando pasaba él.

Prip Hola Dorita, estoy en la ruta tres, a la altura de Sky Lab.

No era verdad, pero faltaba poco.

Tardaron un rato en responderle, y cuando lo hicieron se escuchó la voz de Alenka.

Prip *Hola Javi. Dorita está cobrándole a un cliente. ¿Te paso la lista de pedidos?*

Algo le decía que no era cierto, que en realidad Dorita estaba enojada porque le había mentido y se había ausentado casi dos horas sin avisar.

Prip Buenísmo, Ale. Esperá que anoto.

* * *

Para zafar del embotellamiento Marquitos rodeó por atrás el Hogar para ancianos de las monjas y volvió por Spiro. En el paso a nivel de Da Vinci las barreras estaban bajas, pero el tren venía lejos. Cruzó de todos modos y salió a la ruta 21.

En fin, su excursión con la Paraguayita no había salido del todo bien. La mina no le daba calce para nada. No se reía de sus chistes, los piropos le resbalaban y cuando quiso robarle un beso le dio vuelta la cara de un tortazo.

La culpa fue de él. ¿Para qué la llevó a comer a un lugar tan rasca? ¿Qué necesidad tuvo de contarle la pelea en Maquiavelo? Sin contar que hizo quedar a Javi como un héroe.

Marquitos abrió el portón y entró la Ford de culata en el garaje de la panadería.

—¿Qué pasó que no venías del reparto? Llamaba y llamaba y el celular daba apagado todo el tiempo.

—Todo bien, ma. Ya llegué.

—¡Tenés la cara colorada! ¿Te anduviste peleando?

—Pero no…

Al quedar solo se fijó en el espejo. Era cierto. Le había dado con ganas, la guacha.

* * *

—Sos una genia para los masajes, Teo. Deberías vivir de esto —dijo Olga, que sin embargo no amagó a tirarle un cobre.

—Me propusieron un par de veces, ¿sabés? Esta chica Raffaela, la del salón de belleza, me dijo una vez, pero no sé… Me da un poco de miedo.

—¿Por?

—Está al lado del templo Umbanda. Cuando se ponen a tocar esos tambores y a degollar animales…

—Es una religión reconocida por el Ministerio de Relaciones y Culto —dijo Olga, terminando de arreglarse delante del espejo.

—¿Ah, sí?

Olga cambió completamente de tono. Se le estaba ocurriendo una idea que ni ella sabía en qué podía terminar.

—Decime, Teo, ¿tu marido tiene obra social?

—¿El Yaguané? No, qué va a tener. Si apenas…

—Porque yo puedo tramitarle los papeles del PAMI, si querés. ¿Están casados legalmente ustedes? Bueno, no importa. Vos me firmás un poder y yo me encargo de todos los trámites, hasta de conseguir los remedios en la farmacia.

—Te agradezco, Olguita, pero él está tan delicado…

Para qué la hizo acordar. La Teo se largó a llorar otra vez.

—Esta tarde, cuando vaya al hospital, no sé con qué me voy a encontrar…

—Bueno, pero si está vivo —la reconvino Olga—. Quiero decir… Hay que ser un poco más optimistas, ¿no? Si no cambiamos un poco de actitud…

—Tenés razón.

Ahí nomás Olga la instruyó sobre qué comprobantes solicitar cuando vaya al Paroissien, le pidió los documentos de ella y del otro criminal para sacarle fotocopias.

—Es un derecho de todos los ciudadanos, hayan hecho o no aportes. ¿Él es nacido en Argentina? No importa, igual se puede arreglar. No te preocupés, Teo, yo me encargo de todo.

—Gracias, Olguita. No sabés cómo te agradezco que te preocupes por mí.

—¿No lo habían cerrado al templo Umbanda ese?

—Sí. Metieron presa a la mai Eleonora por intento de estafa, pero sigue atendiendo la hija por la puerta del costado, por el local de la peluquería.

—¿En serio?

—Así dicen. No pensarás ir.

* * *

La fama de la mai Eleonora había traspasado las fronteras de Villa Mosquito. A su terreiro llegaban almas sufrientes no sólo del vecino barrio Don Juan, sino también de Villa Scasso, del Barrio Independencia, de Dorrego, de El Talita y hasta del centro de González Catán.

En Catán justamente tenía una seguidora, una viuda de muy buen pasar, que no se atrevía a ir a Villa Mosquito y por eso la mai Eleonora la atendía a domicilio.

Una casa hermosa tenía, un chalet con un jardín enorme sobre la Avenida Lasalle, a dos cuadras de la estación. La viuda tenía problemas de salud, problemas familiares y una mala suerte inexplicable: todo lo que empezaba le salía mal.

En una pintoresca ceremonia en la que se tocaron tambores, se realizaron bailes giratorios y se degolló una gallina (cuya sangre se roció sobre los participantes) los orishás le comunicaron a la mai Eleonora que el origen de todas las desgracias de esta señora estaba precisamente en el lugar donde vivía. Gente que le tenía envidia había realizado un trabajo contra su hogar, y la única solución iba a ser desprenderse del inmueble.

Estaban a punto de firmar la transferencia de la escritura a

nombre de la mai Eleonora cuando fuerzas policiales, alertadas por los hijos de la viuda, irrumpieron en la escribanía y se la llevaron a la mai detenida bajo los cargos de fraude agravado, estafa e intimidación.

—Tres patrulleros, como veinte canas —contaba su hija, el travesti Raffaela, a una de sus clientas del salón de belleza—. Ni que hubieran ido a buscarlo a Bin Laden…

La mai Eleonora quedó a disposición del juez hasta que éste decidiera su situación procesal.

—O sea, hasta que les lleve la guita —explicó Raffaela, con su voz mal dormida y aguardentosa—. Manga de buitres, esos van todos al número.

Raffa dio una pitada a su Benson & Hedges y dijo:

—Pobre mamá, si al final la casa ni siquiera era para ella, era para los fieles de Orishá.

* * *

Olga subió por el camino de tierra que bordeaba el basural, algo más relajada después de los masajes de la Teo. Sus tacos buscaban la parte más firme del terreno, tratando de no dar otro paso en falso.

En el aire flotaba un olor pegajoso, como a plástico quemado. Dos chicos pasaron cargando un balde de agua, al que llevaban colgado de un palo de escoba. Unos perros los seguían.

—Buenas tardes, señora —le dijo un viejo que salía con un rollo de papel higiénico de adentro de una cabina telefónica roja, como las que se ven en las películas inglesas, con cartones en los cuadraditos donde deberían estar los vidrios. Las gaviotas volaban en círculo alrededor de un camión que volcaba basura. Un borrachín dormía en un Citroën abandonado.

En uno de los accesos a la Loma estaba el templo Umbanda, con las fajas de clausura judicial. Teo le había dicho que funcionaba todavía.

¿Y si se daba una vuelta? En momentos de incertidumbre, no está de más volcarse hacia lo espiritual.

* * *

El salón era parecido a cualquier otra peluquería de barrio. Frente a uno de los sillones, una mujer con el rostro curtido del Altiplano le hacía las trencitas bahianas a la única clienta. En el otro, un travesti alto y fornido, vestido con un jogging rosado y vincha de Hello Kitty, daba pitadas a su cigarrillo y decía:

—Es que el sistema judicial de este país siempre fue una porquería, Jacqueline. No es como en Estados Unidos, ¿viste? que

tenés los juicios por jurado. Acá es un viva la pepa.

La boliviana hacía que sí con la cabeza, aunque parecía más concentrada en no perder el hilo de la trenza.

—Yo de chiquita miraba Petrocelli, la serie esa del abogado que vivía en una casa rodante, ¿te acordás?

No le prestaron la menor atención a Olga. Ni que hubiera entrado una mosca.

—Y después estaba la Ley y el Orden, esa que eran todos abogados y fiscales. Había una versión en Nueva York, otra en Los Ángeles…

Era un cambio para bien, después de una estadía en el rancho de Teodora, entrar a un lugar donde reinaba el aroma a spray, a crema capilar y a lo que parecían scones recién horneados. Aun así la desconcertaba que no se hubieran fijado en ella. Era algo a lo que no estaba acostumbrada.

—Creo que habían hecho una versión en Miami también…

Olga carraspeó. Algo molesto, el travesti la miró de arriba a abajo y le dijo:

—¿Qué se te perdió, linda?

* * *

Después de dejar a Sasha, Checho fue a buscar a Dieguito al kiosco de Bebote, un lugar mezcla de aguantadero, fumadero y depósito de cosas robadas regenteado directamente por el Larva.

Sabía que iba a encontrar a su hermano ahí, pero en vez de rescatarlo quedó pegado él. Bebote les fió unas dosis y después les alquiló una Bersa calibre 22 para que salieran a changuear.

—¡Apurate, pajero!

Checho y Dieguito recorrieron los pasillos de la Loma evitando la calle principal, no vaya a ser que los pescara su mamá. Checho se cuidó muy bien de no pasar bajo de los techos donde estaban los Teros, que al verte pasar te chistaban y si levantabas la cabeza te soltaban un gargajo en la cara.

Salieron de la villa. Al acercarse a la despensa se toparon con la mirada severa del paraguayo Bernabé, que parecía adivinar en qué andaban. Para el lado de la Quema pasó un carro tirado por un caballo flaco como alambre, seguido de varios perros. Del lado contrario venía la moto tuneada de uno de los Angelitos, que se detuvo al llegar a la remisería.

El cielo se nubló. Antes de doblar por Da Vinci Checho se hincó frente al santuario de San La Muerte, y le indicó a Dieguito que hiciera lo mismo. Es algo que hacían siempre los pibes, le dejaban una pequeña ofrenda antes de hacer sus laburitos (una teca, un chorrito de vodka, una vela) para les ayudara a conseguir un buen botín y los

protegiera de las balas policiales. Si no tenían nada que ofrecerle se lo prometían para cuando volvieran, y siempre cumplían. San La Muerte es un santo muy vengativo, y si no le cumplís lo prometido puede irte muy mal.

* * *

La heladería de Rafael Castillo fue el último trabajo de la tarde. Al volver a rendir la recaudación Javi se presentó en la oficina con un kilo de helado de tiramisú, limón al agua y chocolate árabe. Dorita ya no pudo seguir enojada.

Lo repartieron entre los tres, y hasta le dejaron en el freezer un poco para Juan Carlos, que ya se había retirado. Pobre Juan Carlos, no tenía nada que hacer al lado suyo. Javi y él eran como El Zorro y el Capitán Monasterio, como Messi y Cristiano Ronaldo: por más que se esforzara nunca lo podía alcanzar.

—¿No quedó nada colgado para esta tarde?

Quería mostrarle a Dorita que, si bien se borraba sin avisar de vez en cuando, estaba dispuesto a trabajar incluso más de lo que hiciera falta.

—Llamó tu novia —dijo Dorita, y con Alenka se rieron de su cara de desconcierto—. La viejita Polaca.

* * *

El cero-cincuenta era un Fairlane V8 que recorría la calle Spiro al doble de la velocidad permitida. El chofer iba en cuero y chancletas, tomando fernet Chabona de la botella y disfrutando a todo volumen del último éxito de la cumbia tropical:

Dame por el cucu, papi,
Dame por el cucu, papi,
Dame por atrás, dame por atrás…

Pegaba unos volantazos suicidas para adelantar a los vehículos más lentos y volver a su carril antes de estrolarse con los que venían por la mano contraria.

—¡Más despacio!

Disfrutaba del miedo de los pasajeros, que tenían que gritarle en la oreja o apoyarle una mano en el hombro lleno de tatuajes para llamar su atención.

—¡En la esquina, chofer!

Dame más fuerte, ¡ay!¡ay!

Un sujeto de una vulgaridad aplastante. En situaciones normales Olga lo hubiera puesto en su sitio, pero su entrevista con la vidente la había dejado tan conmocionada que no atinaba a reaccionar.

La maisita Raffaela la pegó en todo. Cada vez que arrojaba los buzios se producía una nueva revelación. Le dijo a Olga que tenía un gran secreto en su pasado, que su trabajo estaba relacionado con la medicina y que alguien cuyo nombre empezaba con A era para ella mucho más importante de lo que ella misma estaba dispuesta a admitir.

Raffaela tenía una capacidad de predicción extraordinaria. Que fuera uno de los travestis que por las noches ejercía la prostitución en la ruta 21 no le quitaba méritos, pensaba Olga. Ella misma había trabajado de alternadora en un par de bolichitos discretos, cuando recién llegó del Paraguay, y aún le quedaban algunos amigos de esa época, señores mayores con los que cada tanto se iba a tomar unos mates, y a quienes pedía prestados unos billetes que nunca recordaba devolver.

—¡Cuidado, chofer! —gritó alguien sentado junto a ella.

Lo dijo por un anciano que cruzaba la calle a paso de tortuga, y abrió los ojos aterrado al ver que el Fairlane, en vez de aminorar la marcha, aceleraba aún más. Sólo un salto olímpico hasta el cordón de la vereda lo salvó a último momento de morir aplastado.

—¡Casi casi, eh! —el chofer tiró la botella vacía por la ventana y agregó—. ¡Un viejo menos para hinchar las pelotas!

* * *

Raffaela apretaba las teclas de la calculadora. Con desazón exclamaba.

—No sé cómo vamos a hacer, Jacqueline. No llegamos, no llegamos…

La boliviana asentía, mientras le lavaba la cabeza a una viejita que había venido a retocarse las raíces.

—Pobre mamá, no sé qué vamos a hacer…

A Raffa se le cerraban los párpados, llevaba una semana casi sin dormir: de día el Salón de Belleza, por la tarde el templo Umbanda, de madrugada su trabajo en la ruta…

—Para colmo anoche me encajaron un billete falso de cien, ¿podés creer? Me di cuenta hoy a la mañana cuando lo fui a depositar, decí que en el banco el cajero me lo dio de vuelta. Un divino, el flaquito, ¿viste que ellos tienen obligación de sacarlos de circulación?, pero igual calladito me lo devolvió, me dijo Fijate si podés colocarlo en

otro lado porque es trucho.

—Qué barbaridad —se solidarizó con ella la viejita, y de pronto se alarmó—. ¿Te vas, Raffa?

—No, Bertita, voy acá al lado un momento, ahora vuelvo.

La boliviana carraspeó, desconfiada, pero Raffaela no se dio por aludida. Pasó por la puerta lateral al templo y, aprovechando que Jacqueline no la veía, sacó una bolsa de atrás de la estatua de San Onofre y se armó una línea.

¡Uffff! El producto de Domínguez ya no es lo que era. No el que vendía acá en la villa, por lo menos. Tuvo que armarse otra línea más.

* * *

—Sabés que decidí que no puedo poner veneno a palomas —dijo doña Emilia—. Muy molestas son, a decir verdad, pero no puedo matar así como así.

Javi casi se rió. Si se hubiera tratado de otra persona la hubiera mandado al diablo. ¿No podía habérselo dicho por teléfono?

—Está bien, doña Emilia. No se haga problema.

—Si matara para comer, por lo menos, pero nomás por gusto...

—La entiendo.

De todos modos era agradable estar ahí, y muchas ganas de volver a su casa tampoco tenía.

De a ratos pensaba Está bien, Marquitos es un chabón excelente, y si a ella le gusta... Y enseguida se sorprendía diciendo: ¡Puta! ¡Puta de mierda!

—No sé si querés hacer otro trabajo —dijo doña Emilia—, algo que hagan ustedes contra cucarachas o algo por el estilo.

—¿Tiene cucarachas?

—Y, a veces hay.

Excelente. Le daba más tiempo antes de volver. Con suerte los iba a encontrar a todos durmiendo.

—Tengo un producto para poner en los rincones. El efecto dura seis meses.

—Bueno, hacé como vos parezca. ¿Querés un té?

* * *

Sin dejar de mezclar la tintura con la crema oxidante en el tachito, Jacky le lanzó una mirada recelosa a su jefa cuando ésta corrió la cortina de cuentas de madera y pasó otra vez al salón. Raffaela se restregó la punta de la nariz, y ese gesto terminó de delatarla.

—¿Escuchaste los tiros anoche, Raffa? —preguntó Bertita.

—¿Qué?

—Si escuchaste el tiroteo que se armó.

—Sí, mi amor, qué no voy a escuchar, si era el único rato que tenía para dormir. Decí que en mi casa las paredes son gruesas, ¿viste?, pero igual quedaron las marcas de las balas.

—Qué barbaridad, Raffa. Cuánta violencia.

—Es verdad —dijo Raffaela, no del todo repuesta de los saques—. Es verdad, Bertita.

—Estos chicos, no aprenden más. Después de lo que pasó con Santiaguito…

—Esto es un descontrol total, Bertita —coincidió Raffaela—. Salís de tu casa y no sabés si vas a volver. ¿Por qué no ponés algo de música, Jacky? El disco de música celta que compré el otro día…

La boliviana meneó la cabeza, mostrando lo poco que aprobaba la conducta de su jefa.

—Es como vos decís, Berti —Raffa se hizo la desentendida—. Yo me acuerdo cuando era chica, que salíamos a pasear con mi abuelita. Nos íbamos a mirar vidrieras, a tomar la leche con bay-biscuits y volvíamos de noche sin problemas… ¡Andá a hacerlo ahora!

—¿Te acordás? Hoy tenemos que vivir encerrados como ratas.

En la peluquería comenzó a sonar la voz etérea de Enya sobre un fondo de arpas y sintetizadores. Al fin un poco de rélax.

—Vos lo dijiste, Bertita. ¡Como ratas! y las ratas son ellos. Tirá un poco la cabeza para atrás, mi amor. Es así nomás, este país está cada vez peor. Acá la única solución es que entren otra vez los militares.

—¿Te parece, Raffa?

—O el servicio militar obligatorio, por lo menos. ¿Si no qué vas a hacer con estos mocosos criminales? Mandarlos a picar piedras al penal de Ushuaia.

* * *

Al llegar a la ruta 21 lo ven, esperando el colectivo: un chetito con los libros bajo el brazo, bléizer azul y pantalón gris del colegio Cristo Rey. Las Nike Turbo no deben ser parte del uniforme reglamentario.

Checho y Dieguito cruzan. En la ruta el tráfico es intenso, pero por la vereda no pasa nadie. El gil tiene puestos los auriculares y tontea con el celu, cuando los ve ya es tarde.

—¡Eh, traé acá!

No es con él. Los dos se pelean entre sí por la gorra con visera de Checho. Uno se la saca al otro y el otro se la vuelve a quitar.

—Dame, si es mía.

Ni siquiera lo miran, al gil, que al ver que están por seguir de largo parece más tranquilo.

Eso hasta que Checho pela la 22 y se la pone en el pecho.

—La zapa y el zelu, amigo.

Dieguito lo agarra por atrás. Al chetito se le doblan las piernas.

—¡Al zuelo! ¡Tirate al zuelo! ¡Largá laz llanta, gato!

El miedo lo tiene totalmente paralizado. Tienen que vaciarle los bolsillos y sacarle las Nike así atadas como están. Una se le traba, por más que forcejea Checho no se la puede sacar.

Se escuchan bocinazos. Algún automovilista ya debe estar llamando al 911, aunque nadie se anima a parar.

—¿Queré que te ponga, gato de mierda? —dice Checho, apretandole el cañón de la Bersa en el pecho como si quisiera traspasarlo. Tal vez sea lo único que pueda hacerle, los fierros que les pasa Bebote son una verga.

—¿Queré que te ponga, gil?

El dedo le tiembla en el gatillo, casi desea que el chetito se resista para probar.

No hace falta, ya tienen todo. Dejan al pibe tirado y corren hacia las vías.

* * *

—Te están haciendo un trabajo, flaca —le había dicho Raffaela, que tanto por su lenguaje como por las confianzas que se tomaba no se parecía a ninguna otra vidente que hubiera consultado antes.

—¿Quién? —preguntó Olga, con el alma en hilo.

—¿Y yo qué sé quién? Vos debés saberlo muy bien. ¿Querés que dé el DNI también?

—No, claro —se disculpó Olga, con una mansedumbre que a ella misma la sorprendía.

Se encontraban en salón contiguo a la peluquería, que aunque bien limpio y desinfectado guardaba todavía las marcas de los sacrificios rituales. Desde un estante las observaban las estatuas de San Jorge y el Dragón, de Iemanyá y de Eshú-Olá (el Jesús negro umbandista) alineadas como el Yoni tenía en su pieza los muñecos de los huevitos Kinder. Unos cuernos de carnero ocupaban la pared del fondo, detrás del altar principal.

—Decime, por favor.

El travesti agitó en el cubilete los caracolitos traídos especialmente de la Praia do Candomblé y los arrojó como si fueran dados sobre el tapete verde. Contó cuantos habían caído abiertos o cerrados, midió el ángulo y las distancias relativas entre ellos con sus manotas de uñas coloradas.

—Alguien que vos pensabas que habías dejado atrás para siempre —dijo Raffaela—. Alguien a quien vos cagaste y se viene a vengar.

Olga se quedó con la boca abierta.

—¿Una mujer o un hombre?

Los caracolitos rodaron nuevamente. Dos debieron haberse perdido en algún momento, porque habían sido reemplazados por chapitas de cerveza Brahma, pero daba lo mismo porque los orishás pueden manifestarse igual.

—Una mujer —declaró Raffaela.

Olga se puso pálida. Con el alma en un hilo preguntó:

—¿Una mujer viva o muerta?

Raffaela quedó descolocada por la pregunta, pero se rehizo enseguida.

Le dijo:

—Flaca, esto no es Google. No podés preguntar lo primero que se te venga a la cabeza.

—Decime, por favor. Necesito saber.

Resoplando, Raffaela volvió a juntar los buzios y los agitó. Olga se moría de ansiedad.

—Última vez, ¿eh?

—Sí, sí.

La maisita tiró los buzios y apenas los vio caer se persignó y musitó una plegaria en portuñol.

—¿Ves? —se enojó Raffaela—. ¿Ves lo que pasa cuando te digo que te la cortes y vos insistís?

—¿Qué pasó, Raffaela? ¿Qué viste?

—Nada, nada.

—Decime, por favor.

Raffa le dijo:

—Andate, flaca, vení otro día. Me siento mal, creo que me bajó la presión.

La boliviana, que al parecer oficiaba de ayudante tanto en la peluquería como en el templo, la escoltó hasta la salida.

* * *

Se dividen los triangulitos en partes iguales y van a fumarlos al costado de la canchita. Cada cual tiene su pipa: Checho una bombilla de mate recortada y Dieguito una lata de gaseosa con un caño de aluminio. Se acomodan en un contenedor de basura tumbado al que llaman la Casita, donde ya están otros paqueros: el Vampi, Ricardito, Pirulo y el Loco Calesita, un vato al que le pusieron un corchazo en un enfrentamiento y ahora anda en silla de ruedas.

—¡Tuya Fredi! ¡Tuya!

En la canchita los pibes de la Mosquito corren atrás de la número 5, entre dos arcos armados con horcones. A la hora de la siesta juegan los nenes más chicos, que van siendo desplazados por pibes más

grandes y finalmente por adultos a medida que avanza la tarde.

—¡Tocá! ¡Tocá! —grita uno que se quedó de zapatero.

—¡La lleva el Apache, señores, elude a un rival…! —relata el mismo que tiene la pelota, a medida que se acerca al arco—. Sigue Carlitos Tévez…

—¡Gooooool!

En otro tiempo, Checho formaba parte del grupo de los que jugaban a la pelota, y le hacía caso a su mamá cuando le pedía que no se juntara con los fumanchines. Era de madera. Siempre lo ponían de defensor, para que al menos tirara un zapatazo para arriba.

La rueda del encendedor gira. El humo caliente le llena los pulmones. Aguantarlo un poco más, un poco más, ahora sí, dejarlo salir…

Algunos paqueros están metidos como perros en la casita, con las patas afuera. Otros sentados sobre el pasto, o tirados en un colchón rescatado del basural. Se convidan fuego, pero los triangulitos son sagrados.

—Pasál zendedor.

La euforia de la primera pitada se va tan rápido como llegó. El polvito con virulana en la pipa, la ruedita y las chispas. Otra vez. Y otra. Y otra. No más hambre, no más dolor… A Dieguito le vuelve el brillo a los ojos, hasta se ríe otra vez. Los gritos de los futbolistas llegan lejanos, el cielo se cubre de nubes rosadas.

En medio de la calma, el barullo de un motor se hace más fuerte. Es la Gilera 125 de uno de los Angelitos, que viene a ver a la vagancia por si necesitan más. Se mueven en moto, siempre, aunque el kiosco no esté ni a dos cuadras.

Los que aún tienen algo de valor lo intercambian por otro triangulito, algunos quedan literalmente en calzoncillos. ¿Acaso les importa lo que piensen los vecinos, que al volver de su trabajo los miran como si fueran la peor basura?

Ahora son chabones más grandes los que juegan al fútbol. Un petiso que entrena para boxeador en el gimnasio de Pupi trota alrededor de la cancha, tirando cada tanto unos golpes al aire.

—¡Altas llantas! —le dice a Checho uno de los futbolistas cuando se arrima a sacar un lateral.

—Zon laz Nike Turbo Z.

—¿Las querés luquear?

—¡Ni ahí!

Sin embargo, tarde o temprano lo va a tener que hacer. Para sacárselo de encima le dice:

—Doscientos pé.

—¡Qué! Te doy treinta.

Los otros jugadores le reclaman que vuelva a poner la pelota en

movimiento.

—Por treinta hacemos negocio. Es todo lo que tengo.

* * *

El té con doña Emilia duró casi hasta las nueve de la noche. La viejita le contó de su infancia en Polonia, del comienzo de la guerra, de su deportación.

—¿Los mandaron a Auschwitz?

—No. Nosotras quedamos del lado ruso. Mandaron con madre mía, hermanas y primas a koljós cerca de Siberia.

—¿Qué es eso?

—Especie de granja colectiva. Dos años estuvimos ahí. Después de pelea entre Hitler y Stalin nos liberaron y entramos a Ejército Británico.

Ella formó parte del batallón de Polacos que participó en la batalla de Egipto en el ’43, y en la liberación de Italia en el ’44.

—No me diga —Javi mordisqueó una de las galletitas que le había servido con el té. Parecía que estuviera escuchando un documental del History Channel—. ¿Qué hacía usted? ¿Era enfermera?

—No, estaba en transporte. Manejaba camión de tres toneladas.

A Javi se le escapó una risotada.

—Perdón.

—¿Pensás que miento?

Doña Emilia se levantó trabajosamente y trajo de la habitación de al lado un cuadrito con una foto en blanco y negro donde se veía a una rubia bajita y sonriente con uniforme militar (boina, pollera no tan larga, revolver a la cintura) frente a un camión guerrero GMC.

—¿Esta es usted?

Si se fijaba bien se podían rastrear los mismos rasgos, los mismos ojitos alegres.

—Debían estar todos enamorados de usted.

Doña Emilia guardó la foto, riéndose.

—No tanto, hombre, no tanto…

Contó que ahora su mayor batalla era con su hija, que quería mandarla a un asilo. Pero por más que le prometieran que iban a tenerla bien, para ella era como firmarse ella sola la sentencia de muerte.

—Voy tirando como puedo. Mientras quedan fuerzas todavía…

* * *

No había manera de escapar de su mirada. Desde la pared, los ojos de la mamá de Javi la seguían de un lado a otro del comedor.

Alguien que pensabas que habías dejado atrás para siempre.

—Yo hice todo lo que pude por vos —le dijo en voz baja Olga—. Cuidé tu casa, me ocupé de tu hijo…

—¿Qué? —dijo el Yoni desde el baño.

—Nada, nada.

No era la Olga de siempre, eso estaba claro. No le armó una bronca a su sobrina cuando encontró la hornalla hecha un pegote de leche quemada, ni le insistió al Yoni cuando dijo que no tenía deberes para el día siguiente.

Prendió el primero de los siete sahumerios y con los ojos tapados murmuró la oración que le había enseñado la mai Raffaela.

—Yo te invoco, ¡Oh Olorún…!

No estaba segura de que fuera exactamente así.

—¿Le pasa algo, tía?

—Nada, nada… ¿Llamaste a Paraguay?

De la guita no se había olvidado, eso sí.

—Sí, hoy a la tarde.

—¿Y? ¿Ya la mandó?

* * *

Los triangulitos se convierten en cuadrados al quedar tirados sobre el pasto, cuadrados de papel glacé, como en la escuela. *Aquí está la bandera idolatrada…*

Virulana, chispas del encendedor, una pitada y otra más, hasta quemarse los labios con tal de aprovechar el último cachito.

—¡Gooool!

En la cancha ya juegan casi sin luz. Los arcos no tienen red. En caso de duda se arman discusiones.

—¡Pasó por afuera!

El pichón de boxeador sigue trotando. Para Checho y Dieguito se viene la noche, en todo sentido. El buen rato pasó y pinta un bajón de los ásperos. Tienen la garganta como lija, Dieguito se larga otra vez a toser.

Las motos de baja cilindrada de los Angelitos aparecen a intervalos regulares, pero ellos ya no tienen un peso. Por las luces los pueden reconocer: luces azules la moto de Aarón, luces violetas la del Somalí, luces verdes la moto del Tonga y luces rojas la de Cinco Puntos, el más hijo de puta de todos.

—¡Eh, Melenita!

Así le dicen a Dieguito. Por el pelo a veces lo confunden con una nena.

—Vení a la remisería que salió un laburo, Melenita —le dice Cinco Puntos—. Hay un cien.

—¡Olivá, gato! —Checho se pone de pie—. Dejá tranquilo a mi hermano.

Ya sabe de qué laburo se trata.

—¿Y a vó quién carajo te está hablando? Lo quieren a él, no a vó, mono feo. ¿Quién te va a querer a vó?

Cinco puntos se levanta el pulóver, mostrándole la culata de un revolver. Los demás paqueros están cada uno en la suya, ninguno va a pensar siquiera en saltar.

—¿Eh, Melena? ¿Qué decí? Te llevan y te traen en el auto, boludo. En media hora estás de vuelta.

Dieguito deja por un momento de toser. Tirado boca arriba en el colchón, lo mira.

—Hay un cien para vó, guachín.

Hasta su cerebro fusilado comprende lo que un cien significa: veinte triangulitos.

—Dalé, boludo —lo anima el Vampi, tal vez con la intención de que le convide alguno—. Te hacés un viejito y volvés.

Checho no trata de detenerlo cuando se sube a la moto y se abraza a Cinco Puntos por atrás.

Los futbolistas se retiran. El mismo flaco de hoy hace un último intento por las Nike.

—Treinta, boludo. Y te dejo las mías para que no andés en patas.

Unas Converse de tela que son una garcha, todas transpiradas encima. Los tres billetes de diez bailan delante de sus ojos. Ma sí.

* * *

Javi llegó aún más tarde que el día anterior. Comió sin protestar la comida que Olga le puso en el plato, soportó las cargoseadas del Yoni, que insistía en jugar a la play station con él.

—Ya es tarde Yoni. Otro día.

La verdad le hubiera gustado jugar un rato al Gran Theft Auto o Furia de Titanes antes de irse a dormir, pero no quería que la paraguaya puta lo considerara un chiquilín. ¿Es que acaso le importaba lo que pudiera pensar?

—Tenés miedo que te gane, cagón.

—Otro día, Yoni.

—¡Ayer no quisiste jugar tampoco!

La Yeni se refregaba contra él como un gato, hasta que él accedía a rasquetearle el pelo con la yema de los dedos. Era un juego que tenían los dos.

—¡Ota vé!

A María evitó mirarla. Como si no estuviera.

III

Era la única vidriera iluminada de toda la cuadra. Un kiosco chiquito, sobre la Avenida Luro, a seis cuadras de la estación de Laferrere. El cartel decía: PIDA AQUÍ SU REMÍS.

Serían poco más de las dos de la mañana, el dueño dormitaba al otro lado del mostrador. Los golpecitos en la vidriera lo sobresaltaron.

—Por un viaje, jefe —dijo desde la vereda el sujeto, un petiso ruliento con una cara de malandra que no podía ser. Atrás estaba parado un tipo de unos cincuenta años, muy elegante, con una campera de cuero de corte clásico y pantalones de vestir. De no ser por él no se hubiera atrevido a abrir.

—¿Para dónde sería?

—Acá nomás, unas cuadrás por la ruta 21.

Si es tan cerca, por qué no se van a pie, pensó el remisero, que sacó una planilla de abajo del mostrador y dijo que por cuestiones de seguridad debía tomarles los datos.

—¿Me permite el DNI por favor?

—No lo traje —dijo el petiso, y por las dudas se palpó aparatosamente los bolsillos—. No, no lo tengo, pero me lo acuerdo de memoria: 22 millones, 736…

El tipo de atrás fumaba, mirando los trofeos de pelota-paleta que el kioskero tenía alineados en una estantería.

—¿Nombre?

—Ramón González —dijo el petiso, como podía haber dicho cualquier otro. El remisero se sintió estúpido nomás de terminar de copiarlo.

—Le va a salir 50 pesos hasta allá —dijo, en un último intento por sacárselo de encima.

—No hay problema —dijo el que decía llamarse Ramón.

Ya sin más recursos para volverse atrás, el remisero descolgó un manojo de llaves de un gancho y dijo:

—Vamos.

Puso el esperanzado cartel de Enseguida vuelvo y los invitó a subir a su auto, un Peugeot 504 en bastante buen estado.

—¿Le molesta si fumamos?

El remisero dijo que no. ¿Qué más podía decir? El tipo alto ya tenía uno prendido. El remisero lo pizpeó por el espejo retrovisor. Un tipo muy elegante, alguien que uno no se imagina yendo a un suburbio como ese a estas horas de la noche. O sí.

La Luro estaba casi desierta. De las multitudes que recorrían sus veredas durante el día sólo quedaban cajas de cartón y bolsas de

basura, esperando que se las lleven cirujas, y papelitos revoloteando en el viento.

Al llegar a la estación doblaron hacia la derecha y pasaron bajo el puente peatonal. Agarraron para el lado de Catán. La ruta 21 se ponía cada vez más siniestra a medida que avanzaban. Los talleres, lavaderos de autos y depósitos de la zona estaban todos cerrados a esa hora. Las luces de mercurio dejaban amplias zonas de oscuridad.

—Linda noche —dijo el remisero, por buscar conversación.

—Sí —dijo Ramón—. Tá fresquito.

Pasaban camiones de hacienda para el lado de Liniers, camiones de verdura para el Mercado Central, un 86 casi vacío. Una gomería con un letrero que decía ABIERTO 24 HS ponía un poco de vida en las veredas desiertas. Bajo el cartel con la publicidad del Híper Tehuelche unos travestis que charlaban de sus cosas los miraron pasar.

—Doble acá en Da Vinci, jefe. Cruzando las vías.

—¡Ese es el barrio Don Juan! —se quejó el remisero. Si le hubieran dicho que iban ahí ni loco los traía.

—Un par de cuadras nomás —sonrió por el espejo Ramón.

Un barrio de casas de una planta, con techo de chapas o de losas de hormigón, a los que les habían dejados los fierros sobresaliendo en vistas a futuras ampliaciones.

Cruzando Spiro el pavimento se ponía cada vez más poceado y mordido en los bordes, al punto que ya no se sabía si seguían sobre el asfalto o si iban por una calle de tierra. El alumbrado público había terminado hacía varias cuadras. Unas pocas lamparitas iluminaban el frente de las casas.

Ya empezaban los matorrales cercanos al río Matanza, al remisero ya no le quedaban dudas: estaban llegando a Villa Mosquito. Miró por el espejo. A esta altura el tipo bien vestido le daba más miedo que el petiso maladrín.

Clavó los frenos, dijo:

—Llévense el auto si quieren, y la plata, pero yo ahí no entro.

Daba por sentado que lo estaban asaltando.

—Todo bien, jefe. Déjenos allá, frente al almacén.

El remisero esperó a que bajaran, con el cambio puesto y el pie en el acelerador. Como era de esperar, el tipo alto fue el que metió la mano en el bolsillo, aunque en vez de los cincuenta convenidos le pasó dos billetes de cien. El chiquito se arrimó a la ventanilla. Le apoyó al remisero una mano en el hombro y le dijo:

—Cuchemé, jefe. Usté no trajo a nadie acá, ¿me entiende?

—No traje a nadie —dijo el remisero, guardándose los billetes.

—Buenas noches —dijo el tipo de la campera de cuero.

Fue la única vez que lo escuchó hablar durante todo el viaje.

* * *

La calle de entrada de Villa Mosquito estaba oscura y en silencio. La recorrieron hasta el final y luego se internaron por el entramado de pasillos, que Ramón parecía conocer a la perfección. El Tipo lo seguía a dos pasos de distancia. Tomaron por un pasillo en diagonal. Un alero demasiado bajo casi le lastima la cabeza. En una de las bifurcaciones vio, adosado a la pared, una especie de altar con la foto de un nenito, con el uniforme de jardín de infantes, a quien le habían prendido dos velas.

—Cuidado el escalón.

Conforme bajaban hacia el río había cada vez menos viviendas de ladrillos y más casuchas de madera y latón. La presencia del intruso debió activar algún tipo de alarma. Un televisor que estaba prendido bajó el volumen. A medida que pasaban se escuchaba (clac-clac) como calzaban las 9 adentro de los ranchos.

El Tipo notó que los estaban siguiendo. Le dijo a su guía:

—Che, Ramón, ¿qué onda estos dos?

Ramón se dio vuelta y les dijo:

—¡Eh, putos! Soy yo, Ramón.

Dos borregos de no más de quince años se acercaron. Capucha, gorrita, bultos sospechosos bajo el buzo deportivo.

—Ramón, cómo andás.

Con él estaba todo bien, era el Tipo el que no les inspiraba confianza. Lo examinaron a la escasa luz de la única lamparita cercana: la pilcha, el corte de pelo, las canas… Una pinta de federico de acá a diez cuadras.

—Un amigo —lo presentó Ramón—. Va a quedarse unos días en lo de mi compadre el Yaguané.

El de la gorra con visera dijo que primero iban a tener que consultarlo con Domínguez.

—Todo bien con Domínguez —dijo Ramón—. Este es un chabón legal.

Y le hizo al Tipo un gesto de que lo siguiera, sin hacer caso de las protestas que amagaban a hacer los Angelitos.

Lo único que faltaba, que un par de pendejos culocagado vinieran a marcarle la cancha.

* * *

Era el último tramo de la villa, la bajada de la Palangana. El terreno era cada vez más fangoso, debían pisar de costado para no deslizarse.

—Guarda que está resfaloso.

En este sector los ranchos estaban más dispersos, rodeados de yuyales y arbustos. Con la vista algo más acostumbrada al oscuro, el Tipo pudo distinguir, casi llegando al río, una vivienda al parecer más sólida que las que las rodeaban. Paredes de ladrillo, puerta de chapa reforzada.

—¡Teo!

Los perros de los alrededores se despertaron primero. Aunque no se podía ver, la cercanía del Río Matanza se hacía sentir en los ojos y la nariz.

—¿Quién es?

La cadena que había en lugar de la cerradura se corrió. Se escuchó el llanto de una criatura.

—Acá vengo con un amigo. Necesita un lugar para quedarse un par de días.

La mujer asomó el rostro y se quedó mirando a Ramón sin la menor expresión, como si no lo hubiera escuchado. Por fin abrió la puerta y los invitó a pasar.

Ajustó un foco en el portalámparas. La luz repentina les lastimó los ojos.

—Permiso —dijo el Tipo, que agachó un poco la cabeza al cruzar el umbral.

No se parecía a ninguno de los sujetos que traía habitualmente Ramón. Como por instinto Teodora se acomodó el pelo y se cerró el saquito de lana sobre el pecho.

—Pase, por favor.

Sobre la cama grande se restregaba los ojos una nena de unos tres años, que tenía blancas las pestañas de un ojo y un mechón de pelo blanco en mitad de la melena negra. Al ver al desconocido dejó de llorar y se puso a mirarlo con curiosidad. En un camastro más chico, pegado a otra pared, dormían dos adolescentes, uno a los pies del otro, tapados con la misma frazada. El más grande se incorporó sobre los codos y les dirigió una mirada con su jeta de chimpancé. El más chico tosió.

Teodora le ofreció al visitante un sillón individual que seguramente habían rescatado de la basura. Era el único lugar que tenía disponible.

—¿Quieren tomar algo? Puedo preparar unos mates.

Parecía mortificada de tener que recibirlos en un lugar tan poco apropiado, y con semejante facha.

—Disculpemé por venir a molestarla a estas horas, señora —dijo el Tipo—. Vuelva a acostarse por favor.

—Yo me voy yendo—dijo Ramón.

* * *

La más alta, la más producida, la de mejor físico… Raffaela era sin dudas la Reina de la ruta 21, en el tramo que va desde el puente del 29 a la estación de Laferrere.

—¡Diosa!

Una zona que podía parecer poco atractiva, pegada a las vías del Belgrano y vecina a Villa Mosquito, pero con un tráfico importante y clientes de mucho nivel: petroleros de Repsol-YPF, personal jerárquico de las empresas constructoras, estancieros del sur de la Provincia que volvían a sus pagos después de hacer sus chanchullos en la Capital.

—Hoy es jueves, Raffaela —le guiñaban el ojo y la felicitaban las otras chicas que paraban en la esquina de Da Vinci: la Peruana, la Pantoja y la chiquitita de Jazmín.

Eran las cuatro mosqueteras, una para todas y todas para Raffa, que por derecho divino se había posicionado como la líder del grupo. Era ella la que tomaba las decisiones por todas, la que resolvía las disputas, la que negociaba las comisiones con la policía y la que, por su vecindad con los transas de la villa, conseguía a precio mayorista el faso y la camerusa.

—¿Cómo? ¿Jueves ya? —se hacía la tonta Raffaela, que por supuesto era también la que se quedaba con los mejores clientes. Aunque eso no era algo que ella buscara, se daba solo. La flacuchenta de Jazmín, pobrecita, estaba más para los viejos en la onda necrofílica y la Peru y la Panto, bueno, ellas mismas lo sabían: eran la fuerza de choque de Raffaela, las que aguantaban los trapos si otro grupo de travestis trataba de coparles el territorio, o si un cliente medio friqui intentaba pasarse de la raya. Como premio podían contar con una buena tajada de las ganancias de su jefa, y sortearse entre ellas a los clientes de paladar menos exigente y menor poder adquisitivo.

—¿Cómo sigue lo de tu mamá?

—¿Cómo va a seguir? Tengo que conseguir plata para llevarle al picapleitos. Al paso que voy…

—¿Y al templo lo tiene cerrado?

—Ojalá. Tengo que atenderlo yo también. Eso, más el salón de belleza… Hace días que no duermo.

Las chicas le dijeron que no se hiciera problema, que todo se iba a solucionar y demás frases esperanzadas sin el menor fundamento.

—Aparte hoy es jueves.

* * *

Javi despertó. El radio-reloj marcaba las 2:31. Olga roncaba.

—Auuuuuuuuuuu…

Los perros del Tano Vicente estaban más quilomberos que nunca. Debía ser la última noche.

Se levantó con todo el cuidado del mundo. Por algún motivo esa noche había zafado de marcar tarjeta y no quería despertar a Olga y empezar otra vez con el mismo circo.

Salió en puntas de pie y abrió la puerta con infinitas precauciones. Al sentir el picaporte la respiración de Olga se interrumpió por una fracción de segundo, luego siguió como antes.

Javi sacó de la heladera la botella de Coca-Cola que usaban para enfriar el agua y se bebió casi la mitad de un saque.

—¿Estás enojado conmigo?

Casi se le cae la botella de la mano. María estaba ahí. ¿Cómo podía ser? ¿Estaba de antes o llegó recién?

—Por más que quiero no puedo dormir. Me dan miedo los aullidos. Sé que son perros, pero igual.

Qué hermosa estaba, por Dios. Era más bella que en sus sueños y estaba ahí, al alcance de su mano.

—No me contestaste.

—¿Qué cosa?

—Por qué estás enojado conmigo. En la cena no me hablaste ni una vez. ¿Fue por algo que dije?

Y ese su acentito, por Dios. Daban ganas de ponerla en un plato y comérsela.

* * *

Hubo reunión plenaria bajo el cartel de Hiper Tehuelche. Fue la Peru la que trajo la noticia.

—Parece que volvió.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? La Gringuita.

Se refería a una travesti jovencita que había querido integrarse a su grupo unas semanas atrás. Una entrerriana recién llegada a Buenos Aires que buscaba un lugar para empezar, y a la que Raffaela le había dicho gentilmente que no. Ya eran muchas en la esquina de Da Vinci y la plaza no daba para tanto.

—A lo mejor si vas al otro lado del puente…

No era propio de ella, rechazar a una chica que recién empezaba. Todos sabían lo generosa que podía ser, y cómo jamás le negaba una mano amiga a nadie (sobre todo si se trataba de una piba que no tenía la menor posibilidad de hacerle sombra). Pero con esta gringuita Raffa sintió que la cosa podía ser diferente. ¿Para qué arriesgarse? Los tipos son unos cerdos, siempre están dispuestos a cambiarte por un culito más joven.

La Entrerriana desapareció del mapa, sólo por unas noches. Alguien la vio parada justo en la salida de la refinería.

—¡Encima un jueves!

A la distancia sólo podía distinguirse una silueta contra los faros de los autos.

—¡Hija de puta! —rechinó los dientes Raffaela—. Llega a tocarme al Gallego y la mato. La corto en fetas, la…

—¿Querés que nos hagamos cargo? —preguntó la Pantoja, dispuesta a llevar a la práctica las amenazas de su amiga.

—No. Mejor esperen.

* * *

Las bisagras del portón rechinaron. Javi salió. La calle estaba desierta, los vecinos dormían.

¿Habría pasado ya el camión de la basura? Con el muñoncito escondido contra la cintura, Javi caminó hacia la fonda de la vieja Gómez, en la esquina de la ruta, mirando a izquierda y derecha antes de asomarse a la colectora. El suyo era un barrio tranquilo, dentro de todo, aunque no era raro que los pendejos paqueros de Villa Mosquito salieran a patrullar la zona. Si te pescaban desprevenido, fuiste: eran capaces de pegarte un tiro para sacarte lo que llevabas en el bolsillo.

Ni señales de peligro. Un hombre esperaba el colectivo, en la parada provisoria en la mano del frente. Del lado de Cañuelas un camión de La Serenísima bajaba la velocidad al llegar al desvío.

El contenedor de basura del boliche tenía la tapa baja. Buena señal. Dos perros que intentaban infructuosamente abrirlo movieron la cola al verlo llegar.

* * *

El Siena blanco venía despacio por la mano de enfrente. No tenía ninguna identificación pero todos sabían que era el auto de Bigote, el jefe de calle de la Distrital de Laferrere.

Raffa cruzó por la esquina del semáforo y le hizo señas como si fuera un taxi.

—Cómo va eso, Cenicienta.

—Todo mal, Bigote. Allá está de vuelta, en la entrada de la refinería.

—¿Quién?

—No te hagás el gil. Sabés de quién te hablo.

—¿La Gringuita? Linda piba, che… ¿Qué, tenés miedo que te saque los novios?

El Jefe de calle lo miró al chofer, como para que le festejara la

ocurrencia.

—Mirá, Bigo —dijo Raffaela—, nosotras te pagamos la cuota para que nos mantengas el territorio despejado, así que…

—Eh, che, qué mala onda... —dijo el policía—. ¿No te estará por venir el asunto?

—A vos te va a venir, si no te ocupás de este tema. Además te aviso que hay un tipo pasando billetes de cien falsos.

—¿Ah, sí?

—Mirá. Acá tengo uno.

Bigote lo examinó, con la escasa luz del alumbrado público.

—¿Quién te lo dio?

—Uno que anda en una Kangoo amarilla.

—De esas hay muchas.

—Uno con pinta de degenerado, bastante parecido a vos.

—De esos hay muchos también. ¿A quién se lo dió?

—A mí.

—¡Entonces te violó! —dijo Bigote, y él y el chofer se rieron.

—Por qué no van y se la chupan entre ustedes, ¿eh?

—¡De ahí venimos! —dijo Bigote, siempre jovial.

—Bueno, cuando terminen vayan y encárguense de esa perra, que para eso les pagamos.

—Serena, morena. Tomate un evanol, a ver si se te pasa.

* * *

Les dejó la bolsa más chica a los perros callejeros y a la más grande y olorosa la llevó trabajosamente hasta su casa, manteniéndola lo más alejada posible del cuerpo. Un líquido nauseabundo goteaba de una de las comisuras, dejando un reguero de inmundicia.

—¿Adónde vas con eso? —preguntó María, que se había quedado esperando frente a la casa.

—Vas a ver —dijo Javi, apremiado por el esfuerzo—. Estos no joden más.

Usó la reja del frente como escalera y trepó hasta a la medianera. Como un equilibrista caminó por lo alto de la pared, doblado como un junco hacia el lado contrario al que llevaba la bolsa.

—Javi, por favor. Es peligroso —le decía María desde abajo.

Llevaba la mano izquierda obstinadamente embutida en bolsillo, pero la tuvo que sacar para mantener el equilibrio cuando estuvo a punto de caer.

—¡Javi!

Con lo oscuro que estaba María sólo alcanzó a ver un brazo estirado, un poco más corto que el otro. Después ya no vio nada más. Al llegar al final de la pared Javi saltó sobre el techo del galpón

vecino. Se escucharon sus pasos sobre las chapas de zinc. Los aullidos lastimeros de los perros se transformaron de pronto en ladridos agresivos.

—¡Javi! ¡Javi! —decía María, pero él ya no la podía escuchar.

* * *

Se ve que Bigote se puso las pilas, porque a los cinco minutos un patrullero de la Provincial se detuvo frente a la refinería. Los milicos bajaron. Cuando la Entrerriana quiso darse cuenta ya era tarde.

—Esa no jode más —dijo la Pantoja.

Las otras chicas la aprobaron.

Más justo imposible. De atrás de los tanques de combustible con el logo de YPF salió un vehículo que Raffa reconoció a la distancia: ni más ni menos que la Amarok del Ingeniero.

Dobló para el lado que estaban ellas, se detuvo al llegar al semáforo.

—¡Ahí está, Raffa!

—¡Es él!

El vidrio del lado del acompañante bajó.

—Qué tal, guapa —dijo desde adentro una voz con recio acento madrileño.

—Holis… —Raffaela daba saltitos, feliz como una colegiala—. ¿Como estás, hermoso?

Las chicas se emocionaron cuando la vieron apoyar su zapatito en el estribo y zambullirse en la 4x4. Desde la ventanilla Raffa les dijo chau con la mano.

—Qué lindo verte. Pensé que hoy no ibas a venir.

—De eso, ni hablar. Hoy te llevaré a un sitio especial.

—¿Posta? ¿Vas a llevarme a un lugar bien pro?

—Ya verás.

—Ay, Galle, sos pura adrenalina —Raffaela se acurrucó contra él.

La camioneta avanzaba como un torpedo por la ruta 21.

—¿Tienes hambre?

—Porsu. Estoy re-starving.

—También yo.

—Y de postre voy a darte muchos muchos besitos y hacerte unas cositas bien mononas solamente para vos…

Llegando a la estación de Laferrere se pusieron a la par del coche de la Policía Provincial. Desde la seguridad de su vidrio polarizado Raffa vio por unos segundos a la Entrerriana, quietita como un canario en el asiento de atrás. Se sintió una reverenda hija de puta, pero qué podía hacer. En el amor y en la guerra…

* * *

Parado como una veleta en lo más alto del galpón, Javi balanceó la bolsa de residuos, calculando el momento de soltarla. Los galgos del Tano Vicente ladraban y se revolvían allá abajo. Lanzaron un grito y corrieron a esconderse cuando la bolsa cayó y explotó como una granada, salpicando de inmundicia todos los rincones del patio. Luego se acercaron a olisquear.

Una luz se prendió en la casa del Tano. Javi se hizo humo. Saltó del techo otra vez a la medianera y de ahí a los fondos de su casa.

Cayó en cuclillas sobre el césped. Creyéndose solo había sacado el otro brazo afuera, pero al ver a María automáticamente volvió a guardarlo.

—¿Viste? Ya se callaron.

María no dijo nada.

—Tenían hambre, pobres —añadió Javi.

De pie frente a él (era un par de centímetos más alta) María le acomodó el mechón de pelo que le caía sobre la frente y le dijo.

—Sos mi héroe, Javi. Mi príncipe valiente.

Y sacándole a la fuerza el muñoncito del bolsillo, se lo llevó a la boca y se lo cubrió de besos, desde el borde carnoso hasta la uña curva en la mitad.

* * *

Amanecía. Las primeras luces se filtraban por las rendijas de la casa de bloques sin revocar al borde del Riachuelo. Desde su cama, abrazada a la chiquita, Teodora espiaba al visitante, que dormía sentado en el sillón. Tenía el pelo entrecano apenas raleado en la coronilla y un poquito de panza, como es normal en un hombre a esa edad. ¡Y esa voz, y esa manera de mirar! Teo tuvo que contenerse para no exclamar:

—¡Es hermoso!

El primer sahumerio se había convertido en cenizas, delante del retrato de la mamá de Javi. La botella con agua había quedado sin tapar sobre la mesada.

En la panadería de la calle Carcarañá los pibes cargaban los canastos de pan aún caliente en la caja de la Ford. Marquitos estaba más callado que otros días. Con expresión melancólica miraba el cielo ponerse más y más claro por encima de las casitas del suburbio.

Las máquinas de Vialidad aún no habían comenzado a trabajar en la ruta 3. Los obreros no llegaban todavía. El sereno esperaba el final de su turno tomando mate de un termo y escuchando la radio.

Con todo el equipo de caza preparado (las escopetas, los

cartuchos, la cajita con la vianda) el Tano Vicente ponía en marcha la camioneta y salía al patio a buscar a sus perros.

—¡Manacchia!

Los encontró tirados panza arriba, tan repletos que no podían ni mover el rabo, en los hocicos una sonrisa de perruna felicidad.

IV

Los golpes estallaron contra la puerta. Golpes metálicos, inconfundibles, aplicados con la culata de un arma.

—¡Eh, vieja puta!

Los hijos de Teodora se despertaron sobresaltados. La nena del mechón blanco se largó a llorar. Sólo el Tipo, sentado en el sillón, se quedó tranquilo donde estaba.

—¡Abrí, paraguaya! ¡Sacá a ese cobani de ahí!

El llanto de la chiquita crispaba los nervios. El hijo mayor de Teodora gemía bajo la frazada y el más chico se largó a toser. Los perros de los alrededores sumaron al barullo.

El Tipo le hizo a Teodora un gesto de que abriera nomás. Le temblaban las manos, pobre mujer, cuando trataba de embocar la llave en el candado. No fue necesario sacar la cadena porque la puerta se abrió de una patada.

—¡Quietos! ¡Quietos todos!

Entraron con los fierros en la mano, llevándose todo por delante. Checho y Dieguito se acurrucaron en el camastro. La chiquita gritaba con más fuerza que nunca, reclamando con los brazos a su mamá.

—¡Vos, puto! ¡Arriba!

—¡Levantate mierda!

Dos borregos parecidos a los de anoche eran los que más gritaban, pero el que daba las órdenes era un chabón de unos treinta años, un flaco de ojos saltones, vestido con una gabardina amarillenta.

—¡Levantate, rati! —gritaban los guachos, tal vez para darse coraje ellos mismos.

—Movete, puto.

El flaco de la gabardina no decía nada. Colgando de un brazo tenía una Itaka con el caño recortado, lista para usar.

—¡Rápido, rápido!

Parecían canas en un operativo. Teodora protegía con el cuerpo a sus hijos, gritándoles que los dejaran en paz.

—¡Él no es ningún milico, es amigo de marido!

—¡Callate vos! ¿Quién carajo te habló?

El Tipo se puso de pie, cuidando no hacer ningún movimiento brusco. Caminó hacia la puerta. Antes de dejarlo salir el flaco usó la mano que le quedaba libre para palparlo y revisarle los bolsillos. Se guardó la billetera y el celular.

—Movete.

Con la luz del día el Tipo pudo ver por primera vez el lugar al que había ido a parar: los ranchos que la noche anterior sólo había adivinado, la tierra cubierta de yuyos, los matorrales de la otra orilla, las aguas negras del Matanza.

—¡Caminá, mierda!

El zumbido de las turbinas de un avión que bajaba en Ezeiza tapó por un momento los gritos y los ladridos de los perros. De los ranchos vecinos la gente espiaba sin dejarse ver.

—¡Movete, cobani!

Teodora lo vio subir trabajosamente la pendiente, como un león rodeado de chacales. Una pena, un hombre tan buen mozo…

Mientras le acariciaba el pelo de su chiquita murmuró una plegaria a la Virgencita de Itaipú, patrona de los pobres, para que acompañara al desconocido y lo protegiera en ese trance.

* * *

Recuperado del julepe, Checho se calzó las Converse y salió a ver. Su madre no intentó detenerlo: era hora de preparar a Sasha para el jardín y de salir para el trabajo. ¿Cómo iban a parar la olla, si no?

El grupo subía hacia la Loma, con el Larva a la cabeza, los faldones de su gabardina balanceándose como una sotana. El Tipo iba en el medio, mirando asustado a Aarón y Cinco Puntos, que no dejaban de hostigarlo.

—Movete, viejo maricón.

Checho los seguía a una distancia prudencial. Ni él ni su familia habían estado nunca en muy buenas relaciones con la gente de Domínguez.

—Metele, gil.

Le costaba subir. Sus botines resbalaban en la tierra reblandecida por el rocío. Unos botines Columbia nuevitos. Checho se preguntó qué número serían.

* * *

Prip *Están entrando al Paraíso.*

El Tipo identificó vagamente algunos de los puntos que había visto en el camino de ida con Ramón: el tronco mocho del arbolito en el pasillo en diagonal, el cuadro del nene con las velas derretidas, la casa con el alero demasiado bajo.

—Caminá, viejo pajero.

Cada tanto alguno de los pibes le daba un empujón o un toque en las costillas, sin necesidad, sólo para demostrarle quién mandaba. Eran dos, uno de pelo enrulado afeitado en la sienes y otro con una

gorra de visera blanca. Ese era el que más lo verdugueaba.

—¿Qué mirá, gil? Me mirá de güelta y te pongo.

Una franja de cielo clareaba entre los cables y las antenas de Direct TV. Era la hora en que la gente de Villa Mosquito (albañiles, mucamas, vendedores ambulantes) salía a ganarse el pan al mundo exterior. Los que de casualidad se topaban con el cortejo miraban para otro lado y se apuraban a desaparecer. Desde las azoteas los Teros iban cantando las posiciones.

Prip *Están bajando para el canal.*

* * *

Checho esperó a que se alejaran antes de asomarse a mirar. El grupo ahora caminaba por uno de los bordes del canal, una zanja que Domínguez había mandado a excavar para que la parte del medio de la Loma no se inundara.

El Tipo de los botines Columbia ya no parecía el mismo que había llegado a su casa la noche anterior. Rengueaba lastimosamente, mirando cada tanto hacia atrás, como si rogara que no le volvieran a pegar.

—Caminá, mamón.

Un par de perros pulguientos se habían sumado al desfile, moviendo la cola y ladrándole al prisionero, a quien por lo visto estaban arreando para la Tosquera. Si era así, casi podían estar seguro de que no lo iban a volver a ver.

—Eh, guachín.

Checho miró para arriba. Un salivazo tibio y abundante le aterrizó en mitad de la cara.

—¡Ja, ja…! ¡Caíste, gil!

* * *

Se veían obligados a caminar en fila india, debido a lo estrecho del sendero. El borde del zanjón se desmoronaba bajo sus pies.

—Caminá, viejo petero.

Iban todos mucho más relajados, el cobani resultó más fácil de lo que esperaban. El Larva ya no se daba vuelta tan seguido. Las amenazas de los Angelitos se habían cambiado por burlas.

—Te doy por el cucu, mami. Así, así…

El disco del sol ya se destacaba sobre el horizonte. Al doblar el recodo les dio de lleno en los ojos, obligándolos entornar los ojos y hacer visera con la mano. El cielo estaba limpio, con apenas unas nubes. Iba a ser un día espléndido.

* * *

Prip *Van doblando la curva del canal.*

Parado en la azotea del búnker, Domínguez se informaba paso por paso del traslado. Desde donde estaba tenía una visión 360 de Villa Mosquito y sus alrededores: Los bosques de Ezeiza, el Río Matanza, los ranchos de madera de la Palangana, los carros de los cirujas en la Quema, el Paraíso (cruzando en diagonal las casas de bloques de La Loma), el tanque de la despensa del Paragua, los pastizales alrededor de la Tosquera, las máquinas viales en la Ruta 3, un 378 hecho mierda recorriendo la Spiro, el tren traqueteando para el lado de Catán, los camiones y bondis en la ruta 21, el puente del 29, los tanques de la refinería Repsol-YPF…

No podía descuidarse. Era su deber estar al tanto de todo, detectar el menor movimiento extraño y anticipar cualquier acción enemiga. Era demasiada casualidad que, justo cuando las cosas empezaban a tranquilizarse, apareciera de la nada el Tipo éste. ¿Sería policía, nomás, o trabajaba para el Cordobés? En todo caso era suicida que se metiera en su territorio de esa forma. Sólo de él era la culpa de cómo fuera a terminar.

Prip *Se trompezó el pelotudo. Lo están ayudando a levantarse.*

* * *

Ya llegaban al final del camino. Un poco más allá terminaba la doble hilera de casuchas que bordeaban el canal y empezaba una especie de laguna rodeada de yuyos.

—Levantate, viejo choto.

Tuvo que agarrarse de un poste para volver a incorporarse. Su renguera se había acentuado.

El flaco de la gabardina casi no intervenía, sólo los dejaba hacer a los de atrás.

—*Te la doy duro nena, ¡uh!, ¡uh!* —cantaba el de la gorra blanca, el más excitado del grupo.

El ánimo era festivo. Hasta los perros, que subían y bajaban por las paredes inclinadas del canal, le chumbaban al intruso y le tiraban cada tanto un tarascón.

—*Damelo duro papi, ah, ah…*

Las ventanas se cerraban, las cortinas se corrían. Nadie quería ser considerado testigo de lo que estaba por pasar. Sólo dos nenas de ocho o nueve años miraban a través de los rombos de un alambrado, en la orilla de enfrente, conmovidas por la suerte de aquel señor al que trataban con tanta crueldad. El de la gorra blanca les sacó la lengua y señalándose la verga con la 9 les cantó:

—*Te la doy duro, mami, uhú, uhú…*

Ese segundo de distracción alcanzó para que el Tipo se diera vuelta y le encajara una piña que lo despegó del suelo y lo mandó rodando al fondo del zanjón. El de rulitos no llegó a reaccionar. No le estaba apuntando, en ese momento, y cuando el Tipo le pidió el arma con un gesto se la entregó sin protestar, como un chico al que pescan jugando con algo que sabe no debía tocar.

El flaco de la gabardina se dio vuelta, extrañado por el repentino silencio. El sol de frente le impidía ver bien. Cuando quiso darse cuenta se encontró con el caño de una Ballester Molina embutido en el cogote.

—Quietito, güevón. Largá el fierro.

Checho no lo podía creer. Escondido detrás de un alambrado veía a Cinco Puntos corcovear como un pescado en el fondo del canal, a Aarón manso como un corderito y al Larva con los ojos más saltones que nunca.

El Tipo autorizó a Aarón a que rescatara a su compañero y luego dijo:

—Ahora, vamos al búnker.

* * *

Ya se había hecho más o menos un mapa mental de la villa.

—Vamos, vamos, vamos… Moviendo los cachetes…

Los condujo por un pasillo paralelo al que habían usado para entrar al canal, para evitar las esquinas donde había visto a los Teros.

La ecuación se había invertido y ahora eran los pibes los que marchaban adelante, el de rulitos sosteniendo a su compañero, aún no repuesto del chapuzón. Los perros fueron los primeros en adaptarse al cambio de mando, y ahora le iban ladrando y buscando los garrones al flaco de los ojos saltones.

—No sabés con quién te metiste. No vas a salir vivo de acá.

—Shhh… Calladito vos —dijo el Tipo, que al darle un toque con el cañón del arma sintió algo raro debajo de la gabardina.

—¿Qué tenés, un chaleco antibala?

Le había sacado la Itaka, calzándosela en el cinturón, y con la mano que le quedaba libre había recuperado sus pertenencias de los bolsillos de la gabardina, más una bolsa de cocaína que arrojó al fondo del canal y un fajo de billetes que ahora tiraba a la marchanta.

—¿Chaleco antibalas usás, cagón? —lo gastó—. ¿Chaleco antibalas te ponés, como los canas?

La gente salía a recoger los billetes, que caían como mariposas. El Larva bufaba de impotencia.

—No te preocupés por el chaleco —dijo el Tipo—, yo siempre

apunto acá —y le bajó la empuñadura de la 11.25 en el cráneo.

El Larva se desplomó, pero antes de que terminara de caer lo levantó de los pelos y lo empujó hacia delante. Un hilo de sangre le corría por el cogote grasiento, en el que tenía tatuado un ideograma chino.

—Caminá, zanguango.

Esta vez las puertas y ventanas se abrían para contemplar un espectáculo nunca visto: que alguien viniera a mojarle la oreja a la gente de Domínguez en su propio territorio.

—¡Mateló a esos hijos de puta! —gritó una señora desde su rancho —. ¡Vendedores de veneno, asesinos!

—¡Peguelé un tiro en la cabeza!

El hijo de Teodora caminaba a unos pasos de distancia, esta vez sin esconderse. El Tipo le hizo un guiño.

—Doblemos por acá.

Aarón obedeció sin rechistar, sosteniendo todavía a Cinco Puntos. El Larva fingió estar más débil y rengo de lo que estaba, mirando de soslayo al Tipo, con la intención de sorprenderlo también. Pero era un pésimo actor, y en castigo se ligó otro bruto culatazo.

* * *

La puerta de acceso a la zona restringida estaba abierta, sin nadie que la custodiara. Caminaron por el pasillo que llevaba a la construcción más alta. En la puerta lo estaba esperando un sujeto de lo más corriente, ni alto ni bajo, vestido con un pantalón vaquero y una camisa a cuadros.

—Ese es Domínguez —le sopló al oído el hijo de Teodora.

A su lado había una mujer bajita y morocha, pintada exageradamente de rubio, que se alarmó al ver la sangre.

—¡Qué te pasó!

—No es nada. ¡No es nada, carajo! —repetía el Larva, a quien el Tipo tenía bien agarrado del cuello de la gabardina, con el caño pegado a la nuca.

—A estos los arreás con la alpargata —le dijo el recién llegado al hombre de la camisa a cuadros, que trató de sonreír.

Domínguez les hizo una seña a los soldaditos de que bajaran las armas. Al tipo le dijo:

—Buenas tardes. Pase, por favor.

No por nada le decían búnker: rejas machazas en cada ventana, puerta de hierro reforzada, un monitor partido en nueve con imágenes de los puntos estratégicos de la villa.

Pasaron a un living insólitamente lujoso para el lugar donde estaban. Como el loco de la gabardina amagó a perderse por una de

las puertas del fondo, el Tipo le dijo:

—Vos te quedás acá.

Y a la mujer del pelo amarillo, en un tono más cortés.

—Usted también, señora. Póngase en un lugar donde pueda verla, por favor.

Tomaron asiento en el juego de sillones, frente a una mesa ratona con motivos florales. El Tipo podía controlar la puerta de atrás y la escalera por un espejo puesto como a propósito en una columna. En la pared de enfrente había un plasma gigantesco, donde se veía sin volumen el programa de cocina de Maru Botana.

—Mire, Domínguez —dijo el Tipo—, yo no busco problemas con nadie. No tengo idea de quién es usted, ni a qué se dedica…

No había que ser adivino para darse una idea, con el olor a kerosén y a solvente que saturaba el lugar.

—Yo vine solamente a pasar unos días en casa de mi compadre el Yaguané, que ahora está muy delicado en el hospital…

Los tres lo miraban. La mujer en el medio, el Larva aguantándose a duras penas la rabia.

—Si usted está de acuerdo, claro —agregó el Tipo, para dejar a salvo el honor del capitoste frente a los demás.

—Sí, claro. Por mí no hay problema —dijo Domínguez—. Quédese todo el tiempo que le haga falta.

Un intercambio de cortesías exagerado, teniendo en cuenta que acababa de mandarle a un grupo de matones con intenciones más que obvias.

—Le pido que disculpe a los muchachos. Las cosas están difíciles en el barrio. Tuvimos problemas con una gente que no quiere entrar en razones…

—Claro —dijo el Tipo, con la Ballester Molina apoyada como al descuido sobre su muslo, aunque el dedo siguiera en el gatillo y el cañón apuntara casualmente a las bolas del dueño de casa—. Lo entiendo, lo entiendo…

—¡No entendés una mierda! —saltó de su sillón el Larva—. ¡El Yaguané no agita ninguna acá, ni él ni ese otro borracho perdido de Ramón!

—Larva, por favor… —dijo la mujer.

El Tipo miró por el espejo. Alguien bajaba. Una chica joven, menudita, que a causa de su avanzado embarazo tomaba grandes precauciones en cada escalón.

—Volvé a tu pieza, Zaira. Estamos ocupados ahora.

La joven se quedó mirando por el espejo al visitante, que la saludó con una inclinación de cabeza.

—Tenés que hacer reposo, linda. Andá que enseguida subo a verte.

La chica dio media vuelta y agarrándose con ambas manos de la

baranda comenzó otra vez a subir.

Su interrupción suavizó en parte la tensión que flotaba en el ambiente. La Moni dio un palmazo en la rodilla del Larva y otro en la de Domínguez. Dijo:

—Señores, si ya nos pusimos de acuerdo…

El Tipo se puso de pie. Domínguez lo escoltó hasta la puerta. No podía darle la mano, porque tenía las dos ocupadas. A la Itaka la sostenía como si fuera un garrote en la izquieda.

Los cuatro Angelitos y varios de los Teros lo miraban desde los portales y azoteas cercanas. Domínguez los tranquilizó con un gesto, al de rulitos le dijo:

—Acompañá al señor hasta la casa del Yaguané.

—Sí —dijo el pibe.

—¡Eh! —el Larva señaló su escopeta recortada—. Esa, la quiero de vuelta.

El Tipo le guiñó un ojo y sonriendo le contestó:

—No. Esta se queda con papá.

* * *

Lo vieron desaparecer con Aarón por la salida del Paraíso. Los Angelitos sólo esperaban una señal para salir como pirañas detrás de él. El Larva se metió en el búnker y volvió a salir con toda la artillería de repuesto.

—Dejen —dijo Domínguez—. No hay apuro.

—Pero…

Sólo el Larva se atrevió a contradecirlo. ¿Por qué iban a dejarlo escapar? Ni siquiera sabían quién carajo era.

—Mejor dejá las cosas como están —dijo la Moni—. Ya que al fin se está calmando todo…

—¡Vos qué te metés! —se encrespó el Larva—. ¡Qué carajo te metés!

Como si hablara de un algo que no tenía la menor importancia, Domínguez preguntó:

—¿El arma esa, la tenía encima?

Cinco Puntos y el Larva se miraron entre sí.

—¿No lo palparon antes de salir?

Ahora todos miraron al Larva, que no supo qué decir.

Domínguez y la Moni se metieron otra vez al búnker. El Larva se quedó ahí en el rellano, rodeado de sus subalternos, testigos de su doble humillación. Pero no por mucho tiempo.

—¡Vos, pendejo pelotudo! —se la agarró con Cinco Puntos, que embarrado y aturdido se había quedado con la cabeza gacha en un rincón—. ¡Vos lo estabas cuidando y te dejaste madrugar!

Cinco Puntos no se atrevió a decir nada, ni siquiera cuando el Larva lo empezó a rigorear.

—¡Mongo de mierda! ¡Inútil!

Tal vez esperaba que después de un par de golpes se detuviera, pero no. El Larva se calzó la manopla de bronce y le dio por donde le caía: los brazos, la cabeza, las costillas.

—Pará, Larva, pará…

—¡Bueno para nada! ¡Idiota!

El metal se hundía, desgarrando carne y pellejo, otra vez y otra vez más. Los cartílagos se deshacían bajo los impactos, los huesos se astillaban con un sonido inconfundible. Arrinconado en una esquina, Cinco Puntos ya no atinaba a defenderse, y cuando terminó de caer siguió recibiendo impactos con la puntera metálica del borceguí.

Nadie se atrevió a decir ni pío. Sólo el terror les impedía salir corriendo a cada uno por su lado. Para entonces su compañero no era más que un guiñapo en el suelo, completamente inerte.

Jadeando por el esfuerzo, pero ya más calmado, el Larva les dijo:

—Tírenlo en la Tosquera.

* * *

El de rulitos lo iba guiando, aun cuando el Tipo lo hiciera llevarlo adrede por otros pasillos. La bola se había corrido, y de las casas salía la gente a felicitarlo. Los hombres le daban la mano, las viejitas se estiraban para besarlo en la mejilla.

—Tiene que ayudarnos, señor —le dijo una señora vestida con un jogging rosa—. Lo que le hicieron a mi hijo…

En la despensa del Paragua compró una bolsa con provisiones y una botella de agua mineral. Tuvo que insistir, el bolichero no le quería cobrar.

—Estos son todos unos criminales —dijo el Paragua, refiriéndose también al pibe que lo acompañaba, que se había quedado en la puerta—. Conmigo no se meten porque saben que les meto bala.

A esta parte de la villa ya la conocía, era la tercera vez que pasaba por el pasillo al que llamaban El Paraíso.

—Ese es Santiaguito, un pibito que mataro nun nenfrentamiento —le explicó su guía, cuando pasaron delante del altar con las velas derretidas—. Quedón medio ‘el tiroteo cuando vinieron lo Teletubi. Pero lo pusieron ello, ¿eh?, no losotro.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Aaron, y con cierto orgullo agregó—. Salió’n la tele y todo. Lo sacaro nel Canal 26.

Al llegar a la bajada de la Palangana el Tipo se hizo cargo del botellón de agua y de la bolsa de las compras.

—De acá ya me arreglo —le dijo—. ¿Cómo era tu nombre?

—Aarón.

El Tipo le puso dos billetes de cien en el bolsillo y le dijo:

—Cualquier cosa que tengas que decirme, vení a verme.

* * *

¿Cuánto había durado toda la aventura? Media hora, como mucho. Teodora salía con la nena del mechón blanco, bien peinadita y vestida con el delantal a cuadritos del jardín.

—¡Dios mío!

Corrió a ayudarlo cuando lo vio bajar rengueando.

—¿Qué le pasó? ¿Le pegaron?

—No, estoy bien…

No había estado del todo fingiendo, un rato antes, frente sus captores. Tenía una rodilla a la miseria.

—Creo que di una mala pisada.

Teodora abrió otra vez el candado y lo hizo pasar. El Tipo dejó el botellón de agua y la bolsa sobre la mesa de fórmica.

—No se hubiera molestado, señor, faltaba más… ¿Cuál pierna es?

Lo hizo sentarse en el sillón. Ahora que el momento de mayor tensión había pasado, el Tipo podía al fin exteriorizar su dolor.

—Apoyelá acá en el banquito. Así, estirelá.

La nenita miraba con curiosidad la bolsa del almacén, preguntándose si habría algo rico. Ni ella ni su mamá, en cambio, prestaron la menor atención a las armas que el Tipo dejó sobre la mesa, como en la familia de un plomero nadie se extraña de ver una llave inglesa o una sopapa.

—Muchas gracias, Teodora. Ya estoy mejor.

—Quédese tranquilo. Dejo a Sasha en la escuela y enseguida vuelvo.

—¿Y su trabajo?

—Va a tener que esperar.

V

Olga se levantó sin asomo de contractura, hecho que atribuyó a los sahumerios y a las plegarias a los orishás.

—Ah…

Ni se acordaba de los masajes de la Teo, ni del Valium que se clavó antes de acostarse. Con el regreso de su salud le volvieron sus bríos habituales, y la primera en la lista fue su sobrina. No podía creer que tres días después de su llegada aún no hubiera llamado a su casa. Y si llamó, ¿cómo es que no estaba la plata de vuelta? En Western Union no tenían ni noticias.

—Ayer a la tarde no me pude comunicar, tía. Llamé dos veces a casa y nadie atendía nadie. Tengo miedo que les hayan hecho algo…

La Fiorino ya estaba en marcha, calentándose para salir a la ruta. Sentado al volante, Javi hablaba y hablaba por el celular, como si tratara de convencer a alguien.

—Sí, sí, no se preocupe. Le garantizo que no va a haber ningún problema.

Al entrar anunció como un triunfo, mirándola a María.

—Ya te conseguí trabajo.

* * *

Era feliz. Feliz, feliz, feliz… ¿Cómo no ser feliz, cuando uno se enamora y del otro lado parece que hay onda?

Y ahora, mientras recorrían la ruta 3 en la Fiorino, con el sol del amanecer proyectando largas sombras, iban los dos un poco cohibidos.

—No es un trabajo de mucama, eh —le aclaró Javi—. Es más que nada hacerle compañía a una señora mayor, y también hacer algunas cositas de la casa, sí, pero nada muy pesado…

Eso porque María le había dicho que tenía estudios, e incluso que había rendido con la segunda mejor nota el examen de ingreso a la Universidad de Itapúa.

—Algunos piensan que las paraguayas sirven nomás para el servicio doméstico…

Sólo algo turbaba su felicidad: recordar que el día anterior la había visto besarse con Marquitos.

¿No será que vio mal? Que en realidad lo que pasó fue que…

No se atrevía a preguntarle a María. Quién sabe lo que podía llegar a decir.

Prip *Javi Javi Javi…*

El tráfico iba lento, sin contar que habían salido mucho más tarde de lo habitual. Ya antes de llegar al puente del 29 se habían metido en el tradicional atasco.

Prip Sí, Dorita.

No habían pasado de unos besos, con María, después que él volvió de hacer callar a los perros del Tano. Unos casi inocentes besos de novios, en las sombras del jardín.

—No, Javi, por favor. Mi tía…

—No nos puede ver —dijo él, como si fueran dos chicos haciendo travesuras.

—No, por favor —decía María.

—María, yo…

La Paraguayita se soltó finalmente de su abrazo. Dijo:

—¿Pero qué soy yo, al final? ¿Una cualquiera? ¿Cómo voy estar con el marido de otra?

—María, te juro que…

Prip *¿Por dónde andás?*

* * *

—Usted no tiene acento paraguayo —observó el Tipo.

—No —dijo Teodora—. Yo soy de una zona rural, un lugar que hablábamos solamente guaraní. Recién aprendí castellano acá en Buenos Aires.

Fumaban los dos del mismo cigarrillo, desnudos de la cintura para abajo. Se habían echado una colcha encima, después de hacer el amor, aunque a Teo le hubiera gustado seguirlo viendo.

—Y a leer y escribir también. Una patrona que tuve me enseñó.

La lamparita colgando del cable producía un efecto irreal, en ese ambiente de pobreza. Todo había sido tan inesperado.

—Le pido disculpas, Teodora. No pensé que…

Si tenía que ser sincero, lo que jamás hubiera pensado era que podía llegar a sentir tal deseo por una mujer tan poco atractiva. Sin embargo, cuando Teo empezó a masajearlo para aflojar la contractura y le pidió que mejor se aflojara el cinturón…

—No se preocupe, estas cosas pasan —dijo Teodora—. Más cuando se vive una situación de mucha tensión. ¿Quiere que le prepare un té?

—Gracias. Me encantaría.

Seguían tratándose de usted, aunque durante la cópula ella lo había tuteado y se había descolgado con un par de expresiones en su lengua natal que vaya a saber lo que querían decir. ¿Habrían escuchado los vecinos?

—No me mire mientras me visto, por favor. Me da vergüenza.

—No se preocupe.

—Yo antes no era así, ¿sabe?

—Por favor, Teodora…

Teo llenó la pava con el bidón de agua que él había traído, prendió la hornalla conectada a la garrafa.

—Me asusté mucho cuando se lo llevaron. Cuando vi que subía por el caminito de la Loma pensé que no iba a verlo nunca más.

* * *

—Nene, te buscan.

Ramón entreabrió el ojo que le sobresalía de la almohada. Por el tono de su mamá comprendió que no iba a ser una visita de las agradables.

—¡Dale, che! ¡Salí!

No debía ser la poli, si no ya hubieran entrado.

Se levantó y espió por una rendija. Vio al pirado del Larva con su gabardina ridícula y a varios de los Angelitos, con toda la ferretería a la vista.

Ramón abrió la puerta y salió, los pirinchos parados y la barba de dos días.

—¿Qué pasó, che? ¿Es mi cumple?

* * *

La noche con el Gallego había sido un remanso, una breve incursión en el mundo de la fantasía.

—Fuimos a Otello, un hotel alojamiento de Capital —rememoraba Raffaela frente a la Jacky y a Zulma, una viejita aún más viejita que la del día anterior—. No sabés qué mononería: champucito, frutillas con crema, desayuno en la cama…

—¡Qué romántico!

—Sí —Raffa aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero—. Y después, ¡vuelta al mundo real!

Es decir, a pintarle el pelo a las viejitas coquetas, a venderles humo a las boludas que las cagó el marido y a satisfacer los caprichos de los depravados en la ruta.

—Es demasiado, demasiado… Desde que mamá cayó presa tengo que ocuparme de todo, y lo peor es que igual no llego a juntar la plata para el boga. No llego.

—Pero no, Raffa, hay que ser optimista.

—Si al menos pudiera dormir un par de horas de corrido…

—Andá a tirarte un rato. Dejá que me hace Jacqueline la coloración.

—¿Te parece, Zulmi?

—Pero sí... Un par de horitas que duermas ya te reponés.

—Y, podría ser… —dijo Raffa—. ¡Mierda! ¿No te digo?

Por la cuesta venía subiendo la paraguaya de ayer, con una remera que le marcaba los rollos y unas calzas doradas que eran una afrenta al buen gusto.

—¡Al carajo mi siesta!

Antes de recibirla Raffaela entró por la puerta lateral al terreiro y buscó la bolsa detrás de la estatua de San Onofre. Sacó la tarjeta y se armó una línea, pero antes de buscar el canuto levantó la vista y se vio en el espejo. Tenía un aspecto lamentable, unas ojeras que parecía un esperpento.

¿Esta iba a ser su vida de ahora en más? ¿Darse un pase cada vez que la abrumaran los problemas? ¿Qué iba a pensar de ella Jacqueline, que le había hecho el aguante durante la última rehab? ¿Cón qué cara iba después a aconsejar a Jazmín, y a tantas otras chicas que la tenían por modelo y la imitaban en todo?

Raffa volvió a guardar la merca sin tocarla. Buscó en la cajita de los cosméticos el Angel Face y la máscara de pestañas.

—Maisita, la buscan.

Qué se le va hacer. Hay que seguir, hay que seguir… ¿Para qué una nacerá mujer?, pensó Raffaela, mientras se aplicaba la base de maquillaje como su abuela le enseñó.

—Sí, un momentito.

Y sin embargo, no es el maquillaje lo que hace a una mujer. Ni el maquillaje, ni la lencería de encaje, ni el tremendo par de tetas pagadas en cómodas cuotas. No, ser mujer es precisamente esto: cargarse el mundo al hombro y seguir apechugando.

—Decile que pase.

* * *

María había tenido una vida muy triste. Tuvo tiempo de contársela a Javi en la hora y media que duró el viaje. Su familia había sido expulsada de su pequeña finca por unos plantadores de soja brasileños que se estaban quedando con todos los campos de la zona. Su madre había sido discriminada por indígena, su papá purgaba una sentencia a cadena perpetua en la cárcel de Tacumbú por un crimen que no cometió.

—No te puedo creer.

La propia María había tenido que trabajar desde chica, sin por eso abandonar sus estudios.

—Era un criminal, un asesino —dijo refiriéndose a su ex novio, el que la había empujado a irse de Paraguay—. Me celaba con todos mis amigos, quería tenerme todo el tiempo encerrada. Una noche que

estaba dado vuelta de droga me tajeó con una botella rota toda la espalda.

Prip *Javi Javi Javi… ¿No llegás todavía?*

Iba re-tarde, pero igual se tomo media hora más para llevarla hasta Ramos Mejía. Tenía que presentársela personalmente a doña Emilia y además… ¿Cómo la iba a dejar que se tomara el bondi, después de todo lo que sufrió?

* * *

—¿Quién es el mongo ese? ¿Quién carajo lo mandó?

El Larva aún tenía las marcas de los coscorrones que le había propinado el recién llegado. Ramón apenas podía aguantar la risa.

—¿Qué pasó, catrasca? —le dijo—. ¿Te sacudieron las liendres?

Y dándose una palmada en el muslo se largó una carcajada. Uno de los Angelitos amagó a reírse pero se contuvo, al toparse con la mirada asesina del Larva.

—Tiene pinta de milico de acá a diez cuadras, Ramón —dijo Domínguez—. ¿Vos de dónde lo conocés?

—¿Milico? Nada que ver. Ya te dije, es amigo de mi compadre el Yaguané.

—¿Y él de dónde lo conoce?

—Estuvieron juntos en Caseros.

Se lo estaba inventando, pero quién sabe. El marido de Teodora había pasado una buena temporada en ese penal, y no sería imposible que fuera ahí donde trabaron amistad.

—Es un chabón que está en la grossa —explicó Ramón—, robos con computadoras, cosas así.

—¿Un hacker?

—¿Un qué? Este es uno de esos que van siguiendo a los camiones con mercadería cara y cuando pasan por abajo de un puente los cruzan, reducen a los guardias, y con una computadora bloquean el rastreo satelital.

La tarde anterior justo habían pasado en el noticiero los detalles de un trabajo como ese, un robo millonario de plasmas bajo un puente de la Avenida Gaona, y como el Tipo apareció un rato después… Tanto podía ser cierto como no.

—Es pirata del asfalto, entonces —trató de dejar en claro Domínguez.

Ramón meneó la cabeza, divertido.

—Ven mucha televisión, ustedes. Nadie los llama así.

* * *

Por encima del follaje remontaba vuelo un 747 de South African Airways, al tiempo que descendía un avión gordito cuyas letras no alcanzaba a ver.

Domínguez extendió el largavista y trató de enfocarlo antes de que desapareciera bajo la línea de los árboles: АЭРОФЛОТ.

Ya que estaba echó un vistazo alrededor.

Prip ¿Todo bien, Aarón?

Prip *Todo bien por acá, jefe.*

Tenía sellada todas las entradas a la Loma, con cámaras y pendejos armados hasta los dientes, pero la posibilidad de que la gente del Cordobés realizara un nuevo ataque por los flancos o que algún funcionario con ganas de salir en la tele le mandara un operativo no lo dejaba dormir. Justo ahora que faltaba tan poco.

Prip ¿Tonga?

Prip *Todo tranca, boss.*

No llegaba a ver la parte más baja de la Villa, la que más le interesaba en este momento, en especial el rancho de Yaguané.

Lo que sí vio fue que la actitud de algunos vecinos había cambiado. Muchos adivinaban su figura, ahí en la torre del búnker, como Johnny Depp con el catalejo extendido, y le dirigían miradas acusatorias.

Sin duda lo hacían responsable de todas sus desgracias, como si su vida hubiera sido un lecho de rosas antes de que él llegara.

Prip ¿De tu lado, Cinco?

No hubo respuesta. Enseguida recordó por qué.

Se escuchó el Prip, pero la que salió fue la voz de Aarón: *Cinco Puntos no está más, jefe.*

Prip Ah, sí...

Otro exceso del Larva, y sin embargo no podía decirle nada. Ahora más que nunca necesitaba a alguien fuerte que le cuidara las espaldas.

Prip *Ahora quedó el Somalí en la entrada del Canal.*

Prip Claro, claro…

Prip *Todo en orden en el canal, señor D.* —dijo el Somalí.

No, la Palangana quedaba casi por completo fuera del campo visual, excepto el borde que daba contra del basural, donde algo le llamó la atención: alguien dormía, enrollado como un perro dentro de la carcaza del Citroën.

Ajustó el largavista y distinguió la pelambrera chuza y la cara de primate sin evolucionar. Era el hijo mayor de Teodora, que no dormía, en realidad, sino que estaba simplemente tirado ahí: un cacho de carne que ni vive ni se decide a morir.

Prip Aarón.

Prip *Sí, jefe.*

Prip Andá a verlo a L. Vos también, Tonga. Tengo un laburito para

ustedes.

* * *

—Están cagados por lo de Santiaguito —le explicaba Ramón— un nene que cayó durante un tiroteo.

—¿El chiquito del cuadro?

Recorrían la subida cercana a la quema, el basural clandestino al que muchos iban a rescatar cartón y metales.

—Ese mismo —dijo Ramón—. Se armó el tole-tole, los vecinos tocaron pito… Viste como es, mientras sea todo discreto pueden hacer lo que sea, pero en cuanto empiezan a salir en los medios… Vení, voy a mostrarte un camino que podés usar para entrar y salir sin pasar por la Loma. Es más seguro.

Una señora gorda y bajita colgaba ropa de una soga extendida entre dos ranchos. Dos cirujas que habían prendido fuego a un revoltijo de cables ahora sacaban de entre los restos carbonizados los hilos de cobre limpitos y brillantes.

—Qué tal. Le presento un amigo —decía Ramón—. Viene a quedarse con nosotros por un tiempo.

—Bienvenido.

Pero ya lo habían visto, o habían escuchado hablar de él. Los muchachos que saltaban a la soga en el gimnasio de Pupi lo miraban con admiración. El propio Pupi se acercó a darle la mano.

—Saben que te le paraste de manos a Domínguez —le explicó Ramón—. Eso acá vale mucho.

El viejito Uyila se acercó a saludarlos. Sobre las pilas de basura de la quema pasó un perro de ojos claros como un husky siberiano, llevado de una cuerda por un pillo que tenía los ojos del mismo color.

—Esta es la única parte de la villa que no controla Domínguez —dijo Ramón—. ¿Para qué va a venir? No le interesa.

Le contó que allí había estado el núcleo original de Villa Mosquito, el reducto de los ladrones, hoy casi desplazado por completo por los narcotraficantes.

—Pero nosotros por lo menos teníamos una conducta, ¿me entendés? Para estos vale todo.

—Es verdad —dijo el Tipo.

—Nosotros nunca robábamos dentro de la villa, ni siquiera en el barrio de al lado, ni permitíamos degenerados o violadores. ¡Y guarda con tocarle la mujer a un compañero preso o en el hospital!

—Claro, claro…

VI

También Domínguez había empezado su carrera en las filas de los ladrones. Al principio haciendo de campana, luego participando en hechos delictivos con los pibes más grandes, en su barrio de Lomas del Mirador.

Para rescatarlo de las malas juntas su madre le consiguió trabajo en el taller de chapa y pintura de un tío suyo, donde en pocos meses aprendió el oficio al nivel de un maestro. Era capaz de masillar y pintar un guardabarros o enderezar un paragolpes hasta dejarlo como nuevo. Exactamente igual. También tomó nota de todos los recovecos donde cada modelo llevaba las cajas de las alarmas, aprendió a silenciar las chicharras y a anular los dispositivos de rastreo satelital.

Con un compañero del taller empezó a hacer changas para un desarmadero de Rafael Castillo (el mismo que proveía a su tío de autopartes a precio de saldo). Pagaban un precio fijo por cada modelo: tanto por un Gol, tanto por un Duna. Cuando les encargaban un vehículo en particular, una S-10 o una Ranger, peinaban las calles de Ramos Mejía o Haedo hasta dar con la unidad indicada. Domínguez era un mago con las cerraduras y las alarmas, pero si era sorprendido por el dueño o por un guardia en mitad de su tarea prefería darse a la fuga e intentarlo de nuevo en otro lugar.

Si todo salía bien podía ganar en una sola noche más plata que arreglando autos durante un mes, sin andar tirado todo el día como una cucaracha, aspirando los vapores tóxicos de la pintura.

Aun así, el precio que le pagaban en el desarmadero no le parecía suficiente, teniendo en cuenta que era él el que ponía los conocimientos y el que arriesgaba el pellejo en cada trabajo. Pronto montaron con su socio y un par de amigos una pyme en la que cada uno tenía un rol determinado: dos colectiveros de la 96 le marcaban los autos que quedaban estacionados en horarios fijos en tal calle o tal otra; un cabo de la Provincial le liberaba la zona por unos minutos para que lo levantaran y luego él mismo alteraba la numeración del chassis y del motor, de manera tan impecable que hacía falta un perito muy experto para poderlo detectar. Su contacto en el Registro Automotor le conseguía los papeles mellizos, de modo que ya no tenían más que poner un aviso clasificado para venderlo a precio de mercado.

Poco más de un año duró la aventura, hasta que a su socio, pasado de frula, se psicopateó en un retén policial y después de una persecución de treinta cuadras terminó estrolado contra una columna

del puente de Liniers. El resto de la banda cayó en cuestión de horas.

* * *

En el penal de Marcos Paz Domínguez trabó amistad con el Larva, que en ese momento purgaba una breve condena por tráfico de estupefacientes, tenencia de armas de guerra y lesiones graves.

El Larva sabía moverse en el submundo de la cárcel. Manejaba en acuerdo con los guardias la red de distribución de droga de su pabellón, y tenía las veinticuatro horas al lado suyo a un par de gorilas que le hacían el aguante. Bajo su protección el tímido Domínguez estuvo a salvo de los ataques de presos más agresivos y de los chantajes del personal penitenciario.

Allí Domínguez tuvo tiempo de leer, de reflexionar y de pensar en qué rumbo iba a tomar su vida después de aquel severo traspié. Pronto se destacó como un estudiante ejemplar. Completó lo que le faltaba del secundario, hizo un curso de computación, y hasta hubiera terminado la carrera de leyes si por buena conducta no lo hubiesen liberado antes.

El Larva lo estaba esperando. Fue él el que lo puso en contacto con el Cordobés, un traficante de la Zona Oeste que tenía un trabajo a su medida: conseguir autos de alta gama (Audi, BM, Mercedes) que luego sus muchachos se encargaban de llevar hasta Bolivia. Los bolitas se volvían locos por máquinas como esas y pagaban en mercadería de primera, que multiplicaba diez veces su valor al llegar a Buenos Aires.

Domínguez se convirtió en el mejor levantador de autos del Cordobés. Con el Larva formaban un dúo imbatible, uno burlando las alarmas más sofisticadas y el otro manejando el móvil de apoyo, listo para intervenir si el asunto se ponía áspero.

* * *

Fueron escalando posiciones en la organización, que en ese momento disputaba con otras bandas el control mayorista de la droga en el Oeste del Conurbano. El gran salto se produjo en el cambio de milenio, cuando entró en vigor la prohibición internacional de vender a Bolivia los precursores químicos para la elaboración de cocaína: ácido clorhídrico, acetona, permanganato de potasio… Los envíos desde el Norte se interrumpieron, pero sólo por un tiempo. En vez del clorhidrato de cocaína terminado, los distribuidores locales comenzaron a importar desde el Norte la llamada pasta base, el producto obtenido a partir de las hojas de coca tras las dos primeras etapas del proceso de elaboración. La tercera se llevaba a cabo en Argentina, donde los precursores químicos no sólo eran de venta libre

sino mucho más baratos. Sin contar que cada kilo de pasta base introducida al país rendía al menos tres kilos del producto final.

El Cordobés fue uno de los primeros en incorporar el nuevo sistema. Hizo venir de Bolivia a un boliviano que enseñó a sus muchachos a "cocinar" la pasta base para convertirla en cocaína lista para consumir, un proceso relativamente sencillo que lo puso en ventaja frente a sus competidores.

En menos de seis meses copó todos los puntos de distribución importantes de la Zona Oeste, desde las barriadas pobres de Laferrere hasta los boliches chetos de Ramos Mejía. Se trataba de una ecuación sencilla: más merca, más plata, más protección policial, judicial y política. Con una estructura piramidal y una logística cada vez más aceitada, el Cordobés trataba de solucionar por las buenas las disputas territoriales, y si no quedaba más remedio que apelar a la violencia ahí estaban el Larva y sus soldados, listos para conseguir placas rojas en Crónica TV.

Por lo demás, todos sabían que el producto del Cordobés era el mejor, gracias a la pericia de Domínguez, que aprendió enseguida todos los secretos de la elaboración, experimentó con nuevas variantes y en poco tiempo terminó cocinando la pasta base mejor que el boliviano que venía a enseñarles.

* * *

A la par de su imperio en las sombras el Cordobés comenzó a montar una estructura legal que justificara sus ingresos. Así aparecieron la Pizzería Nancy, la Remisería Nancy, el Lavadero (de autos) de autos Nancy, con sucursales que se multiplicaron por las principales localidades del Oeste: San Justo, Casanova, Laferrere, La Tablada, Aldo Bonzi…

Nancy era la esposa del Cordobés, la que le hacía la gamba desde que empezó a vender sus primeros ravioles, su primera novia y su mujer desde siempre. La fidelidad del jefe del poderoso Cártel Matancero hacia esa mujercita callada e insignificante era, incluso para sus enemigos, uno de los rasgos más conmovedores de su personalidad. Nancy lo acompañó en todo momento y hasta se murió en sus brazos, en la puerta de su caserón de Haedo, tras recibir una bala que iba dirigida a él.

El ataque fue obra de los hermanos Bustamante, unos tucumanos recién llegados al Conurbano que trataron de sacarlo del negocio, y por poco lo consiguen.

Sin la compañera de su vida el Cordobés comenzó a desmoronarse. El Larva no daba abasto para contener a la banda de los Tucus. Todos los días le bajaban un soldado o le interceptaban un envío. Fue en ese

momento que el tímido Domínguez comenzó a jugar un rol más importante en la organización. Con el respaldo del jefe comenzó a mover como un verdadero estratega las influencias políticas y policiales que aún les quedaban, dando luz verde al Larva y a su equipo para meter bala sólo en caso de extrema necesidad. Domínguez compró voluntades con dinero o con mercadería, pasó datos, consiguió los mejores abogados y armó incluso una red de contactos dentro de la banda rival, tendiendo una trampa que le costó al hermano mayor de los Bustamante una condena a diez años en una prisión de máxima seguridad.

Después de unos diez meses de estar virtualmente a cargo de todas las operaciones, Domínguez consiguió acotar el rango de acción de los Tucumanos al barrio San Alberto y a los monoblocks de Villa San Petersburgo, sin decidirse, por razones puramente estratégicas, a asestar el golpe final.

* * *

Abrumado por el dolor, el Cordobés casi no hablaba con nadie, a excepción de la viejita que vendía flores en la puerta del cementerio de Villegas. Le había hecho construir una bóveda enorme a su mujer, al estilo de los ricachones de las películas en blanco y negro, donde había dejado vacante un nicho para él.

Puso en venta todos sus negocios legales y acordó transferirle las operaciones al Larva y a Domínguez, que lo habían ayudado a crecer y se habían mantenido fieles a él todos esos años.

Una tarde que llegó al cementerio, la viejita que vendía flores alcanzó a cuchichearle algo al oído. Era tarde para retroceder, pero al menos la emboscada lo agarró preparado. El Cordobés se defendió como una fiera. Dos de su custodia cayeron y un empleado municipal se ligó un tiro en el fémur, pero sus atacantes se pusieron en fuga. Detrás de una lápida quedó boqueando un gordito que resultó ser nada menos que el menor de los hermanos Bustamante, a quien remató de un disparo en la cabeza.

* * *

La balacera entre las tumbas sacó al Cordobés de su pozo depresivo. Pronto volvió a hacerse cargo de los negocios y ya no se habló más del traspaso a sus laderos. Domínguez y el Larva quedaron en una posición muy precaria, sospechados de haber colaborado con los enemigos.

El jefe ya no confiaba en ellos. Su guardia personal ahora la formaban los Gurkas, un grupo de ex internos del Bouwer traídos

expresamente de Colonia Lola, el barrio más caliente de Córdoba Capital. Domínguez volvió a la cocina y al Larva se le asignaron misiones cada vez más arriesgadas, en las que temía que en cualquier momento uno de sus propios compañeros le pusiera un corchazo por la espalda.

Ya era tarde para intentar un golpe de estado. El Larva le reclamaba a su amigo no haberlo escuchado cuando aún estaban a tiempo. ¿Por qué no hacer el intento ahora? La respuesta de Domínguez era siempre la misma: no tenían fuerza todavía para enfrentarse al Cordobés, ni su reserva de guita, ni sus contactos.

No hasta que un curioso personaje hizo su aparición: la viejita que vendía flores en el Cementerio de Villegas. Una noche se apersonó en el búnker de Camino de Cintura, en la tristemente célebre Villa Palito, diciendo que quería hablar con el Cordobés.

Domínguez la recibió. Le dijo que el jefe no estaba, y era verdad. Rara vez aparecía por allí.

—Si puedo ayudarla en algo…

La Viejita se quejó de que el Cordobés jamás la había recompensado. Fue ella la que la avisó de la emboscada de los Tucus. ¿De qué le sirvió? Ahora ni siquiera bajaba el vidrio del auto cuando pasaba por la puerta del cementerio. Seguro que hasta las flores las compraba en otro lado.

—Con la miseria que cobro de jubilación, y encima un hijo descapacitado…

Domínguez la escuchaba pacientemente. No le prestó atención hasta que dijo:

—Y no piense que yo me creo que va al cementerio a llevarle flores a la finadita, solamente. Yo sé dónde guarda sus cosas, cuando piensa que nadie lo está mirando…

Estaba en la antesala del búnker, con Domínguez y Moni, la mujer del Larva.

—¿Y usted qué cree que guarda, señora?

—¿Qué va a guardar? —dijo la Vieja—. Yo sé a qué se dedica. Que me haga la tonta no quiere decir que no sé.

Domínguez le preguntó en suma cuáles eran sus pretensiones. Quiero que no me engañen más, dijo la Vieja. Quiero una casa a mi nombre, lejos de ese barrio de mierda, y plata, mucha plata, si total ustedes tienen para tirar para arriba.

Resultó ser menos inocente de lo que parecía. Más tarde supieron que, además de los crisantemos, la Vieja vendía otras cosas en la entrada del cementerio.

—Si no, voy y se lo cuento al Tucumano.

Domínguez reflexionó un momento. Dijo:

—Moni, andá a buscarlo a Alejandro.

Alejandro era el Larva, quien amablemente la hizo pasar a un cuartito contiguo, acústicamente aislado, y le apretó las clavijas hasta que la Vieja desembuchó todo lo que sabía.

Esa noche saltaron el paredón sur del cementerio y fueron derecho a la bóveda señalada (no la de Nancy, desde luego). De adentro de la gabardina el Larva sacó un alicate corta candados. Entraron. Bajo una placa de mármol de un tipo muerto en 1957 encontraron cerca de noventa ladrillos de cocaína envueltos en papel de aluminio, un bolso con dólares y euros y, lo más importante, una libreta de almacenero con todos los contactos del Cordobés, incluso los nombres y números que ni en su época de mayor depresión había querido pasarles. Comisarios, jueces, periodistas y, en una de las hojas del medio, el celular del Secretario, un personaje que no ocupaba ningún puesto oficial pero que tenía acceso a los más encumbrados despachos, y podía resolver cualquier problema con sólo pegar un telefonazo.

Sólo ellos dos habían ido, sin chofer ni custodios, ni ningún fisgón que pudiera delatarlos. Saltaron el paredón otra vez y cargaron todo en la caja de la Hilux.

Domínguez se guardó la libreta en el bolsillo de su camisa a cuadros y dijo:

—Ahora sí.

* * *

¿Cuánto tardó el Cordobés en descubrir el faltante? No sabía a quién culpar, y en su sed de venganza mandó a los Gurkas a meter bala en las calles de tierra de Rafael Castillo, en los pasillos de Villa Palito y en los monoblocks del barrio San Alberto. No sólo quiso ajustarle las cuentas a los Bustamente, también se metió en el territorio de bandas con las que hasta ese momento habían convivido en paz. La respuesta no se hizo esperar. Los disparos se hicieron eco, no sólo en los pasquines virtuales de La Matanza, sino en los diarios de circulación nacional. La televisión mostraba en primer plano los fiambres tapados con sábanas y las declaraciones de los vecinos. Un espectáculo innecesario, a pocas semanas de las elecciones. La frutilla del postre fue el ataque al pool de los Tucus en la Avenida Crovara. Pasados de Rivotril, los Gurkas llegaron a la hora que más gente había y entraron a tirar a mansalva. Una carnicería inútil, ya que esa noche los Bustamante ni siquiera estaban ahí.

Esa misma semana Domínguez consiguió una cita con el mismísimo Secretario. Se encontraron en el Starbucks de Puerto Madero, a metros del Puente de Calatrava. Acompañado del Larva (que acudió con una gabardina recién comprada en el Alto Palermo) Domínguez se comprometió a calmar las aguas a la brevedad. Una

distribución más tranquila, el cese de las hostilidades y una generosa contribución para la campaña del Partido Gobernante.

—También vamos a tener que hacer algo con el tema del paco —dijo el Secretario—. Ese es un asunto que está dando demasiado que hablar.

—Por supuesto.

Pidieron un frapuccino moccha, un espresso macchiato y un té de jengibre con frutos del bosque. Las luces del Dique se fueron prendiendo, aunque aún era de día.

A la Viejita que vendía flores en la puerta del cementerio nadie más la volvió a ver.

* * *

Paco, bazuco, tumba, marciano, nevado, tabaquito…

No se trataba de una droga, precisamente, sino el desecho de una droga: la costra que queda en el fondo de las ollas cuando se termina de cocinar la cocaína. Un rejuntado de residuos químicos que en un principio se tiraba y que luego se comenzó a vender, al módico precio de un peso la dosis, después de que los probadores de todo descubrieran el efecto que producía.

Un polvito grisáceo, de aspecto inocuo, con una cantidad ínfima de cocaína entre restos de kerosén, éter, ácido sulfúrico y carbonato de potasio.

La droga de los pobres, como se la llamó al principio, de un efecto tan adictivo como devastador, tan fulminante como breve. Los primeros clientes, por supuesto, fueron los pibes de la villa, que al rato se desesperaban por otra dosis y otra más, y corrían a vender todo lo que tuvieran a mano con tal de conseguir más, incluso la ropa que llevaban puesta. Fumaban hasta quemarse los labios con las pipas de metal, robaban a sus padres y desvalijaban su propia casa en su ansiedad por un triangulito más. Electrodomésticos, cubiertos, la garrafa de gas, todo iba desapareciendo camino del kiosquito más cercano. Cuando ya no había nada más que vender llegaba la verdadera degradación. Las nenas salían a tirar la goma a la ruta por el precio de un par de dosis, los pendejos iban de caño tan dados vuelta que terminaban matando a sus víctimas, aún cuando no se resistieran. Atraídos por la fama del paco, los jóvenes de clase media y media alta también lo empezaron a consumir. Chicos de colegios privados se adentraban en las villas para conseguirlo o lo pedían por delivery, por lo que el precio subió. Incluso muchos policías se animaban a probarlo, y quedaban tan enganchados que cometían cualquier insensatez.

—Mientras todo esto quede acotado a ciertas zonas, digamos,

marginales… —explicó el Secretario.

—Sí, claro —dijo Domínguez.

—Usted me entiende.

* * *

No iba a ser fácil entrarle al Cordobés, menos si estaba sobre aviso. Se había mudado a Virrey del Pino, a un country super vigilado, del que jamás salía sin su guardia personal, y se movía en el mismo Audi Quattro que Domínguez, utilizando sus habilidades de chapista, le había blindado como para que se paseara con el embajador norteamericano por Bagdad.

Los tres Gurkas de ahora no eran los mismos del grupo original: a medida que morían o caían presos los iba reemplazando por otros cordobeses, igual de negros y salvajes. Entre otras actividades, los Gurkas estaban encargados de pasar a buscar la recaudación semanal por las whiskerías del jefe, donde aprovechaban para darse unos pases y armar una partusa con las chicas recién llegadas.

El miércoles le tocaba a Jungla, el cabarute del kilómetro 26, que tenía en la fachada la cabeza de un león esculpida en material desplegable (la boca era la puerta). Llegaron cerca de las tres de la matina, estacionaron enfrente y entraron tranquilos: un patrullero de la Distrital les hacía el aguante en la esquina. Uno de los Gurkas los saludó con la mano y del patrullero le respondieron con un guiño de los faros.

Salieron pasadas las seis, completamente enfiestados. El aire era fresco, las luces del nuevo día empezaban a adivinarse por encima de la pista del Aeródromo. Pasaban pocos autos por la ruta y nada de gente por la vereda, excepto un borracho que se acercó tambaleando.

—Una moneda, amigo.

Tenía un olor a mierda que no podía ser. Uno de los Gurkas le dio un empujón:

—Salí, culiáo.

El mendigo cayó. El que estaba más cerca le arreó una patada.

—¡Una monedita pal pan!

Linda manera de terminar la noche, matar a patadas a un linyera, como hacían en sus excursiones de pibes por el barrio San Vicente.

—¡Una monedita por favor!

Los cordobeses lo rodearon, pero cuando ya se aprestaban a darle la zurra de su vida, el pordiosero peló un fierro y ¡Bang! ¡Bang!, nomás desde el piso los puso a los dos que tenía más cerca.

El mongo que quedaba corrió detrás del auto y sacó su arma, aunque de manera titubeante, mirando al lugar donde se suponía que debía estar el coche de la policía. El Larva, que en esa época no tenía

todavía el cerebro frito por las sustancias, aprovechó el changüí para saltar como un gato y se ponerse resguardo en la entrada del boliche. Comenzó un intercambio de disparos con pronóstico incierto, hasta que un Peugeot 206 bajó en contramano por la colectora y levantó al Gurka como sorete en pala.

El Larva salió entonces de su rincón y pasó entre los cuerpos lo más tranquilo, sin olvidarse de encajarle una patada en la cabeza al que le había pegado. Al abrir la puerta del acompañante se escuchó un tema de los años ‘80:

Vos sos mi obsesión,
quisiera atraparte,
vos sos mi destrucción…

Al Cordobés lo enganchó la Brigada Antinarcóticos una semana más tarde, cuando se presentó a declarar por otra causa en el Juzgado de Morón. Había bajado con su típico gesto sobrador, seguro de que no tenían nada con qué incriminarlo, pero se le borró la sonrisa cuando uno de los agentes, munido de una tenaza neumática, comenzó a abrir como latas de sardinas las placas del blindaje del Audi. A la vista de todo el mundo, incluidas las cámaras de los noticieros, comenzaron a aparecer paquetes termosellados de cocaína, algún que otro recibo incriminatorio y una 9 milímetros que había servido para matar a un comisario.

* * *

Domínguez y el Larva tomaron el control de la distribución sin demasiados problemas. Los puntas comprendieron enseguida las ventajas de trabajar con ellos: suministro permanente, mejor margen, protección judicial si no sacaban los pies del plato y un balazo en la cabeza si se les ocurría alguna idea alocada.

La forma en que despachó a los cordobeses le valió al Larva una fama que nadie se atrevió a poner a prueba, y el episodio del Audi demostró la capacidad de Domínguez para mover las piezas con varias jugadas de anticipación.

Para empezar, Domínguez estableció un sistema de producción descentralizado, con cocinas que funcionaban de manera rotativa en villas y barrios marginales: dos o tres días en una casa, después en otra. Remises de tres agencias distintas iban y venían con la pasta base o el polvo cocinado. Viejitos que no llegaban con la jubilación o madres solteras fraccionaban las tizas. Con una balanza de precisión armaban las bolsitas de uno, de diez y de cinco gramos, que luego los puntas vendían en los kioscos del barrio o en esquinas estratégicas.

Cualquier movimiento sospechoso era alertado de inmediato por los Teros, que avisaban por celular desde lo alto de las casas, y defendidos por los soldaditos, jóvenes adictos de 12 a 16 años que, en caso de ser detenidos, volvían a la calle en menos de una semana.

Las compras ya no se hacían personalmente. No se mandaban autos ni dinero en efectivo a Bolivia: se depositaba el dinero en las cuentas off-shore de los productores, a nombre de sociedades anónimas siempre distintas, cuyos números suministraba por teléfono el secretario del Secretario. La mercadería entraba al país en autos, a lomo de mula o a pie. Los embarques más grandes se transportaban en avionetas, que aterrizaban en pistas clandestinas del Chaco, Santiago del Estero o en el norte de Santa Fe, o bien arrojaban la carga en vuelos rasantes en medio de la selva, en claros especialmente acondicionados. Camiones con doble fondo bajaban los paquetes a Buenos Aires, pasando por los puestos de control a la hora que estaban los gendarmes amigos. Ante cualquier imprevisto, los choferes llevaban bajo el asiento una billetera con cincuenta lucas que allanaba casi cualquier obstáculo, y si el asunto se iba realmente de las manos, bastaba con marcar el número del Secretario, que en dos patadas tenía todo solucionado.

* * *

Habían llegado a la cima. O eso parecía, al menos.

El Larva estaba exultante, Domínguez no tanto. Le bastó con haber alcanzado su objetivo para sentir ese gustito a decepción que acompaña a cada triunfo. Ahora que estaba ahí se daba cuenta de que la cima no era una cima realmente, que aún quedaba mucho por subir. Para empezar: ¿cuántos distribuidores grosos había habido en esa zona en los últimos diez años? ¿Dónde estaban ahora? En cana o muertos, deportados o con pedido de captura. O bien sueltos, sí, pero hechos unos ratas, después de gastarse todo lo ganado en cometas y abogados.

Si uno se ponía a pensar, sobraban los dedos de una mano para contar los transas importantes que hoy estaban fuera de peligro, disfrutando de sus ingresos merecidamente ganados.

Había avanzado mucho, es verdad, desde los tiempos en que exponía el cuero levantado autos en la calle, pero seguía formando parte de una maquinaria, de un ensamble de piezas bien aceitadas, unas más grandes, otras más pequeñas, pero todas reemplazables. Si un soldadito caía, se buscaba a otro. Si a un cocinero le reventaban el garito, otra cocina se abría a dos cuadras de distancia, y si un punta recibía un tiro en la cabeza o diez años en Caseros, lo mismo.

A Domínguez no se le escapaba que iban a hacer lo mismo con él

el día que cayera, que al primer traspié iban a dejarlo en banda como hicieron con el Cordobés o con los que estuvieron antes que él.

Un puesto, eso era todo lo que tenía. Algo así como el de CEO de una empresa, un cargo alto pero riesgoso. El secreto para durar, además de cumplir en tiempo y forma con la guita y la mercadería, era evitar a toda costa los escándalos, las muertes innecesarias, las tapas de los diarios. Mantener la paz.

Ahora bien, la paz costaba cara. Además de reflejos rápidos y buena cintura, había que mantener a todos contentos, ofrecer mejores márgenes y mantener el ritmo de producción, todo eso sin bajar la calidad. ¿Cómo controlar tantas variables, si en cada paso de la cadena había alguien que quería apartar para sí más de lo que le correspondía? Era natural que así fuera, pero no tenían límites. Si uno hacía la vista gorda cuando robaban uno, robaban cinco, y luego diez.

¿Cómo jugar limpio con gente que no tenía la menor intención de hacerlo? De vez en cuando tenía que aparecer algún cuerpo atado con alambre en un baúl, y si un puntero se hacía el vivo no quedaba otra que secuestrarle a la madre o al hijo, y hacer lo que había que hacer si se empeñaban en no cumplir con lo pactado.

Movía mucha plata la milonga, es verdad, pero la tajada grossa se la llevaba los que no la tocaban ni con la punta del dedo: funcionarios, financistas, empresarios y abogados. Gente que no corría ningún riesgo y la levantaba en pala. Personajes que todo el mundo sabía que vivían de la frula pero no había manera de probarlo.

La primera vez que tuvo que dejar tres palos verdes en la financiera de Puerto Madero y a cambio le dieron un puto papelito, Domínguez comprendió que estaba del lado equivocado del tablero. Lo que tenía que hacer era juntar guita, comprarse un puesto político y alejarse de la zona caliente cuanto antes.

* * *

Con la devaluación sostenida del peso argentino, el yeite estaba sin duda en el mercado externo. La Organización se encargaba de sacar los cargamentos por mar y por aire en valijas diplomáticas, convoys de ayuda humanitaria y exportaciones subsidiadas. Máquinas agrícolas de Entre Ríos, peras de Río Negro y frascos de miel de La Pampa eludían los scanners de la Aduana y salían sin problemas para el Viejo Continente, y para alguno no tan viejo también.

Al producto de mejor calidad lo elaboraba Domínguez en persona, que siempre estaba al loro de las últimas técnicas de cocido, secado y almacenamiento. Había visitado una de las plantas productoras en Bolivia, ubicada dentro de una colonia menonita (con rubios de mameluco y carros a caballo de un lado y cholos con M16 del otro) y

hasta había realizado con Moni un curso intensivo de una semana en Colombia, en una zona selvática controlada por las FARC, mientras el Larva se aprendía los últimos pasos de vallenato costeño y aspiraba kilómetros del producto nacional en fiestas privadas en Santa Marta, Cartagena de Indias y la Isla de Barú.

En base a los conocimientos adquiridos y a una serie de experimentos personales, Domínguez desarrolló en su laboratorio de la localidad de Moreno (en la casa quinta con piscina olímpica y caballeriza que habían pagado al contado), una variedad de cocaína rosada que hizo furor en las discotecas de Ibiza, en los members-only de Knightsbridge y en las fiestas playeras de Tel Aviv.

Un producto de primera, del que sólo quedaba una pequeña parte en el país, distribuida por tres puntas solamente: el dealer de los boliches top de Capital, el fiolo que proveía de putas y merca al Congreso y el peluquero de las estrellas, Renzo Giuliani, con su selecta clientela de ricos y famosos.

La guita entraba a carradas, pero así se iba también. Las maniobras de blanqueo se llevaban una parte considerable, y el blindaje que brindaba la Organización no era gratis tampoco. No quedaba otra. Si querían agarrar suficiente guita como para pasar al siguiente nivel, iban a tener que hacer una movida por afuera.

Como caído del cielo, un día los contactó un sanjuanino con ciudadanía francesa que exportaba cabañas a varios países de la Unión Europea. Mandaba los paneles desarmados, estibados de tal forma que ni aún con rayos x podían detectar lo que llevaban entre medio. El francosanjuanino propuso mandar una tonelada al puerto de Marsella sin garpar ningún peaje ni rendirle cuentas a la Organización. Dijo que él ya lo venía haciendo desde hacía varios años, podían pedir referencias confiables o volar con él a Europa ese mismo día si les parecía.

—Mitá y mitá, Señog Domingués…

Era un volumen mayor al que estaban acostumbrados. Moni lo desaconsejó, aunque las mujeres son siempre demasiado precavidas. El Larva dudaba entre aceptar la oferta del franchute o pegarle un tiro en la cabeza. Domínguez le pidió unos días para pensarlo.

—¿Cómo supo de mí? —le preguntó al despedirse. El visitante le contestó:

—Usté es demasiado humilde, señog Domingués…

* * *

Eso era lo que más le jugaba en contra: todos los demás tenían un apodo, y a él sólo lo conocían por su apellido. Le había quedado de sus primeras andanzas y nunca se lo pudo sacar. Está bien que

Domínguez hay muchos…

Por eso decidió poner a nombre de sociedades anónimas sus negocios legítimos, también pensados para no llamar la atención. Una empresa de contenedores en San Justo, una confitería en Lomas del Mirador, un cyber en Tapiales y, para darle el gusto a Moni, una tienda de ropa en el centro de Laferrere.

Todos negocios que manejaban efectivo, donde los números eran fáciles de dibujar. Así, aunque su empresa llevara los contenedores un veinte por ciento más baratos que la competencia, su confitería cobrara el café más barato y su cyber casi regalara la hora de Internet, cada fin de balance arrojaba ganancias espectaculares. Por ese lado era imposible agarrarlo: cada viaje al exterior que hacía, cada peso que gastaba estaba plenamente justificado.

También el Larva había puesto negocios legales que blanquearan sus ingresos, aunque por una vez decidió no seguir los consejos de su socio y entró en tratos con un estudio contable que le diseñó un portfolio mucho más a su medida. Así fue como se convirtió de la noche a la mañana en el dueño del 51 por ciento del boliche Cumbiópolis, de un sex-shop en el Shopping de San Justo y en el productor del grupo de reguetón matancero Cacó-Cacó, unos maleantes que no sabían tocar ni el timbre, pero a quienes el contador del Larva convenció de que ya estaban listos para lanzarse al estrellato. Los hizo realizar una gira por distintas bailantas del Conurbano (con un solo músico de verdad, que controlaba los instrumentos desde el teclado, mientras los demás se hacían los que tocaban) y grabar un CD que en sólo dos meses vendió más de cien mil unidades. Eso fue lo que figuró en los balances, al menos, ya que la totalidad de los discos, aún dentro de sus packs de celofán, fue arrojada por el camión de la basura dentro de los incineradores del Ceamse.

El álbum debut y despedida de Cacó-Cacó dejó una ganancia neta de medio palo verde para Alejandro Estanislao Kozlowski (más conocido como El Larva) que en total no gastó más de diez mil en aquella aventura. Sin contar que la pasó bomba: salió tocando el guajiro en el programa de bailanta de América TV, larveó por todos los boliches y al final de la gira armó una orgía con todos los miembros de la banda: los músicos, las coristas, las bailarinas y los plomos. Una partusa inolvidable en la que el Larva, enviagrado hasta las cejas, se garchó a todas las minas y también le rompieron el culo un par de veces.

* * *

Por supuesto, lo del sanjuanino fue una trampa. Su propuesta de

negocios resultó tan falsa como su acento francés. Aún no terminaban de embalar la última partida cuando les cayó un operativo conjunto de la Brigada de Drogas Peligrosas con personal de apoyo del Grupo Halcón, agentes de la Sedronar, de la DEA, de los bomberos voluntarios y de los boy-scouts de Villa Luzuriaga.

"Duro golpe al narcotráfico", "Mega operativo".

Móviles de todos los canales mostraron a los tres individuos (dos masculinos y una femenina) en el momento en que eran introducidos con la cabeza tapada en los móviles. El Ministro de Seguridad en persona mostró a los medios los 900 paquetes de un kilo extendidos en el piso, las armas, el dinero, las balanzas, los instrumentos de elaboración y fraccionamiento.

Se trató, lo supieron más tarde, de una maniobra orquestada desde adentro de la cárcel por el Cordobés. Lo habían dado por muerto, pero ahí estaba. Tuvieron que poner una tonelada de guita y contratar a los mejores abogados para conseguir un cambio de carátula. En un par de semanas salieron bajo fianza, pero ya nada volvió a ser como antes. Lo que perdieron fue mucho más que los 1000 kilos de substancia.

El bajo perfil de Domínguez se hizo añicos. La AFIP clausuró sus negocios legales y consiguió un embargo sobre sus cuentas bancarias en Argentina y en Uruguay. Su territorio volvió a ser ocupado por la gente de su antiguo rival y sus contactos para enviar la mercadería al exterior se perdieron. Los personajes influyentes dejaron de atenderle el teléfono y cuando marcó el número del Secretario le contestaron de un parripollo de Barracas.

* * *

Tuvieron que volver a remarla desde abajo. A falta de un lugar mejor se instalaron en Villa Mosquito, un rancherío caído del Google Maps, donde pensaron que las garras del Cordobés no los podrían alcanzar. Pagaron un monto irrisorio por tres viviendas contiguas de la Loma, a las que de inmediato comenzaron a fortificar. Hasta ese momento al control efectivo de la Villa lo tenían los ladrones, el grupo del Yaguané, de Ramón y compañía. Su generosidad con los vecinos les ganaba su colaboración en caso de que los buscara la policía y su silencio ante cualquier requerimiento judicial: un servicio al que ahora también aspiraba la agrupación de Domínguez, que tenía más recursos con qué pagarlos, mayor poder de fuego y menos escrúpulos a la hora de usarlo.

En efecto, mientras los ladrones eran como jugadores del casino, que a veces aciertan un pleno y otras pierden hasta la camiseta, los traficantes contaban con un flujo constante de dinero y, más que tirar una moneda aquí o allá daban trabajo a quienes estuvieran dispuestos

a transar: cocineros, fraccionadores de primer y segundo orden, espías, vendedores al menudeo, gente que alquilaba las casas para cocinar o para almacenar la mercadería, nenes chiquitos que se encargaban del delivery y que, en caso de ser atrapados, eran soltados ese mismo día.

Para ganarse a los vecinos menos entusiastas Domínguez creó una comisión de fomento, que bajo la dirección de la Moni se dedicó a promover mejoras en el barrio: luminarias para la calle de entrada y los principales pasillos, hamacas para la placita, camisetas nuevas para el equipo de fútbol infantil y, para finalizar, la excavación del canal, una zanja de más de 300 metros que drenaba el agua del sector inundable de la Loma, encausándola hacia el río Matanza.

Todas iniciativas del propio Domínguez, pagadas por su propio bolsillo, para mejorar la calidad de vida de la gente de Villa Mosquito y brindar funciones que el Estado no proveía.

Algunos vecinos sabían agradecerlo y otros no. Muchos decían que desde la llegada de Domínguez la villa se había vuelto un lugar más violento y que las adicciones estaban haciendo estrago en los jóvenes, pero bueno, si le van a ver siempre el lado negativo…

¿Dónde no había violencia, a ver? ¿Era culpa de él si los pendejos se falopeaban? A nadie le ponían un revolver en la cabeza para que consuma. Todo lo contrario: esos pobres infelices andaban todo el día buscando con qué sacudirse las pocas neuronas que le quedaban. Aspiraban pegamento, insecticida, benzina, el polvillo de los tubos fluorescentes, las gotas para el glaucoma de la abuela, pulverizaban trozos de inodoros y se lo mandaban por el naso a ver si les hacía algún efecto. Ya estaban perdidos. Nadie podía ayudarlos, ni ellos lo querían.

Al menos él les proporcionaba trabajo, y si para pagarse el vicio a su vez enviciaban a otros, bueno, ahí él ya no podía intervenir. Era muy fácil echarle la culpa de todo a los demás, pensaba Domínguez. Él también había crecido en un ambiente difícil y jamás se había drogado. Nunca había sido un buscador de paraísos artificiales. No tomaba alcohol, ni siquiera fumaba. Le gustaba mantener la cabeza fresca poder pensar con claridad. Más ahora que la mano venía tan difícil, que la gente del Cordobés lo tenía encerrado en su propio territorio y que encima había aparecido el Tipo éste que nadie sabía quién carajo era ni para qué estaba allí.

VII

Todos transan. Es la única que queda. La única manera de hacer un billete en este país de sinvergüenzas, si uno no está metido en algún curro del gobierno.

Tampoco era algo tan tirado de los pelos. Todos saben que los travestis llevan siempre camerusa encima, y que una parte la negocian, aunque sólo en pequeñas cantidades y con clientes de confianza, papurris a los que les gusta darse un virulo antes de entrar en acción.

Tiempo atrás hubiera sido imposible, pero ahora los transas de Domínguez estaban cada vez más acorralados en su propio territorio. En cuanto asomaban el morro por la ruta 21 eran corridos a tiros por los soldados del Cordobés, quien además había conseguido el producto del momento: la cocaína peruana en escamas, más conocida como *alita de mosca*. La mejor merca a nivel mundial. ¿Fue uno de los punteros del Cordobés el que le propuso a Raffaela venderla en la esquina Da Vinci, o fue ella la que se ofreció? Hubo un pequeño conciliábulo bajo el cartel de Hiper Tehuelche. La Pantoja y la Peruca tenían miedo, y Jazmín más miedo todavía. ¿Qué iba a pasar cuando Domínguez se enterara? ¿Que sería capaz de hacer el Larva? Raffa les prometió que iba a ser sólo por un par de noches, hasta que juntara la plata para el abogado que llevaba el caso de su mamá. Todas iban a recibir su tajada, por supuesto. No esperaba que lo hicieran gratis.

Para dar la alarma con más rapidez, el Blackberry de Raffaela quedó programando con dos ringtones específicos: si llamaba la Pantoja, que quedaba apostada en la esquina de Federico Chopín, sonaba el tema de Cha-Cha-Chá. Si el aviso venía del lado de la Peruca, se escuchaba la música del Llanero Solitario: Parabán parabán parabán panpán…

Las conversaciones se realizaban en un código que la propia Raffa había elaborado.

—Necesito que me cargues cincuenta de Movistar para el muchacho del Ford Focus verde.

—Cargame ochenta de Claro y cien de Personal para las chicas de la Jáilu…

Donde Movistar era la marihuana, Claro la cocaína y Personal las pastillas.

El auto se movía entonces hasta el cruce de Da Vinci, y si la cara del cliente parecía confiable Raffa le retransmitía a su vez el mensaje a Jazmín, que sacaba el pedido de adentro de la capilla del Gauchito Gil. Era la única que tocaba la mercadería, total si la agarraban era

menor de edad.

—Acá tenés, hermoso. Serían 180 en total.

Mientras que Raffa era la única que tocaba el dinero, que iba a parar al interior de su corpiño Caro Cuore.

Bigote, el jefe de la calle de la Distrital, le mandaba un mensaje de texto cada vez que estaban por hacer un operativo, o si un móvil de Gendarmería o de los federicos andaba por la zona.

—No tengo para darte el vuelto, te lo debito en tu cuenta.

—Pero…

—Ahuecá el ala, chiquilín. Bye bye.

Siempre estaba latente el peligro de que apareciera la gente de Domínguez a buscar problemas, pero las chicas sabían como defenderse: la Pantoja era segundo dan de Ai-ki-do y la Peruca había recibido un duro entrenamiento en la Selva Amazónica cuando militaba en las filas del Sendero Luminoso, dirigida por el propio Abigael Guzmán.

—Alta maruja, papá. Un par de secas de esta y estás en la estratósfera.

—¿Posta? ¿A cuánto el 25?

—Para vos, 90 pé.

Ya se estaban quedando sin reservas. En menos de dos horas hicieron más de lo que sacaban en toda una noche de atender viejos babosos y putos reprimidos.

Pipííííííííí…

Desde el interior de un Gacel hecho percha alguien preguntó:

—¿A cuánto el pete, gordita?

Raffa dejó salir muy despacio el humo de su Benson & Hedges y en el tono más glacial del mundo le respondió:

—Rajá pajero, que acá estamos de bísnez.

* * *

También Olga debía andar en la milonga. Eso es lo que aseguraba su sobrina, al menos.

—¿Para qué te pensás que eran esos cinco mil pesos que me mandó a Paraguay?

Javi no lo podía creer.

—Quería que pase seis panes de cocaína por la frontera. Decía que acá se podía vender diez veces más caro.

—¿La cocaína no viene de Bolivia?

—También la triangulan por Paraguay, que hay menos controles.

—No lo puedo creer —repitió Javi, que sabía que Olga se había movido siempre en los márgenes de la ley, aunque esto ya era demasiado.

—Dijo que era plata que ustedes tenían a plazo fijo en un banco.

¡Era verdad! Tenían una cuenta compartida en el Macro. Olga lo convenció de abrirla, él en su puta vida había entrado a un banco.

—Quería que pasara la droga por la frontera y la trajera a Buenos Aires. Pero yo nunca hice nada ilegal, Javi. Ni en los momentos de mayor necesidad me salí del camino recto…

Volvían en la Fiorino de Ramos Mejía, de la casa de la viejita polaca, avanzando a paso de tortuga a lo largo de la Ruta 3.

—¿Dónde pensaba guardarla?

—¿Y a vos qué te parece? En tu casa.

—No lo puedo creer —repetía Javi—. No…

—Dijo que cerca de tu barrio hay un transa que la paga bien. No sé qué significa eso.

—Un narcotraficante.

—Alguien llamado Fernández, me parece.

—Domínguez.

—Eso.

* * *

Se armó la de San Quintín. María corrió a encerrarse en su pieza mientras su tía, cuchillo en mano, intentaba tirar la puerta abajo.

La Yeni lloraba, el Yoni estaba bastante asustado también. Alguien debió de llamar a la policía.

Fueron conducidos a la comisaría de González Catán, a Olga la demoraron hasta el día siguiente. Cuando volvió se encontró con las cerraduras cambiadas y sus pertenencias en varias cajas de cartón en la puerta. Se puso frenética, hubo que llamar a la policía otra vez.

La Yeni y el Yoni salieron por la puerta de atrás y dieron la vuelta, con un bolsito y algunos juguetes. La Yeni no entendía nada, simplemente se reía y estiraba los bracitos, contenta de ver otra vez a su mamá. El Yoni estaba pálido. Tenía puesta la remera DC y las zapatillas DC que Javi le había regalado para el último cumple, y el skate que Javi ya no iba a volver a usar.

—Unas de estas tardes podemos… —balbuceó Javi, pero los dos sabían que no era verdad.

Olga lanzó una maldición en guaraní y escupió el umbral antes de cargar la última caja en el baúl del taxi-flet.

—No vas a ser nada sin mí —le dijo a Javi—. Te vas a venir abajo con esa puta sinvergüenza.

Y a María, que la espiaba desde la ventana:

—Y vos cuidado cuando salgas a la calle, ladrona de maridos, mirá bien porque donde te agarre te voy a pegar una puñalada en el corazón, aguaretý-epó.

* * *

Tampoco Checho lo podía creer. Tirado en la carcaza del Citroën, aun con el bajón de la última gira, pensó que le había llegado su hora cuando vio que estaba rodeado.

—Eh, vos.

Eran los Angelitos: Tonga, Aarón y el Somalí, los tres que quedaron del grupo principal, después de que Cinco Puntos apareciera flotando en la Tosquera.

Lo llevaron por el Paraíso, sin molestarse siquiera en mostrar las armas. Sabían que estaba muerto de miedo y ni se le ocurriría escapar.

No era un héroe. No era el Tipo de los botines Columbia, que después de fajar al Larva y de cancherearlo a Domínguez terminó culeándose a su mamá.

Lo hizo. Él los escuchó, cuando volvía para su casa, y advertido por los jadeos y gemidos supo que no le convenía entrar.

¿Es que eso tenía importancia, ahora? Ya ni siquiera pensaba en Dieguito, que aún no había vuelto de su último viaje en remís y nadie sabía dónde estaba.

—Caminá, guachín.

—Ándale, ándale, ándale…

Checho soltó un gemido cuando lo empujaron, lo que hizo reír a los demás. Las piernas apenas lo sostenían, pensó que se iba a desmayar.

* * *

Los chicos del jardín Lero Lero fueron saliendo de la mano de su mamá, de su abuela, de su tío o hermano mayor. Sólo Sasha volvió a quedar solita, sobre una de las mesas del hall de entrada, moviendo las piernitas para adelante y para atrás. La portera no estaba por ningún lado, y la nueva maestra no se quería ir. No se animaba a dejarla sola.

Cerca de las dos de la tarde, un patrullero de la Distrital de Laferrere se detuvo frente a la despensa del Paragua. La gente que entraba y salía de Villa Mosquito lo miraba con curiosidad, poco acostumbrada a ver un auto de la policía por allí.

En el asiento de atrás la Maestra le preguntó a Sasha.

—¿Dónde está tu casa, mi amor?

Sasha que señaló vagamente algún lugar. La maestra no sabía qué hacer.

—¿Entramos por acá? —preguntó, y los policías casi se rieron.

El que manejaba dijo:

—No, señorita, nosotros ahí adentro no podemos entrar. La esperamos acá.

* * *

La Maestra llevaba a Sasha bien agarrada de la mano, aunque hubiera necesitado que alguien la sostuviera a ella.

Casas de bloques pelados, cables y más cables, caripelas limítrofes, buzos con capucha, rosarios de Boca… La Maestra temblaba de pies a cabeza, y sin embargo nadie la molestaba, nadie miraba de forma amenzante. Desde la puerta de sus humildes tiendas los bolicheros la saludaban con una inclinación de cabeza.

—Perdón, ¿alguien sabe dónde vive esta chiquita?

—No. La tengo vista, pero… Doña Inés, ¿usted sabe dónde vive esta nena?

—¡Esta es la hija de Teodora!

—Vaya por el camino ese de ahí, señorita, y después déale por un pasillo que va en diagonal.

Cada tanto alguien se asomaba a una ventana y gritaba:

—¡Eh, ahí va la maestra con la nena de Teo!

—Por allá, señorita —le señaló un adolescente con una gorra de los Chicago Bulls parado en una azotea—. Cuidado que la bajada está resbalosa.

—Mu… muchas gracias.

En el frente de una vivienda pintada de azul habían pegado la foto pixelada de un nene con el mismo uniforme a cuadritos que llevaban ellas dos.

—Ahí tá Santi —Sasha lo señaló con el dedito—. Hició pupa, Santi...

—Sí, mi amor —la Maestra se largó a llorar—. Se hizo pupa.

* * *

Un avión de KLM despegaba al otro lado del bosque. Las turbinas zumbaban mientras iba tomando altura. Parado frente a la casa de Teodora, el Tipo fumaba y miraba la estela de calor que iba dejando en el cielo completamente azul.

Por el camino que bajaba de la Loma venía corriendo la nena del mechón blanco, a cada paso se le balanceaba el corbatín. Más atrás venía la Maestra, fijándose muy bien dónde ponía el pie.

—¡Allá, seño!

Una mujer bajita, de unos treinta y tantos años, con un flequillo que le daba un aspecto infantil. O tal vez era el delantal del kindergarten.

—Buenas tardes —dijo el Tipo.

La Maestra quedó descolocada. No esperaba ver a un hombre vestido de forma tan elegante en un rancherío como aquel.

—Nadie la pasó a buscar —explicó—. El hermano viene tarde, casi siempre, pero hoy... Perdón, ¿usted es…?

—Un amigo —dijo el Tipo—. Un amigo de la familia.

Dejaron a Sasha con una vecina. El Tipo la acompañó por el camino que Ramón le había enseñado. Pasaron frente al gimnasio de box y al salón de belleza. Unos muchachos sentados sobre una pila de escombros la siguieron con la vista.

—No tenga miedo —dijo el Tipo—. Su uniforme es un salvoconducto. Nadie la va a molestar.

Ella no le contestó. No sabía si temerles más a ellos o a él. Un hombre cómo ese sólo podía estar allí escondiéndose de la Justicia, o tal vez por algo peor.

—Avísele a la mamá, por favor. El hermano de Sasha no parece en condiciones de cuidarla, y hoy ni siquiera apareció.

—No se preocupe, señorita… ¿Cómo es su nombre?

La Maestra tardó en contestar.

—Débora.

—¿Débora?

—Sí.

Ya estaban más cerca del linde con el barrio Don Juan.

—Lindo nombre —dijo el Tipo—. Quiere decir *abeja* en hebreo.

—¿Ah, sí? Creo que lo leí alguna vez, pero me había olvidado. Igual no creo ser tan dulce —agregó, tratando de ser jocosa, pero no le salió.

—Creo que el nombre no hace referencia a la miel, sino al aguijón. Era el nombre de una guerrera del antiguo Israel. ¿Un cigarrillo?

—No. Sí. Gracias.

—Perdón, no quise parecer didáctico.

—Está bien.

Ya habían salido a la calle del frente. Estaban a unos doscientos metros de la despensa del Paragua. A la distancia se distinguía el coche de la policía.

—Bien, creo que de acá no va a tener problemas para llegar.

La Maestra pareció confirmar sus sospechas.

—Muchas gracias —le dijo.

—Por favor.

Se quedaron un momento más, mirándose a los ojos. Luego ella bajó la vista y dijo:

—Bueno, me voy.

Y se fue nomás. El Tipo la vio alejarse en dirección al patrullero, deseando que en algún momento se diera vuelta a mirarlo por última

vez.

* * *

¿Qué convendría más? ¿Meterse en uno de esos planes que uno va pagando el auto en un millón de cuotas o jugarse con un usado?

Era una pregunta que Javi no se había hecho hasta entonces. No le hacía falta, si desde hacía dos años usaba el furgoncito de Matanza Express para ir y volver del laburo, y también para sus asuntos particulares, con el ahorro de tiempo y la comodidad que eso implicaba.

No era ninguna broma tener ahora que esperar el colectivo a las seis de la matina en la esquina de la ruta 3, viajar como sardina una hora y media hasta San Justo y después la misma historia por la tarde.

Y el apretujamiento, y el olor… No viajaba así desde sus tiempos de estudiante, y en ese momento había menos tráfico que ahora.

La Fiorino estaba desde hacía tres días chocada en el taller, y ahora Javi usaba una Saveiro que no sólo era un cascajo sino que además no se la dejaban llevar a su casa. Dorita dijo que era por precaución, porque el móvil de repuesto sólo tenía la cobertura de seguro mínima, pero Javi sabía que se trataba de un castigo por los días que llegó tarde, por las veces que desapareció sin avisar o no contestó el celular.

Lo habían degradado, esa es la verdad. Los mejores trabajos ahora se los pasaban a ese alcagüete de Juan Carlos, que finalmente se había dado el gusto de desplazarlo.

—Me voy porque pierdo el de y veinte.

María hacía casi el mismo recorrido que él, pero tomaba el 88 recién a media mañana, derecho a Ramos Mejía, hasta el departamento de doña Emilia. A la tarde se volvía más temprano, en el rápido de las seis. Javi lo prefería, porque a esa hora los colectivos no estaban tan llenos y no había que aguantar a tanto baboso. Solamente un día viajaron los dos juntos, apretados a morir, y Javi casi se agarra a las piñas con uno que iba a atrás de María porque pensó que la estaba apoyando.

* * *

El hijo de la Teodora ya no se pasaba la tarde tirado en el contenedor de basura, ni patrullando la ruta 21 en busca de un gil al cual hacerle las llantas. De un día para otro se había convertido en uno de los Angelitos. Cuidaba tal o cual pasillo durante algunas horas, llevaba paquetes escondidos en la ropa y volvía con rollos de billetes de baja denominación.

Tenía un nextel y una 9 para él solo, y usaba la moto que había sido de Cinco Puntos, una Gilera que estaba hecha un chiche. Ahora nadie le escupía la cara cuando pasaba por los pasillos. No se atrevían.

—¡Eh, Checho!

Tenía orden de vigilar al Tipo de los botines Columbia, de informar de todos sus movimientos, ver con quién hablaba y si es posible saber lo que decía.

No resultaba nada fácil. De pronto lo veía dándole a la bolsa en el gimnasio de Pupi y al rato ya no estaba. Charlaba con los cirujas que iban a buscar metales a la quema y cuando se quería dar cuenta estaba al otro lado de la villa, jugando a la pelota con los pibes en la canchita.

—¡Eh, Viejo! ¡Pasala!

La pisaba bien, el desgraciado, aunque era viejo y no aguantaba demasiado.

—¡Cambio! ¡Cambio acá!

Después se quedaba fumando a un costado, viendo como jugaban los demás. Miraba para los costados, parecía que estuviera vigilando él también. Desde lejos saludó con la mano a Checho, que no le respondió.

* * *

Javi terminaba de aplicar el gel con feromonas en las vidrieras de una confitería de Ciudad Evita cuando sonó su celular.

María estaba desesperada.

—¿Un *qué*?

Le costaba entender lo que trataba de decirle. Con la angustia se disparaba su acento vernáculo.

—A ver, repetime más despacio.

Un gallo negro había aparecido degollado en la puerta de la casa, y el frente estaba salpicado con sangre.

—¿Estás segura?

Javi no había notado nada extraño al salir, o será que todavía era de noche. Aunque un gallo degollado es algo que se ve.

—Es mi tía, que me está haciendo un trabajo umbanda. ¡Tengo miedo, Javi!

—¿Querés que vaya para allá?

No podía hacerlo, sin embargo. No podía volver a hacer ese chiste de irse hasta Catán y dejar el laburo colgado. Estaba en la cuerda floja. Una más y lo rajaban.

—¿Vas a ir igual a lo de doña Emilia?

—¡Estoy encerrada en la casa, Javi! ¡No me animo a ir ni a la esquina, con esa loca ahí afuera! Pero quedarme también me da miedo.

—¿Y yo qué puedo hacer?

La dueña del local lo miraba con cara de pocos amigos. ¿Había venido a trabajar o a hablar por teléfono?

—*¡Alguien está llamando a la puerta, Javi!*

—Quedate adentro. Voy a llamar a la policía.

—*Ah, no…* —se tranquilizó María. al otro lado de la línea—. *Es Marquitos.*

* * *

Para su sorpresa, María lo hizo pasar sin que tuviera que insistirle, y hasta le aceptó uno de sus apestosos cigarrillos.

—¿Sabés lo que significa que tiren un gallo degollado en la puerta de tu casa?

—¿Hubiera sido preferible una gallina?

—¡No seás tonto! Te estoy hablando en serio.

Marquitos notó que ella ya no lo trataba de usted. Eso le gustó.

—Bueno, si vas a creer en todas las supersticiones paraguayas…

—El Umbanda es brasileño.

—Con más razón. ¿Quién se toma en serio a los brasucas?

* * *

Las tardes se le hacían interminables. En la tele sólo daban basura y lo único que había para leer en lo de Teodora era una Biblia y un ejemplar atrasado de la revista Caras.

Y Dios dijo a Abraham: *"No temas porque yo estoy contigo. Multiplicaré tu descendencia como las arenas del mar"*.

Las vacaciones de ensueño de Luli Salvatierra y el Ministro Martínez Rebolledo en Aruba.

"Al que te golpea una mejilla, ofrécele la otra. Al que te arrebata el manto, entrégale también el vestido."

La princesa Máxima participó como nadadora en una carrera a beneficio por los canales de Ámsterdam.

El Tipo bostezó.

Serían como las cuatro de la tarde. Salió a dar una vuelta. Se puso a charlar con el viejito Uyila, que vivía al lado de la letrina y le buscba conversación a cada uno que entraba o salía con el papel higiénico en la mano, y se hizo amigo de Milton, un joven hijo de bolivianos al que pescó filmándolo con una camarita digital.

Milton le contó que, además de su trabajo en la construcción, su actividad principal consistía en hacer películas, pequeños videos que filmaba él mismo y luego subía a Youtube.

—Por ahora no tengo la posibilidad de hacer la carrera de cine,

pero aprendo mirando películas que bajo con el Torrent.

A muchas las había visto más de una vez, y había estudiado en detalle la manera de hacer las tomas, de resolver los diálogos, de elegir qué mostrar y qué dejar que se diera cuenta solo el espectador. Tenía grabado cantidad de material, desde clásicos de Fellini y Orson Wells hasta pelis de Burman, Campanella, Jean-Pierre Jeunet y los hermanos Coen.

—No digás. ¿*Delicatessen*, la viste?

—¡Como cinco veces!

Charlaron de cine mientras caminaban por la bajada de la Palangana. Rebosante de entusiasmo, Milton le contó que ya había hecho dos cortos, un documental con gente de Villa Mosquito mostrando como vivía, y una dramatización de la muerte de Santiaguito, actuada por sus amigos y por un primito.

—¡Eh, Woody Allen! —le gritó alguien que pasaba, y Milton sonrió avergonzado.

—No es que las filmo y las subo así nomás, ¿eh? Tienen horas y horas de edición. Me bajé una versión del Sony Vegas en una máquina del cyber de La Loma.

Milton le contó que su sueño era hacer algún día un largometraje con los actores que salen en la tele.

—Vas muy bien encaminado —lo alentó el Tipo—. Por lo pronto, al próximo film te lo produzco yo.

Y disimuladamente le pasó unos billetes de cien.

—¿De verdad? —Milton no lo podía creer—. ¡Muchas gracias! Me va a venir re bien para un disco externo, y para pagar la cuenta del cyber…

—Sólo te diría que prefiero no salir yo como actor. Ni en esta ni en ninguna.

—Por supuesto —dijo Milton—. No se preocupe.

* * *

No le iba a hacer bien quedarse encerrada ahí. Marquitos le ofreció llevarla hasta el kilómetro 26, donde iba a poder tomar el colectivo tranquila, sin temor a que la loca la estuviera esperando.

Pasaron el cruce del 26, el 25 y el 24 y aún Marquitos no se decidía a dejarla.

—Si querés te llevo un poco más hasta allá.

—No, si por acá ya está bien —dijo María, que sin embargo se sentía más segura mientras estaba con él.

Sonó un celular. Marquitos cortó sin atender.

—¿Así que te enganchaste al Javi, che? No perdés el tiempo para nada.

María estuvo a punto de contestarle algo que lo pusiera en su sitio, pero prefirió contenerse. Dio una pitada al Parissiennes y dijo:

—Estamos enamorados.

—Ah, el amor… —suspiró Marquitos—. El amor todo lo perdona, incluso un ritual satánico.

—Con usted no se puede hablar en serio.

Había vuelto al trato formal.

—¿Y ahora qué va a pasar, se te van a caer las uñas o algo así? Parece una peli de Stephen King.

Era la tercera vez que sonaba el teléfono de Marquitos. Javi de nuevo. Esta vez sí lo atendió:

—Qué hacés, man —dijo Marquitos—. Sí, sí, está acá conmigo. ¿Podés llamar más tarde, que estamos haciendo el amor?

* * *

—¡Hijo de puta! —gritó Javi, que estuvo a punto de estrellar el celular contra el piso. La dueña del local lo miraba, los empleados lo miraban también. Y los clientes.

* * *

Si era por él la llevaba hasta la calle Humboldt y la bajaba a upa, pero en el primer semáforo después de la Rotonda de San Justo María saltó de la Ford y corrió hasta la parada, donde el 88 ya estaba por salir.

Pero no se bajó en Ramos Mejía, siguió derecho hasta la Capital. En Plaza Once le pidió orientación a un policía, que se deshizo en explicaciones. Hizo parte del camino en subte. Un señor le enseñó cómo tenía que colocar la tarjeta para pasar por el molinete.

El McDonalds de Corrientes y 9 de Julio era el doble de grande que el de Laferrere, y ni hablar del local de Encarnación. Una multitud hacía cola delante de las cajas. Con la bandeja en la mano otros buscaban una mesa libre.

El Correntino de Expreso Iberá se había acomodado en una de las barras del piso de arriba, entre dos gordos hamburgueseros que lo apretaban como un sánguche. Le costó reconocerlo sin la corbata verde y el aire de canchero que se daba arriba del micro. A decir verdad ya casi ni recordaba cómo era, salvo que tenía un aspecto bastante insubstancial. Con cara de nene abandonado ahora chupaba el sorbete de un vaso ya vacío, mirando por el ventanal que daba al Obelisco. En el respaldo de su banqueta colgaba una mochila con los personajes de *Hora de Aventura*.

—¡Hola!

Él sí la reconoció enseguida. Se puso de pie. Era más larguirucho de lo que ella recordaba.

—¿Hace mucho que esperabas?

—No, para nada… Te traje la mochila con tus cosas.

—¡Ah…! —María se hizo la que recién la veía.

Los gordos de al lado le echaron un vistazo a la Paraguayita, sin dejar de darle al mastique. Uno ensayó una especie de saludo.

—¿Tenés hambre? —preguntó el Correntino—. Podemos pedir algo en la caja y buscar otra mesa.

—Mejor vamos a otro lugar. Esto está demasiado lleno.

* * *

—Mirá Javi, creo que sería mejor que te tomaras un tiempo de licencia. Yo no sé qué problemas tenés, no quiero meterme en tus asuntos personales…

Javi escuchaba con la cabeza gacha. De vez en cuando decía Sí Dorita, tenés razón Dorita…

—Que analices tranquilo, si te conviene seguir trabajando acá…

En el otro escritorio, Alenka simulaba estar ocupada con unas planillas, pero sufría cada palabra de la jefa aún más que él.

Pobre piba. Javi se había dejado llevar alguna vez por la loca idea de devolverle su amor, y hasta imaginó un futuro junto a esa chica modesta y sencilla. Un domingo la esperó en la plaza de San Justo, a la hora que sabía que ella volvía con sus primas de la misa de los eslovenos. Sin embargo, al verla acercarse por el sendero, tan flaca y chuequita, como un caniche mojado entre esas yeguas que rajaban la tierra, se escondió detrás de un árbol y la dejó que pasara de largo para siempre.

—Pegate una vuelta el viernes, así cobrás lo que trabajaste este mes...

—Sí, Dorita —dijo Javi. ¿Qué más podía decir?

—¿Podremos tener hecha la liquidación de Javi para el viernes, Alenka?

Alenka lloraba.

* * *

Teodora le pasó un mate amargo y caliente, preparado con el agua del bidón que él mismo había traído. Era un hombre fuerte, pero delicado: la única vez que tomó un sorbo del agua que toman todos en la villa se pasó la tarde yendo y viniendo de la letrina.

—Parecía que estaba recuperado —dijo Teodora—. Había subido diez kilos, parecía un chico normal otra vez…

Se refería a Checho, que por un par de meses había logrado dejar el paco, pero al tiempo volvió a caer. ¿Qué solución podía darle? Ella no podía estarlo vigilando todo el día, tenía que salir a trabajar.

El Tipo terminó el mate y se lo pasó. Había comprado unas palmeritas en la despensa del Paragua, de las cuales Sasha ya se había comido tres. Mejor dicho, les mordisqueaba la corteza azucarada y escondía el resto en un rincón. Tenía la boca y la nariz brillantes.

—Fui yo la que pedí que lo internaran. No podía tenerlo más acá. Vendía todo lo que encontraba para pagarse el vicio. Cada vez que volvía del trabajo me encontraba que faltaba algo. El televisor, el anafe, la garrafa. A las ollas las aplastaba con el pie y las vendía por aluminio. Hasta la ropa que tenía puesta vendía. Salía de casa bien vestido y volvía al otro día en calzoncillos. Cuando ya no le quedó más que vender empezó a robarle a los vecinos, al final lo tuve que echar. ¡Echarlo, a mi propio hijo! Lo dejaba que durmiera en el auto abandonado que está ahí en la subida. Si hacía mucho frío iba y lo tapaba con una frazada, pero a la mañana se la sacaba antes que se despierte, si no iba y la vendía también.

—¡Ota, ota! —estiró la mano Sasha, pero su mamá le dijo:

—No. Terminate esa primero.

Teo le contó que después de seis meses de trámites consiguió por fin que un juez derivara a Checho a una granja para que se recupere, y entonces cayó Dieguito.

—Ahora ni sé donde está. Se subió a un auto que lo levantó en la ruta y ya nadie lo volvió a ver.

El agua ya estaba tibia. Prendió la cocina y puso la pava otra vez.

—Perdonemé que le cuente estas cosas, no tengo por qué amargarlo con mis asuntos…

—Por favor, Teodora —dijo el Tipo, que a escondidas le pasó otra palmerita a la nena.

Teo cambió la yerba y volvió a servir.

—Está como con ganas de llover, ¿no? —dijo, en un débil intento por cambiar también de tema.

—Sí. Mucha humedad.

No habían vuelto a tener sexo desde aquel primer día, en parte por falta de oportunidades (ella estaba fuera todo el día y él, por seguridad, se iba por las noches a ranchear a algún otro lado). Ahora la chiquita estaba con ellos. Aun así, Teodora se dio cuenta de que el Tipo la evitaba y prefirió no insistir. ¿Sería por respeto, porque su marido seguía en terapia intensiva en el hospital? Sí, suspiró Teodora, digamos que por eso es.

* * *

La avenida Corrientes también era un hervidero de gente, pero gente de mucho más categoría: mujeres con ropa y carteras de marca, hombres de traje o de sport de lo más elegantes. Se veía algún que otro mendigo, sí, pero no la mugre y el abandono que había en ese suburbio infame en el que estaba varada desde que llegó a la Argentina.

En las vidrieras de los teatros había fotos en tamaño natural de los artistas que salían por la tele. La vereda más cercana al Obelisco estaba saturada por nenas que iban a ver el show de Violetta, todas vestidas con la remera de Violetta, la vincha de Violetta, las calzas de Violetta y las banderas de Violetta.

—Hay un café acá enfrente que voy siempre cuando vengo a Buenos Aires —dijo el azafato de Expreso Iberá, mientras esperaban que uno de los semáforos de la 9 de Julio les diera paso. De puro caballero llevaba todavía al hombro la mochila de *Hora de Aventura*, que pesaba lo suyo. María miraba todo el tiempo hacia atrás, por si alguien los seguía, aunque con tanta gente era imposible saber.

—¿Qué cosa? —preguntó—. Sí, claro. Me encantaría.

Ouro Prêto, se llamaba el lugar. Un sitio chiquito pero bien decorado, con esas ventanas a guillotina de los viejos cafés porteños.

—No tengo mucha hambre, la verdad —dijo María.

Pidieron un jugo de naranja y un licuado de frambuesa.

—Siempre vengo a esta calle —dijo el Flaco—. Me hace sentir como en casa.

—¿Qué?

Era una comparación entre el nombre de la calle y el de su provincia. Un chiste que ya debía haber hecho mil veces.

—Ah… —María trató de sonreír, pero no podía dejar de sentirse perseguida. Ese hombre que ahora se había sentado en la mesa de al lado tenía el pelo demasiado corto. Y esa mujer parada en la esquina, la que sacaba un chicle de la cartera… Con los anteojos oscuros no se sabía para dónde estaba mirando.

—Qué bueno que llamaste —dijo el Correntino—. Pensé que no te iba a ver más.

No le quedaba otra. ¿Quién más iba a ser tan idiota de traerle la mochila que dormía en la consigna de la terminal de Posadas desde hacía más de diez días sin preguntarle nada?

—¿Así que te vas a dedicar a la cosmética?

—Sí. Por eso precisaba estas cosas.

¿Realmente era tan imbécil? Suerte para él que no se topó con algún retén de Gendarmería en la ruta 14. Si llegaban a olerlo los perros a esta hora iba a estar pidiendo por favor en alguna comisaría de la Mesopotamia.

El pedido no llegaba. Mirando hacia su mesa, el mozo que los

había atendido bromeaba en voz baja con el cajero, como si no pudieran creer que un minón como ella estuviera con semejante pescado.

—¿Y ya tenés algún cliente?

Pobre gurí. María sintió que estaba en deuda con él. A pesar de sus nervios, lo tomó de la mano y le dedicó una sonrisa que lo puso en el cielo. Era tan fácil…

—Disculpame… Necesito ir un momento al baño —dijo él, que seguro hacía rato se venía aguantando. Las dos horas de espera en el Mc Donald's no debieron ser fáciles.

—¿Me estás pidiendo permiso? —dijo María, y los dos se rieron.

Sin embargo, apenas el Correntinito se perdió de vista, María le hizo una seña al mozo.

—¿Señorita?

—¿Podría decirme donde para el 86?

—¿El 86? ¿El que va para qué lado?

—Para Laferrere.

—En Avenida de Mayo, cuatro cuadras hacia allá. Ahí va a ver los carteles.

María tomó la mochila y se largó. Cuando el flaquito volvió del baño vio las dos copas sobre la mesa, pero la Paraguayita ya no estaba. Miró alrededor. Los mozos se hacían los boludos. Un viejito que revolvía su café disimulaba una sonrisa.

* * *

La vereda larguísima del colegio Don Bosco estaba cubierta de hojas, hojas amarillentas y húmedas que un hombre de delantal azul barría pacientemente.

Recién bajado del colectivo, Javi caminó con el muñoncito escondido en el bolsillo hasta el edificio de la calle Humboldt. No quería importunar con el portero eléctrico, esperó a que alguien abriera para colarse. Subió al octavo piso. Doña Emilia abrió sin preguntar quién era.

—¿Qué andás haciendo por acá?

Ya no parecía tan contenta de verlo.

—No vino esa mujer tuya, si querés saber.

—¿Cómo? ¿Está segura?

Lo invitó a pasar, de todos modos. Su departamento estaba tal y como la recordaba, con el reloj de péndulo, los tapices y las lámparas.

—¿Venís de tu trabajo?

—No. Sí. Yo…

Era largo de explicar. El teléfono de María le daba todo el tiempo apagado o fuera del área de cobertura. A lo mejor se había quedado

sin batería.

—Buena chica, pero a decir verdad no tiene ni idea de tareas domésticas. No sabe ni de que lado se agarra una escoba, si querés saber.

Con él sí debía estar ofendida, porque no volvió nunca más a visitarla. Ni siquiera llamó alguna vez para ver cómo andaba.

—¿Así que no vino?

—Te digo que no, hombre. ¿Pensás que tengo escondida abajo de mesa?

Por la ventana veía los árboles del Don Bosco, como una isla verde en un océano de hormigón. El hombre de delantal azul parecía una hormiga desde acá arriba, cargando a paladas las hojas en su carretilla.

—¿Estás muy apurado? ¿Querés tomar té?

Javi la miró sorprendido, como si hubiera olvidado dónde estaba.

—No puedo, doña Emilia. Tengo que irme. Disculpemé.

* * *

No era la hora de más tráfico todavía. El 86 iba relativamente rápido por Rivadavia, aprovechando la ola verde. Con los auriculares puestos, para que no viniera a importunarla ningún tarado, María miraba el paisaje ir degradándose en casas más chicas y en galpones a medida que se alejaban de la Capital. Se prometió volver lo más pronto posible, tal vez ese mismo día.

Pasando Liniers se subió un sujeto grandote y torpe, que se puso a repartir unos papelitos entre los pasajeros. También le dejó uno a ella, un volante que decía que era sordomudo y pedía que por favor lo ayuden, junto a una tarjeta con la foto de un gato y una frase: *Cuando tú sonríes el mundo sonríe también.*

El supuesto sordomudo hizo una segunda pasada. Algunos le devolvían la tarjeta pedorra, otros le daban un billete. Él recibía cualquiera de los dos sin un gesto de decepción o agradecimiento.

...el mundo sonríe también…

Grandísimo imbécil. Sólo te sonríe si tenés plata.

María le devolvió la tarjeta y el papelito con la punta de los dedos, evitando el menor contacto físico con ese pobre fracasado. Le daba pánico la gente sin suerte.

* * *

Raffaela se presentó esa noche con un look matador: musculosa de cuero con cremallera, mini leopardo, botas bucaneras... Para rematarla se había puesto una peluca con rizos y volumen ochentoso

tipo Bangles.

—Vos tendrías que estar trabajando en un privado de Barrio Norte, Raffa, no acá en la ruta 21.

—¿Te pensás que no lo sé? Pero acá yo trabajo para mí, no para un 840.

—Eso también es cierto.

—Siempre por mi cuenta, ¿viste?, sin depender de nadie. Es lo que mi abuelita me enseñó.

No era del todo cierto, pero si se movía de su esquina, ¿cómo lo pescaba de vuelta al Gallego? Siempre se había reído de las chicas que soñaban con una historia de Cenicienta, y ahora le tocaba a ella.

—Ahí viene otro.

Un Duna al que sólo le funcionaba un faro se detuvo bajo el cartel de Hiper Tehuelche. Raffa ni se molestó en caminar hasta la ventanilla.

—Me dijeron que podía pegar maruja por acá.

—Si vas a creer todo lo que te dicen…

No estaba segura de que Manuel aprobara lo que estaba haciendo, pero bué, la necesidad tiene cara de hereje.

—Tengo una prensada que te vuela las pocas neuronas que te quedan, chiqui. Aprovechá que hoy estoy de buen humor.

—¿Algo de flor, no tenés?

—¿Con este auto? No te va alcanzar ni para un pétalo.

El chabón del Duna resopló.

—Y la prensada, ¿a cuánto me la podés dejar?

—¿Cuánto tenés?

* * *

Apretado por los cuatro costados en el 88, Javi no lo terminaba de comprender. ¿Lo habían rajado del laburo nomás? No le quedaba del todo claro. Podía ser que, cuando se presentaba el viernes, le dieran uno de los móviles y le dijeran que saliera otra vez a fumigar, como si no hubiera pasado nada. ¿O tenía que salir a buscarse un nuevo trabajo nomás?

—¡Al fondo que hay lugar!

No podía imaginar su vida sin Matanza Express. Ya se había acostumbrado demasiado, y además era bueno en lo que hacía. Loco, por un moco que se mandaba…

—Permiso, tengo que bajar.

Se había acostumbrado demasiado a Olga también. Estas noches en la cama con María habían sido un desastre. Ella decía que no era nada, que le pasaba a todo el mundo. A lo mejor por eso estaba con Marquitos ahora.

—¿Se puede correr, señor?

—¿Dónde quiere que me corra?

No creía que realmente estuviera garchando con su amigo, cuando él lo dijo por teléfono, aunque iba a terminar haciéndolo si él no le cumplía.

Sin embargo, con Olga jamás falló. Never.

—¡En la esquina, chofer!

Ups. Fue automático: pensar en Olga y sentir una erección inapelable. Iba colgado del pasamanos, al que apenas llegaba, y en los vaivenes del colectivo no podía evitar hacer contacto con la parte trasera de una mujer que iba delante suyo. Una mujer de la edad de Olga, o un poco más incluso, pero bien plantada, que en cierto momento giró la cabeza hacia atrás y le dirigió una mirada fugaz. ¿Eran ideas de suyas? A Javi le pareció que se tiraba un poquito más para atrás, como invitándolo a que siga.

Con la respiración entrecortada por el deseo, Javi se acercó y buscó la posición. Si ella se daba vuelta y le encajaba un cachetazo era el final: un papelón delante de todo el mundo. Pero no, se quedaba ahí, quietita nomás.

Aprovechando el apretujamiento, Javi apoyó el mentón sobre el hombro de la señora y comenzó a respirar en su pelo y en su oreja. Qué rico olía. Ella hizo girar las paletas y se tiró aún más para atrás. Se incrustaron lo más que las capas de tela se lo permitían. Por Dios, no le pasaban cosas así desde que estaba en el cole.

—¡Al fondo! ¡Al fondo que hay lugar!

* * *

—Hijo, te buscan.

Marquitos despegó trabajosamente el ojo de la almohada.

—¿Qué?

Despierto cada día desde las cinco, esa era la hora en que se echaba religiosamente una siesta en lo de su vieja. Apagaba el celu, no estaba para nadie.

—¿Quién es?

—Una chica.

Lo dijo con respeto. De tratarse de una chirusa cualquiera no lo hubiera despertado.

Se lavó la cara y bajó. Casi se cae de espaldas al verla, charlando con su mamá al otro lado del mostrador.

—Yo me crié en Encarnación, pero nací en una zona rural, en el departamento de Itapúa.

—¡Yo soy de ahí cerquita! —se entusiasmó la mamá de Marquitos —. Nací en Caazapá, donde estaba la Colonia Australiana.

Mientras hablaba le pesaba medio kilo de galleta marinera a una clienta, que parecía con ganas de participar en la conversación.

Mirándolo a Marquitos María comentó, entre asombrada y divertida:

—No me dijo que su mamá era paraguaya también.

—Bueno, sí —dijo Marquitos—. Podés hablarle en indio que te va a entender lo más bien.

* * *

Salieron a la vereda.

—Necesito tu ayuda —dijo María.

Marquitos se restregó la oreja, mirando para otro lado.

—Uy uy uy uy…

A ella se le fue la sonrisa.

—¿Eso qué quiere decir?

—Nada —dijo él—. Por un momento me había hecho una idea romántica.

Prendió el cigarrillo que le hacía falta para terminar de despertarse, dijo:

—¿Qué necesitás?

Estaban los dos apoyados en la ochava del local, como dos novios chichoneando. María se inclinó hacia él, le tiró una de sus miraditas.

—Necesito que me acompañés a un lugar…

—¿Qué lugar?

—¿Por qué preguntás tanto? Es de mala educación.

—Soy maleducado.

María se distrajo un segundo mirando a unos nenes que pasaban en bici por la calle. Se notaba que estaba por mentir descaradamente.

—Tengo que cobrar unos trabajos de costura que hice, pero no me animo a ir sola. Si me llevás con tu camioneta…

—¡De costura! —Marquitos se atragantó con el humo—. ¿Qué sos, la bella durmiente? A ver si te pinchás el dedo y te apoliyás cien años.

—Necesito que me lleves y me esperás un ratito en la camioneta, mientras entrego esto —señaló la mochila—. Cinco minutos.

—¿Dónde es?

—A un par de cuadras. Donde está el almacén de ese compatriota mío.

—¿En Villa Mosquito? —Marquitos se largó una carcajada forzada.

—Sí. ¿Qué tiene de malo?

—Nada.

—¿Me vas a ayudar o no?

Antes de que ella pudiera hacer nada le arrebató la mochila.

—¡Eh! ¡Qué hace!
—¿Acá tenés los trabajos de costura?
—¡Traiga para acá!
—¿Qué cosiste, un bloque de concreto?
—¡Démelo o le digo a su mamá!

* * *

Todos se habían dado cuenta, la esquina de Da Vinci estaba más animada que nunca. Los autos paraban a cada rato, solo que, a diferencia de lo que pasaba en otras esquinas de la Zona Roja, los travestis no se subían: sólo cuchicheaban un momento con los conductores, apoyados en la ventanilla.

—¿Cómo se llama?

—250.

—¡¡¡Qué!!!

—Es la peruana ultra refinada, bombón, la que usaban los Incas en el Machu Pichu. Un pase de esta y no necesitás volver a probar en tres días.

Raffa dejó que examinara el cartucho azul.

—Además fijate qué presentación. Mirá qué mononería.

—Sí, pero 250…

Raffa se lo sacó de las manos.

—Vos estás acostumbrado a aspirar Novalgina, parece. Circulá, vamos. Andá a que te dé el aire.

—Eh, qué carácter…

No todos eran tan ratas, Gott sei dank. También empezó a venir un mocoso en una Crossfox que era un encanto. Llevaba de todo sin regatear, sin preguntar ni el precio.

—¿Algo de pastas, tenés?

—Lo que quieras, bonito. Karamelo Santo, Blue Moonlight, Vladimir Putin…

—Karamelo, podría ser. Vamos a ir con mi novia este sábado a una fiesta electrónica en el GEBA.

—¿Ah, sí? —se interesó Raffaela, que le hacía a la onda tecno—. ¿Va a haber alguien conocido?

—Toca DJ Garlopa y una mina de Bélgica —dijo el muchacho, que tenía puesta una camiseta de rugby del SIC—, y en Junio viene David Guetta.

—No digás.

—*Parabán parabán parabán pan-pán* —comenzó a sonar el celular de Raffa. Sin necesidad de contestar miró para el lado de la estación.

—Olivá que viene la gorra —le dijo al cliente, y le hizo una seña a Jazmín, que desapareció tras los pastizales del otro lado de la vía.

Ella se quedó donde estaba, desafiante, mientras la camioneta de Gendarmería pasaba despacio por la ruta, con las luces azules prendidas y los gendarmes mirándola desde la ventanilla, unos gronchos del Interior más feos que pegarle a la madre.

—Segunda vez esta noche —dijo Jazmín, que volvió a aparecer cuando al fin se alejaron.

—Ya sé, ya sé. No te pongás histérica.

La Peruca y la Pantoja llegaron, cada una de su esquina.

—Segunda vez que pasan, Raffa.

—¿Se quieren tranquilizar?

* * *

Ni rastros del gallo degollado, seguro los perros habían dado cuenta de él. O mejor dicho sí, quedaba el charco negro en la vereda y las marcas de sangre en la pared.

Javi llenó un tacho de agua con lavandina y con un cepillo las limpió lo más posible. Se sentía observado por los vecinos, aunque eso no le preocupaba. María no había vuelto aún, y eso que eran casi las diez. No se atrevió a llamar nuevamente a Marquitos. Seguía siendo su mejor amigo, pero en momentos como este sentía que era capaz de matarlo.

—Eh, chichito…

Era el Tano de a la vuelta, paseando los perros de caza, que olfatearon a Javi con su hocico húmedo y le lamieron la mano.

—Cómo le va, don Vicente.

—Bene, bene… ¿E vó? ¿Qu'está inventando acá?

Su refregada en el bondi lo había apaciguado, en más de un sentido. Al menos sabía que no se había vuelto impotente.

—¡Mirá! ¡Mirá esta!

Desde la ruta llegaban las voces y las risas de los pibes del barrio, que aprovechaban los paños de asfaltos más recientes, aún no habilitados al tráfico, para andar en bici y en skate. Qué loco, casi llegó a extrañarlo al hinchabolas del Yoni. ¿Qué estaría haciendo ahora?

Los colectivos se detenían en la parada de enfrente, pero ninguno traía a la Paraguayita. Javi arrojó con el secador los restos de agua sanguinolienta hacia la cuneta y entró a la casa.

Se dio cuenta de que no había comido nada desde temprano. En la heladera sólo había un frasco de aceitunas empezado y en la alacena un pan de hacía dos o tres días, gomoso y con asomos de verdín.

Prendió la tele e hizo zapping por un rato. ¿Dónde carajo estará María? Dándole rosca y rosca, seguro, con Marquitos o con alguien más. La mina era una tramposa, ya la había pescado mintiéndole no

una sino varias veces. Como cuando le dijo que el novio le había tajeado toda la espalda con una botella rota, y después, al verla durmiendo al lado suyo (después de otro monumental fracaso) Javi se dio cuenta de que no tenía ni una marca. No podía ser, él sabía las secuelas que deja el corte de un vidrio en la piel. Había visto cómo tajeaban a un amigo suyo en la puerta de Maquiavelo y las marcas le duraban hasta el día de hoy.

—*En 24 horas, 1500 aviones soviéticos son destruidos en tierra por Luftwafe. Otros trescientos son abatidos en combate.*

De tomar había solamente una botella de Gancia empezada, de la que Olga no le dejaba tomar más de una copita por vez. Javi revisó el cajón de las verduras, con la esperanza de encontrar un limón.

—*El cerco se tiende sobre Stalingrado, la ciudad que lleva el nombre del líder soviénto y en cuya defensa Stalin está dispuesto a sacrificar a cuantos soldados y civiles hagan falta.*

* * *

Las cosas venían mal barajadas, esa noche. Pensar que pelearse por algo así...

—El topcito ese platiáu que tené, Raffaela…

—No te va entrar, Panto. No insistás porque no te va entrar.

—¡Pero si é elastizáu!

Sosteniendo el cigarrillo con la punta de los dedos, Raffaela hizo un gesto de impaciencia.

—Es que hay un límite hasta el cual un tejido se puede estirar sin perder su forma original, ¿me entendés?

—¿Vo me queré decí que etoy gorda? —se encrespó la Pantoja.

Raffaela dio una aristocrática pitada a su Benson & Hedges y miró para otro lado, declinando contestar. Estaban las tres bajo el cartel de Hiper Tehuelche. Jazmín no había llegado todavía.

—Prestáselo, si total ni lo usás… —intervino la Peruca.

Raffa suspiró.

—Miren, chicas, no sé cómo se los tengo que hacer entender: yo no tengo por qué sacrificar mi guardarropa por el hecho de que ustedes no quieren largar la milanga con fritas…

—¿Ahora va sa controlá lo que comemo, también?

—La pizza, los chizitos, los churros…—siguió enumerando Raffaela.

—¿Quién só vó pa decidí…?

—…o esas comidas tercermundistas freídas en grasa que se zampan…

Un 86 pasó por la ruta. Desde una ventanilla alguien les gritó:

—¡Putos!

Como si oyeran llover.

—Aparte es una cuestión de higiene. Ciertos fluidos, ciertos aromas conviene que se queden donde están. No sé si soy gráfica.

—¿Lo qué?

—A lo mejor de donde ustedes vienen esas cosas no tienen importancia, pero acá…

—A ti el éxito se te está subiendo a la cabeza, Raffaela.

—Sí. Vo só una ególatra, eso é lo que só.

—Ay, ragazzinas… Yo les recomendaría que mejoren un poco la dicción, antes de usar palabras que no saben lo que quieren decir. Se ponen en ridículo ustedes mismas.

El tren terminó de pasar, dejando una estela de olor a diesel. Jazmín llegaba del otro lado de las vías, sus patitas vacilando entre los rieles y durmientes. En la mano traía la bolsa de plástico del Shopping San Justo. Mirando a un lado y otro, la metió dentro de la capilla del Gauchito Gil y se acercó.

—Bueno, bueno, bueno… —Raffalea tiró la colilla y dio unas sonoras palmadas—. A ver, Sacco y Vanzetti, si se van cada una a su esquina y se ponen a trabajar.

—Te tomá tu satribucione vó.

—Vamos, vamos, vamos… Moviendo los cantos rodados…

* * *

El pibe de la Crossfox volvió a pasar, esta vez con una casaca de la selección argentina de rugby.

—A mí, si me dan a elegir —le decía Raffaela—, prefiero toda la vida ver un partido de los Wallabies, o de los All Blacks… Los Pumas no la ven ni cuadrada.

—Más respeto —dijo el muchacho—. Son los colores de Argentina.

—Ay, corazón, a mí la onda patriotera no me va para nada, ¿viste? El nacionalismo es el sarampión de los pueblos, como decía Einstein, o Chiche Gelblung, no estoy segura.

—Además practico artes marciales —dijo el pibe, que de a ratos parecía mirarla como a algo más que su dealer.

—¿Ah, sí? —dijo Raffa—. Yo me sé algunas tomas también.

—¿Vos? —se rió el pibe.

—¿Te pensás que no? —se ofendió Raffaela—. Vos porque me ves así muy zen, muy amor y paz, pero si me buscan…

Jazmín venía del otro lado de la ruta con el pedido. Esperaba a que el semáforo cortara para cruzar.

—¿Qué arte marcial practicás? —preguntó el muchacho, que tenía una cara de pícaro que no podía ser.

—No te lo nombro porque seguro no lo conocés —dijo Raffaela—.

Es una disciplina de la isla de Hokkaido que me enseñó un sensei en Brasil.

—Acá está —dijo Jazmín, que ya tenía las patitas a la miseria de tanto ir y venir.

El pibe recibió el pedido y pagó sin protestar. Le dijo a Raffaela:

—Podríamos ir a practicar unas tomas, alguna vez.

—Depende —Raffela le tiró el humo del cigarrillo en la cara—. ¿vos en qué nivel estás?

—Soy doble punta negra de Sipalki.

—¡No me durás un minuto!

Sonó el teléfono con el ring-tone de Cha cha chá. Raffa contestó. Antes de que pudiera preguntar qué pasaba oyó la voz airada de la Pantoja:

—*A vé si te poné las pila, che. ¿Vinite a transá merca o charlar con lo chabone, vó?*

* * *

No era de extrañar que el mocosito le tirara los perros: era una diosa, una reina, sin lugar a dudas la Námber Guán. Cuando daba sus pasos de pantera bajo el cartel de Hiper Tehuelche se escuchaban bocinas de toda clase: bocinas de Scania Babis, potentes como barcos; bocinas de Ford 350, prolongadas y estridentes; bocinas de autos pequeños, medianos y grandes, bocinas con la melodía de la cucaracha, bocinas que imitaban la sirena de los bomberos… Sin contar la cantidad de piropos y galanterías, desde los más tiernos a los más zarpados.

Raffaela recibía estas muestras de admiración sin inmutarse. Sabía que entre esa manga de gordas feas y ordinarias de la ruta 21 resaltaba como una frutilla en un guiso de mondongo.

—Mirá. Mirá nomás qué espectáculo —le decía a Jazmín, señalando la esquina de Chopin, donde la Peruca se trepaba a la cabina de un 11-14, tratando de no errarle a los escalones. Cien metros para el otro lado, la Pantoja se echaba un meo de parada contra un poste.

—¿Sabés cuál es el problema con estas chicas, Jaz? No es tanto que sean feas (que sí son, pobrecitas, parece que las sacaron del tren fantasma) o que no hayan podido completar su educación formal (que se nota que no tienen ni segundo grado), ni tampoco que se estén poniendo panzonas y viejas, que por desgracia les está pasando eso también. No —dictaminó Raffaela— el problema con ellas es que no tienen clase.

—Ah —dijo Jazmín.

—Y eso que les digo, agarren un libro de vez en cuando,

instruyansé… Si no saben leer, por lo menos miren algún documental del Discovery Channel, así después tienen un tema de conversación. ¿De qué van a hablar después? ¿Del programa Tinelli?

El tren de las once iba con atraso, traqueteando en dirección a Catán, la mitad de los vidrios rotos, los vagones pintarrajeados.

—Es que es así, chiqui, una tiene que tratar todo el tiempo de superarse, y no sólo en el plano estético. Porque el tiempo pasa, la belleza se esfuma (no es el caso mío, claro), pero la cultura, en cambio…

—Hacele caso a Jacinta Pichimahuida —se escuchó desde un auto que acababa de estacionar.

—¿Otra vez por acá, Bigo? ¿Qué haciendo?

—¡Eh…! —dijo el Jefe de calle—. ¿No se puede pasar a saludar?

—Hola y chau. Pensé que ya habíamos arreglado lo de esta semana.

Bigote sonrió.

—Dale, nena. Si acá la estás levantando en pala…

* * *

La botella de Gancia casi se había terminado. Eran más de las doce de la noche y Javi estaba borracho, pero qué importaba si al otro día no tenía que ir a trabajar.

—El 19 Mayo de 1941, en un movimiento de pinzas, las tropas alemanas capturan 600 mil soldados rusos. Aquí vemos a Himmler mientras pasa revista al campo donde están apiñados estos prisioneros a los que llaman Untermenschen, es decir, subhumanos. Su alimentación no fue prevista por los planes de racionamiento y pronto serán dejados morir de hambre.

Ya no miraba cada vez que un colectivo paraba al otro lado de la ruta. Trataba de convencerse de que ese asunto ya no le importaba.

—¿Querés tener huesos más sanos y fuertes? Probá Yogurísimo cada mañana y notarás la diferencia.

Tenía sueño, pero sabía que no iba a poder dormir. Buscó la compu en el fondo del canasto de la ropa, donde la ponían por si entraban ladrones cuando ellos no estaban en casa. Había pilchas acumuladas desde hacía varios días, porque en todo el tiempo que llevaba allí María no había puesto a funcionar el lavarropas ni una sola vez.

—Ahora vos también podés tener Step Gym, las zapatillas que usa Jesica Cirio para tener el mejor cuerpo de la Argentina. Step Gym te ayuda a quemar calorías, corrige la postura y tonifica los músculos del abdomen, los glúteos y las piernas.

Abrió la laptop sobre la mesa ratona y esperó a que se conectara a

Internet. Buscó en el Facebook el perfil de María, ni él sabía para qué: desde que llegó a la Argentina no lo actualizaba, según ella para que su ex novio la ubicara.

—Fernet Chabona…¡Pega más! ¡Pega más!

¿Qué le quedaba por hacer? Ir a la panadería y aclarar los tantos con Marquitos. Si hubiera tenido la Fiorino ya lo hubiera hecho, pero la sola idea de salir como un loser a esperar el colectivo lo descorazonaba por completo.

Se escuchó rechinar las bisagras de la puerta del jardín. Alguien entraba. Javi se quedó con la vista fija en la pantalla, para darle a María el recibimiento más frío del que fuera capaz. No pensaba preguntarle qué había hecho, donde había estado, no pensaba ni mirarla.

Había dejado la puerta de entrada sin llave. El picaporte giró, pero no fue ella la que entró.

—¿Qué hacés vos acá?

* * *

Del paso peatonal frente a la estación de Laferrere colgaba un pasacalle que decía:

¡Matancero! ¡No te dejes engañar!
Votá por los candidatos del pueblo, votá por…

El 86 iba casi vacío. Ramón pasó por el lector la tarjeta Sube a nombre del último gil que se había descuidado y tomó asiento al final de la unidad, para poder ver a cualquiera que subiera después que él.

Se puso el bolso sobre el regazo y se echó la visera sobre los ojos, simulando dormir. Cualquiera lo hubiera tomado por un esforzado obrero, un mecánico o un albañil que volvía con sus herramientas después de un agotador día de trabajo.

El viento hacía remolinos con las colillas, los tickets de quiniela sin premio y las servilletas de papel grasientas sobre la rotonda de la Luro. Sólo tres pasajeros más subieron antes de que el colectivero se decidiese a poner primera y salir.

La radio estaba puesta en los comentarios de un partido de fútbol, se discutía si una de las faltas había sido penal o no. Los pasajeros que no dormían miraban el desfile de la ruta 21 con expresión tristona. Una chica con auriculares escuchaba música de su celular.

Ramón podía haberse tomado un remís, pero el Tipo fue específico: cuanto menos gente pudiera recordar sus movimientos, mejor.

Pasando el lavadero de autos se puso de pie y tocó el timbre.

Nadie parecía seguirlo. Descendió en la esquina de Da Vinci y esperó para cruzar. Bajo el cartel de Hiper Tehuelche, los travestis estaban envueltos en una discusión:

—No, no, no… —decía el hijo de doña Eleonora, el que se hacía llamar Raffaela—. La uno y la dos fueron con Apolo. La tres con Míster T…

—La cuarta con el ruso —dijo otro de los trabas.

—La cuarta con el ruso, que fue a entrenarse a Siberia y le mojó la oreja a todo el Politburó. La quinta con Tommy Gun, el pendejo traicionero, y la sexta…

—¿Hay una sesta también?

—Cómo andan, las chichis —dijo Ramón al pasar.

—Che che che Ramón, vení —lo atajó Raffaela.

—¿Qué pasó?

—Decime: ¿quién es el Tipo ese que está parando en lo del Yaguané?

—¿Eh?

—No te hagas el tonto, que lo vio todo el mundo —dijo Raffa, y a sus compañeras les explicó—. Un señor de unos cincuenta años, bien fachero… Un aire a Julio Chávez, pero con onda.

—¡Papito!

—¿Y qué, yo no te sirvo? —sacó pecho Ramón—. Yo mato por vos, Raffaela. Al que se meta con vos lo liquido, ¡lo ahorco con mis propias manos!

—Andá, propias manos... —lo despachó Raffaela—. Andá que se te enfría el Nestum.

* * *

Marquitos había entrado con su soltura habitual, como si no pasara nada. Javi se le fue encima.

—¿Dónde está María? ¿Dónde está?

No le dio ni tiempo a contestar. Lo empujó contra la pared y agarrándolo de la camiseta le apoyó el antebrazo en el cogote.

—Tranquilo, bróder —dijo Marquitos, que ni siquiera trataba de protegerse.

—¡Dónde está, carajo!

—No sé dónde está, Javi. No tengo idea.

Estaban cara a cara, a sólo unos centímetros de distancia.

—Bueno —dijo Marquitos—, ¿Vas a darme un chupón, sí o no?

Lo tuvo que soltar. No podía pegarle si no quería defenderse.

Javi lo dejó, luego volvió sobre sus pasos con renovada furia.

—¿Te la garchaste?

—¿Qué? Nada que ver.

—No me vengas con…—no podía ni articular las palabras. Marquitos jamás lo había visto así.

—¿Dónde se metieron, eh? ¿Qué estuvieron haciendo, todo este tiempo?

—¿Querés calmarte, man?

* * *

No quería arriesgarse a que lo vieran pasar por la Loma, donde había buchones en cada encrucijada. Con el bolso al hombro, Ramón dio la vuelta y bajó por el camino de la quema. No había ni una luz, aunque sus pies iban hallando como por sí mismos el sendero entre yuyales y escombros. Igual tenía a mano el 38, listo para cualquier eventualidad.

Un ruido lo sobresaltó: el suspiro del chancho, que junto a la carcaza del Citroën soñaba sus sueños de chancho. Había estado a punto de desenfundar, y hubiera sido ridículo.

Iba a seguir su camino cuando alguien dijo:

—Ramón.

La brasa de un cigarrillo se avivó en la oscuridad.

—¿Todo en orden?

—Sí. Ni un problema.

El Tipo no dormía esa noche en lo de Teodora. Pupi le había habilitado un rincón en el gimnasio, dejándole su llave. Entraron. Ramón apoyó el bolso sobre la camilla, entre rollos de venda y potes de Átomo Desinflamante.

—¿Viste lo que hay adentro?

A Ramón los ojitos le brillaron. No podía negar que sí. Por lo demás, el bolso no tenía candado ni traba de ninguna clase.

El Tipo sacó de adentro el maletín de aluminio, en el que había unos garabatos incomprensibles.

Винтовка Снайперская Специальная

—¿Es ruso esto?

—Vintovka Snaiperskáia Spezialnáia —leyó el Tipo, que levantó la tapa y se lo mostró.

—Hace años que lo tengo. Lo compré en una tienda de rezagos militares en Nueva York.

—¿Podemos ir a probarlo un día de estos?

El Tipo dijo:

—Ahora.

VIII

Desde el año 2009 se venía realizando en el país la versión sudamericana del Rally París-Dakar, que en unos quince días atravesaba las zonas más inhóspitas del noroeste argentino, el sur de Bolivia y el durísimo desierto de Atacama, en el Norte de Chile. Participaban automóviles todo-terreno de varios países, motos de alta cilindrada, cuatriciclos e incluso camiones: monstruos de 4 toneladas que se abrían paso en los senderos off-road más difíciles del continente.

Entre los vehículos que llegaban cada año a la competencia venía el camión del equipo Ariadna, un Škoda-Liaz que a veces terminaba último y a veces penúltimo, tal vez porque al salir del territorio boliviano pesaba una tonelada más que al ingresar. Estaban todos en el ajo: los pilotos, los mecánicos y el director del equipo, un holandés con buenas relaciones entre los productores bolivianos.

Pero ese año el Škoda no pudo hacer ni la cuarta parte del circuito. Nomás en la tercera jornada rompió el eje acanalado de la caja de cambios y hubo que traerlo a remolque a Buenos Aires.

Un carguero de bandera liberiana pasaba a buscarlo en tres días y no podían volver a Europa con el doble fondo vacío. Necesitaban mercadería urgente.

* * *

Desde luego, no podían llevar cualquier bazofia. Un contacto de los viejos tiempos le pasó el número de Domínguez. Arreglaron una cita para el día siguiente.

La relación entre Domínguez y el Larva no pasaba por su mejor momento, para ese entonces. El Larva sospechaba que su socio planeaba entregarlo servido en bandeja al Cordobés o a la policía y veía intenciones sospechosas en cada uno de sus movimientos. No dormía dos noches seguidas en el mismo lugar, o directamente no dormía, mandándose un pinchazo tras otro de cocaína, que por temor al envenenamiento mandaba a comprar a los travestis de la ruta 21.

Después de perder la Itaka, se paseaba todo día por la villa con una AK 47 bajo de la gabardina, rodeado de los Angelitos, que a pie o en moto actuaban sin saberlo de escudo humano ante cualquier ataque.

Aún le dolían los coscorrones recibidos por el Tipo el día de su llegada. Se mordía de la rabia por no poder ir hasta el rancho de Teodora y coserlo a balazo. Domínguez lo había desaconsejado. Según

él no convenía revolver el avispero, ahora que el asunto del pibe Santiaguito se estaba olvidando.

—Esto no es Rosario, que pueden morir cinco o seis en una noche y no pasa nada.

La Moni, cuando no, era de la misma opinión.

* * *

Aunque rara vez se quejaba, a la mujer del Larva se la notaba cansada. Cansada de esa ruleta rusa en la que se había convertido su vida en los últimos tantos años.

Habían pasado de todo, los tres. Desde vivir en barrios marginales, rodeados de incomodidades y peligros, a habitar en palacetes con todo el confort, moverse en autos importados y viajar por el mundo. Por eso, lo que ahora más deseaba la Moni era una vida normal. Un negocio chiquito que les permitiera ir tirando, un auto común y corriente, una casa no muy ostentosa en alguna ciudad de provincia, donde su hija pudiera ir a la escuela tranquila y su nieta se criara de manera normal.

Una vida nueva, para ella y para el hombre al que consideraba su verdadero marido, desde hacía tantos años: Domínguez, no el Larva.

* * *

Su hija adolescente, sin embargo, tenía pocas o ninguna gana de abandonar Villa Mosquito. Zaira se había hecho a la emoción de la vida en los márgenes, a la camaradería de los bajos fondos, al reggeatón cabeza y al coqueteo con la muerte. Cosas que los caretas de afuera no pueden entender.

Aquí Zaira tenía a sus amigos, que valían para ella más que su familia. Aquí había conocido a Nelson, el amor de su vida, la estrella que ahora la guiaba desde un lugar mejor.

Zaira pasaba el día pegada a la tablet, subiendo fotos y más fotos de Nelson, dedicándole poemas y jurando venganza para sus asesinos. Días atrás había subido la segunda ecografía de su bebita, del pequeño sol de Nelson y ella, y aunque sabía que tenía que andar careta por unos meses, había días en que la pérdida de Nelson se le hacía tan áspera que no le quedaba más remedio que fumarse unos triangulitos, aun cuando sabía que eso a su bebé corte que no le hacía muy bien.

* * *

Curiosamente, los Angelitos y los Teletubis, enemigos mortales en las calles de Laferrere y de Catán, eran muchas veces amigos de

Facebook, red social en la que coincidían para mostrarse las armas con las que planeaban a cagarse a tiros.

Tonga à 1000 se asen los capo gile no tienen fierrro utede no tienen NAAA

Me gusta   Responder   3   Hoy a las 19:05

Lokiyo Barçça una re 9 tengo gil

Me gusta   Responder   5   Hoy a las 19:09

I'am Pithu esa es sebita gato □

Me gusta   Responder   9   Hoy a las 19:11

Lokiyo Barçça AWW veni a Pande esta nOCHE y t la Muestro

Me gusta   Responder   3   Hoy a las 19:15

Vo viste cATT vos vení y preguntá por Roberto el que te dejó el culo abierto □

Me gusta   Responder   11   Hoy a las 19:17

Lokiyo Barçça vos preguntaa poR mArcelo agachate y conoselo

Me gusta   Responder   3   Hoy a las 19:23

La Culi del Nelssohn Bien aíh!!!

Me gusta   Responder   3   Hoy a las 19:23

Niiikò el Somâlï gato d mierda son todo re fantasma no vengan a gitar la luro porq les cabe el corchazo

Me gusta   Responder   1   Hoy a las 19:25

Re Bakkhan a voz te cabe la mia y a tu vieja tb

Me gusta   Responder   5   Hoy a las 19:27

Laah LoreEEË Tu Vieja Es Alta Trola

Me gusta   Responder   3   Hoy a las 19:27

Fedde LAffe tU vieja es una volita indocumentada bendedora de funda de blackberri

Me gusta   Responder   9   Hoy a las 19:29

Tavho Piola Tu vieja me lasta fumando jil

Me gusta   Responder   13   Hoy a las 19:31

Las noches que lograba sortear la vigilancia de su madre Zaira se iba con ellos a Maja o a Pandemonium, o a dar una vuelta en primera por la Luro en auto del Colo, que tenía unos baffles que hacían temblar los vidrios de las casas cien metros a la redonda.

Se tomaban una cerveza o fumaban vago piola delante de los giles

laburantes que al pasar los miraban de reojo pero no se animaban a decir nada. Cada noche era una noche para el recuerdo. Con los celus sacaban fotos y las posteaban en el Face o en Twiter o en Instagram, fotos de ellos mismos prendiendo una turbina, pasándose una botella de Chabona o echándose un meo en mitad de la calle.

—Mirá qué onda.

Alguien había descubierto en Youtube un video de la presentación de Cacó-Cacó, el efímero grupo de cumbia del Larva, en el programa de la Tota Santillán. Las minas agitaban el culo y las tetas en primer plano y el mismísimo Larva con su gabardina aparecía tocando el guajiro y ensayando unos pasos.

Aguss Not Hace 1 hora.

deve ser la mierda mas peor que escuche en mi bida

Papichulo Z Hace 55 min.

a ese vato le esploto el alucín JAJAJA

Los comentarios no se hicieron esperar. Debía ser la primera vez que los Angelitos y los Teletubis coincidían en algo.

Alto Frikksz Hace 52 min.

en barias ocasiones baila como omosesual

Zkorpion Hace 47 min.

le salio su gay interno x:D

Conde Saraso Hace 35 min.

es x el hexeso de paja

Marcianito95 Hace 33 min.

eso pasa cuando se abusa de la frula

Mauri Maurizzio Hace 29 min.

ese c fumó el pedo que resien me tire

Ke aselga Hace 21 min.

eso no es x la merca ni el paco - es porq su papa y su mama eran ermanos

En unas horas se hizo viral, aunque no en el sentido en que el Larva hubiera deseado.

UC x Ev Hace 17 min.

la webea el webon con la webá

Tchama Kas Hace 13 min.

pinches putos argentinos

Saul Axe Hace 9 min.

What a piece of crap ;(

אליה אללבז Hace 3 min.

איזה חתיכת החרא

รัตติกาานต์ สุริยะริ Hace 1 min.

ท้องฟ้าสีฟ้าเล็ก ๆ น้อย ๆ

—¡Esa pibita idiota nos va a mandar en cana a todos! —estalló el Larva.

Algo de razón tenía. Zaira subía todo lo que ella y sus amigos hacían, lo que pasaba en su casa y en los pasillos de la villa.

—Es adolescente —la defendía la Moni—. Por lo menos así no se acuerda de Nelson.

Domínguez trataba de no intervenir, pero por una vez tenía que admitir que su socio tenía razón. Se jugaban la vida en ese envío y no era imposible que algún dato decisivo se filtrara a la policía o a la gente del Cordobés.

—¡Eh, monga! ¡Vení para acá!

—¡Dejame tranquila! —le gritó Zaira cuando trató de sacarle la tablet—. ¡Vos no sos nadie para darme órdenes a mí! ¡Nadie!

* * *

El Holandés del Dakkar llegó recomendado por Rasguño, el proveedor de pasta base de Santa Cruz de la Sierra. Por ese lado podían tener la seguridad de que no se trataba de un buche, pero bueno, qué hay de seguro en esta vida.

Era un hombre expeditivo. No tuvo miedo de venir en su Mercedes 221 a un suburbio totalmente desaconsejado por su GPS, sin más custodia que su chofer, un africano muy flaco y altísimo con el que se comunicaba en francés.

Dejaron el auto en la entrada del Paraíso, al lado de los 504 y los R18 destartalados de la remisería del Colo, y se dejaron conducir por el laberinto de casas de bloques hasta el recinto cerrado. Vieron la mercadería prolijamente almacenada en un sótano vecino al búnker, en condiciones óptimas de humedad y temperatura. El Holandés sacó al azar uno de los panes termosellados de la estantería y le hizo una pequeña incisión con su Victorinox. Se lo pasó al chofer, que extrajo del bolsillo interior de su saco un estuche en el que había una cuchara y un canuto de plata. El negro armó una línea y se agachó a probarla.

—P’tit pedé!

Subieron al búnker otra vez. A instancias de Moni, que quería terminar con ese asunto cuanto antes, arreglaron un precio más bajo de lo que normalmente hubieran pedido por un producto de esa calidad. El Holandés aceptó sin regatear.

Ultimaron los detalles del pago: tres depósitos simultáneos en la sucursal Montevideo de un banco Luxemburgués. Cuando se presentaran en el banco a retirar el efectivo los directivos de la entidad bancaria sólo iban a preguntarles si gustaban un té o un café.

—En cuanto al tema de la entrega —dijo el Holandés, que hablaba en un español casi perfecto.

—¿Sí?

Hicieron silencio. Zaira bajaba de su habitación. Había guardado cama los últimos días, y se levantó sólo por curiosidad, al escuchar hablar a esos hombres de voz recia y acento extranjero.

—Volvé a tu pieza, Zai. Estamos hablando de negocios con los señores.

Ella se los quedó mirando, al Holandés y al Chofer, antes de subir otra vez.

La entrega se arregló para dentro de dos días, en un galpón de Barracas, que era donde tenían guardado el camión.

—Eso sí, voy a necesitar una garantía —dijo el Holandés, y mirando a Domínguez le dijo—. Quiero que su hija venga con nosotros.

Domínguez se puso de pie.

—¿Es una broma?

—No. Es lo habitual, en tratos como éste. Es lo que hemos hecho siempre con los proveedores en Bolivia.

—Acá no estamos en Bolivia.

—Somos caballeros, señor Domínguez. Puede consultarlo con el señor Rasguño o con los menonitas.

Eran Domínguez y la Moni quienes se oponían, el Larva no decía nada. Hasta parecía divertido con la propuesta.

—No podemos entregarla de rehén.

—Prefiero que no lo vea de esa forma, señor Domínguez, pero es algo en lo que tengo que insistir.

No era de extrañar que se hubiese pensado que Zaira era hija de suya. En cierto modo no se equivocaba.

—Si hago el pago por adelantado, tiene que comprender que debo tener alguna garantía. Yo también tengo que responder ante mis inversores.

—Imposible —dijo Domínguez—. El negocio no se hace.

Moni era de la misma opinión.

El asunto se puso espeso. No podían dejarlo ir así nomás, si el

trato no se hacía. Habían visto demasiado. El negro deslizó la mano hacia el interior de su saco.

—Tranquilo, betún —dijo el Larva—. Dejá las pezuñas quietas.

—Somos caballeros, señora Domínguez —dijo el Holandés—. Podemos asegurarle que la integridad de vuestra hija va a ser en todo momento…

—¡Ya le dijimos que no!

Fue entonces que Zaira bajó nuevamente, como pudo, apoyándose por completo en la baranda. Debió estar escuchando todo, porque se quedó parada en mitad del comedor y simplemente dijo:

—Voy con ellos.

* * *

Domínguez pidió 24 horas para pensarlo. El Holandés dijo que no había problema.

—Pero no más, señor D. Tenemos prisa, nuestro barco pasa dentro de dos días.

Los escoltaron hasta la salida. A pesar de todo, parecían gente en la que se podía confiar. Los farolitos rojos del Mercedes se perdieron por la calle poceada en dirección a las vías.

—Tendríamos que haberlos cagado a tiros —dijo el Larva.

Se separaron al llegar al patio central. Domínguez volvió al búnker y el Larva a la larvera, el aguantadero que se había hecho al otro lado del recinto cerrado, lejos de los ojos y oídos de su mujer y de Domínguez, custodiado por dos Teros que respondían directamente a él.

* * *

—¡No sos nadie! —le había dicho la pendejita insolente, y sin embargo era.

Era su padrastro desde los siete años y su amante desde los doce. Era el que la proveía de triangulitos a escondidas de su madre, y le facilitaba un lugar tranquilo para que los fume.

—Estabas muy loquita anoche. ¿Qué te anduvo pasando?

—Dejame tranquila.

Una negrita que no valía dos mangos, menos ahora que estaba preñada, pero había que mostrarle que esos chistes no se hacían.

—Soltame o le digo a mamá.

—Bueno. Ya que estás decile también las larvadas que venís a hacer acá.

No fue, por supuesto. Cuando se enganchaba con el chiruto no había forma de que lo soltara. Armaba una turbina y otra más, igual

que todos los paqueros desesperados.

El Larva la abrazó por atrás y comenzó a babosearle el cogote.

—Dejame. Es peligroso para la bebé.

—¿La bebé de Nelson?

Ella asintió.

—¿Cómo sabés que es de él y no mía?

—Porque sí.

Estaba segura, no podía ser de otra manera. Una cosa tan chiquita y tan hermosa sólo podía ser fruto del amor, del amor que ella y Nelson se tenían por siempre jamás.

—Por qué no nos fijamos —dijo el Larva, empujándola hacia la mesa donde aún estaban el encendedor y las bolsitas—. Vamos a sacarlo afuera a ver si es cierto.

—¡No!

Puso el equipo de audio al máximo, señal de que iba a haber cachengue.

—¡Dejame!

—Te lo voy a sacar a pijazos, al monguito, a ver qué pinta tiene —dijo el Larva, y le pegó tal sacudida que por poco lo consigue. Si uno de los Angelitos no hubiera golpeado la puerta le hubiera seguido dando hasta reventarla.

—¡Larva! ¡Viene alguien!

Eso había pasado unas semanas atrás, y Zaira aun no terminaba de reponerse. Estuvo con pérdidas los días siguientes, fue un milagro que no perdiera a su bebé.

—¿Qué pasa hija? ¿Te sentís mal?

No dijo nada, sin embargo. Sabía que su padrastro era capaz de cumplir sus amenazas. Se quedó quietita en la cama, nomás, aguantándose las ganas mortales de fumar, todo por su bebita. Esa chiquita dentro de su panza se aferraba a la vida con uñas y dientes.

* * *

Moni terminó por aceptar, con una condición: si Zaira iba de rehén, ella iba también.

—No digas rehén.

—¿Cómo querés que diga? Si por hache o por be no se hace la entrega nos ponen una bala en la cabeza a cada una.

—No. Todo va a salir bien.

Se comunicaron al número que les dejó el Holandés. A las cuatro de la tarde iba a pasar a buscarlas el Mercedes frente a la estación de Catán.

No convenía que Domínguez o el Larva salieran de la villa. Fueron hasta allá en uno de los remises del Colo.

Intentaron despedirse sin mucha alharaca; si todo salía bien, en 48 horas iban a estar otra vez juntos. Zaira subió primero, moviéndose muy despacio. Iba tranquila. Moni, en cambio, tenía el rostro cubierto de lágrimas, y a último momento se despidió con un beso en la boca de Domínguez.

Fue delante de los Angelitos y del Larva, que a duras penas pudo tragarse la bronca. Una cosa era que todos supieran que su mujer era la mujer de Domínguez y otra, muy distinta, era que lo dejara como un cornudo consciente delante de todo el mundo.

* * *

A partir de ese momento la paranoia del Larva se disparó a niveles inusuales. ¿Cómo podía estar seguro de que, una vez entregado el pedido, su socio no fuera a entregarlo a él también? ¿O que el depósito del comprador no se hiciera en otra cuenta, y cuando él se presentara en el banco se cagaran de risa en la cara? Eso era muy fácil de arreglar sin que él se enterase.

No podía estarse un minuto quieto, ni siquiera en la larvera. Para mantenerse despierto se mandaba un pinchazo tras otro, y como ya no le quedaba ni un centímetro sano en el brazo se inyectaba en las venas de las piernas.

—Ese mongo que está parando en lo de Yaguané no me gusta para nada.

—Dejalo —dijo Domínguez, que en ese momento ultimaba los detalles del traslado—. No tiene nada que ver con nosotros.

—¿A qué hora, más o menos? —preguntó el Colo.

—No sé todavía. Vos estate atento. Cuando yo te avise trae la Nissan y esperanos con el motor prendido en la entrada del Paraíso.

—Oká —dijo el Colo.

El Larva miraba la tele en el sillón, haciéndose el que no le interesaba lo que estaban hablando.

—¿Dónde te parece que se pueden conseguir esos carritos que usan en los supermercados?

—En un supermercado —dijo el Colo, haciéndose el chistoso—. ¿Cuántos vamos a necesitar?

—Cuatro o cinco.

—Esta tarde los tenés.

—Fijate que no les traban las ruedas. Cualquier cosa aceitalos bien.

—Oká.

Sonó el celular gris, el que tenían en el búnker para las llamadas de segundo orden: compradores de medio pelo, remiseros, canas de calle y buchones varios. Rara vez atendían si aparecía un número que

no estaba registrado, y menos en un momento como éste. Lo dejaban que sonara nomás, y como mucho escuchaban el mensaje en el buzón de voz.

El Colo salió. Serían las cuatro de la tarde. Quedaron los dos en el sillón grande, frente al televisor. Para vengarse del mandonerío de Domínguez, el Larva se apropió del control remoto y comenzó a hacer zapping del principio al fin de la grilla: Crónica TV, Canal 26, TN, BBC, Deutsche Welle, RAI, Télévision Française. El Larva espiaba con el rabillo del ojo y su socio parecía interesado, cambiaba.

El celu gris comenzó a sonar otra vez. Hacía dos horas que Zaira y la Moni se habían ido y esperaban un llamado de ellas, pero no a ese número. Domínguez estiró la mano, miró y volvió a dejarlo donde estaba.

—No es nadie conocido.

El Larva se levantó para fijarse de todos modos. Cuando lo levantó dejó de sonar. Aprovechando que había dejado descuidado el control remoto, Domínguez lo manoteó y puso MTV Latino, donde los chapistas de *Enchúlame la máquina* le enderezaban el guardafangos a un Mustang '61.

—¡A este ya lo dieron! —protestó el Larva.

Al rato, el teléfono gris otra vez.

El Larva entró a sospechar. ¿Y si se trataba de una jugarreta de su socio? Si él no hubiera estado ahí capaz lo atendía.

—No es nadie conocido —repitió Domínguez, pero ya era tarde.

—¿Hola? —contestó de todos modos el Larva—. No sé, depende... ¿Quién sos? ¿La sobrina de *quién*?

La Maestra bajaba el camino de la Loma, llevando a Sasha de la mano nuevamente. No parecía tan asustada como el día anterior, o más bien el susto se mezclaba con la indignación. Ya la estaban tomando demasiado por estúpida.

Esta vez no la trajo ningún patrullero. Ella misma tuvo que pagarse un remís, e iba a tener que hacer otro tanto a la vuelta, porque el remisero que la había traído salió arando apenas la dejó frente a la despensa del Paragua.

La casa puerta de Teodora estaba cerrada con cadena y candado del lado de afuera.

—¿Y ahora?

Sasha sonrió, con su pestaña blanca y el mechoncito blanco cayéndole sobre la frente.

No podía dejarla sin más en lo de cualquier vecino, y al hombre de campera de cuero no se lo veía por ningún lado.

Pegaron la vuelta. Estaba como húmedo. En el aire había olor a tierra mojada y a residuos en estado de descomposición. Un chancho gigantesco hocicaba algo entre los yuyos: los restos de algún animal cubierto por un enjambre de moscas.

—¡Por Dios!

La Maestra se tapó la nariz con la manga del delantal, conteniendo las arcadas. De la cabina telefónica londinense salió un viejito con un rollo de papel higiénico bajo el brazo y le dijo:

—Buen día, señorita.

Le faltaban casi todos los dientes, y en vez de cinturón usaba un cable.

La Maestra ensayó una especie de saludo, abrumada como estaba por tanta fealdad, tanta pobreza. Desde la salida del Paraíso, Milton la filmaba con su camarita de bolsillo. Acercando el zoom lo más posible, captó el flequillo infantil, la mirada inquieta, los labios fruncidos en un gesto de contrariedad.

—Débora.

Ella se dio vuelta. El hombre de la campera de cuero estaba de pie, frente a un galponcito de chapa con intenciones de gimnasio. Sasha corrió hacia él gritando:

—¡Papá!

La Maestra abrió los ojos como el dos de oro mientras el Tipo, que levantaba a la chiquita en brazos, trató de tranquilizarla con un gesto apenas perceptible.

Subieron los tres por el camino que bordeaba la quema. Sasha

corría delante de ellos, mostrándole a su maestra las cosas interesantes de su mundo: el neumático de un tractor, un cráneo de vaca casi pelado por acción de las hormigas, alguna chatarra que sobresalía entre los pastos.

—¡Ahí, seño!

—No voy a poder traerla otra vez —dijo Débora—. Digalé a la señora que me disculpe, pero no corresponde. Ya lo comuniqué a la asistente social. La próxima vez que pase…

El Tipo le convidó un cigarrillo. Ella dudó en aceptarlo, delante de su alumna, pero estaba con los nervios a flor de piel. Mirando alrededor dijo:

—No puedo creer que exista un lugar como este. Y que para que la gente de acá sea algo normal.

—¡Seño! ¡Seño! ¡Un avión!

Débora dio una pitada profunda. El humo pareció tranquilizarla.

—Ese nene al que mataron en un tiroteo, hace un par de semanas…

—¿El de la foto con las velas?

—Ese. Santiaguito.

No era alumno de ella. Iba a la salita de al lado, pero igual lo veía todos los días.

—El día que me enteré…

Caminaron otro trecho. Al cabo de un momento Débora dijo que ella tenía un hijo también. Si le pasara algo así…

—¿Cómo se llama?

—Tomás.

Dijo que tenía ocho años y era un chico muy despierto, pero medio aparato.

—Es fanático de la lectura. Hasta a la colonia de vacaciones se iba todos los días con un libro.

—Mire usted.

—A mí me gusta leer también, pero no tanto.

—Habrá salido al papá, entonces.

La Maestra dio otra pitada y dijo:

—No hay papá. Somos él y yo.

Ya habían salido al barrio Don Juan. El Tipo dijo que mejor no pidiera un coche en la remisería de la villa. Se ofreció a acompañarla un par de cuadras, hasta la esquina de Spiro.

—Si no se lo toma a mal, Débora, me gustaría volver a verla. En otro lugar, otras circunstancias.

Ella caminaba sin decir nada, siguiendo con la vista a Sasha, que iba unos pasos más adelante.

—Pensé mucho en usted —dijo el Tipo.

—Yo también —dijo ella—, en usted, quiero decir. Pero no sé qué

pensar.

El Tipo se tomó un momento antes de contestar.

—Voy a irme pronto de acá, Débora. Si usted me permite…

Ya llegaban al asfalto. El cartel de una remisería más o menos decente se veía a media cuadra.

—Puedo dejarle mi número —dijo ella, y del bolsillo de su delantal a cuadritos sacó una birome.

—Está bien, no lo anote —dijo el Tipo—. Yo me lo acuerdo.

Hizo una seña hacia dentro del local. Uno de los remiseros se preparó para salir. Sosteniendo a upa a Sasha, que aun no se había terminado la banana que le compraron en la despensa del Paragua, el Tipo abrió la puerta del auto en el que la iban a llevar.

—No sé su nombre todavía.

—Miguel —dijo el Tipo.

—Miguel.

—Sí.

—Como mi papá.

—Mire qué bien.

Desde la ventanilla, la Maestra le dijo:

—Si llega a caer preso, no me llame. No voy a ir a visitarlo a la cárcel.

El Tipo sonrió. Le dijo:

—Pierda cuidado.

* * *

Debía ser la viejita más coqueta del mundo, basta que se le viesen un par de milímetros las raíces para que viniera a darse un retoque. O tal vez venía por los consejos sentimentales.

—Es que es así, Bertita —le decía Raffaela—, si el tipo es medio lenteja tenés que avanzártelo vos.

—¿Te parece, Raffa?

—Invitalo a cenar a tu casa. Cocinale algo rico, con un buen vinito… Y ponete las calzas rojas que te compraste la otra vuelta, para que vea lo que va a haber de postre.

—¡Loca!

—Pero sí… ¿No es verdad Jacky?

La boliviana, que en ese momento le hacía las uñas esculpidas a una chica, asintió en silencio.

—¿Y vos, cómo andás del corazón, Raffita?

—Callate, que hoy estoy que me como los codos. Esta noche lo veo a este señor español que te conté la otra vez, el Ingeniero. Si es que viene, claro.

—Pero sí —la alentó Bertita—, cómo no va a venir… ¿Dónde va a

encontrar otra chica como vos? Yo rezo mucho para que puedas encontrar un buen compañero, Raffita, siempre le pido a la Virgen de Luján.

—Gracias, Bertita. Vos sabés que yo con las religiones establecidas no tengo mucho feeling, pero igual te agradezco.

—Y rezo por mi Ramoncito, también, porque este chico me salió un cabeza fresca… Está bien que es muy joven todavía.

—¿Qué edad tiene?

—Recién cumplió 42.

—Bueno, tampoco es que vaya a cocinarse de un hervor —opinó Raffaela, dándole los últimos toques con el cepillo de tintura—. Anoche lo vi cuando bajaba del colectivo. Sacando pecho, caminaba, parecía un granadero.

—Ah, eso es porque se compró las zapatillas de Jesica Cirio, las que salen por TV-Compras.

—No digás.

—Ayudan a corregir la postura.

La pava comenzó a silbar. Jacqueline puso en la tetera cuatro cucharaditas de la mezcla de rosa mosqueta e hibiscus que Bertita había traído para compartir. Raffa buscó unos bizcochitos de mandioca que había comprado el día anterior en una tienda de productos dietéticos de Laferrere. Mientras esperaban que la tintura prendiera se sentaron a tomar la infusión y a charlar.

—Mi sueño, ¿sabés cuál es? —decía Raffaela—. Poner una peluquería temática, tipo salón de té inglés. Una cosa bien monona, como un lugar que íbamos con mi abuela cuando yo era chica. Manteles bordados, cuadritos de Beatrix Potter o Sarah Kay…

—¡Qué lindo!

—En otro lugar, por supuesto. Ayer vi un local que se desocupó en la Avenida Luro, pero andá a saber lo que te piden de llave ahí.

—Ya va a llegar, Raffita, ya va a llegar…

—¿Te parece? —casi se la creyó Raffaela, que dio otro sorbo a su té y se perdió en ensueños—. ¿Vas a venir a verme cuando esté en la Luro, Bertita?

—Pero Raffa, ¡yo a vos te sigo hasta el fin del mundo!

—¡Mi amor!

Se abrazaron. Fue entonces que irrumpieron en el salón dos de los adolescentes estereotípicos de Villa Mosquito. Capuchas, gorrita, tatuajes, voz enronquecida.

—¡Eh, amiga!

Jacqueline metió la mano en el set de manicura, donde tenía preparada la 11.25.

—¿Qué quieren? —dijo Raffaela.

—Todo bien, amiga.

—Todo tranca, Raffa.

—¿Estos son los que les dicen los Angelitos? —preguntó en voz baja Bertita.

—No, quedate tranquila. Son unos pobres chicos.

—¡Habilitá un cartucho, amiga!

—Dale, Raffita. ¡Vo tené de la güena!

Eran poco menos que zombis, con las facciones deformadas y los labios en carne viva.

—Tomen —Raffa les pasó un billete—. Háganse humo, vamos.

El plácido ambiente del salón se había hecho añicos. Con la cabeza untada de tintura, Bertita preguntó inocentemente:

—¿Qué es lo que buscaban estos chicos? ¿Un cartucho?

* * *

Olga no tenía un momento de paz. En una semana parecía haber envejecido diez años. El cutis se le había agrietado, el pelo gris le sobresalía varios centímetros del cráneo.

Mocosa diabólica. Le había abierto las puertas de su hogar y le había robado todo: la casa, el marido, la plata. ¿Quién podía reclamarle algo si iba y le abría las tripas como a un surubí? De estar en Paraguay ya lo habría hecho, pero aquí los jueces no solían tener en cuenta esta clase de atenuantes.

No entendía cómo esa poí-teró podía habérselo quitado. ¿Le habría dado a tomar cerveza con uña, lo habría acariciado mientras dormía con una pluma del ala derecha de un urutaú?

Desde luego, Olga podía darle pelea. Había aprendido varios hechizos de su abuelo, una especie de chamán del lugar donde vivían, que sabía hacer payés para que un novio fugitivo regresara arrepentido y para que a un enemigo se le hinchara la panza como un tambor, entre otras lindezas.

El problema era que acá Olga no tenía los elementos necesarios para confeccionar un payé realmente poderoso. La tía Jovita la había proveído de cera de mandoví y de raspadura de bermellón, pero el Pirí Curú que armó no le daba resultado.

—Eso no te sirve para nada —le dijo la maisita Raffaela, que además del Umbanda también le hacía a la magia guaraní—. Vamos a fabricar un payé mucho más power. Yo tengo todo lo que hace falta.

En el acto le confeccionó un pequeño tótem de imán de piedra, rodeado de cintas coloradas, al que en los días siguientes Olga alimentó con limaduras de hierro y alfileres, mientras repetía con los ojos cerrados.

—Orishá pinú, ambolaé macó…

Eso sí debió funcionar, porque la noche anterior la pendeja perversa no había aparecido por la casa de la calle Atalco. ¿Dónde estaba? Nadie lo sabía.

—¿Viste? —le dijo Raffaela—, te dije que tuvieras confianza. Igual no te dejes ver todavía. Tené paciencia.

—Pero…

—No seás desesperada, te digo. Si no vas a hacer caso lo que te digo, no vengas más.

Olga obedeció. De todos los mentalistas, astrólogos, hechiceros y parapsicólogos que conocía, esta travesti farolera era la única que hasta ahora la había podido ayudar.

—Lo único que queda para terminar de correrla es hacer un payé más fuerte que el que te hizo ella.

—Sí.

—Pero cuidado, porque es muy peligroso. Un movimiento en falso y se vuelve contra vos.

Olga se estremeció. Ya estaba empezando a adivinar por dónde venía la mano.

—Vamos a hacer un payé posta posta —dijo Raffaela—, el Bruce Willis de los payés.

Olga tragó saliva.

—Pero te aviso que este te va a costar un poco más.

—¿Ah, sí? ¿Como cuánto, decís vos?

—Cuánto, cuánto… —se impacientó Raffaela—. Si ya empezamos a regatear…

—No, está bien, lo que pasa es que justo ahora estoy pasando por un mal momento... Estoy viviendo de prestado en casa de una tía, con mi nene de diez años y mi nena discapacitada…

—Ay, gordi, no me cuentes la historia de tu vida. Estas cosas cuestan plata, ¿sabés? ¿Dónde pensás que las consigo, en el Hiper Tehuelche?

—No, claro.

Para que viera que no la estaba boludeando, Raffa peló del cajón, bajo la estatua de Eshú Olá, un objeto envuelto en un pañuelo blanco.

—¡Oh!

Olga reprimió una exclamación, pero Raffa ya lo había vuelto a guardar, siempre con mucho cuidado, como si manipulara un material extremadamente peligroso.

—¿Sabés lo que es?

Olga temblaba de pies a cabeza. Había escuchado hablar del cangüé-aropí, el payé tallado por un condenado a cadena perpetua en un hueso de un bebé sin bautizar, pero nunca había visto uno personalmente.

—¿Está bendecido? —preguntó Olga.

Raffaela resopló.

—¿Vos me estás tomando el pelo? ¿Te pensás que si estuviera bendicido lo tendría acá?

—No, claro.

—Es como andar con una granada activada en el bolsillo.

—Claro, claro.

—La próxima vez pensá un segundo antes de preguntar.

—Perdón.

—Tenés que ir vos misma a hacerlo bendecir. Yo te voy a decir cómo tenés que hacer.

* * *

Jacqueline terminaba de lavarle la cabeza a Bertita en el fuentón. Raffa volvió y se tiró en uno de los sillones. Estaba agotada.

—Cómo me pudren estas boludas que vienen al terreiro. Sigo por mamá, solamente, para cuidarle el boliche mientras ella no puede, pero te juro que ya me tienen harta. Ésta sobre todo —señaló con un movimiento de cabeza a su última clienta, que con paso vacilante se alejaba por el camino de tierra.

—Mirá que la trato para la mierda, ¿eh?, le rompo la cabeza y igual sigue viniendo. Ya no sé qué más inventar, qué más boludeces buscar en Wikipedia para dejarla contenta.

—¿Quién es? —preguntó Bertita.

—Una paraguaya loca que trajo a la sobrina a vivir con ella y la piba le cagó al marido.

—También…

—¿Viste? Encima dice que no se explica, que no entiende cómo pudo haber pasado… ¡Mi amor! Una de dieciocho contra una de cuarenta, no sé qué tantas explicaciones le busca. Matemática pura.

* * *

Ahora era Javi el que no atendía el teléfono. Al terminar el reparto Marquitos lo fue a ver. Nadie salió cuando golpeó la puerta de entrada.

Dio la vuelta a la casa y lo encontró tirado en una reposera, al lado de la Pelopincho.

—¿Todo bien, man?

Javi lo miró. Estaba hecho mierda.

—¿Pudiste dormir?

—Un poco.

No encontró nada en la heladera. Sobre la mesita ratona se veían vasos sucios y carozos de aceituna, sobrevolados por las moscas.

Compró una pizza y una cerveza en la fonda de la vieja Gómez.

—¿Sabés qué estuve pensando? —dijo Javi—. Cuando planeábamos irnos a vivir al Sur. Estuvimos a punto de sacar los pasajes.

—Sí —Marquitos había sacado dos banquetas plegables al jardín. A una la usaba para apoyar la pizza.

—Todavía estamos a tiempo.

—Ah, no me vengas otra vez con esa cantinela, man.

—¿Por qué no?

Sacó la tapa de la caja y separó una porción, que chorreaba muzzarella.

—¿Por qué no, boludo? —insistió Javi.

Marquitos terminó de deglutir el primer bolo antes de contestarle.

—No me vas a hacer embalar otra vez con eso, man —destapó la cerveza con el dorso del cuchillo—. Cuando tengas la valija armada, la casa alquilada y todo listo para salir, ahí te voy a creer.

No había traído vasos, tomaban la cerveza directamente de la botella.

—¿No volviste a saber nada de…?

Javi negó con la cabeza.

—¿Revisaste el Facebook?

—Veinte veces. Igual no lo actualiza desde antes de salir de Paraguay.

—Ya veo.

¿Para qué preocuparse por ella? Lo más probable es que después de chapar la guita de la merca hubiera decidido fijar residencia en un lugar más chic que González Catán. Él lo hubiera hecho.

—Pasame la birra.

* * *

Moni llamó finalmente. Habló un minuto nomás. Dijo que estaban en una casa muy linda y las trataban muy bien. Podían entrar y salir todas las veces que quisieran al jardín, usar la pileta.

Se comunicó con Domínguez, y aunque su marido estaba al lado no pidió hablar con él.

—¿Qué dijo? —preguntó el Larva cuando colgó.

—Que está bien.

El Larva salió masticando bronca del búnker y del recinto cerrado. A fin de cuentas, a él que carajo le importaba. Se había puesto al habla con un viejo conocido, que le había conseguido otro comprador, con mejores condiciones y un trato como en los viejos tiempos: plata en mano y culo en tierra. Nada de depósitos bancarios, garantías ni cosas raras. Tomá lo tuyo y dame lo mío. A lo macho, con todos los

fierros a la vista y que sea lo que Dios quiera.

Ya había arreglado con Bigote, que se comprometió a escoltarlo con un móvil de la Distrital hasta el lugar de la entrega. Un servicio de primera, que además no iba a costarle ni un centavo: iba a pagarle con los ladrillos que le incautó a la Paraguayita.

Era una movida arriesgada, desde luego, aunque el mayor peligro venía de su entorno. Conocía muy bien a Domínguez y sabía de qué trucos era capaz, cómo calculaba cada detalle por anticipado y cómo daba el zarpazo en el momento en que aparentaba mayor debilidad.

Tenía que pagarle con la misma moneda, pensó el Larva, seguirle el juego hasta que fuera necesario actuar. El problema era que él no sabía fingir. No estaba en su naturaleza.

—Vos, mongo, bajá por la peluquería del puto —le dijo a Aarón—. Ustedes, den la vuelta al gimnasio.

Eran poco más de las seis de la tarde. Mientras los Angelitos le cubrían los flancos bajó el camino hacia el río, y en el momento que nadie lo esperaba sacó la AK genérica de abajo de la gabardina y vació el cargador en la casa de Teodora. Los Angelitos tiraron a su vez. Hubo escenas de pánico en la Palangana. Hombres y animales huyeron en desbandada. Quedó el aire lleno de olor a pólvora y el piso repleto de vainas servidas. La puerta de chapa y los ladrillos huecos de la casa de Teodora parecían un colador.

—Vamos.

Resultó que el Tipo ni siquiera estaba ahí, pero poco después lo vieron salir de la villa junto al mongo de Ramón, los dos con su bolsito para el lado de la Ruta.

A la mierda. Un problema menos.

* * *

La activación del payé fue la parte más dura. Olga no podía pedirle directamente a un cura que se lo bendijera, como si fuera un rosario o una estampita, iban a sacarla corriendo. Siguiendo el consejo de la mai, entró a la capilla una media hora antes del comienzo de la misa y deslizó la estatuita bajo del mantel del altar, junto a la tarima para sostener la Biblia.

Tomó asiento en uno de los bancos del medio y esperó. No quería perder el payé de vista ni un minuto, no sea que una de esas viejas devotas que ayudaban en la limpieza notara el bulto bajo del mantel y de puro metiche quisiera ver qué había.

Era una iglesia de barrio, sin grandes ornamentos. Sólo una cruz, una estatua de la Virgen y un par de santos de molde iguales a los que se veían en cualquier otra capilla. Aún no prendían las lámparas, la luz del atardecer entraba filtrada por los vidrios esmerilados de las

ventanas. El ruido del exterior llegaba muy amortiguado. Olga se sintió por un momento regresada a su infancia, a la misión de Tavarangüé, cuando se hincaba en el reclinatorio de petiribí y le rezaba al Señor con su inocencia de gurisa.

Estuvo tentada a hacerlo de nuevo, pero se contuvo. Dios se había portado muy mal con ella, no se merecía que confiara otra vez en él.

Empezó a llegar gente para la misa. No mucha. Tres o cuatro viejas chupacirios, dos nenas que se preparaban para la Primera Comunión, un gordo de anteojos con cara de asesino serial.

Prendieron las luces poco antes de que entrara el cura. Olga tuvo que bancarse un sermón interminable sobre cosas en las que ya nadie cree ni mucho menos practica. Puso unas monedas en la canasta de la colecta (aquí al menos no le pedían un riñón cada vez que venía). Por fin, la bendición final.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo…

Olga suspiró. El payé ya estaba activado.

—Hermanos, podemos ir en paz.

—Demos gracias a Dios.

Olga se salía de la vaina por ir a buscarlo, aunque las viejas chismosas no mostraban ningún apuro en irse. Cotorreaban entre ellas y con el cura, que miraba el reloj y sonreía.

Otra vieja recogía los cuadernitos con el cancionero de los bancos.

—¿Y usted, hija? —se encaró con ella el cura—. ¿Primera vez que viene?

También en Paraguay el cura venía a hablarle a solas, y se mostraba más simpático con ella que con las demás feligresas.

—Sí, padre.

—¿Es nueva en el barrio?

Sólo que este no trató de llevarla para la sacristía. Medio kuñarecó, sería.

La iglesia se vació, salvo por la vieja misma vieja, que se quedó a apagar las velas y acomodar los mantelitos.

—Disculpe, ya vamos a cerrar —le dijo a Olga, que fingía estar profundamente concentrada en sus rezos.

—¿Eh? Sí, un momento.

Algo debía maliciar, la vieja podrida, porque no le sacaba los ojos de encima. Olga se puso de pie y ensayó torpemente una señal de la cruz frente al altar. La otra la seguía mirando. Jugada por jugada, se acercó, metió la mano bajo el mantel y sacó el payé.

—¡Eh, usted! ¿Qué está haciendo?

—¿Qué? Nada.

—¿Qué puso sobre el sagrado altar? ¡Acá no venga con brujerías, eh!

Trató de cortarle el paso.

—¡Muestremé lo que puso ahí!

—¡Correte, vieja puta!

Olga ya estaba sintiendo la fuerza que el payé le transmitía. Con él apretado en un puño, dio un empujón a la vieja entrometida y la tiró contra los bancos.

—¡Padre Luis! ¡Socorro, padre Luis!

* * *

Si bien cada noche daba cátedra de glamour y buen gusto, esa noche Raffaela se superó a sí misma. Tacos de seis pulgadas, minishort rosa, camperita rosa y peluca rosa con colitas, como un personaje de dibujo animado japonés.

—¡Ra, estás hermosa! —le dijo Jazmín, sobrecogida por el grado de superación al que había llegado su maestra.

—Gracias, chiqui —dijo Raffaela, que desde luego ya lo sabía.

Era jueves, claro, y no sólo jueves: también noche de grandes definiciones con el Gallego.

Qué va a ser de ti, lejos de casa,
nena qué va a ser de ti…

La Peruca y la Pantoja, en cambio, la recibieron de manera mucho menos cálida.

—Vo vení a l'hora que quiera nomá, ¿eh? Despué los retá que yegamo tarde.

—En eso lleva razón, Raffaela —terció la Peru—. Ya lo habíamos platicado y tú habías dicho que…

—Ay no, en dialectos no —se atajó Raffaela—. Hablemos en buen romance, que no entiendo una palabra.

—¿Qué desí?

—¿Cómo? ¿Están acá todavía? Vamos, vamos, cada una para su esquina, cholitas de la Patria Grande…

—Ya se te va a terminára vó, andárha ciéndote la linda…

—¡Chop chop! ¡A mover el cucuruli…!

Al fin se fueron. Raffa prendió otro cigarrillo y le dijo a Jazmín:

—Este es nuestra tragedia como país, chiqui. Mientras tuvimos inmigración europea fuimos una potencia, pero cuando empezó a caer esta mersa de los países limítrofes nos vinimos en picada.

* * *

Dieron las diez y las once y el ingeniero de Repsol seguía sin dar señales de vida. La Amarok brillaba por su ausencia.

—Quedate tranquila, Raffa. Ya va a venir.

La transa seguía cómo siempre. Los vehículos paraban junto al cordón, los precios se arreglaban con la Jefa y Jazmincita iba y venía con la mercancía. Si algún sospechoso se acercaba por izquierda o derecha el Blackberry sonaba con un ringtone u otro.

—Tres Evo Morales y una Ángela Merka. 350 pé, serían.

—¿No habías dicho 300?

Sin embargo, esta noche la cabeza de Raffa estaba en otro lado. Cada vez que distinguía un vehículo saliendo de la refinería el corazón empezaba a latir.

Las doce y la una y las dos y las tres…

—A lo mejor tuvo que viajar, Raffaela —trataba de consolarla Jazmín, cuando era obvio que el galán peninsular ya no iba a venir.

Caía una llovizna muy fina. Las colitas de la peluca rosa de Raffaela lucían caídas y asimétricas. Por primera vez parecía derrotada.

—Yo sabía, yo sabía que esto iba a pasar. La culpa es mía por embalarme más de la cuenta.

—No digas eso, Ra.

—Es que es verdad, chiqui. Nos hacemos estatuas de hielo y lloramos porque se derriten, como dijo Walter Scott, o Paulo Coelho, no estoy segura.

* * *

Quería dar por terminada la noche cuanto antes, sacarse de encima la mercadería lo más rápido posible e irse a empapar la almohada.

Comenzó a vender a diestra y siniestra, sin filtrar a los clientes, pasando por alto las medidas de seguridad que ella misma había implantado.

—Esperá, Raffa.

En su apuro pasó por alto uno de los llamados y por un pelo no las pescó Gendarmería con las manos en la masa.

—¡Los vasasé meté todas presa, vó!

—Ay, por favor…

—Habíamos hablado de transar sólo un par de días —dijo la Peruca—, y ahorita te pones cada vez más ambiciosa.

—¿Ves lo que te digo? —Raffaela ponía de testigo a Jazmín, que se mantenía a un costado sin decir una palabra—. ¿Ves lo que te estaba diciendo? Una hace todo por ellas y así le pagan.

—¿Qué é lo que hacé vó, eh?

—Qué no hago, mejor dicho.

—¿Qué é lo que te debemo, a ver? —insistió la Pantoja.

—Ay, por favor…

—Desembuchá, dale, o estás hablando de balde.

—Ustedes tendrían que ir de rodillas a agradecerle a la Pachamama, al Ratón Pérez o a la deidad que sea que adoren en sus provincias que me tienen a mí, si no…

—¿Si no qué?

—Ustedes mucha crítica, mucha crítica, pero a la hora de agarrar la tarasca no tienen problema. ¿Cómo te hubieras comprado vos el pasaje en avión para ver a tu familia en Arequipa? —le soltó a la Peruca— ¿Tirando el fideo arriba de los Renault 12?

La Peru no dijo nada.

—¿Y vos —le llegó el turno a la Pantoja— que no te alcanzaba ni para una bombacha, ahora no parás de comprarte todas las boludeces nuevas en Garbarino? Decime, ¿de dónde sacaste para el HD?

Les tapó la boca, pero sólo por un instante.

—Bueno, che, si te dejó plantada tu novio no te lagarré con losotra, ¿vite?

Un relámpago las iluminó.

—¿Qué dijiste?

La voz de Raffaela salió junto con el trueno.

—¿Qué dijiste, perra?

—Lo qu'oíte. ¿Qué tené, cera'n l'oreja?

Raffa se le fue encima con las uñas desplegadas. Si la Peru no la hubiera interceptado en el último segundo le habría cruzado la jeta de un zarpazo.

—¡Hija de puta!

Sin intimidarse, la Panto dio un paso atrás y la esperó en la posición de defensa de Nin Jitsu.

—Vení, porteña agrandada.

—¿Te hacés la Jackie Chan conmigo? ¡Te parto la cara!

—¡Basta! —la Peru hacía lo imposible por detenerla—. ¡Basta las dos!

—¡Marica gorda y fea!

—Vení. Vení que te hago moco.

—¡Enana ridícula! ¡Ordinaria!

—¿Quién só vó padá la sórdene acá? ¿Eh?

La lluvia se hacía más tupida. Los zapatos de la Peru se resbalaban tratando de contener a su jefa.

—¡Ya es suficiente, Raffaela! ¡Panto, tú también!

—¿Te creé que só la Critina, vó, qu'hay qu'hacé todo lo que vó decí?

—¡Si no te gusta volvete a tu país!

—¡Basta! ¡La hacen llorar a Jazmín!

Era cierto. La benjamina del grupo se tapaba los oídos y hacía

unos pucheritos que partían el alma.

—¿Ven lo que han conseguido? ¡Debería darles vergüenza!

—¡Ella empezó!

Algo golpeó contra el poste metálico del semáforo y una fracción de segundo después se escuchó el disparo.

—¡Abajo!

* * *

El barrio dormía, pero la panadería La Esperanza estaba en plena actividad. Para las cinco ya llevaban cocinado buena parte del amasijo. La chicharra del horno giratorio avisaba que estaba lista la última tanda de miñones. En el otro extremo de la cuadra, Marquitos iba tildando en la planilla el pan y las facturas que su ayudante subía a la camioneta. Treinta kilos de casero para el Mercadito Pocho, quince de flauta para don Mario, cinco docenas para la Chilena…

—¿Controlaste que estén todas, Pipín? Mirá que si no después me bardea la vieja.

La Ford estaba estacionada de culata en la entrada de vehículos. Una corriente de aire frío entraba por el portón abierto, mezclándose con el aire caldeado de la cuadra. El ruido de la lluvia en las chapas de cinc tapaba por momentos la música de la radio. Se escucharon gritos afuera.

—Te dije que no abrás el portón hasta que estemos por salir, Pipín —dijo Marquitos, pero ya era tarde. Alguien se había colado dentro.

—Ay, ay, ay…

Un taconeo desparejo sobre las baldosas del garage, un lloriqueo entrecortado.

—¡Ayuda, por favor!

Se quedaron con la boca abierta al verla aparecer. Flaquita, tetona, chorreando agua del pelo y de la ropa… No se dieron cuenta enseguida de que se trataba de un travesti.

—Por favor…

Tal vez esperaba que lo echaran a patadas.

—¿Qué pasó? —dijo Marquitos, haciéndose cargo de la situación.

—Un tipo, ahí afuera. Me persigue.

En efecto, alguien gritaba desde la calle:

—¡Vení, putito! ¡Salí!

Una damisela en apuros. La chicharra del otro horno comenzó a sonar.

—¿Querés que llame a la policía? —preguntó Marquitos.

—¡No! —dijo el travesti. Al parecer esa posibilidad lo asustaba aún más que el forajido.

—Eso no, por favor.

Marquitos salió a parlamentar.

—Mirá, flaco —le dijo al matón—, los problemas que vos tengas con… con esta persona… Mejor vayan a arreglarlos a otro lado. Los vecinos están durmiendo, no queremos quilombos.

—Yo de acá no me voy hasta que el puto ese no me dé lo que es mío —dijo el man.

Marquitos volvió adentro. ¿Qué podía hacer? Tampoco se iba a agarrar a las piñas por un travesti.

—Dice que no se va a ir.

—¡Ay, no! ¿Y ahora qué hago?

Uno de los pibes le había alcanzado una toalla para que se seque. Marquitos se rascó la cabeza.

—Mirá —le dijo—, podemos hacer lo siguiente: subite a la caja de la camioneta y salí con nosotros escondida entre las bolsas de pan. Cuando lleguemos a la ruta te bajás.

Dicho y hecho. Un rato después pasaron delante del energúmeno, que seguía montando guardia junto al portón, protegiéndose de la lluvia bajo el alero.

Llegaron a la ruta. Hubo que esperar a que pasara un camión cisterna de la Shell para doblar.

—Ya está —dijo Marquitos, hablando por la ventanita que daba a la caja.

—Muchas gracias, panadero —dijo el travesti—. No sabe cómo le agradezco.

Pipín miraba para otro lado, divertido.

—¿Querés que te deje en la esquina de Da Vinci?

—Si no le molesta, déjeme frente a la gomería. Ahí está el kiosco de mi marido.

Marquitos sacó el paquete de Camel, le convidó uno a Pipín y otro al traba.

—¿Qué quería el chabón ese? —le preguntó.

—Nada. Un demente.

La lluvia caía sobre la ruta 21, un poco menos intensa que hace un rato. La camioneta de Panadería La Esperanza disminuyó la velocidad al llegar al lomo de burro. Pasado el peligro, los demás travestis habían vuelto a las andadas. Un Mégane amarillo se había arrimado al cordón. El más alto y bien vestido del grupo se acercó a la ventanilla.

—Ahí están tus amigas —dijo Marquitos.

—Preferiría que no me vean —dijo el travesti jovencito.

—Sí, ya me di cuenta —Marquitos dio un pitada y agregó—. Se metieron en una joda muy peligrosa, ustedes.

La dejaron un par de cuadras más adelante. Pipín abrió la puerta de la caja. No sabía si darle la mano para ayudarlo a bajar.

—Muchas gracias, panadero. Me salvaste la vida.

—Todo bien.

—Cualquier cosa que precisés buscame en la esquina de Da Vinci. Preguntá por Jazmín.

X

No fue una de las lluvias más copiosas del año, pero alcanzó para que el nivel del Matanza comenzara a subir. Los que salían para su trabajo a las cinco o seis de la mañana vieron que el agua llegaba a los ranchos pegados a la orilla, y esperaron que la crecida se detuviera ahí. Pero ya a media mañana toda la zona de la Palangana se encontraba bajo el agua. Agua que entraba implacable, silenciosa, por debajo de la puerta o las rendijas, que parecía que estaba ahí quietita pero subía y subía más.

Las mujeres ponían los muebles arriba de tacos de madera, primero, y luego encima de bloques, esperando poderlos salvar. Con el correr de las horas se fueron dando cuenta de que no les quedaba más opción que abandonarlo todo y huir. Algunos recibían refugio en casa de vecinos que vivían un poco más arriba, quienes más tarde debían dejar sus casas también.

Cincuenta centímetros, ochenta y cinco, un metro diez, un metro quince…

Las escuelas, clubes y salones comunitarios de Laferrere y González Catán comenzaron a llenarse de refugiados, que llegaban con lo poco que podían cargar, con criaturas en brazos y nenes que llevaban de la mano a sus hermanos más chic os. Pasaban las horas sentados en colchones, charlando con sus vecinos o mirando la tele. El dueño de un caballo armó una bronca porque no querían dejarlo entrar con su animal. Un bebé tomaba la mamadera, observando el nuevo lugar donde se encontraba, y se reía cuando le hacían cosquillas en la papada.

Un metro ochenta, dos metros, dos metros diez... Para la tarde ya casi no llovía, pero el río Matanza seguía recibiendo el caudal de los afluentes de Las Heras, Cañuelas y Marcos Paz.

Las lanchas de Gendarmería rescataban a los que habían quedado aislados, aunque algunos prefirieron permanecer sobre el techo de sus viviendas sumergidas, para evitar que los saqueadores se llevaran las pocas pertenencias que aún podían salvarse. La Palangana era ahora una gran laguna, de la que sobresalían techos o montañas de basura como islas. Los que conocían el terreno caminaban esquivando los sectores más bajos, aunque por lo turbio del agua el suelo no podía distinguirse a simple vista. Podía pasar que alguien que viniera lo más bien con el agua a la altura de las rodillas, y a los dos pasos se encontrara sumergido hasta el cuello. Un hombre de 76 años se ahogó tratando de rescatar su televisor. Otro murió electrocutado. Los pozos ciegos se rebalsaron, desparramando su carga orgánica. Flotaban

botellas de Chabona, una Barbie sin un brazo, una chacleta. El perro de ojos claros pasó nadando con la soga atada al cogote, pero sin su dueño.

* * *

Pese a estar sólo a unas cuantas cuadras de distancia, Javi vio las inundaciones únicamente por televisión. El agua escurría sin problemas de la calle Atalco. Las bocas de tormenta funcionaban lo más bien y pasado el chaparrón sólo podía considerársela una lluvia más.

—*El informe oficial habla de más de tres mil evacuados. En declaraciones efectuadas hace minutos, el ministro de Obras Públicas aseguró que esto demuestra el éxito de las últimas obras hidráulicas realizadas en la cuenca Matanza-Riachuelo, ya que ante precipitaciones como estas años atrás el número de evacuados solía superar los treinta mil.*

—*¿Qué obras se hicieron exactamente, señor ministro?*

—*Bueno, para empezar, el dragado del canal aliviador…*

Su estómago lo estaba matando. Ya se había clavado un pantoprazol de 40 y el malestar aún no remitía. Sonó el celular. Era un número muy largo, con una característica que no conocía.

—¿Hola?

No respondían.

—¿Hola?

—*Hola* —dijo una voz de mujer.

—Sí, la escucho.

—*¿Me escucha?*

—Sí.

—*Soy Ofelia, la mamá de María. Estoy hablando de Paraguay.*

Javi le sacó el volumen a la televisión.

—*¿Quién habla allí? ¿Es Javier?*

—Sí, señora. Soy yo.

—*Qué tal, Javier. Mucho gusto.*

Javi se puso de pie, corrió la cortina y miró hacia fuera.

—*¿Está María por ahí?*

—N-no, señora. No está.

—*¿Salió?*

—Bueno, no. La verdad…

—*Hace dos días que no me puedo comunicar con ella a ninguno de los dos teléfonos que me dejó.*

—¿Dos? ¿Dos teléfonos?

* * *

La Mai Eleonora volvía otra vez a su casa. Haciendo lugar a la solicitud de su abogado, el juez de instrucción había accedido realizar un cambio de carátula, desestimando los falsos cargos levantados en su contra.

Raffaela la trajo en un taxi que le costó un ojo de la cara, dada la distancia y el tráfico que había. Al llegar a la estación de Laferrere, sin embargo, tuvieron que cruzar las vías y dar la vuelta por Spiro, porque los pobladores de la Palangana habían cortado la ruta 21, en reclamo de ayuda por la inundación.

—Negros de mierda —dijo Raffaela—. Arman los ranchos al costado del río y después se quejan porque se inundan.

Olvidaba que su salón de belleza había estado a milímetros de ser alcanzado por el agua, y que ella misma estaría encabezando la protesta si su mobiliario hubiera sido afectado.

Su mamá iba como ausente, murmurando para sí misma, y cuando Raffa le preguntaba algo se la quedaba mirando, como si no la hubiese entendido.

—Una ceremonia.

Sí parecía darse cuenta de la calamidad que afectaba al barrio, al ver los contingentes de refugiados que aún salían de la villa, o los que volvían con la esperanza de encontrar algo.

—Una gran ceremonia —repitió la mai Eleonora.

—¿Qué decís?

—Una gran ceremonia en el terreiro, sí. Eso tenemos que hacer, esta misma noche. Hay que avisarle a Magalí y a los chicos de los tambores.

—Ay, mamá, no empecemos… Recién salís y ya...

—Hay que pedirle a Orishá que pare la lluvia y todos puedan volver.

—Si la lluvia ya paró.

—¡Hacé lo que te digo, Víctor! —estalló la mai Eleonora, con inusitada violencia— ¡Dejá de llevarme la contra en todo!

Raffa sintió la mirada del taxista por el espejo retrovisor.

—Ya te dije que no me llamaras así, mamá. Te lo pedí muchas veces.

Pero su madre estaba ida otra vez.

—Una ceremonia —repetía—, una gran ceremonia para los fieles de Orishá.

* * *

Esta vez fue Javi el que lo despertó. No tenía necesidad de hacerse anunciar, subió directamente y entró a la pieza que Marquitos

ocupaba cuando paraba en casa de su madre, arriba de la panadería.

—¿Qué pasó, man?

Miró el reloj. No había hecho ni siquiera la mitad de su siesta.

—No está.

—¿Qué?

—Llamó la madre, de Paraguay. Dice que hace dos días que no sabe nada de ella.

Marquitos se sentó en la cama y se refregó los ojos con las palmas de las manos.

—Fue justo después de verte a vos.

—Tengo que cerrar con llave —dijo Marquitos—. No pueden venir a romperme las bolas todos los días.

—¿Escuchás lo que te dije?

—Te escuché, sí, pero no sé qué querés decir. ¿Qué soy yo, el loco de la motosierra? ¿Qué tiene que ver conmigo?

—Vos sabés adonde fue. Decime o voy a la policía. Te juro que agarro y voy a la cana ya mismo.

Marquitos buscó entre el revoltijo de ropa sus pantalones. Se los puso.

—O me lo decís o…

—Mirá, Javi. Te aseguro que la que menos va a querer tener algo que ver con la policía es ella.

—¿Qué querés decir?

—¡Que tenía falopa, pelotudo!

—¿Qué?

—¡Tenía la mochila llena de merca, y quería que yo la acompañe a hacer la entrega! La mandé a la mierda. ¿Estás contento ahora?

Javi casi se rió.

—Estás mintiendo.

—Bueno, si vos lo decís…

—¿Qué entrega? ¿Adónde te dijo que iba a ir?

Marquitos reflexionó. Ya había soltado más de lo que tenía intención de decir, tal vez porque lo agarró medio dormido.

—¿Adónde te pidió que la acompañes?

—¡No sé, te dije!

Lo sabía, pero si llegaba a decirle este boludo era capaz de ir a buscarla.

Llegó la mamá de Marquitos, asustada por los gritos.

—¿Qué pasa, chicos? ¿Se están peleando otra vez?

Como si fueran dos nenes chiquitos.

—No, doña Alcira. Todo bien.

Quedaron solos otra vez. Se había largado a llover. Javi miró por la ventana. Dijo:

—Ya sé adónde fue.

* * *

Tirada en un camastro, con las manos atadas al espaldar, María trató de gritar, pero la voz no le salía. Quién la hubiera escuchado, de todos modos, con esa música espantosa a todo volumen:

Dame más duro, papi,
Dame más duro,
más, más, más…

Horas y horas el mismo tema en repeat. Iba a volverse loca si no se hacía silencio pronto.

Dame más duro, papi,
Ay, ay, ay, ay…

Y el olor, y la oscuridad… Quedaba ciega cada vez que ese sujeto entraba y prendía la única lamparita. Y cuando al fin era capaz de ver era mucho peor: las paredes mugrientas, la mesita con las jeringas y el encendedor.

Más duro, más duro, así, así…

Y verle la cara a él, otra vez ahí, era peor que cualquier pesadilla.

—Déjeme. Déjeme, por favor…

* * *

Los tambores comenzaron a sonar desde temprano en el terreiro de la mai Eleonora.

Tuntuntún tuntuntún,
Tuntuntún tuntuntún,
Tuntuntún tuntuntún,

Se preparaba una gran ceremonia. Además de los gallos negros de rigor estaba lista para el sacrificio un chivo (negro también) que uno de los ayudantes había traído especialmente de una chacra de Pontevedra.

Tuntún tuntún, Tuntún tuntún,
Tuntún tuntún, Tun tun, tun tún…

El sonido de los parches atravesaba las paredes de los ranchos cientos metros a la redonda. Un nuevo martirio para los habitantes de Villa Mosquito, agregado al de la inundación, las balas perdidas de los transas, la escasez de agua potable y la dificultad cada vez mayor de ganarse el pan de cada día. Sólo que de los Umbanda no se atrevían a quejarse, en voz alta al menos. A esos sí les tenían miedo.

* * *

Marquitos maniobraba como un piloto del Camel Trophy su vieja F-100 por la calle aledaña a Villa Mosquito, cuidando no salirse del huellón. Se detuvo al llegar a la despensa. Bernabé salió, extrañado de verlo por allí a esa hora.

—¿Te dejamos la chata un rato acá, Paragua?

—No hay problema, yo te la cuido.

Caminaron por la calle de entrada a La Loma, un territorio que hasta entonces ninguno de los dos había pisado.

Las aguas del Matanza no habían llegado hasta esa parte todavía, pero sí sus efectos. Muchos evacuados de la Palangana habían acudido en busca de refugio y ahora, sentados sobre sus bártulos, esperaban que el nivel del río volviera a bajar. Los vecinos de la Loma les tiraban un alargue para que enchufaran sus artefactos, si los tenían, les arrimaban agua caliente o les dejaban usar el baño.

Javi y Marquitos llegaron a la primera bifurcación. No tenían ni puta idea de hacía dónde iban. Al degüello, pensó Marquitos, que se preguntaba qué podrían hacer por la Paraguayita, suponiendo que efectivamente estuviera allí.

Y en caso de que llegaran a encontrarla, ¿iban a entregársela sólo porque lo pidieran? Era un suicidio. Era como tirarse a rescatar a alguien al río si uno no sabía nadar: sólo iba a servir para que terminaran todos ahogados.

—¿Y esos tambores?

—Será una murga.

Bebote los siguió con la vista desde la ventana enrejada de su kiosco. Cuando terminaron de pasar salió y tocó el timbre.

* * *

Los fieles de Orishá iban llegando desde los cuatro puntos cardinales, de lugares tan distantes como el Barrio La Teja, de la calle Calderón de la Barca, del 38, de Puente Ezcurra y del Barrio Mercedez Benz.

¿Cómo fue que se corrió la bola? La mai Eleonora ya había hecho la defumación de las siete hierbas y había trazado en el piso las

marcas de los coipanes con tizas de siete colores, mientras los tamboreros batían en el pequeiro y en el atabaque los sietes ritmos de Ogún.

Entre los asistentes se destacaban los Iniciados, vestidos con túnicas blancas y con el turbante blanco de las esclavas bahianas, incluidos los hombres. Entre ellos se encontraba Olga, que casi sin querer había entrado a formar parte de ese selecto grupo.

Abu sumbá, abú sumbaé
eeeee-eeee-ooooooooo

Todos cantaban y ocupaban por turnos del centro del recinto, haciendo la danza circular e invocando a Yemanjá y a Oxum, que por ser divinidades femeninas les gustaba ser llamadas e insistidas.

Abu sumbaé-e-e-e-eeeee

En las jaulas batían las alas y cacareaban los gallos, por quienes los Iniciados habían pagado entre quinientos y mil pesos, dependiendo del peso y tamaño. Para adquirir el derecho a sacrificar el chivo, un gordo de pecho peludo había tenido que vender un Subaru '98 que estaba como nuevo.

¿Qué hubiera tenido que sacrificar Olga, después de lo que le pasó con el payé? Con lo que le costó para conseguirlo y los riesgos que corrió para hacerlo bendecir, el gato de la tía Jovita se lo había robado justo cuando estaba por hacerle la oración de medianoche.

Abu sumbá, abú sumbaé…

Para aplacar a un payé vengativo hubiera tenido que sacrificar a un toro, por los menos. Un Aberdeen Angus con todo y pezuñas.

* * *

Era algo que hacía sin necesidad, por larvear nomás. Cuando se encontraba por ahí una vaga que le gustaba, la chamuyaba un poco y por las malas o las buenas se la traía a la larvera.

Borrachitas que volvían de madrugada de la disco, pendejas de la calle o negritas del Norte que bajaban a Buenos Aires con el bolso a cuestas. Boludas que andaban solas, casi siempre, y a las que nadie iba a reclamar si desaparecían del mapa por un par de días.

Pi-píiiiii…

—¿Para dónde vas? ¿Te llevo?

El Larva las convencía de subir al auto y una vez arriba chau, andá

a cantarle a Gardel. Una amiga que manejaba una red de whiskerías le pagaba tres, cinco, hasta diez lucas por una monga de esas, según la edad que tuviera y lo buena que estuviese. Claro que no era cuestión de entregarlas así nomás. Primero había que amansarlas, someterlas al menos una semana a un tratamiento que incluía oscuridad, aislamiento, música al taco, unos cuantos gramos de substancia y como mínimo una paliza diaria.

Aparte de unos polvos bien salvajes, se entiende, de los que se encargaba primero él y luego los Angelitos, a quienes hacía pasar a la larvera para que se sacaran el afrecho.

Después de una semana de ese régimen quedaban tan mansitas hacían todo lo que él les decía, y ni se les pasaban por la cabeza ideas tan locas como tratar de escaparse o llamar a su familia.

—Ahora vas ir con esta señora y vas a hacer todo lo que ella te diga.

—Sí.

Y el Larva las veía alejarse, casi tristes, como si se tratara del final de un noviazgo.

* * *

—Eh, amigo —Marquitos se acercó a un adolescente con capucha, que apoyado en un moto mensajeaba por el celular—. ¿No sabé ánde se pué pegá faso pora cá?

Javi levantó una ceja y lo miró de refilón. ¿Acaso alguien podía creer que realmente hablaba así?

El pibe de la capucha apenas sacudió la cabeza, sin despegar la vista del celular.

—Pensamo que acá corte que se podía conseguí —insistió Marquitos.

El celular del Angelito sonó con el tono del Whatsap.

—¿Quién los mandó? —preguntó, todavía sin mirarlos.

—Un amigo… —dijo Marquitos, restregándose la punta de la nariz —… me dijo que acá taba todo piola.

—¿Qué amigo?

Estaban en uno de los pasillos internos de la villa, tan tenebroso como los que salen en los noticieros cuando liquidan a alguno. Se hacía de noche.

—Un amigo…. Uno que le dicen Virulana.

—No lo conozco.

—Uno petiso, de rulitos…

Alguien se dejó ver desde una azotea cercana. El retumbar de los tambores fue tapado por el rugido de un motor. Una moto tuneada con fluorescentes azules apareció de improviso, montada por dos

clones del pendejo que estaba frente a ellos. El que iba atrás extrajo un arma de abajo del buzo y les apuntó.

—¿Quién carajo son ustedes? ¿Quién mierda los mandó?

—¡Eh, tranquilo man! —Marquitos olvidó de pronto su acento villero—. Vinimos a comprar merca nomás.

Apareció otra moto, con luces violetas y otro mocoso igual de exaltado.

—¿Quién mierda só nustede? ¿Qué carajo hacen acá?

—No te ortibés, loco, todo bien.

—¡Todo bien las pelota!

El asunto iba de mal en peor. Pensando que iba a detener la andanada de violencia, Javi habló por primera vez. No se lo ocurrió nada mejor que decir:

—Queremos ver a Domínguez.

* * *

¿Cuánto podían darle por una rubiecita como ésta, con la carita y el cuerpo que tenía? Cincuenta lucas, por lo menos, y aun así no la hubiera largado tan fácil. Era bellísima, así y todo como estaba, con el pelo revuelto y chorreada de meo, atada de un brazo a la cama y sin bañarse en dos días.

—No me pegue, por favor… Voy a hacer lo que usted diga. No me pegue…

Dame más duro, papi,
Dame más duro, papi.

La luz de la lamparita la había enceguecido.

—No te preocupes —dijo el Larva—. No voy a lastimarte.

No había necesidad, ya la había rigoreado bastante, y seguro iba a volver a hacerlo, pero no hoy.

Más duro, más duro, así, así…

—Esa música, por favor. Me está volviendo loca…

El Larva sonrió, aun sabiendo que el aspecto de sus dientes iba a asustarla más todavía. Por primera vez en su vida pensó seriamente en arreglárselos.

Así, así, así…

—La voy a apagar, pero no tenés que gritar, ¿okéi?

Por un momento no se escuchó nada, o mejor dicho sí, pequeños

ruidos que podía ir reconociendo uno por uno: la lluvia sobre las chapas, las voces de unos chicos, el golpeteo rítmico de algo que parecía un tambor.

—¿Está bien así?

—Sí. Sí. Gracias —dijo la Paraguayita—. Muchas gracias.

—No hay de qué —dijo el Larva, que después de todo no era un insensible.

—¿Te gusta más así?

—Sí, sí…

Sabía que esta piba era diferente, pero no le quedaba alternativa: tenía que hacerle beber esa copa hasta el final. Era la única manera de que se quedara con él y le obedeciera siempre.

—¿Estás bien?

—Sí, señor. Muchas gracias…

Además, no tenía precio ver la carita que ponía cuando, creyéndose ya a salvo, lo veía bajarse los calzoncillos e inyectarse cocaína en la vena de la pija.

—¿Qué hace? ¡No!

Para luego, con la misma jeringa, buscarle la vena en el brazo de ella también.

—¡Déjeme! ¡Nooooo!

Tuvo que poner la música otra vez.

XI

Era inútil que echara de vez en cuando un vistazo a las luces de la refinería. No iba a volver a verlo. Adiós Gallego. Auf wiedersen, dozvidánia, bye bye...

Sus esperanzas se habían ido por el caño, su corazón estaba partido y sangrante, pero ese no era motivo para dejarse estar. Por eso Raffa se tomó esa noche más tiempo que nunca para producirse, y se presentó en la esquina de Da Vinci hecha una diosa coronada: minifalda de animal print, zapatos Ricky Sarkany, boa de plumas y unos bucles que le habían llevado dos horas de trabajo frente al espejo. Tiene razón Mirtha: como te ven te tratan, y si te ven mal *te maltratan*.

Cosa curiosa, aunque llegó re-tarde, las otras no estaban todavía ahí. Rafa taconeó por la estrecha vereda de hormigón crackelado, escuchando el tradicional concierto de bocinazos y piropos de taxistas, camioneros y demás trabajadores del volante.

Resistiré, erguida frente a todo…

Canturreó, mirando hacia los tanques YPF.

Resistiré los golpes y jamás me rendiré,
y aunque los vientos de la vida soplen fuerte,
soy como el junco que se dobla
pero siempre sigue en pie...

Había dejado de llover, pero por alguna razón el nivel del río estaba subiendo otra vez. Varios de los evacuados que habían regresado sus hogares tuvieron que volver a salir, por sus propios medios o en camionetas de Cáritas o Defensa Civil.

Los autos pasaban por la ruta, levantando sus haces de luz al llegar al lomo de burro. Bajo el cartel de Hiper Tehuelche, una mujer con tres nenes oteaba el horizonte. El bebé en sus brazos no dejaba de llorar.

—Debe tener dolor de oídos —dijo Raffaela—. ¿Ves? Le tocás acá y da un respingo.

—Iba a avisarle a mi cuñado que nos pase a llevar, pero me he quedado sin crédito, pues.

—¿Adónde tenés que ir?

—Al kilómetro 27, a Villa Unión.

Raffa le hizo señas a un taxi. Al ayudarla a subir le puso dos billetes en el hueco de la mano.

—En el camino pará en una farmacia y comprale un Otalex biotic. Ponele dos gotas cada cuatro horas.

La mujer se deshacía en lágrimas

—Muchas gracias, Raffaela. Tú siempre tan buena… Niños, díganle adiós a la tía Raffa.

—Adiós, tía Raffa —agitaban la mano desde la ventanilla tres negritos de pelo chuzo, más feos que el hambre.

—Chau, mis amores.

Raffa se quedó mirando el taxi alejarse hacia el puente del 29. Algo le llamó la atención. Había dos autos parados frente a la refinería, un lugar por lo general de tránsito rápido.

Una sospecha.

* * *

Eso decían, que el río había vuelto a crecer porque cerraron unas compuertas que había en la desembocadura del Riachuelo. Lo hacían para impedir que entraran las aguas del Río de la Plata durante la Sudestada e inundaran los barrios ribereños de la Capital Federal. Pero, al mismo tiempo, eso impedía que el caudal del Matanza corriera normalmente, y por eso se inundaban los barrios que estaban de este lado.

¿Era cierto? ¿Existían realmente esas compuertas? Los evacuados que huían por Da Vinci se cruzaron con dos sujetos que caminaban en sentido contrario. Uno era alto y el otro bajito. Iban vestidos prácticamente con harapos, pero con buenas botas de goma y protegidos con capuchas para lluvia.

El más chiquito llevaba al hombro un bolso ordinario, ni muy chico ni muy grande. Nadie les prestó atención cuando doblaron frente a la despensa Caá-Cupé y se internaron en el descampado lindero a la canchita.

Caminaron todavía unos doscientos metros, hasta el borde de la tosquera. Negrura total. Se tiraron las capuchas para atrás. El más alto dijo:

—Acá está bien.

* * *

La primera en aparecer fue Jazmín, con cara de perro que volteó la olla. Cuando Raffa le preguntó dónde se había metido se largó a toser.

—¿Qué pasa? ¿Estás engripada?

—No.

—¿No habrás vuelto a consumir, no?

—No, Raffa.

—Ya te dije que un tirito de vez en cuando está bien, pero al paco no quiero que lo toqués.

—No, Ra. Te juro que no.

Y sin embargo, algo escondía.

—Esperá que te paso un caramelo de propóleo —Raffaela rebuscó en su cartera.

Cruzando el terraplén venía la Peru, muy callada también.

—Ustedes aparezcan cuando tengan ganas, eh, hagan de cuenta que están en un puesto del gobierno —dijo Raffaela—. Y la otra gorda mamarracha, ¿no pensará traer su culo peludo esta noche?

Jazmín y la Peruca intercambiaron una mirada furtiva.

—¿Qué pasa con ustedes?

Se lo tuvieron que decir, no tenía sentido ocultárselo más tiempo. Raffa no lo podía creer. Sus peores sospechas se habían confirmado.

—¿Desde cuándo?

La Entrerriana había vuelto, y no sólo eso: la Pantoja se había pasado con ella.

—A nosotras nos ofreció también —dijo la Peruca.

Raffa quedó sin palabras. Literalmente. Abrió la boca y no le salió un sonido.

Pasó el tren de y veinte, iluminando los yuyales con su ojo de cíclope. Un inundado que cruzaba las vías con un colchón estuvo a un pelo de que lo levantara como zorete en pala.

—¿Cuánto hace que está ahí?

—De antier, me figuro.

Ahora se explicaba muchas cosas.

—¿Cómo pudieron hacerme esto? ¿Vos lo sabías?

Jazmín se largó a lloriquear.

—¿Saben qué? —Raffa tiró el cigarrillo—. Váyanse ustedes también. ¡Fuera, vamos! ¡No las quiero! ¡No la necesito!

—Raffaela, por favor —dijo la Peru.

—O mejor no, no se molesten: me voy yo.

—¡Raffa, no! —gritó con la voz en un hilo Jazmín.

—Espera, espera Raffaela… —la retuvo del brazo la Peruca, que trataba pese a todo de mantener la cordura—. Ya le hemos dicho que no queremos ir con ella, pero tú debes entrar en razones también. Nos estamos arriesgando demasiado, y no tenemos a nadie que nos cubra si llegamos a caer. Y a mí me pueden deportar.

—Si te echan de Argentina, te hacen un favor.

—Y Jazmín, no está acostumbrada a estas cosas. Tiene mucho miedo, pobrecilla…

Los inundados seguían pasando con sus cosas, demasiado atareados como para ocuparse de las cuitas de los travestis. El Loco Calesita, que había vendido hasta la silla de ruedas para comprar chiruto, era llevado en la carretilla de un vecino albañil.

—Podemos hacer unas pequeñas transas, Raffaela, con los clientes de siempre, pero no movernos a muy alto nivel. Nos puede ir muy mal.

Raffa tenía que apelar a toda su fuerza de voluntad para que no se le saltaran las lágrimas.

—Por eso no vino anoche. Por esa pendejita puta me cambió. Ustedes lo sabían, y no dijeron nada…

—Raffaela, por favor.

—¡Y todavía tienen el tupé de llamarse mis amigas!

* * *

Se acomodaron en uno de los promontorios, protegidos por unas matas de cardos. Un lugar al que el Tipo le había echado el ojo mientras jugaba al fútbol con los pibes.

—Cuidado atrás.

La laguna de la tosquera había crecido casi al doble de su tamaño habitual. El borde se había convertido en un embudo en el que había que extremar las precauciones para no resbalar.

El Tipo le pasó los infrarrojos a Ramón y le indicó con un gesto que revisara el perímetro. Nadie.

—Pasame el bolso, por favor.

Sacó el estuche de aluminio y lo abrió. Ramón se admiraba de cómo podía armar casi a ciegas las piezas del Vintorez: el cañón, la culata de madera, el silenciador. Todo iba siendo embutido, encastrado y enroscado sin un movimiento de más.

Por último apoyó el fusil sobre un tocón de sauce, recuerdo de cuando aquello era una plácida ribera campestre. Se echaron de panza en el barro. Haciendo centro en la salida del Paraíso, el Tipo comenzó a ajustar de la mira.

—¿Qué distancia decís que habrá hasta allá?

* * *

Yemanyá, Ieshú-Olá, Ogum… Los orishás se posesionaban de la envoltura carnal de la mai Eleonora a razón de uno por hora. Los tambores batían con renovada energía, la cachaça corría como agua.

Tucutú tucutú, tucutú tucutú…

La mai Eleonora giraba y giraba, con una agilidad notable para una señora de su edad, y acto seguido degollaba al siguiente gallo de

la fila, esparciendo la sangre sobre la cabeza del Iniciado.

—¡Omolú! —gritaba la mai Eleonora, alzando los brazos al cielo, el tramontina ensangrentado en una mano y el ave agonizante en la otra.

—¡Omolú! —repetían los Iniciados.

—¡Obalá!

—¡Obalá!

—¡Xangô!

El eco de los tambores se expandía por Villa Mosquito y más allá también.

Tututún Tututún Tututún resonaba en los oídos de los inundados de La Palangana que aún resistían sobre el techo de su rancho.

Tun tun tun tun tun escuchaba en el living del búnker Domínguez, que avisaba por mensaje de texto al Colo que entre las doce y la una salían con la Nissan con la mercadería para el Holandés.

Tututún tututún tututún escuchaba el Larva, que tenía sus propios planes, y whatsapeaba a Bigote avisándole que entre las doce y la una salía con el cargamento para el nuevo comprador y que lo esperara con el patrullero de escolta.

Tututún tututún tututún escuchaba desde la ruta 21 Bigote, que tenía sus propios planes también, y reenviaba la información una banda mixta de ex convictos y de policías fuera de servicio, especializada en mejicanear envíos.

Tun tun tun tun tun escuchaban los Angelitos en los pasillos, preguntándose qué iba a pasar con ellos después de que se hiciera la entrega y sus jefes se borraran de la villa.

Turututututún… tutún… tutún…tutún… escuchaba Marquitos, cagado a culatazos y a patadas en el piso de la larvera, con Javi tirado inconsciente al lado suyo.

Y María lo escuchaba también, desparramada sobre el colchón oloroso y mugriento, sin saber si soñaba o estaba despierta.

* * *

El Jefe de calle (raro en él) no andaba esta noche en un auto particular sino en uno de los patrulleros nuevos de la Distrital. Casi siguió de largo cuando le hizo señas Raffaela, esa noche no tenía tiempo de atender las pelotudeces de los travestis. No pudo hacerlo, sin embargo, porque Raffa se metió adelante aprovechando el semáforo y el chofer no la pudo esquivar.

—Qué querrá ahora el puto este —murmuró Bigote, bajando la ventanilla—. ¿Cómo andás, corazón?

—Bigo Mortensen, ¿qué pasó con lo que habíamos arreglado?

—¿Qué pasó de qué? —se hizo el tonto el Jefe de calle.

—Vos sabés lo que te hablo. La putita esa, ¿qué hace otra vez ahí?

—¿La Entrerriana? No sé, che, eso ya no depende de mí. Arregló directamente con el taquero.

—¿Cómo arregló?

—¿Y a vos qué te parece? —Bigote hizo un gesto más que explícito, y el policía que manejaba se lo festejó con una risotada.

—¡Estúpidos! —Raffa pegó un puñetazo en el techo del auto que hizo temblar el bastidor con las balizas.

—Eh, tranquila, no me rompás la máquina… —Bigote no perdía el buen humor—. Igual a vos qué te calienta, si ya cambiaste de rubro —señaló con un movimiento de cabeza la capilla del Gauchito Gil.

—No —dijo Raffaela—. Eso era temporal, hasta juntar la plata para el abogado de mamá.

—No, querida —Bigote le hizo una seña al chofer de que se pusiera en marcha—. Vos ya te acostumbraste a la plata dulce. Esto no lo largás más.

* * *

Marquitos fue el que más cobró, por meterse a defenderlo a Javi, y a Javi le dieron como en caja por no querer sacar la mano del bolsillo, pensando que tenía un arma.

—¡Pará, man!

Recién se detuvieron cuando llegó el vago de la gabardina, un cara de loco que daba miedo verlo.

—¿Señor Domínguez? —preguntó desde el suelo Javi.

El loco miró divertido a los pendejos malvivientes. Lo levantó del suelo agarrándolo de la campera:

—¿Son canas ustedes?

—¿Qué? Nada que ver, don.

Les vaciaron los bolsillos. Cayeron algunos billetes, las llaves, varios papelitos. Los obligaron a pararse y esperar, con las manos apoyadas contra la pared.

—¿Qué mierda hacen acá? ¿Quién los mandó?

—Vinimos a buscar a María.

—¿A quién?

Marquitos juntó coraje. Sabiendo que se arriesgaba a recibir otra golpiza, dijo:

—La Paraguayita.

* * *

Cubierta ya por completo la Palangana, la crecida avanzaba ahora por la Loma. El canal aliviador de Domínguez no había servido esta

vez para que el agua drenara hacia el río, sino más bien para que entrara más rápido. Varios de los alambrados divisores se derrumbaron. Una nena que intentaba rescatar a su perrito perdió pie y no encontró de qué agarrarse. Para cuando un vecino llegó a socorrerla ya era tarde. Los trabajos de reanimación no daban resultado.

—¡Llamen a una ambulancia! —gritaba la mamá, pero nadie iba a venir. El perrito apareció un rato después. Movía la cola y le lamía la mejilla a su pequeña dueña, como si estuvieran jugando.

* * *

De aquel lado de las vías era el Apocalipsis, pero del lado de acá la vida seguía más o menos como siempre. Los que volvían del trabajo abrían una cerveza y se sentaban frente a la tele, las madres batallaban para que sus hijos terminaran los deberes, los galanes se arreglaban el jopo frente al espejo y los solitarios miraban quién les había dado *Me gusta* a sus fotos de Facebook.

Y los que se habían acostumbrado a comprar de la buena a los trabas de Da Vinci no iban a dejar de hacerlo sólo porque al otro lado de la vía hubiera un par de muertos y un par de miles de evacuados. Incluso la Peruana y Jazmín se avinieron a razones, cuando vieron que las entradas se habían reducido de manera drástica. A condición, claro, de que se tratara de ventas pequeñas, a degeneraditos conocidos y debidamente chequeados. Aparte, ¿qué iban a hacer con toda la merca que tenían encanutada?

Cada una volvió a su lugar. Jazmín hacía el traslado físico. Raffaela negociaba. Desde la esquina de Beethoven, la Peru avisaba de cualquier movimiento sospechoso.

La seguridad ante todo. Un par de bobis con pinta de soplones tuvieron que irse con las manos vacías.

—No tengo idea de lo que hablás, papi, pero si querés pasar un momento salvaje, poné el freno de mano y dejá que la Raffa te haga unas cositas bien mononas.

El redoble de tambores llegaba a hasta la ruta 21, en los momentos que no pasaba ningún vehículo.

—¿Qué estarán haciendo esta noche? —se preguntó Raffaela—. Están como locos.

* * *

De los animales seleccionados para el holocausto sólo iba quedando el chivo, que tironeaba de la soga y pedía auxilio en su idioma caprino. Para nada. También a él lo alcanzó el cuchillo de la

mai Eleonora, sólo que como era muy pesado lo degolló en el piso y juntó su sangre en una palangana. Tibia y espesa como estaba la esparció sobre la cabeza del gordo de pecho peludo, que de rodillas y con los brazos extendidos invocaba al orishá de la salud, representado por la estatuita de San Sebastián, el santo acribillado a flechazos.

—¡Ossaná! ¡Libera a este hombre de su mal!

Más tambores, más bailes, más gritos. Olga debía ser, entre los Iniciados, la menos compenetrada en los avatares de la ceremonia. Aun cuando estuviera vestida como los demás, y diera vueltas y vueltas ella también, una parte de su ser permanecía alerta, alarmada por el bullicio y asqueada por la sangre, arrepintiéndose de la cantidad de dinero que había tenido que poner para participar de ese ritual repugnante. Dinero que había tenido que entregar a la boliviana que oficiaba de ayudante puesto que la mai, como todos saben, es un ser espiritual que no puede tocar el dinero con sus propias manos.

* * *

Fue una señora robusta y bajita la que los salvó de que los mataran ahí mismo, a patadas y fierrazos en un pasillo cualquiera de la villa.

—¡Qué pasa! ¿Por qué les pegan a estos jóvenes?

De no ser por ella les hubieran seguido dando hasta matarlos.

—Salí, vaca vieja. Andá a joder a otro lado.

—¡No les tengo miedo! ¡No les tengo miedo a ustede! —decía la mujer, poniéndose delante de Marquitos y de Javi—. ¡Vos, Kevincito, tendrías que estar en tu casa, ayudando a tu mamá! ¡Y vos, Aarón, que te conozco de que eras así…!

Tampoco le tenía miedo al loco de la gabardina, que tenía una ametralladora de cargador curvo como las que vendía Nicholas Cage.

—¡Pandilla de criminales! ¡Asesinos!

—Qué pasa acá —preguntó un tipo de unos treinta y cinco años, de vaqueros y camisa a cuadros, a pesar del frío.

—¡Usté! ¡Usté también, Domíngue o como se llame!

—Tranquila, doña Inés.

—¡Qué doña Iné ni ocho cuarto! ¡Usté es el peor de todos! ¡Desde que usté llegó trajo la muerte a los jóvene del barrio!

—Llévenselos —dijo sin levantar la voz Domínguez—. Póngalos en la pieza donde está la chica.

Al Larva se le abrieron aún más los ojos de por sí desorbitados.

—¿Qué venís a dar órdenes acá vos! ¿Quién carajo te crees que sos? ¡Estos dos no van a ningún lado!

Los Angelitos no sabían a quién obedecer.

—¡Criminales, asesinos todos! —seguía la señora.

—Larva —dijo Domínguez—, no busquemos más problemas, no esta noche. Por favor.

El Larva miró a los soldaditos, como para hacerles notar que su socio se lo había pedido por favor.

—Está bien. Llévenlos.

—¡Si yo fuera hombre les pegaba un tiro en la cabeza a ustedes! ¡Zoretes de mierda! ¡Hijos de puta!

A Javi lo llevaron a la rastra y a Marquitos, que mal que mal podía tenerse en pie, a los empujones. Los tiraron como bolsas de papa en una pieza chiquita y húmeda. Cerraron por fuera.

María se despertó sobresaltada, creyendo que su captor había vuelto. Ya no estaba atada a la cama, pero aun así no podía ni moverse. Le dolía todo. Todo todo todo.

—¿Quién…?

Como pudo se incorporó sobre los codos. Escuchó los gemidos y trató de acercarse, pero las piernas no le respondían.

—¿Quién está ahí?

Vaya a saber qué habrá murmurado en su inconciencia que María dijo:

—¿Javi?

Bajó de la cama y se acercó en cuatro patas. En la oscuridad tanteó la cara y el brazo con el muñoncito. Era él.

—¡Javi! ¿Qué te hicieron?

Y a Marquitos, tirado al lado y casi en las mismas condiciones, la indiferencia de María le dolió más que todas las piñas y patadas.

* * *

Cuando me apuñale la nostalgia,
cuando en mi moneda salga cruz,
cuando el diablo pase la factura,
o si alguna vez me faltas tú.
Resistiré, erguida frente a todo…

Testigo directa de su pena, Jazmín trataba de darle ánimos.

—No pierdas las esperanzas, Ra. A lo mejor, el jueves que viene…

Pobre Jazmín. Con su carita cadavérica y su cuerpito estragado por el sida mal podía consolar a nadie, pero hacía lo posible.

Una llovizna muy fina había comenzado a caer. Gotas que se notaban sólo bajo los conos de luz del alumbrado público y frente a los faros de los autos.

—¿Sabés qué? —Raffa tiró la colilla y declaró—. Tenés razón, chiqui, hay que seguir adelante. ¡A la mierda con todo!

* * *

Esa noche Ramón ponía en práctica lo que había aprendido en los últimos días. Guiado por su mentor, iba cumpliendo uno por uno los pasos necesarios para un trabajo de esas características: llegar sin ser visto, camuflarse con el entorno, relajar el cuerpo y la mente y, sobre todo, esperar. Esperar el tiempo que hiciera falta, sin fumar, sin hablar, sin aburrirse, ignorando el calor o el frío, la lluvia o cualquier factor externo, sin perder la concentración ni por un segundo.

—Tirar puede tirar cualquiera —le había dicho el Tipo—, eso es cuestión de práctica. Lo difícil es esperar.

* * *

De rodillas en el piso, el gordo de pecho peludo alzaba los brazos al cielo, aullando como un chacal. Una mujer de anteojos se arrancaba los pelos de a mechones. Otro de los Iniciados se sacudía como si sufriera un ataque de epilepsia.

Era el turno del último de los orishás, del Señor de la Noche, representado en la iconografía cristiana por el mismísimo Diablo.

—¡Exú! —gritaba la mai Eleonora.

—¡Exú! —aullaban los fieles.

Había otra persona, además de Olga, que se mantenía lúcida y ajena a las vicisitudes del ritual: la ayudante boliviana, que montaba guardia delante de la estatua de San Onofre, seria como un tótem precolombino.

Más que la estatua, lo que cuidaba era la caja con la recaudación, la lata adonde había ido a parar el dinero de los animales sacrificados y las ofrendas de los demás fieles, pasados a contribución varias veces durante el trascurso de la noche.

¿Era la misma boliviana que estaba por la tarde en la peluquería del travesti? Olga no podía asegurarlo. Estos teÿú-iguaí son todos iguales.

Abu sumbá, abú sumbaé
sumbaéeeeee-ooooo.

Una lata de galletitas con una ranura en la tapa, que apenas se distinguía entre las ofrendas florales, las velas de colores y las mazorcas de maíz. Olga trató de imaginar qué cantidad podría haber ahí adentro. La pispeaba mientras cantaba y daba vueltas y más vueltas. En cierto momento su mirada se cruzó con la de la Boliviana, que adivinando sus intenciones meneó la cabeza, como como diciendo: Ni se te ocurra.

* * *

Raffa vació uno de los cartuchos sobre la tapa de la polvera y se armó tres líneas con la tarjeta de Musimundo.

Fiúuuu…

La última le llegó hasta la tapa del cráneo. Abrió la boca, como si le faltara el aire. La nariz le había quedado de mármol.

—Oh là là…

Se remontó hasta el cielo y planéo en un aladelta por toda la Vía Láctea. Cuando quiso darse cuenta estaba haciendo equilibrio sobre la doble línea amarilla de la ruta 21, revoleando la boa de plumas y cantando:

Eres para mí.
Me lo ha dicho el viento,
eres para mí.

Los autos y camiones le pasaban a milímetros. Desde la banquina Jazmín se desgañitaba gritando:

—¡Raffa! ¡Cuidado!

* * *

AXN, TNT, I·SAT, Space...

Era insoportable con el control remoto. Ni esperaba a ver qué estaban dando que ya cambiaba otra vez.

Domínguez resopló fastidiado.

—¿Por qué no dejás un canal treinta segundos, por lo menos?

ESPN, Fox Sports, TyC Sports, NBA TV...

—¿No querés ir a dormir un rato? Faltan un par de horas todavía.

—Estoy bien —dijo el Larva.

Cartoon Network, Nickelodeon, Discovery Kids, Paka paka...

Ninguno quería dejar al otro solo, darle la oportunidad de mandar o recibir un llamado a escondidas.

—¿Hola? Sí, todo bien por acá. Todo sigue según lo planeado.

¿Y qué será lo planeado? Cada conversación, aún la más inocente, podía tener otro sentido. Cada SMS podía ser un mensaje en clave.

—¿Vas al baño otra vez?

—Sí, ¿por?

—Nada.

O a lo mejor necesitaban de tenerse cerca, como un matrimonio de viejitos que se necesitan para odiarse.

—¿Querés venir, así me la sostenés mientras meo?

—¿Para qué, si meás sentado?

Esta vez se llevó el control remoto al baño, para que no se lo birlara.

* * *

No, el mundo no se había detenido. Era viernes y por la ruta 21 pasaban los fiesteros dispuestos a romper la noche en los boliches de Lafe, de Casanova, de San Justo y de la Capital. Iban en autos tuneados, en motos, por qué no en colectivos:

BORWARD
x San Martín

G. CATÁN
Km 47,700

LA BOCA
x LAGUNA

Muchos paraban a comprar provisiones en la esquina de Da Vinci. El pibe de la Crossfox se apareció con una camiseta de la selección francesa de rugby.

—Allez les bleus! —dijo Raffaela, que parecía que estaba ahí pero orbitaba por las lunas de Júpiter.

—¡Qué hermosa te viniste! —exclamó el muchacho.

—Decime algo que no sepa —se tiró los bucles para atrás Raffaela—. ¿Qué andás buscando, chanchi?

—A vos.

—¡Qué chamuyero! —dijo Raffa, y en castigo le dio una palmada en el hombro—. Te va a crecer esa naricita semítica que tenés.

—Bueno, un par de cartuchos para los muchachis también. Mañana es la despedida de soltero del wing forward.

—Ay ay ay… —dijo Raffaela—. Estos chetos de Ciudad Evita, qué viciosos son...

* * *

Sin prisa pero sin pausa las aguas del Matanza seguían subiendo y alcanzaban lugares que hasta ese momento habían estado fuera de peligro. El taller de chapa y pintura de Raulito, el salón de belleza de Raffaela y por ende el terreiro, donde la ceremonia aún no había alcanzado su clímax.

—¡Exúuuuu! —gritaba la mai Eleonora.

—¡Exúuuuu! —gritaban los fieles, con el agua a la altura de los tobillos.

Lo que sí había llegado a su clímax era la bronca de los habitantes de Villa Mosquito, que reunidos en la parte que aún quedaba seca del Paraíso rabiaban contra Dios, contra el gobierno y contra esos malditos traficantes. Pero Dios no hacía acto de presencia muy seguido en Villa Mosquito, y el gobierno menos. Los únicos que quedaban a mano para dar explicaciones eran los hijos de puta de los transas.

La primera pedrada la recibió el tero que estaba de guardia en la esquina de la casa azul, que a pesar de estar armado no se atrevió a disparar, dado el número y la furia de los atacantes. Correr y dar aviso por el nextel no era nada sencillo, y los del segundo cordón de seguridad se enteraron más por los gritos que por el canal de comunicación habitual.

Guiados por doña Inés y por el papá de la chiquita muerta, los vecinos prendieron fuego el kiosco de bebote y cortaron el cable del timbre. Destrozaron a palazos las cámaras de seguridad y arremetieron contra una de las puertas del recinto fortificado.

—Cambio de planes. Salimos ahora.

* * *

—¿A quién llamaste?

—Al Colo.

Era el encargado de traer la Nissan, que dormía en el garaje de la remisería.

—A quién llamaste —insistió el Larva, sacando una Bersa y apuntándole directo a la cabeza.

Hubo unos golpes en la puerta. Uno de los Angelitos dijo:

—¡Ya pasaron la puerta 2!

Domínguez se cuidó de hacer ningún movimiento brusco.

—Mirá, Larva, todos estamos un poco alterados. Vamos a serenarnos un poco.

—Pasame el celular.

En efecto, el número era el del Colo.

—Escuché el tono de llamada de conferencia. Llamaste dos números a la vez.

Seguía apuntando. Domínguez no perdía la sangre fría.

—Fijate en el registro de llamadas. Está todo ahí.

El Larva le devolvió el celular, aunque siguió por un momento apuntándole, como si no aguantara las ganas de tirar.

—¡Larva! ¡Ya están acá!

* * *

Pegado a los binoculares, Ramón movía cada treinta segundos los ojos en un ocho horizontal, para evitar las ilusiones ópticas que sobrevienen de mirar todo el tiempo un objetivo fijo.

—Hay mucho movimiento. Me parece que adelantaron la hora de salida.

Al lado suyo, el Tipo esperaba con el cañón del Vintorez sobre el tocón de sauce, el brazo derecho enfundado en un cabrestillo.

—El Colo está esperando con el motor prendido… ¿Y ese humo? Parece un incendio.

El Tipo no le contestó. Se había puesto en modo de disparo, bajando su respiración al mínimo, la mira centrada en la salida del Paraíso.

* * *

—No tengo tanta cantidad, bonito —dijo Raffa—. No soy el Mercado Central.

—Dame lo que tengas —sonrió el pibe de la Crossfox—. Y algunas pastas también.

Raffaela dudó. No era lo que había convenido con las chicas, pero bué.

—Esperá que venga mi amiga. Ella es la que se encarga de los traslados.

No podía ser. A Jazmín le había aparecido un cliente, un pelado friky que venía a verla desde hacía un par de noches en un Corsa blanco.

—¿Tendrá para mucho? Mirá que me están esperando.

Un auto se estacionó atrás y tocó bocina. Raffa no le hizo caso.

—¿No querés venir a la fiesta con los chicos del club? —insistió el pibe.

—¿Esos gordos que se la pasan hablando de tackles y scrums? Obrigadu, não.

—En realidad, pensaba acapararte solamente para mí.

—¿Ah sí? ¿Y adónde iríamos? ¿A casa de mamá?

—Tengo mi propio depto.

Era una mononería el mocoso, pero Raffa prefirió aclarar los tantos de entrada:

—Decime una cosa, bonito: ¿vos estuviste antes con una chica como yo?

—No —sonrió el pillastre—. Pero siempre hay una primera vez.

—Es que yo puedo ser un poco intensa para vos, ¿viste? Esta morocha no es para principiantes.

El auto de atrás volvió a tocar bocina. Raffa le hizo señas de que se largara. Lo que tenía entre manos era mucho más prometedor.

* * *

Los choclos y las ofrendas florales flotaban en el interior del terreiro. El agua ya llegaba a las rodillas, la mayor parte de los fieles había huido. Sólo los Iniciados seguían pie firme hasta el fin de la ceremonia.

—¡Exúuuuuuuuu!

Es un decir. El gordo de pecho peludo se sostenía como podía del pedestal de la estatua de San Jorge, boqueando como un pescado. Olga y la mujer de anteojos tuvieron que sostenerle la cabeza al epiléptico para que no se le hundiera en el agua.

—¡Ayuda! ¡Este hombre se va a ahogar! —gritaba Olga, pero la Mai seguía poseída por el orishá y la Boliviana no se movía ni un negro de uña de al lado de la caja con la guita. La electricidad se había cortado hacía rato. Las velas votivas proyectaban sobre las paredes sombras inquietantes.

Turutún turutún turutún tun tún…

—¡Esta es tu sangre, Exúuuuuuuu!

* * *

Si había algo a lo que los Angelitos no estaban acostumbrados era al trabajo físico. Empujar los carritos de supermercado cargados hasta el tope por los pasillos de la villa resultó una tarea más exigente de lo que a primera vista podía parecer.

—¡Tirá de adelante, boludo!

Mientras fueron en bajada más o menos la pilotearon, después ya no. Al carro de Checho se le había dado vuelta una rueda y no había forma de enderezarla.

—¡Estás bloqueando el paso, idiota!

Aarón, que era el más despierto de todos, tuvo la idea de atar su cinturón al guardabarro de la moto.

—¡Bien, mongo, bien!

—Sáquense los cintos ustedes también, enganchen cada uno la hebilla en el carro de adelante.

—¡Rápido! ¡Rápido!

* * *

—Dale, monona. Trae lo que tengas y venite conmigo.

—Pará un cachito.

Pero Jazmín no volvía. Como de común acuerdo, a la Peru también le había aparecido un cliente, un camionero del frigorífico de Samid.

—Si es por la plata… —peló la billetera el pibe, en la que había billetes y tarjetas de todos los colores.

—No, por favor. Cómo voy a desconfiar de vos.

Sin embargo, un mal presagio flotaba en el aire. Hasta Raffa, que era la persona menos supersticiosa del mundo, lo podía sentir.

* * *

Los carritos de supermercados avanzaban como un tren, traccionados por la moto de Aarón. Una lluvia de piedras los recibió en la última encrucijada.

—¡Hijos de puta!

—¡Ustedes! ¡Ustedes tienen la culpa de todo! —gritaba doña Inés.

Una acusación injusta, porque casi de lo único que no tenían la culpa los transas era de que la villa se hubiera inundado.

El Larva los alejó con una ráfaga de la AK, aunque sólo por un rato. También entre ellos había un par que estaban armados.

—¡Metele, mongo!

Había que salir de allí, a cualquier precio. Sonó el celular. Domínguez tuvo que taparse la otra oreja para escuchar.

—Okey. Okey.

—¿Qué pasó?

—Sacaron a tiros al Colo.

Había que decidir rápido.

—¿Colo? Hacé una cosa: andá y esperanos al lado de la despensa del Paragua.

Tuvieron que dar la media vuelta y empujar los carritos para el otro lado.

* * *

Ya eran tres las columnas de humo que se elevaban en distintos lugares de La Loma. Desde la tosquera era imposible saber lo que pasaba, aunque seguro tenía alguna relación con la salida del Larva y de Domínguez.

—Estacionó la Nissan delante de la despensa —dijo Ramón, girando el foco de los binoculares.

El Tipo seguía la acción por la mira. El ángulo de tiro había cambiado por completo.

—Encima quedaron tapados por la camioneta de la panadería.

Tenían dos opciones: o se movían hacia otro punto más favorable,

con el riesgo de que se les escapara la liebre, o los pescaban en el breve espacio que había entre el pasillo y la culata de la Nissan.

—Sí o sí van a tener que pasar por ahí.

* * *

—¡Esta es tu sangre, Exú! —gritaba la mai—. ¡Esta tu sangre!

El pequeiro y el atabaque golpeaban con una fuerza sobrenatural desde lo alto de la tarima. Sólo un par de velas continuaban prendidas, aunque una luz misteriosa iluminaba el recinto.

—¡Esta es tu sangre y tu sangre vuelve a vos!

Los Iniciados se caían y se levantaban, con las túnicas empapadas. Muchos ya habían perdido los turbantes.

Abú sumbá,
Abú sumbaéeeee….

¿Era su imaginación? Entre las sombras que proyectaban las velas Olga creyó ver una que crecía, destacándose de las demás.

—¡Tu sangre vuelve a vos!

¿Es posible que sólo ella la viera? Una sombra poderosa, nítida, con cuerpo de hombre y cuernos de toro, que se erguía detrás de la mai Eleonora, de la pared hasta el techo.

—¡Es tu sangre, Exúuuuuu! —gritó con más fuerza que nunca la mai Eleonora, y sacando el tramontina comenzó a tirar puñaladas a diestra y siniestra.

* * *

—*Cambio de planes*—la voz del Larva llegaba susurrada por el celular—. *Salimos por el frente.*

—Q. S. L. —dijo Bigote.

—¿Están todos listos?

—Nacimos listos —dijo el Jefe de calle.

El patrullero estaba estacionado en la ruta 21, bajo el cono de sombra que dejaba una luminaria rota, a unos trescientos metros de Da Vinci.

—Oíme una cosita, Larva —dijo el policía.

—*Sí.*

—¿Me escuchás?

—*Dale, hablá.*

—Vamos a hacer un poco de ruido acá en la ruta. Si escuchás las sirenas, no pasa nada.

—*Okey.*

* * *

La lamparita de la despensa era lo que más jodía. Iluminaba demasiado la vereda del Paragua, y los que pasaban un poco más allá se veían como sombras. Por el tamaño debían ser los Angelitos, que arrimaban los carritos a la Nissan y los vaciaban a toda velocidad.

—No se distingue una mierda —dijo Ramón.

El Tipo no contestó. Con el ojo en la mira, ni siquiera pestañeaba.

—¿Querés que me acerque y lo ponga de cerca?

No hubo respuesta. Algo más les llamó la atención, y al principio no supieron qué era.

El silencio.

Después de tantas horas de machaque constante, los tambores habían dejado de sonar.

* * *

Estaba desatada. Si la Boliviana no la hubiera sujetado probablemente hubiera apuñalado a todos.

—¡Tu sangre, Exú!

Las velas se apagaron todas al mismo tiempo, y en la oscuridad casi total sólo podían distinguirse las túnicas blancas de los Iniciados, atropellándose por salir. Los percusionistas se habían dado a la fuga primero que nadie. El atabaque flotaba a la deriva.

—¡Exú!

¿Cómo habrá podido oír, entre todo el zafarrancho, ese sonido metálico que apenas se escuchaba? La Boliviana soltó a la mai y se precipitó hacia el altar de San Onofre. Sin decir palabra cayó como un ropero sobre Olga, que intentaba llevarse la lata de la recaudación, y recién al levantarla se dio cuenta de que estaba asegurada con una cadena.

—¡Soltame, teÿú-iguaí!

Se produjo una nueva edición de la Guerra del Chaco, con gran desventaja para Olga, ya que la Boliviana podía ver su túnica y ella no podía ver nada de esa gorda que ni blanco de ojo tenía.

—¡Salí carajo!

Jackeline respondió cerrando aún más las manos sobre su cuello.

—Solt…

Olga dejó caer la lata, pero la ayudanta de la Mai no se dio por enterada. Cerraba como tenaza sus manotas curtidas del Altiplano, apretaba más y más.

—¡Exú!

A Olga ya se le habían dado vuelta los ojos. Por su pescuezo no

entraba una molécula de aire. Con los últimos restos de consciencia comprendió que no había nada que pudiera hacer.

—¡Exúuuuuuuuu!

Hasta que, de pronto, la presión cedió. Los dedos de la boliviana se abrieron y…

—Ooooohhhhh…

Una bocanada de aire se abrió paso hasta sus pulmones. Aire que apestaba a sangre, a cera, a mugre, pero aire, aire al fin.

El agua fría terminó de reanimarla. Caída de culo en la piscina en que se había convertido el terreiro, Olga seguía sin ver nada. Buscando algo de qué agarrarse tocó una masa que se hundió y volvió a subir: el cuerpo de su enemiga, con el cuchillo clavado en la espalda.

* * *

Ya no podía esperar más. Si la boluda de Jazmín no volvía tenía que buscar la mercadería ella misma.

—Aguantá un minuto.

Raffa dejó que pasara un camión cargado de caños de fibrocemento y cruzó. Un perro que vagaba junto a la capilla del Gauchito Gil movió el rabo cuando ella se acercó.

—Salí, pulgoso.

Sonó un bocinazo prolongado a la distancia. Un tren se acercaba del lado de Laferrere, zarandeándose sobre las vías oxidadas. No se veía ningún elemento sospechoso alrededor. Raffa sacó la bolsa completa y volvió sobre sus pasos. Fue entonces que escuchó el coro de gemidos que llegaba del otro lado de las vías.

Eran tres, y tenían puestas las túnicas de los Iniciados, mojadas y pegadas al cuerpo. Una mujer de anteojos y un sujeto bajito llevaban como podían a un hombretón con la túnica manchada, no sólo con sangre de animales sino con la de él, que le manababa a borbotones entre los pelos del pecho.

—¡Raffaela! —dijo la mujer—. ¡Tu mamá! ¡Se volvió loca!

* * *

Los carritos pasaban de a uno por vez, entre la salida de la calle principal y la culata de la Nissan. Dos de los Angelitos cubrían los flancos, listos para disparar a cualquier bulto que se moviera. Los otros sacaban los paneles termosellados y los voleaban a la caja de la 4x4, donde el Colo los apilaba en el doble fondo.

—Rápido, rápido.

En cuanto terminaban tiraban el carrito a un costado y pasaba el siguiente, como en la caja de un supermercado.

—¡Cuidado, idiota, que rayás la camioneta! —se cabreó el Colo.
A Checho no le salía una.
—Bueno.
—¿Qué dijiste?
—¡Dije que bueno!
—No te hagás el loco, ¿eh?
Los Angelitos estaban preocupados. El búnker había sido saqueado y prendido fuego, y a los jefes ni siquiera les importaba. Era evidente que no pensaban volver.
—No se hagan problema —les dijo en un aparte Domínguez—. Ustedes se vienen conmigo. Todos.
—¿Sí?
—Shhh… Después hablamos.

* * *

El tren se aproximaba con toda su bullanga.
—¡Hacé algo! ¡Ayudanos a llevarlo hasta la ruta! —gritaba la mujer de anteojos. Ya no podía con el herido, que ahora gemía sobre el terraplén.
Raffa miró atrás. Cansado de esperar, el pibe dio arranque a la Crossfox y puso la luz de giro.
—Dejeme, señora, no sé de qué me habla.
—¡Raffaela!
Ni bola. Raffa se pegó una carrera y cruzó antes de que cortara el semáforo.
—¿Tenés todo? —le preguntó el pibe.
—Sí —Raffa abrió la puerta del acompañante y se sentó—. Vamos, hermoso. Vámonos rápido.
Entonces el pibe hizo algo inesperado: apagó el motor del auto, abrió la puerta y salió.
—¿Qué hacés?
En la cartera de Raffaela, el Blackberry comenzó a tocar la obertura de Guillermo Tell: *Parabán parabán parabán panpán…*

* * *

La garúa dio paso a una lluvia más espesa. El agua caía a chorros desde las chapas acanaladas en la entrada de la villa, y como no había canaletas caía de lleno sobre sus cabezas, les corría por el cuello y hasta se colaba por la raya del culo cuando se agachaban.
—¿Quiere que corra la carcacha esta de acá atrás? —Aarón señaló la camioneta de la panadería.
—¿Tenés la llave?

—La agarré cuando l'ostábamo surtiendo a lo gile.

—¡Sos un grosso! —dijo Domínguez.

El último carrito iba siendo descargado sin problemas. La tensión se había descomprimido bastante.

—Dejá, ya casi terminamos.

Sólo el Larva permanecía bien alerta, con el dedo en el gatillo de la tartamuda. No quería bajar la guardia, no podía confiar en nadie. Notó que, por algún motivo, Domínguez se había mantenido bajo el alero todo el tiempo, y ahora no se decidía a salir al descubierto.

—¿Vamos?

Sabía que su socio no estaba armado, que era demasiado cobarde para llevar un fierro encima, y sin embargo no le sacaba los ojos de encima ni un momento. Conocía sus mañas.

El Colo ya cerraba el doble fondo de la Nissan y cubría la tapa con la rueda de auxilio y otros trastos.

—Todo listo.

Se escucharon sirenas, a la distancia.

—Vamos —dijo Domínguez, y sin embargo él no salía, esperando que el Larva lo hiciera primero.

¿Fue algún gesto que hizo? ¿Alguna mirada la que lo delató?

—Vos primero —dijo el Larva.

Después de un segundo de duda Domínguez dijo:

—Sí, no hay problema.

Pero antes de que se pusiera en moviento, el Larva lo tomó del brazo y le dijo:

—Esperá.

* * *

Las luces giratorias pintaron de azul el cartel del Hiper Tehuelche. Salieron milicos de todos los rincones.

—¡Quietos! ¡Policía!

Raffa saltó de la Crossfox y corrió detrás del pendejo traicionero.

—¡Hijo de puta!

Dos pares de brazos la sujetaron por detrás. Más patrulleros, más sirenas. El tráfico se había detenido.

—¡Separá las piernas, maricón!

Le aplastaron la cabeza contra el capot.

—¡Raffa!

Jazmín se revolvía mientras un agente de la Unidad Drogas Peligrosas se la llevaba como a chicharra de un ala. A una cuadra de allí la Peruca corría esquivando milicos, hasta que uno le tiró un tackle que la dejó tendida sobre el terraplén. Otro cana llegó y comenzó a darle con la macana. El gordo de pecho peludo fue tomado

por un travesti y apaleado también.

—¡Hijos de puta! ¡No les peguen! —gritaba Raffaela.

—Callate, puto de mierda —dijo el que policía que le colocaba las esposas, que alcanzó a ponerle una solamente. Cuando intentó cerrar el otro grillete Raffa sacó un codazo que le impactó en el tabique nasal, y al otro lo sirvió de un puntapié en la canilla.

—¡C.Q.! ¡C.Q.!

* * *

—Alejandro, terminemos con la paranoia, por favor.

—Ponétela, dale.

El Larva se había sacado su legendaria gabardina, justo ahora que llovía, y le pedía a Domínguez que se la pusiera.

—No perdamos más tiempo, ¿querés?

Los Angelitos no entendían nada, pero Domínguez sí lo había comprendido. Su actitud de tener todo bajo control se había desvanecido.

—Dale. No quiero que te mojes.

El Larva le corrió el cerrojo a la AK. A su socio no le quedó más remedio que obecer. Con todo el asco del mundo tomó la gabardina llena de lamparones, olor a chivo y manchas a cual más repugnante. Pero no era por eso que temblaba.

—Dale, mongo.

Se lo puso, finalmente. Estaba paralizado de miedo. Fue necesario que le pegara un empujón.

* * *

—¡Ahí tá! —dijo Ramón, que seguía como podía la escena con los prismáticos.

La sombra con la gabardina apareció en la breve franja entre la despensa y la culata de la Nissan. El dedo del Tipo se curvó sobre el gatillo.

—Ahí… —tuvo tiempo de decir otra vez Ramón.

Demasiado tarde. Ya había terminado de pasar.

* * *

El Larva no entendía nada. Tal vez esa pendejita idiota lo había informado mal.

La Nissan seguía en marcha, echando vapor por el caño de escape. Domínguez y los Angelitos esperaban bajo la lluvia.

—¿Y?

Checho lo miraba a Aarón, como preguntándole qué estaba pasando, o, mejor dicho, qué iba a pasar con ellos. En la Nissan no había lugar para todos.

—Dale, Larva.

Sin dejar de apuntar vagamente a cualquier parte, el Larva estiró el pescuezo grasiento y miró a izquierda y derecha. Dio un paso fuera de su refugio, y luego otro más.

Todos lo miraban, como si estuviera sobre un escenario. Todos lo vieron dar un cuarto de giro y ensayar una especie de sonrisa, después del ruido apagado que hizo la bala con punta de teflón al atravesar dos veces el chaleco Made in Brazil.

* * *

Se incorporó trabajosamente, entumecido por la postura y fatigado por el esfuerzo.

—Ya estoy viejo para estas boludeces.

—¡Qué vas a estar! —dijo Ramón, ayudándolo a levantarse.

El Tipo se sacó la capucha y dejó que la lluvia le corriera por la cara.

—¿Tenés un cigarrillo?

Ramón le pasó uno y le dio fuego, protegiéndolo con la mano para que no se mojara.

Aún trataba de reconstruir la escena con los pocos elementos de que disponía. Comprendió, eso sí, que la figura borrosa que ahora se quitaba la gabardina y la tiraba a un costado era la de Domínguez. De modo que el que daba los últimos estertores en el piso no podía ser otro que el Larva.

—¿Cómo supiste que era él? Quiero decir, cómo supiste que…

—La forma de caminar, creo. Algo raro había…

El Tipo dio una pitada profunda.

—Igual casi me la compro, eh... ¿Qué están haciendo ahora?

Ramón tenía una mejor visual, ahora que los malandrines se habían movido unos metros más para este lado, bajo la lámpara de la despensa.

—Están pasando los ladrillos a la camioneta vieja. ¿Será que ya lo tenía planeado desde el principio?

—No creo. Debe estar improvisando. Es bueno para eso.

El cigarrillo se le había mojado. El Tipo lo tiró a un costado y dijo:

—Vamos a improvisar nosotros también.

* * *

Cualquier otro lo hubiera rematado de un tiro en la cabeza, o lo

habría pateado con bronca, diciéndole Tomá hijo de puta, pero no Domínguez.

—Dame una mano —le dijo a Aarón.

Lo agarraron uno de cada pata y lo dejaron a un costado, como a un perro atropellado, para que no estorbase en el camino.

—Vamos, chicos, vamos chicos… —les dijo al Colo y al Somalí, que seguían pasando los paquetes termosellados de una camioneta a la otra.

—Ponelas culata contra culata, Aarón, así vamos más rápido.

—Sí, jefe —tartamudeó el muchacho, que aún no salía de su estupor.

—¡Eh, ustedes! —llamó a los que se habían quedado de guardia—. Vengan a dar una mano.

—Sí, jefe.

Liberados del peso de la incertidumbre, los Angelitos obedecían, felices de que alguien les dijera lo que tenían qué hacer.

* * *

Los dos pisos del búnker se consumían por efecto de las llamas. Lo mismo había pasado con el kiosco de Bebote y con las casas de los principales colaboradores de los transas.

—¡Acá! ¡Acá! —decía doña Inés, señalando la entrada de la Larvera—. Esto es de ellos también.

Les costó tirarla abajo. Tuvieron que usar un poste como ariete. Uno de los vecinos iluminó la pequeña habitación con su celular.

—Por favor, no… —balbuceó una muchacha, la única en condiciones de hablar.

Dos jóvenes estaban tirados junto a ella, las cabezas apoyadas sobre las piernas de la chica.

—¡Son los que agarraron en el pasillo 7! —dijo doña Inés.

Los vecinos, que habían esperado encontrarse con otro depósito de droga o de objetos de valor, se apuraron asistirlos.

—Por favor, no nos lastimen…

—No te preocupes, querida —dijo la señora—. Vinimos a sacarlos de este lugar. Nadie los va a lastimar.

* * *

—Tranquilo —decía el Tipo.

Esta vez era él el que sostenía los prismáticos.

—Andá regulando el ritmo de la respiración, sentí los latidos…

Era más fácil de decir que de hacer. Ramón observaba por la mira, temblando a pesar suyo.

—Tranquilo —dijo el Tipo—, si le errás no pasa nada. Tenemos otra oportunidad.

* * *

—Ustedes se van con el Colo en la Nissan. Cuando doblen por Spiro los va a seguir un patrullero. No pasa nada. Vayan tranquilos, como para el Puente de la Noria. Colo, manejá vos.

—Oká.

—Si los llegan a parar por el camino, no se preocupen. La camioneta está limpia, lo único que te pueden pedir es la cédula azul. No pasa nada, es una contravención.

—Oká.

—Tonga, Somalí, ustedes se van con él. Nada de pelearse por el camino, ¿eh?

—No, jefe.

—Dejen los fierros y los celus. Vos también, Colo. Si los paran no tienen que encontrarlos con nada.

Todos obedecieron.

—Vos, ¿cómo era tu nombre?

—Checho.

—Vos te venís con Aarón y conmigo en la chata de la panadería.

Esperaron a que la Nissan saliera por Da Vinci, que a esa altura era un completo fangal. No había problema con un vehículo de doble tracción, pero para salir de allí con esa camioneta vieja había que darse maña de verdad.

—Pasame las llaves que manejo yo.

—Están puestas, jefe.

Domínguez dio la vuelta a la Ford y echó un último vistazo a la caja. Habían tapado la droga con los canastos de mimbre y las bolsas de harina vacías. Nadie podía imaginar que llevaban algo ahí. Al pasar vio tirado contra la pared el bulto en que se había convertido su socio. Aún sin guardarle rencor, Domínguez no podía evitar sentir algo parecido a la satisfacción, y antes de subir a la camioneta ensayó un vago saludo hacia la negrura del descampado.

Se escuchó un ruido detrás suyo, como si algo hubiera golpeado contra la chapa de la camioneta, y sólo después el silbido. Un calor le bajó por las piernas, como si se hubiera meado.

* * *

—¡Le di! ¡Le di! —gritó Ramón, y al instante pareció dudar—. No, me parece que no…

—Le perforaste la vejiga —dijo el Tipo, que miraba por los

binoculares—. Tirá de nuevo.

Ramón apretó nuevamente el gatillo del Vintorez, y luego otra vez más.

Plac, plac, sonaron los impactos contra la cabina y la caja de la camioneta, a varios palmos del cuerpo de Domínguez, que torpemente hacía fuerza con la manija de la puerta, sin llegar a abrirla.

—Tranquilo —decía el Tipo—. Tenés todo el tiempo del mundo, no va a ir a ningún lado.

—¿Jefe?

Aarón y Checho ya se habían subido. Sintieron los golpes contra la carrocería, seguidos por una especie de silbido.

—¿Jefe?

Domínguez los miró. Abrió la boca, pero no dijo nada.

Lo estaban cagando a tiros, eso es lo que pasaba.

Cuando vieron que la mitad de su garganta desaparecía y la sangre les salpicaba la cara ya no les quedó ninguna duda.

—¡Vamosló a la mierda!

* * *

—Bien, Ramoncito. Muy bien.

Ramón resopló, apabullado por su propia chapucería.

—Cuatro veces, tiré.

—No importa, no importa…

—Aparte estaba fácil.

—Práctica, todo es práctica —el Tipo desarmaba de memoria el Víntorez y guardaba las piezas en el maletín.

—¿Esto no era parte del contrato, no?

El Tipo cerró la tapa.

—No. Cortesía de la casa.

Se pusieron de pie.

—Vamos. Todavía hay algo más que quiero hacer.

XII

El oficial de guardia iba recitando uno por uno los ítems que sacaba de la cartera:

—Maquillaje compacto Angel Face, uno. Pistola automática Browning 11.25 (número de serie limado) uno. Caramelos de propóleo marca Garganprol, seis. Celular Blackberry 9930…

El sumariante martillaba con dos dedos las teclas la vieja Remignton.

—¿Uno?

—Uno, sí. Rivotril 10 miligramos, en blíster original, seis unidades.

En los bancos de la sala de espera de la comisaría se apelotonaba la fauna habitual: mujeres cagadas a palos por el marido, ladronzuelos, gente que acababa de chocar el auto y le echaba la culpa al otro.

—Manopla de bronce con espolón de acero, una. Esmalte de uñas Rojo Shocking L'Oréal de París…

—Porque vos lo valés —dijo el sumariante, pero nadie se rió.

—…uno. Dinero en efectivo en billetes de distinta denominación por el valor de 3523 pesos con veinticinco centavos, doscientos veinte dólares y un billete de cien pesos, aparentemente falso…

En la otra punta del mostrador, un agente le guiaba las manos a Jazmín sobre el papel de las huellas digitales. La Peruana, que se limpiaba la tinta de los dedos con una franela, le dirigió a Raffaela una mirada comprensiva, como diciendo No te hagás problema amiga, son cosas que pasan…

—…bajo los cargos de oferta sexual en la vía pública, posesión de substancias estupefacientes para tráfico y consumo, tenencia de arma de guerra, desorden en la vía pública, resistencia a la autoridad, exhibicionismo…

Le sacaron las esposas para pasarla a ella también por el pianito. Tenía un ojo morado, la boca hinchada de un cachiporrazo y el cabello a la miseria.

—Ojo con hacerte el loco porque te muelo a gomazos —le dijo el policía, pero Raffa ya no se rebelaba.

Sí lo había hecho durante el arresto, cuando hicieron falta seis efectivos para reducirla, y dos terminaron en el hospital con la mándibula dislocada y conmoción genital severa.

—Abrí la reja, Martínez.

Se trataba de la primera puerta, la que daba al sector de los calabozos. Entraron las tres.

Los presos se pusieron como locos.

—¡Llegaron las chichis!

—Vaca…yendo gente al baile.

Para la Peru, que había pasado seis meses en las mazmorras del escuadrón antiterrorista de Fujimori, entrar a una comisaría del Gran Buenos Aires era como llegar a Disneylandia, pero Jazmín temblaba como una hoja.

—¡Tengo miedo, Raffa! —decía, prendida del brazo de su amiga, al ver el rejuntado de chorros, asesinos, borrachos y facinerosos que las observaban de manera amenazante o risueña.

—Qué cara de gauchita, ¿eh?

—¡Acá! ¡Acá! ¡Vengan conmigo!

Raffaela le acariciaba la cabeza y le decía:

—Tranquila, chiqui. No pasa nada.

El policía que las guiaba abrió la puerta de una de las celdas del medio, que estaba vacía. Pasó la Peruana y pasó Jazmín, a quien obligaron a separarse de su amiga.

—Vos no, nariz blanca —la tomó del brazo el cana que venía atrás.

Raffaela se dejó conducir sin decir ni pío. A la euforia había sobrevenido el bajón, la apatía, un cansancio mortal.

La llevaron hasta el final del pasillo, a un calabozo ocupado por dos sujetos de aspecto siniestro que jugaban a las cartas.

—Vas a aprender a hacerte el vivo, puto de mierda.

* * *

¿Alcanzó a ver Raffaela la mirada de complicidad entre el uniformado y los dos maleantes? Lo más probable es que ni siquiera les haya prestado atención.

—¿Envido dijiste?

—Quiero y cante.

Dos típicos especímenes de bailanta, de mortadela y Chabona: tatuajes hasta los párpados, pelo afeitado en las sienes y largo atrás.

—Si se atreve, 29.

—¡31 son mejores!

Un par de lúmpenes cortados por la misma tijera de esos que supuran las calles del Conurbano. En un rincón, tirado como un perro, estaba un viejito con aspecto de linyera, en quien al principio Raffa no reparó.

—¡Truco!

—¿Truco, dijiste?

—Che, a ver si bajan la voz que quiero dormir —dijo Raffaela, que sin preguntar nada fue y se echó en la cucheta de abajo.

No los conocía, por supuesto. No tenía idea de quiénes eran Tuca y Jean-Pablo. No sabía de su membresía a la barra brava de Deportivo Laferrere, de su militancia como punteros del PJ, de escruchantes y quebrantahuesos en sus ratos libres, ni de su reputación de violadores seriales de este lado de las rejas, que en las dos semanas que llevaban en la Distrital ya se habían pasado por las armas a dos pibes chorros, a un viejo mendigo y a un chetito al que pescaron con unas pastillas de éxtasis y cuyo padre no llegó a tiempo para arreglar la protección con el oficial de guardia.

Tuca y Jean-Pablo no hacían distinción entre jóvenes o viejos, pobres o ricos, y nada los exitaba tanto como los llantos y los súplicas. Tenían un método expeditivo, que aplicaron ni bien Raffaela se acostó y, cerrando los ojos, pensó que por fin iba a poder dormir.

—¡Eh!

No tuvo tiempo de articular la menor protesta. Una manaza se cerró sobre sus pelos, y antes de que pudiera saber qué estaba pasando un puño con anillo se estrelló contra su rostro.

Rodó hasta donde estaba el viejito mendigo, que gimió bajo su peso.

—¡Eh, qué hacen! —fue lo único que pudo a decir, antes de que empezaran a lloverle las patadas. Sólo por instinto pudo a atajar algunas que iban directo a su cabeza.

—¡Hijos de puta! ¡Qué…!

Un puntinazo en el estómago la dejó sin aire. El más alto de los rufianes aprovechó para levantarla y aplicarle desde atrás una llave doble que la dejó complemente inmovilizada.

—Dale, puto. Si te gusta… —dijo el más petiso, que comenzó a propinarle puñetazos como si fuera una bolsa de arena.

—¡En las tetas! ¡Dale en las tetas!

Al otro lado del pasillo, algunos presos se habían arrimado a contemplar el espectáculo. Otros miraban adrede para otro lado.

—¿Te gusta? ¿Te gusta, puto?

El viejito linyera se tapaba la cara y sollozaba en su rincón. Tres celdas más allá, la Peruana y Jazmín llamaban inútilmente a los guardias.

—¿Te gusta, marica? —decía con cada golpe el chiquito.

Las piernas de Raffaela se aflojaron, como si fuera a caer. El chiquito se acercó, la tomó de la mandíbula y estiró el otro brazo para ponerle un guantazo que la dejara knock out. Pero antes que su puño alcanzara su objetivo, Raffa se enderezó y le tiró una patada a las bolas que no alcanzó a darle de lleno, pero lo hizo retroceder.

—¡Qué…!

Desde luego, tampoco Tuca ni Jean-Carlos tenían la menor idea de quién era Raffaela, ni sabían lo que era capaz de hacer cuando la

provocaban sin motivo.

—¡Puto de mierda!

El segundo de ventaja le alcanzó a Raffa para dar un paso al costado y zafarse de la Doble Nelson que le aplicaba el más grande. La cara de sorpresa del forajido cuando quedaron frente a frente fue como para sacarle una foto, aunque no duró demasiado. El gesto enfurecido del travesti fue lo último que alcanzó a ver, antes de que las uñas rojo shoking de los pulgares de Raffaela se le hundieran en los globos oculares.

Su alarido debió estremecer los cimientos de la comisaría. El grandote cayó, y Raffa cayó con él. El lumpen más chico ya se le había prendido de la espalda, pero a éste fue mucho más fácil sacárselo de encima. Un codazo y una sacudida le alcanzaron a Raffaela para guasquearlo contra el piso.

—¡Hijo de puta!

Se levantó y se vino al humo, aunque no le sirvió de mucho.

—¡Puto y la concha de tu madre!

Era claro que hasta ese momento sus peleas habían sido todas en medio de tumultos, aprovechando la sorpresa y la superioridad numérica. Mano a mano con alguien que se la bancara no tenía la menor oportunidad.

—Vení, putito.

—Vení vos.

El chiquito trató de puntearla con dos directos de izquierda y le lanzó un uppercut demasiado anunciado, que Raffa esquivó sin dificultad. El impulso del golpe fallido lo hizo perder el equilibrio, quedando casi de espaldas a Raffaela, que de un empujón lo hizo volar hasta la reja.

Cayó de rodillas, con la cara entre dos barrotes, y no fue lo suficientemente rápido para levantarse. Esta vez era el turno de Raffa, que se paró detrás de él, tomó impulso y le encajó un piñón mortífero en la parte trasera del cráneo.

¡PAM!

La cabeza grasienta quedó incrustada dentro de la reja.

—¡No! ¡No! ¡Por favor! —se debatía el chiquito, agitando las piernas y los brazos.

¡PAM!, otra vez.

—¡Nooooo!

¡PAM!

¡PAM!

¡PAM!

Cada puñetazo bajaba con la fuerza de un martinete, empujando un poco más el cráneo entre las barras de hierro. El cuero cabelludo se iba separando de los huesos.

CRAK

CRAK

CRAK

Los temporales se hundían. Los parietales se astillaban con un ruido inconfundible.

Desde las otras celdas los presos gritaban:

—¡Ra-ffa! ¡Ra-ffa! ¡Ra-ffa!

Raffa parecía haberse olvidado de sí misma y hasta de quién tenía adelante. A ritmo parejo iba bajando una piña y otra más, siempre en el mismo lugar, con toda la furia, como si le pegara a sus sueños, a sus esperanzas truncas, a los dardos de la injusta fortuna, a los insultos del tiempo, la insolencia del poder, los tormentos del amor despreciado…

PRUP, hizo el último trompazo, y ya no fue necesario seguir pegando.

Lo que quedaba de la cabeza del petiso había pasado completa para afuera, y el cuerpo quedó colgando de este lado. Sus brazos y piernas ya no se agitaban.

—¡Ra-ffa! ¡Ra-ffa! ¡Ra-ffa!

Ahora sí, dos milicos venían al rescate. Uno se desmayó al encontrarse con el espectáculo. El otro trataba de entender: un preso destrozado a golpes en la reja, el otro retorciéndose en el piso con los ojos reventados y en el medio Raffaela, con un taco roto y el pelo revuelto, un Ángel Exterminador en mini de leopardo.

El policía sacó el arma y apuntó al pecho del travesti. No sabía lo que hacía, quizá le hubiera disparado si un bulto no hubiese metido en el medio.

—¡No tiren, no tiren!

Era el viejito ciruja que había estado todo el tiempo en el piso.

—¡Yo ví lo que pasó!

El guardia dejó en suspenso el dedo sobre el gatillo.

—¡Se pelearon entre ellos! —dijo el Viejito, señalando a los dos maleantes.

—¡Es verdad! —confirmaron los presos del calabozo de enfrente —. ¡Se dieron entre ellos!

* * *

La arrojaron a una celda de castigo, un nicho sin ventanas que apestaba a mierda y orín. No había cama ni colchón. La escasa luz que llegaba del pasillo mostraba el clásico decorado de paredes manchadas y pintadas semianalfabetas.

Las pulsaciones fueron bajando y el frío de la madrugada cayó sobre Raffaela con todo su rigor.

No había parte del cuerpo que no le doliera. No había movimiento

que pudiera hacer, posición en la que pudiera ponerse que la hiciera sentirse un poco mejor. Los golpes recibidos durante toda la noche le dolían como la puta que los parió. El estómago le chillaba. Se dio cuenta de que no había probado bocado en todo el día.

Alla afuera, la vida seguía. A través de las paredes se alcanzaba a filtrar la música de un auto que pasaba, un chiflido, unas risas, la bocina del tren.

Raffa no podía creer que sólo unas horas atrás había estado sentada frente al espejo de su salón, colocándose los bigudíes como su abuela le enseñó.

—Vos agarrás la mechita y la empezás a envolver…

¿Será que deliraba? Su voz llegaba tan nítida que parecía que estaba ahí.

—No demasiado pelo cada vez, para que quede bien monono…

—Abuela… —gimió Raffaela—, Abuelita...

Su única amiga, la única que la comprendía. La que la consolaba cuando los chicos de la escuela la cargaban, la que le eligió su *nom de guerre* porque cantaba las canciones y repetía los pasos que hacía la Carrà en televisión.

Para enamorarse bien hay que venir al Sur,
para enamorarme bien iré donde estás tú.

Hecha un guiñapo sobre las baldosas heladas, Raffaela escondió la cabeza entre los brazos y murmuró:

—Ayudame, abuelita. Mirame como estoy…

Sin amores, quién se puede consolar,
sin amores, esta vida es infernal.

Se oyó el ruido de una puerta que se abría y unos pasos por el corredor. Ecos de botas. Ya está, pensó Raffaela, hasta acá llegué.

—Se-Se… Señor…ita…

Raffa levantó la cabeza.

—Acá le mandan…

Con la poca luz que le daba de costado vio que se trataba de un policía jovencito, casi un chico, que le pasaba algo a través de la reja.

—Para usted…

Eran un par de frazadas, bien dobladas y con olor a limpio, y una caja con una vianda completa, más un café caliente.

—Esos hombres que usted… Eran malos, muy malos.

Ahora sí, Raffa ya no se pudo contener. Llorando a moco tendido sólo alcanzó a decirle:

—Gracias, querido. Muchas gracias…

Y luego ya no pudo hablar más. Se enrolló como un capullo con las frazadas y cuando se le acabaron las lágrimas comió, bebió y recuperó las fuerzas. Recostada contra la pared, sintió como el sueño al fin la envolvía.

Soñar, dormir…

* * *

Otra vez Villa Mosquito fue noticia. Nuevamente los móviles de TN, C5N, Crónica y Canal 26 se pelearon por las exclusivas. El triple crimen del templo Umbanda se mezcló con la muerte de los caponarcos de Villa Mosquito, como si hubieran estado relacionados. Por la tele salieron opinando el paragua Bernabé, doña Inés y un repartidor de Coca-Cola que no tenía ni idea de lo que había sucedido pero de todos modos daba su versión. Se llamaron a expertos, se debatió el tema del crecimiento exponencial de la violencia ligada al narcotráfico y a las religiones afro-brasileras.

Durante dos días casi no se habló de otra cosa. Luego ocurrió un crimen aberrante en Ezpeleta y todos los móviles se mudaron para allá. Se trataba del caso de un ex combatiente que prendió fuego a su ex mujer, después de rociarla con alcohol. Se habló del creciente número de femicidios en la Argentina, opinaron expertos, se dieron a conocer alarmantes estadísticas.

Milton, joven cineasta, trabajó durante semanas en un video en el que mezclaba imágenes de los escenarios reales con una dramatización de los hechos. Uno amigo suyo interpretó al Larva, el otro a Domínguez y él mismo se reservó el papel breve pero fundamental del Tipo, que después de ejecutarlos puso la camioneta de culata contra el río y junto a Ramón tiró media tonelada de cocaína al río. Los diálogos sonaban naturales y las escenas bien resueltas, teniendo en cuenta el escaso presupuesto.

La policía estaba como loca. No podían creer que alguien hubiera destruido tal cantidad de droga. Se mandaron buzos de prefectura para que se sumergieran en el lecho del Matanza, pero quién iba a meterse ahí. Nada estaba muy claro. Unos testigos decían una cosa y otros otra.

Ramón había desaparecido. Teodora también. El oficial Baltasar Espinoza, más conocido como Bigote, fue separado de su cargo mientras se llevaban a cabo las investigaciones. Tres días después murió asesinado en un intento de robo frente a su domicilio.

* * *

En los días siguientes el nivel de las aguas bajó a su nivel habitual

y los evacuados volvieron. Aparte de una pequeña repartija de colchones y chapas, poca ayuda llegó por parte del gobierno. Los habitantes trataron de rearmar su vida como pudieron. Algunos prefirieron empezar de nuevo en otro lugar, pero otros llegaron para reemplazarlos, provenientes de provincias del Norte o de países limítrofes, sin importarles la amenaza de una nueva inundación, con la esperanza de comenzar una nueva vida allí.

La camioneta de la Panadería La Esperanza quedó incautada en un depósito del poder judicial, a pesar de las explicaciones de Marquitos. ¿Qué culpa tenía él si la habían usado para transportar droga? ¿Acaso no les constaba que él había sido secuestrado y casi había muerto a manos de los traficantes? Tuvo que pedir prestado el auto a un amigo para ir a buscar a Javi al Posadas. Entre él y María lo ayudaron a bajar las escaleras del hospital, aunque Javi porfiaba en que podía hacerlo por su cuenta.

La casa de Atalco estaba bien limpia, con las cortinas floreadas de siempre y la foto de su mamá presidiendo el comedor.

La herida en su cabeza iba cerrando bien. Resultó que Marquitos se había quedado a dormir ahí, todo el tiempo que duró su internación. María se lo pidió. Le daba miedo quedarse sola por las noches. Escuchaba un ruido y se ponía a temblar.

—Yo tampoco me terminé de reponer, Javi. Por fuera parece que estoy bien, pero en realidad…

Dijo que lo mejor era que Marquitos siguiera con ellos por un tiempo.

—Vos estás débil todavía, y si llega a venir alguien a atarcarnos…

—¿Quién va a venir?

Accedió, sin embargo, si eso la hacía sentir bien. No tenían sexo.

—Estoy toda lastimada por dentro, Javi. No sabés lo que viví.

—Sí, ya sé.

—No, no sabés.

No con él, al menos. Javi sospechaba que apenas se dormía ella iba a darle duro con su amigo y luego se reían de él. Si al despertar no la encontraba, se levantaba y salía a buscarla. Revisaba la casa y el jardín. Sin hacer ruido subía por la escalera de metal a la piecita de la azotea y abría de golpe la puerta, esperando encontrarlos in fraganti. Estaban en la cama, sí, aunque sentados charlando.

—Man, si querés que me vaya, decilo y listo.

Javi no decía nada.

—No sean egoístas. Los quiero a los dos, ¿por qué tengo que elegir?

Se quedaban despiertos toda la noche, jugando a las cartas, mirando videos. Cocinaban por turnos. Se les ocurrían las ideas más locas (irse a vivir al Sur, poner un pub entre los tres), incluso sacaban

cuentas y hacían planes detallados que luego, con la luz del día, se daban cuenta de que no iban poder llevar a cabo así nomás.

A María no le molestaba salir a la calle del brazo de uno o de otro, o con los dos al mismo tiempo. Los vecinos empezaron a murmurar. Tal vez eso es algo que se pueda hacer en un lugar donde nadie te conoce, pero acá…

No podían vivir del aire. Como aún no le entregaban la Ford, Marquitos compró un viejo Falcon, flojito de papeles, y volvió a su reparto de pan. Tuvo que remarla casi de cero. Había abandonado mucho tiempo a sus clientes y muchos comenzaron a comprarle a otros panaderos.

La viejita polaca ya había conseguido otra mujer que la cuide, una paraguaya de verdad, le dijo a Javi por teléfono, una persona seria, que trabajaba a conciencia y no la importunaba con sus problemas personales.

—Igual puedes pasar tomar té cuando quieras.

María comenzó un curso de peluquería, para ver si después enganchaba trabajo en algún salón. Javi entró a prueba en otra compañía de control de plagas, unos chantas que usaban productos de pésima calidad y básicamente estafaban a la gente. El sueldo era una miseria, y por supuesto no le dejaban usar el vehículo de la empresa para sus asuntos particulares. Tenían que ir y volver todos los días con María en colectivos atestados.

El martes se quedaron dormidos y salieron con quince minutos de retraso. Eran las seis y veinte, de noche todavía. El tramo de la ruta 3 cercano a su casa había sido habilitado, y ahora los vehículos pasaban sin problemas por los cuatro carriles nuevitos y relucientes.

—Dale que perdemos el 620 también.

Salieron apurados, no precisamente con la alegría pintada en sus rostros. Habían vuelto a hacer el amor, y para Javi había sido una nueva frustración. María había estado otra vez fría, quisquillosa, todo la incomodaba.

—Perdoname, Javi. No estoy bien todavía.

Sin embargo, antes del incidente las cosas no habían sido mejores.

—Está bien. No te hagás problema.

Pero María sí se hacía problema.

¿Para eso había venido a Buenos Aires? ¿Para vivir en un suburbio perdido? ¿Para estudiar peluquería y aspirar como mucho a que le pagaran dos mangos por cortarle las mechas a unas viejas horribles?

Antes de salir tuvo cuidado de esconder bien el resultado del test de embarazo. Sus peores sospechas se habían confirmado. ¿Y de cuál de los dos podía ser, en todo caso? O de los tres, porque tampoco había que descartar a ese maldito psicópata degenerado. María trató de hacer las cuentas, pero su cabeza estaba hecha un lío.

¿Qué hacer? ¿Adónde podía ir, acá en Buenos Aires? Era una lástima que no estuviera en buenos términos con su tía. Ella sí sabía cómo solucionar esos asuntos.

Iban de la mano, por mero trámite, imbuidos en sus respectivas reflexiones, cuando los vieron venir.

—Ay —dijo María.

En el momento menos esperado, se materializó ante ellos la peor pesadilla de los habitantes del Conurbano: un encuentro en una calle desierta con dos adolescentes de los barrios bajos. Pantalones embolsados, capuchas, andares de mono.

—Tranquila —dijo Javi.

Ya era tarde para salir corriendo y meterse en la casa otra vez.

—¡Eh! ¡Traé p'acá! —dijo uno.

Hablaban entre ellos. Se venían peleando por un gorro, que uno se le sacaba al otro y el otro le volvía a sacar. Se reían.

—Tranquila —repitió Javi, caminando más derecho.

Ya estaban casi ahí.

—¡Dame, loco! ¡É mía!

Ni los habían mirado, siquiera. Parecía que iban a pasar de largo.

* * *

Las combis se alineaban al costado de la estación de Laferrere, con sus respectivos carteles en un ángulo del parabrisas: Congreso, Retiro, Cabildo y Juramento...

Los pasajeros hacían fila, entorpeciendo la circulación de los peatones. Hombres de anteojos negros y cara de pocos amigos avisaban por handy cada vez que una unidad estaba lista para salir.

—¡Completo!

El pasaje salía diez pesos si uno viajaba sentado, o la mitad si iba de pie, aunque como el techo era muy bajo en realidad tenían que viajar inclinados.

—¡Completo, señor! ¡Espere el siguiente!

Era más caro que viajar en un colectivo de línea, pero mucho más rápido y seguro, y ni hablar del tren.

Olga iba sentada en uno de los asientos del lado del conductor, pegada a la ventanilla. Tenía el pelo teñido de negro y un look muy distinto al que usaba habitualmente. Dio un suspiro de alivio cuando el tipo de afuera cerró la puerta corrediza y el chofer dio arranque, pero por alguna razón la Traffic no se ponía en marcha todavía.

Alguien hablaba con el chofer por el ventilete del costado. El Tipo del handy bajó de la vereda y se acercó a ver qué pasaba. No se trataba de un servicio cien por ciento legal, por supuesto, y aunque estaban pagadas las respectivas cometas a la Municipalidad, al

Ministerio de Trasporte y a Vialidad Provincial, nunca faltaba un imbécil que venía a hacer preguntas indiscretas, algún fisgón con ganas de que le rompan la cara.

—¿Qué pasa que no salimos? —preguntó un pasajero.

No debía ser el caso, porque la puerta de la combi se volvió a abrir y, aunque no había más lugar, alguien más subió: un flaco con barba de chivo y pelo recogido en un rodete.

Olga se puso nerviosa, y sin embargo el recién llegado ni la miró. Sólo sacó el teléfono y se puso a mensajear, pero bueno, eso es algo que hace todo el mundo.

Era una mañana espléndida de sol. Al costado de las vías los yuyales habían reverdecido. Se ve que la lluvia les vino bien.

Pasando la General Paz bajaron un par de pasajeros. Olga agarró la bolsa y dijo:

—Permiso. Permiso, por favor. ¡Chofer, en la esquina!

El flaco del rodete, que viajaba en el estribo, se hizo a un lado sin necesidad de que ella se lo pidiera.

—Sí, mi amor, ya estoy yendo para allá —decía por el celular.

La combi paró. Se encontraban en un lugar de Buenos Aires que Olga no conocía, una avenida. Estaban en la Capital, eso era seguro, porque los taxis eran negros y de techo amarillo. Olga le hizo señas a uno.

—A Retiro.

—¿A la Terminal de micros?

La combi que la trajo de Laferrere había seguido de largo, y el flaco del rodete no se bajó. Buena señal, aunque también quería decir que se había bajado inútilmente. ¿Cuánto iba a salirle el taxi hasta allá?

—A la Terminal, sí.

No alcanzaron a hacer doscientos metros antes de que les cortara el paso un patrullero de la Federal.

—¿Olga Sánchez Almada?

Había un policía en cada puerta.

—Sí. ¿Qué pasa?

Detrás se había estacionado otro patrullero más, con las balizas prendidas. Los autos que venían por la avenida tenían que cambiarse de carril.

—Baje del auto, por favor.

Le pusieron las esposas. El taxista, un hombre ya entrado en años, meneaba la cabeza y decía:

—La bajada de bandera, ¿quién me la va a pagar?

* * *

A primera vista pareció un típico caso de robo seguido de muerte. La mañana del 30 de junio Javier Esteche (23) y María Garcés Sánchez (18) salieron de la casa de la calle Atalco rumbo a la parada de colectivos de la ruta 3, pero nunca llegaron a destino. Dos jóvenes, uno empuñando una pistola 22 y otro un cuchillo, los interceptaron en mitad del recorrido. Bajo amenazas les sacaron los celulares y, sólo a Esteche, las zapatillas. Pero no parecía ser el robo la verdadera intención de los delincuentes. Uno de los atacantes, el que tenía el arma de fuego, les gritó que se tiraran al suelo y, como Javier se resistió, le aplicó un culatazo en la cabeza. Desde allí, aturdido, el joven pudo ver como el ladrón apuntaba a la cabeza de su novia y abría fuego. Acto seguido los agresores escaparon a pie por Atalco hacia una zona de descampados, lindera al Río Matanza. María, que como reveló la autopsia estaba embarazada de cinco semanas, murió en el acto.

Al escuchar más tarde la versión de los hechos, narrada por el joven sobreviviente, y la historia de la pareja, los investigadores terminaron por descartar la posibilidad de que se tratase de un robo y creció la hipótesis del asesinato por venganza.

Varios indicios los hicieron sospechar. Para empezar, la pareja no se resistió. Los dos tenían dinero, que los ladrones no se molestaron en tomar. El robo de los celulares y las zapatillas pareció ser, a todas luces, un intento de enmascarar las verdaderas intenciones de los malvivientes, ya que la policía encontró luego estos elementos tirados en una zanja a unas pocas cuadras de distancia.

Si, como piensan ahora los hombres del Gabinete de Homicidios de la DDI de La Matanza, se trató de un crimen por encargo, era evidente que la orden había sido de matar a una sola persona, aunque eso implicara el riesgo de dejar a un testigo presencial.

Todas las sospechas apuntaron a la tía de la joven asesinada, la ciudadana paraguaya Olga Sánchez Almada (41), una mujer de carácter irascible que en reiteradas oportunidades había efectuado amenazas contra su sobrina, a quien acusaba de haberle robado a su pareja. Los investigadores siguieron la pista del celular de Olga, encontrando llamados de los supuestos sicarios, y un mensaje de texto comprometedor sólo diez minutos después de cometido el crimen.

María Garcés Sánchez había llegado a Argentina dos meses atrás, a vivir en casa de su tía, pero al poco tiempo comenzó una relación clandestina con el novio de ésta, Javier Esteche. Al descubrirlo se desencadenó la ira de Olga, que después de una violenta escena se vio obligada a abandonar junto a sus hijos el domicilio de la calle Atalco.

Desde amenazas a rituales de magia negra, nada pareció calmar a Olga. Su venganza final llegó en forma de plomo.

* * *

En vista de su frustrado intento de fugarse a Paraguay, el juez de instrucción dictó la detención de Olga, hasta tanto se resolviera su situación procesal. Las pruebas en su contra eran abrumadoras.

Para complicar aún más su posición, un testigo de identidad reservada declaró ante el fiscal que la mujer le había ofrecido cinco mil pesos por matar a su sobrina, a lo que dicha persona se rehusó.

La familia de Olga, tanto de sangre como política, tampoco la ayudó. Su hermana (la mamá de María) viajó desde Paraguay y le contó al fiscal Arévalos que unas semanas antes del homicidio Olga la había llamado para hacerle una dura advertencia: "Vení a buscar a tu hija porque si no vas a llorar más de lo que lloré yo cuando perdí a mi hombre".

Muchos de los secretos de la pareja salieron a la luz, gracias a las declaraciones de vecinos y familiares. Se confirmó que Olga era una persona en extremo violenta, que había protagonizado numerosas trifulcas en el vecindario, llegando incluso a la violencia física.

Se supo además que Olga ejercía como enfermera sin poseer un título habilitante, que pasaba mercadería de contrabando desde su país natal y que llegó a tener abierta una causa por prostitución, a poco de su llegada a la Argentina.

* * *

Fueron mitá y mitá con Aarón: una luca y media para cada uno.

Ahora bien, se suponía que iba a ser Aarón el encargado del trabajo sucio, él fue nomás a hacerle la segunda con el cuchillo. ¿Cómo fue que se invirtieron los papeles?

Checho ya no tenía la moto. No le quedó más remedio que tomarse el 378. Lo esperó en la esquina de Da Vinci y al subir se ubicó bien al fondo. Se tiró lo más adelante que pudo la capucha, para que nadie viera su nariz partida, su cara de mono, sus labios quemados de paquero. Sabía que su aspecto inspiraba miedo, y hacían bien en temerle.

Era apenas pasado el mediodía. Por la ventanilla del bondi se veían giles que iban al trabajo o a la escuela, giles en auto y giles que charlaban en las esquinas. Era otro mundo. ¿Qué sabían ellos?

¿Y él? ¿Qué sabía él? No sabía, por ejemplo, que la mina estaba preñada. Eso fue lo que dijeron. Cinco semanas. ¿Es que eso cambiaba algo? Que se joda por puta, dijo Aarón, ¿quién la mandó a coger sin forro? Sin embargo, el que apretó el gatillo no fue Aarón, fue él.

El bondi pasó por la estación de Laferrere. En la entrada del Mc Donalds estaba parado un cana, al pedo como siempre. ¿Qué pensaría

si supiera que tenía más de mil mangos en un bolsillo y un fierro en el otro? Podía bajarse y cagarlo a tiros ahí mismo, si quería.

Necesitaba unos chirutos. Si no daba un par de pitadas urgente la cabeza se le iba a fundir. El problema es que en Villa Mosquito ya no había dónde comprarlo.

Se acercaban al barrio El Cartucho, cuna y aguantadero de los Teletubis. Checho se jugaba la vida. Si llegaban a reconocerlo era boleta, pero dónde más podía pegar un par de triangulitos, puta que los parió.

* * *

Durante dos o tres días fue unos de los temas principales en los informativos de la tarde. Los noteros hacían guardia en la calle Atalco.

Javi no se atrevía ni a asomarse. Se sentía prisionero dentro de su casa. De manera temporal se mudó a la panadería con Marquitos. Para distraerse lo acompañaba al reparto. Le daba una mano a bajar las bolsas de pan y los canastos.

—¿Viste que barbaridad? —comentaba una bolichera, que tenía la tele puesta en Crónica TV—. ¡A su propia sobrina! Encima estaba embarazada.

—También la piba, bastante putita —opinó una clienta—. La tía la invita a la casa y ella le caga al marido.

No imaginaban que la persona a la que aludían estaba frente a ellas. Javi tenía puesta una gorra con visera calada hasta las cejas, como las estrellas de cine que no quieren que las reconozcan. Aunque se rehusó a dar reportajes, de los noticieros bajaron fotos suyas de Facebook, en las que salía siempre muy serio, con la mano izquierda en el bolsillo.

—¿Veinte kilos, Susana? —dijo Marquitos, tratando de desviar el tema de conversación.

Ya no. Ahora Javi llevaba las dos manos afuera, es decir, la mano y el muñoncito, bien a la vista, como un desafío.

—Sí. De faturas dejame tres docenas solamente. Me sobró de ayer.

Un desafío para sí mismo, más que nada. Todos se quedaban mirando su brazo defectuoso, por un instante. Después se olvidaban.

—Parece que estaba metida en rituales satánicos también.

—¿Ah, sí?

Javi salió con el canasto vacío. Marquitos se quedó confeccionando el remito, sin decir una palabra.

—Dicen que estuvo en el templo Umbanda de la villa, cuando a la mai se le salió la cadena y entró a apuñalar a todo el mundo. ¿Se acuerda? Fue hace como un mes atrás, salió en la tele también…

—Acá le dejo el resumen, Susana.

—Gracias, Marquitos. No te olvides de llevarte las latas vacías.

—Últimamente está saliendo bastante seguido nuestro barrio en la tele. La inundación, los umbandas, los traficantes…

—Pobre Laferrere, cuándo saldrá en televisión por algo bueno.

Salieron a la ruta.

—Cambiá un poco la cara, man.

Javi no le contestó.

Llegando a la esquina de Da Vinci, Marquitos aminoró la velocidad y se arrimó al cordón, frente al cartel de Hiper Tehuelche. Los camiones pasaban echando humo por la ruta. Una camioneta cruzaba las vías por el paso a nivel.

Marquitos tocó bocina. ¿Para qué? Javi no le prestó atención. No hasta ver quién se acercaba.

—¿Te volviste loco? ¡Es un travesti!

Se arrimó a la ventanilla del lado del acompañante. El reflejo en el parabrisas no la dejaba ver quién estaba al volante.

—¿Qué hacés? —dijo Marquitos—. ¿Te acordás de mí?

—Ah, panadero —dijo el travesti, que era jovencito y muy flaco, con dos tetas como globos.

—Te acordás de mí, ¿no?

—Sí, claro —dijo el travesti, dando una pitada a su cigarrillo y tirándolo sobre la cara de Javi—. Cómo no me voy a acordar.

—¿Qué pasó que andabas perdida? ¿Te guardaron?

—Y, sí. Zafé porque fue justo antes de cumplir los dieciocho. Pero mi amiga se está comiendo el re-garrón.

Javi no podía disimular su disgusto al sentir el aliento a alcohol y cigarrillo. La cara del travesti estaba tan cerca de la suya que podía ver las manchas violáceas en su rostro, apenas cubiertas con maquillaje. Realmente no sabía qué pensar. Jamás había sospechado que su amigo tuviera esas inclinaciones.

—Escuchame una cosa —dijo Marquitos—, ¿cómo era tu nombre?

—Jazmín.

—Vos me debés una a mí, Jazmín.

—Sí, claro —dijo el travesti—. Lo que quieras.

—Vos me debés una —repitió Marquitos—, y me la vas a pagar.

—Lo que vos digas, pana.

—Le vas a dar un beso de lengua acá a mi amigo. Ahora.

Sin hacerse de rogar, Jazmín metió la cabeza por la ventanilla y agarrando a Javi de los hombros estiró los labios hacia él.

—¡Qué hacés! ¡Salí! —Javi trató de mantenerlo a distancia, con el brazo normal y el muñoncito—. ¡Arrancá, Marquitos! ¡Arrancá, la concha de tu madre!

* * *

Fue al tercer o cuarto día, cuando la historia del asesinato por encargo se empezó a caer, que el caso tomó nuevo impulso debido a la intervención del doctor Matías Bevilacqua, el abogado de los ricos y famosos, el mismo que salía en los programas de chimentos defendiendo a futbolistas y vedettes.

¿Quién pudo hacerle el contacto a Olga? ¿Se trató de un favor del viejo Bevilacqua, su primer patrón en la Argentina, con quien la joven Olguita se ponía a charlar cada vez que iba a pasar el plumero a la biblioteca?

Nadie sabía de dónde pudo haber sacado el dinero para cubrir los honorarios del célebre leguleyo, aunque no hubiera sido imposible que éste, siempre deseoso de unos minutos de cámara, hubiera decidido tomar el caso ad honorem.

Para empezar, Matías Bevilacqua presentó ante el tribunal un escrito en el que solicitaba la inmediata excarcelación de su defendida, aduciendo que no existía posibilidad de que se diera a la fuga ni obstaculizara el proceso. Dijo que al momento de su detención Olga Sánchez Almada no tenía pedido de captura. Viajaba a Paraguay, sí, a ver a unos amigos y a visitar el santuario de la Virgen de Itaupú, de la que era una ferviente devota: eso no quería decir que pensara darse a la fuga. En cuanto a las evidencias en su contra, la Defensa consideraba que no eran de ningún modo concluyentes. Había testimonios de que Olga había amenazado de muerte a su sobrina, es verdad, aunque otros más recientes señalaban que ya se habrían reconciliado.

—Los llamados y mensajes de texto de los supuestos sicarios tienen que ser analizados en profundidad, ya que es muy probable que se trate de un caso de chantaje en perjuicio de mi defendida, que en realidad trató en todo momento de proteger su sobrina.

—¡Cómo puede ser tan hijo de puta, ese man! —estallaba Marquitos, escuchando las declaraciones por televisión—. ¿Cómo puede mentir así?

Estaban los dos mirando el informativo, junto a la mamá de Marquitos.

—Teniendo en cuenta que mi defendida es mamá de dos niños pequeños que sufren por su ausencia, entre ellos una criatura con síndrome de Down…

Matías Bevilacqua tenía un discurso arrollador y una presencia impecable frente a las cámaras, aunque algunos decían que era Bevilacqua padre el que le pasaba letra. El viejo zorro se las sabía todas.

—Dejando de lado el linchamiento mediático al que ha sido sometida la Sra. Sánchez Almada, sacando a la luz detalles de su vida privada que

nada tienen que ver con este asunto…

—¡Mentiroso de mierda!

—Todo esto en un país en el que, hasta donde yo sé, sigue vigente el principio de presunta inocencia. "Nadie es culpable hasta que se demuestre lo contrario".

Mientras hablaba se mostraban imágenes de Olga al momento de ser trasladada al juzgado. Aún esposada y con un pulóver en la cabeza, Javi pudo reconocer sus senos generosos bajo la camiseta, el movimiento de sus caderas, la postura altiva de quien no se da por vencida ni aún vencida.

—Está más delgada, ¿no? —observó la mamá de Marquitos.

Javi no pudo contestar. Había sufrido una erección tan violenta que sólo pudo disimularla curvándose como si le doliera la panza.

—Permiso —dijo, y encaró para el baño.

—¿Te sentís bien?

—Sí, doña Alcira. Ya vuelvo...

* * *

A partir de ese momento se dio vuelta la tortilla: la pobre chica con carita de ángel pasó a ser una siniestra manipuladora. Salieron a la luz sus relaciones con un notorio criminal paraguayo, recientemente condenado por narcotráfico, quien al caer preso la habría amenazado de muerte si lo abandonaba. Se mencionó también la condena a cadena perpetua del padre de la Paraguayita, y un supuesto historial delictivo de María cuando aún era menor de edad. Un enviado especial a la ciudad de Encarnación entrevistaba a sus antiguos vecinos, que en cada intervención le daban una mano de brea.

—¡Mozo! ¿Podría sacarle la voz a la televisión, por favor, o cambiar de canal?

—Cómo no, señora. ¡Peti, poné la radio un cachito!

El Yoni y la Yeni jugaban en la vereda, siguiendo las instrucciones de no arrimarse al cordón.

—Yo estoy tranquila —decía Olga—, porque al final la verdad siempre sale a la luz…

Javi no decía nada. Con la cabeza gacha, no tocaba todavía su té.

—Que gente que no me conoce haya dicho tantas cosas horribles de mí, no me va ni me viene. Pero vos…

Golpearon el vidrio. Javi miró. Era el Yoni, que quería que viera cómo saltaba sobre el apoya-bicicletas.

—¿Cómo pudiste creer que yo me aproveché de tu mamá? ¿Que le inyectaba agua destilada en vez de morfina? Si vos estuviste ahí, Javi. Sabés cómo me desviví por atenderla. Ella misma lo decía.

Ahora era la Yeni la que golpeaba el vidrio, sólo para decirle hola

con la manito.

—Si después, cuando ella no las necesitaba más, me mandé algún chanchullo con las recetas, bueno, ¿a quién perjudiqué? ¿A esos mafiosos de la obra sociales? Si además era plata para la casa, *nuestra* casa. ¿Cómo te pensás que cambiamos el piso del comedor, que compramos el plasma…?

Javi no le contestaba, en parte porque sentía que Olga tenía razón, en parte porque el deseo no lo dejaba ni pensar.

—¡Tostado de jamón queso y tomate y Pecsi para la tres!

—No digo que soy una santa, Javi, ni jamás pretendí aparentarlo, como ciertas personas…

Sin esperar a que ella lo hiciera primero, Javi extendió la mano sobre la mesa y tomó la de Olga. Olga se calló. Se quedaron un momento silencio, entre las voces en el bar y los ruidos del exterior. Con la otra mano ella le acarició la cabeza, le dijo:

—Chiquito mío, no sabés cómo te extrañé.

Javi se aclaró la garganta, y con la voz embargada de emoción le dijo:

—Yo también.

—¡Peti, cerrame la cinco!

* * *

El Holandés dejó ir a Moni y a su hija. ¿Qué ganaba con matarlas? De todos modos el depósito en el banco uruguayo estaba también a nombre de ella, así que sólo tuvieron que escoltarla con el morocho a Montevideo y esperarla mientras firmaba la transferencia de vuelta a la cuenta de él.

El vacío dejado por el Larva y Domínguez en Villa Mosquito no iba a durar demasiado. La ruta 21 seguía siendo un excelente lugar de venta, y la villa un escondrijo de primera. ¿Por qué no ocuparlo ella, que conocía el territorio mejor que nadie? Para evitar disputas territoriales llegó a un arreglo con el Cordobés, poniéndose directamente bajo su órbita: vendía la mercadería que él bajaba, la cocinaba como él le decía, la fraccionaba con los sobres que él proveía y la vendía al precio que él fijaba.

Moni puso en marcha otra vez el servicio de delivery con los remises del Colo y rearmó a los Angelitos, que después de la muerte de sus jefes habían quedado como ovejas sin pastor. Armó un nuevo búnker en la Loma y llegó a un acuerdo con los vecinos: a partir de aquel momento, en Villa Mosquito, nada de paco. Cada cocina estaba estrictamente controlada, y la basura que quedaba en las ollas tenía que ser arrojada al río sí o sí. El primer cocinero que violó esa directiva apareció flotando en la tosquera con un tiro en la cabeza.

El camión del Dakkar pudo finalmente zarpar para Europa, en otro barco, unas semanas después de lo previsto, y llegar sin problemas al puerto de Rotterdam. Pero alguien debió de abrir la boca, porque después de pasar sin inconvenientes por la aduana, los miembros del equipo fueron detenidos por efectivos de la *Police Fédérale Belge* en la carretera entre Hoogstraten y Amberes. El noticiero de Televisión Española mostró imágenes del Škoda-Liaz en el momento de ser cortado en fetas con una amoladora, y una foto del principal acusado, un ex piloto de Land Rover que en los años ’80 había ganado el rally de Borneo, el holandés Maarten Van der…

Zaira, que en ese momento le daba la mamadera a su bebé, gritó:

—¡Má! ¡Mirá quién es!

Sobre la cómoda del nuevo búnker estaban las cenizas del Larva y de Domínguez, en una lata de S-26. Les pareció una especie de chiste, sacarlas de sus urnas y ponerlas juntas, aunque sabían que un día de estos se iban a cansar e iban a terminar tirándolas al río.

* * *

Con todo lo que la habían defenestrado, los vecinos de la calle Atalco recibieron a Olga como una heroína cuando volvió.

—Qué bueno que la liberaron, Olga. Se hizo justicia.

Seguía ligada al expediente, desde luego, en calidad de imputada no procesada. Sobre su cabeza pendía la presunta comisión del delito de homicidio agravado por promesa remuneratoria, pero hasta que no se diera con el paradero de los autores materiales del crimen, era poco probable que se pudiera avanzar con el juicio al supuesto autor intelectual.

—Javi, tenemos que hablar una cosita. No te enojés.

Sin decirle nada, Olga se había presentado en las oficinas de Matanza Express, lugar que jamás había pisado en su vida, y se había entrevistado con Dorita. Resultado: esa misma semana Javi recuperó su trabajo en la empresa, con el mismo sueldo de antes. No le ofrecieron llevarse el vehículo a casa todavía, ni él lo pidió, aunque quién sabe, si hacía buena letra…

—Cuidate la pancita, mi amor. No comás porquerías por ahí.

Ya no era una mandona insoportable. Se lo pedía, sí, pero de buenas maneras, y Javi obedecía.

Y las noches con Olga…

Ahora era él el que no le daba respiro, el que se le iba encima cada noche y hasta la despertaba en mitad de la madrugada con sus reclamos amorosos.

—Basta, Javi. O te dormís o me voy a la pieza de la Yeni.

El regreso de Olga marcó el fin de su amistad con Marquitos. Se

dijeron de todo, o más bien fue Marquitos el que, fuera de sí, le cantó las cuarenta y se fue dando un portazo.

—Dejalo. El que se va sin que lo echen...

La verdad es que ya no eran tan amigos, de todos modos. Tenían otros intereses. La gente cambia y, tal como iban las cosas, Javi no podía decir que los cambios en su vida no fueran para mejor. A la vuelta del trabajo tenía un plato de comida caliente y la ropa siempre limpia. Algunas tardes se iban con el Yoni al medio caño de la placita del Padre Mario (ahora que no le molestaba sacar el otro brazo podía hacer con el skate piruetas mucho más jugadas). Si llovía o no tenían ganas de salir, se quedaban jugando en la Play o mirando películas de zombis: Planeta Zombi, Guerra Mundial Zombi, The walking dead… La Yeni se echaba al lado suyo en el sillón y apoyaba la cabeza en su pierna. Le gustaba que le acariciaran el pelo, como a un gato.

—¡Chicos, ya salieron los pochoclos!

* * *

Ramón acompañó al Tipo a hacer un trabajo a España, donde los argentinos tienen fama de ser los mejores para los hits silenciosos y a distancia (como los colombianos son considerados los mejores para los laburos en moto y a quemarropa). Hicieron una breve escala en Brasil y al llegar a Buenos Aires se despidieron.

—Si llegás a ir por allá, pasá a verme —dijo Ramón, poniéndose sentimental.

—Si llegás a verme de nuevo, va a ser por la mira del Vintorez —dijo el Tipo. Ramón se puso serio:

—Nunca. Ni por todo el oro de…

—Hacé como te enseñé. Anticipá los movimientos, bajá los latidos...

No sabía si le estaba hablando en broma o no. Un auto lo esperaba en el estacionamiento de Ezeiza. Ramón tomó la ruta 7 en dirección Oeste. Antes del anochecer ya había llegado.

Allá era el lugar adonde se había mudado con su mamá, un pueblito de Traslasierra, en el límite entre Córdoba y San Luis.

Tuvo que llevarla, a su viejita, iban a hacerla percha si se quedaba en Villa Mosquito, lo mismo que a Teodora. Las dos mujeres vivían juntas, con la nena de la Teo, que se había adaptado rápido a la vida campestre, y al volver de la escuela salía a darle de comer a las gallinas y a los patos.

—¡Sasha! ¡Vení a tomar la leche!

No iban a volver. Ahí tenían todo lo que les hacía falta. Hicieron varios amigos en el pueblo. Las llamaban Las Porteñas.

—¡Abuela! ¡Ha llegado el Ramón! —decía la chiquita, que ya

empezaba a hablar con acento provinciano.

Parecía otro, el Monra, con el pelo corto y la campera de cuero de corte clásico. Se había vuelto menos locuaz. Pasaba semanas enteras en la casa, haciendo arreglos domésticos o dándose una vuelta por el terreno, donde las mujeres sacaban adelante una huerta. Por las tardes se iba al monte a practicar puntería.

A veces llevaba a las mujeres en el auto a hacer las compras a Merlo o a Santa Rosa de Calamuchita. Comenzó a aprender inglés con una gringa que vivía en el pueblo vecino.

Usaba dos celulares. El de su trabajo sonaba cada dos o tres semanas, solamente. A veces se quedaba mudo por un par de meses. Cuando le mandaban un mensaje de texto, Ramón armaba el bolso y desaparecía unos días. Después volvía, con regalitos para las tres. No decía a dónde había ido, ni qué había hecho. Ellas no le preguntaban.

—Arthur is in the library. The library is in Middleford.

—Very good, Ramón! —decía la profesora—. Brilliant.

* * *

El hijo de Débora subía por el escudo argentino de hormigón, al lado del puente de la ruta 5, en la entrada a Luján. Daba la vuelta por encima del sol, se paraba sobre el gorro frigio y bajaba corriendo por la corona de laureles.

—¡Despacio, Tomás! —le gritaba desde abajo su mamá.

¿Por qué Luján? No por el Santuario, seguramente, aunque de todos modos entraron, porque a Tomás le llamaron la atención los campanarios tan altos.

—¿Quién sube a tocar las campanas ahí arriba? ¿Quasimodo?

—Un primo de Quasimodo —dijo el Tipo.

Era un chico muy listo, se hicieron amigos enseguida. A no ser por los anteojos, era igual a su mamá.

En la plaza se dedicó a corretear las palomas, luego se sentó en uno de los bancos a pasar las páginas del libro que el Tipo le había llevado de regalo, uno de la serie de Jerónimo Stilton, el ratón detective.

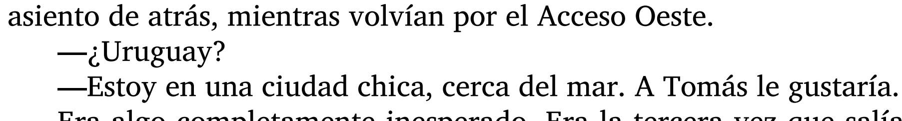
—Pasa mucho tiempo encerrado —dijo Débora—. Primero con la señora que lo cuida, y después conmigo. Con las cosas que pasan hoy en día, da miedo dejar que un chico salga solo a la calle.

—¡Miguel! —lo llamó Tomás—. ¿Qué quiere decir *circunloquio*?

Se hicieron una foto los tres, delante de la Catedral, con uno de esos fotógrafos que usan máquinas del año del ñaupa, con fuelle y cortinita, y revelan en el acto las fotos en blanco y negro.

—Cuando yo era chico eran todas las fotos así.

Fue un día con muchas emociones. Tomás se quedó dormido en el



asiento de atrás, mientras volvían por el Acceso Oeste.

—¿Uruguay?

—Estoy en una ciudad chica, cerca del mar. A Tomás le gustaría.

Era algo completamente inesperado. Era la tercera vez que salían, la primera con Tomás.

Él ya le había dado una explicación, imposible de corroborar o de refutar, de por qué había estado en Villa Mosquito aquellos días, y por qué no podía quedarse en Buenos Aires.

—¿Me está pidiendo que me vaya a vivir con usted?

¿Qué tenía de especial esta mujer? No podía decirse que fuera una tremenda belleza, ni tampoco tan joven. Encima con un pibe.

—No nos adelantemos. Usted y Tomás vienen a visitarme, se quedan un fin de semana, se fijan qué les parece…

—Creo que a esta altura ya podríamos tutearnos, ¿no?

Pararon en una de las cabinas de peaje. Ya era de noche, y esta vez no tenía con quién dejar Tomás. Se acercaba la hora de la despedida.

—Hay algo que quisiera preguntarte, Miguel. Sé lo que me dijiste, pero hay algo que quisiera saber de vos.

—Sí, decime.

—Es que tengo muchas dudas sobre lo nuestro, y quisiera… no te rías.

—No. ¿Por qué?

—Quisiera saber la fecha de tu cumpleaños, y el año que naciste.

—…

—Es que quiero hacer tu carta astral, para saber si vos y yo…

Él se rió, de todos modos.

—“No busques signos de amor en las estrellas, sólo fíjate a tu alrededor”.

Débora frunció su trompita en un gesto de enojo.

—¿Eso que es, una cita de Aristóteles?

—Un tema de los Pet Shop Boys.

Habían llegado. Él se encargó de llevar a Tomás dormido hasta el primer piso, lo dejó en su cama, Débora lo desvistió y lo tapó.

—Ahora te toca a vos —dijo el Tipo, levantándola en brazos y llevándola a su habitación.

—¡Bajame, me da vértigo! —protestó ella en voz baja—. Esperá que cierro con llave. Vamos a tener que ser super silenciosos.

Y lo fueron.

—Creo que ya hiciste de Madre Teresa bastante tiempo, Peque. Venite conmigo, no tenés nada que hacer acá.

Fumaban a medias un cigarrillo, mirando el dibujo que hacían en la habitación las luces que entraban de la calle.

—¿De verdad me lo decís? Mirá que ya estoy grande para que me

boludeen, Miguel.

—Venite este fin de semana. Son nomás tres horas en el Buquebús. Me tomé la libertad de comprar los pasajes.

—¿Posta?

—Ida y vuelta, por si cambiás de opinión.

Débora suspiró. Dijo:

—Tomás nunca viajó en barco. Se va a sentir un pirata.

* * *

La bronca con Marquitos vino porque Javi declaró en la audiencia testimonial que, efectivamente, Olga y María ya se habían reconciliado, y otros bolazos que el abogado le sugirió, debilitando así la hipótesis del asesinato por venganza.

—¿Usted está seguro de lo que dice?

—Sí, señor juez.

—¿Y está consciente de que, en una causa criminal, el delito de falso testimonio puede ser penado con hasta diez años de prisión?

Igual mintió como un bellaco, delante de alguien que sabía que estaba mintiendo.

—Sí, señor juez.

¿Cómo se enteró Marquitos? Las noticias relacionadas al crimen de María habían dejado de salir en los diarios. ¿A quién le interesaba la historia de una paraguayita asesinada en Conurbano? Eso pasa todo el tiempo. Tampoco salió la noticia de la muerte de Checho, a manos de unos traficantes de poca monta, en un baldío del barrio El Cartucho.

Uno menos, pensó Olga. El tiempo pasaba, la causa no se movía. Era muy probable que el juez de instrucción dictara su sobreseimiento provisorio, y que el archivo terminara durmiendo para siempre como uno de los tantos expedientes N.N. que atestan las estanterías de los juzgados. Eso al menos fue lo que le explicó el Dr. Matías Bevilacqua, que no trabajaba tan ad honorem como la gente se creía. Buena parte de los billetes mojados que Olga rescató del templo Umbanda habían ido a parar a la caja fuerte del estudio Bevilacqua e Hijo, detrás del cuadro con la reproducción del Guernica.

A Olga le costaba dormir. Si no se clavaba un clonazepán no pegaba un ojo en toda la noche. ¿Remordimientos? Nada que ver. Había hecho lo que tenía que hacer. Era otra cosa, una angustia que le cerraba la garganta, mientras al lado suyo su marido roncaba como un bendito.

Porque se habían casado finalmente, en el Registro Civil de Gregorio de Laferrere, en una pequeña ceremonia con testigos y arroz. Fue un acuerdo tácito. En cuanto arreglaron los papeles Olga dejó de hacer ejercicios y de cuidarse en las comidas, y Javi comenzó una

aventura con Alenka, la secretaria de Dorita.

Era inevitable. Alenka y él quedaron solos, una tarde que Dorita tuvo que ir al médico. Había poco trabajo, llovía y ya no se les ocurría de qué más hablar.

—Pero te aviso que no puedo dejar a mi familia, Ale.

—No me importa. No me importa. No me importa —repetía Alenka mientras él la desvestía.

Miren nomás a la mosquita muerta. Ya tenía algo que contarle al cura el domingo.

—Te quiero, Javi. Te quiero, siempre te quise.

—Yo también, Ale, yo también —le dijo él.

Pobre mina, qué le iba a decir.

Algunas noches, cuando nadie pero nadie lo veía, Javi abría una pantalla de navegación de incógnito en el Chrome y pispeaba el Facebook de María, que había quedado igual que cuando ella vivía. Pasaba las fotos, que ya se conocía de memoria.

Era *tan* linda…

* * *

—La pregunta es… ¿A qué profesión se dedicaba el autor francés Antoine de Saint-Exupéry, además de escribir?

Podían estar dando lo que sea en la tele: una peli de Stallone, un partido de Boca por la Libertadores o el informe de un tifón en Filipinas, eso no tenía importancia. De 9 a 10 de la noche, en el pabellón de transexuales, travestis y pastores evangélicos de la Cárcel de Ezeiza se miraba sí o sí el programa de preguntas y respuestas de Guido Kazcka, donde los participantes competían en temas de cultura general con Gerardo Sofovich, el panelista estrella.

—Las opciones son…

Era el programa favorito de Raffaela, que por supuesto imponía su voluntad a los demás.

—Esa es muy fácil: aviador.

—…ingeniero, abogado, médico o piloto de avión…

—Lo que dijiste vos, Raffa.

—Eh… ¿Abogado?

—Qué lindo es Guido. Qué hermosos ojos tiene.

—¡Nooooo!

—Puede ser —admitió Raffaela—, pero es muy gritón.

—La repuesta es incorrecta.

—En la tele todos gritan.

—Es muy conocido que fue aviador —se explayó Gerardo Sofovich, para refregarle en la cara su ignorancia al participante—. *Voló varios años para la filial argentina de la Compagnie Aéropostale, llevando el*

correo entre la Patagonia y Buenos Aires.

—Gerardo también está en televisión, y sin embargo no grita —dijo Raffaela—. Ese sí que es un hombre que vale la pena.

—¡Es un viejo!

—Es un hombre super elegante, super buen mozo, que ha viajado por el mundo… Además el nivel cultural que tiene. Se sabe todas las respuestas. Es Google.

—Alabado sea el Señor, que de Él viene la verdadera sabiduría.

—Ay, vos callate.

—*La siguiente pregunta entonces es… ¿cómo se llama el hueso situado por fuera del cúbito en el antebrazo del ser humano? Las opciones son: el escafoide, el radio, el húmero o el carpo.*

Todos miraron a Raffaela, que casi bostezando declaró:

—El radio.

Tenía razón, por supuesto. El participante quedó eliminado.

—Deberías anotarte en el programa. Te las sabés casi todas.

—No sé…

—Cien lucas te podés ganar.

—Si me tocan tres preguntas difíciles juntas quedo como una boluda.

—Pero no…

Ya habían terminado de comer y se pasaban un caño que le habían comprado a uno de los guardias.

—Aparte salís en la tele, Raffaela.

—Primero tendría que salir de acá.

—*La pregunta para el próximo participante es… ¿En qué país se produjo la llamada Rebelión de los Boxers? Repito: ¿en qué país…?*

Quién sabe, si conseguía un buen informe podía pedir la libertad condicional el año siguiente. Y si el programa todavía seguía en el aire…

—*¿Fue en Irlanda? ¿En China? ¿En Sudáfrica?¿O en la India?*

Sin contar que podía conocer personalmente a Gerardo, un verdadero bon vivant. Después de ganar el concurso podían ir los dos a cenar a un restó de Puerto Madero, a tirar unas fichas a la rula de Punta o a ver en Las Vegas una pelea en el ring-side.

—*La respuesta correcta…*

—¿Y, Raffa?

—¿Eh?

—¿En que lugar pasó eso que dicen?

—*…a la pregunta es…*

—55 días en Pekín —dijo Raffaela—. Charlton Heston, Ava Gardner, David Niven... En China, por supuesto.

—*…es…*

Soñar, qué poco cuesta. Un dios cuando sueña y un mendigo

cuando piensa, como dijo Hölderlin, o Claudio María Domínguez.

—*¡En China!*